
MUERTE
SOCIAL
Un Misterio Clyde Shaw
TATIANA BONCOMPAGNI

Esta es una edición traducida de la siguiente obra, producida con Traducción Kindle, el servicio de traducción de libros basado en inteligencia artificial de Amazon:

Título original: Social Death
Autor: Tatiana Boncompagni
Fecha de publicación original: Mayo, 2015

Se ha traducido el texto principal de la obra. Los materiales complementarios, como la página original de aviso de derechos de autor, podrían permanecer en su idioma original sin traducir.

PRAISE FOR *SOCIAL DEATH*

"Tatiana Boncompagni's *Social Death* is a breathless thriller that takes the reader deep inside the worlds of television news and glitterati New York. Her characters are finely and ruthlessly drawn, and the action never slows for a moment."
—Stuart Woods, *New York Times* bestselling author of *Unintended Consequences*

"We may not be at beach read season quite yet, but Tatiana Boncompagni's third novel *Social Death* is ripe for inclusion on this year's must-read list."
—*Town & Country* magazine

"A savvy page-turner centered around the murder of a Manhattan socialite. It has plenty of society intrigue and even more suspense."
—Refinery29.com

"Hot Book"
—*Star* magazine

"Best Spring Break Read . . . each page seems to turn itself."
—Bagsnob

SOCIAL DEATH

ALSO BY TATIANA BONCOMPAGNI

Gilding Lily
Hedge Fund Wives

TATIANA BONCOMPAGNI

SOCIAL DEATH

THOMAS & MERCER

This is a work of fiction. Names, characters, organizations, places, events, and incidents are either products of the author's imagination or are used fictitiously.

Text copyright © 2015 Tatiana Boncompagni
All rights reserved.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

Published by Thomas & Mercer, Seattle
www.apub.com

Amazon, the Amazon logo, and Thomas & Mercer are trademarks of Amazon.com, Inc., or its affiliates.

ISBN-13: 9781477828533
ISBN-10: 1477828532

Cover design by Mumtaz Mustafa

Library of Congress Control Number: 2014956352



For Maximilian

Índice

- Domingo
  - uno
  - dos
  - tres
  - cuatro
  - cinco
  - seis
  - siete
- Lunes
  - ocho
  - nueve
  - diez
- Martes
  - once
  - doce
- Miércoles
  - trece
  - catorce
  - quince
- Jueves
  - dieciséis
- Viernes
  - diecisiete

- dieciocho
- diecinueve

Lunes

- veinte
- veintiuno

Martes

- veintidós
- veintitrés
- veinticuatro

Miércoles

- veinticinco
- veintiséis

Jueves

- veintisiete
- veintiocho
- veintinueve

Viernes

- treinta
- treinta y uno
- treinta y dos

Agradecimientos

Sobre la autora

Domingo

uno

La gente miente, la gente engaña. Es un hecho de la vida que nunca me pareció especialmente noticiable, salvo cuando alguien acababa muerto. Entonces entraba yo en escena, transformando traiciones y salpicaduras de sangre en oro puro para la audiencia. Aún no tenía ningún Emmy, pero eso solo me mantenía con hambre —hambre suficiente para coger el teléfono un domingo por la mañana a principios de noviembre, cuando debería estar profundamente dormida.

—Ha saltado un aviso en los escáneres. Homicidio en el Upper East Side —la voz era de Larry Shreve, el gruñón jefe de la central de FirstNews—. Eres la única que ha respondido.

Miré el reloj en mi mesilla de noche.

—Ni siquiera son las cinco y media, Larry. Seguro que todos están durmiendo la borrachera de anoche.

—Lo siento, Clyde —murmuró entre sorbos de lo que parecía un café negro—. Sé que ya no sales a cubrir sucesos urgentes.

Salté de la cama y me puse una blusa limpia con la falda que llevaba el viernes.

—¿Sabemos quién es la víctima?

—No. Solo tenemos una dirección.

—¿Vas a mandar un equipo?

—Te esperarán allí.

En el baño, me lavé la cara con agua fría, me recogí el pelo rojo, que me llegaba a los hombros, en una coleta y me miré en el espejo. Tenía senos grandes, buena piel y unos ojos verdeazulados y muy abiertos. También me vendría bien perder cinco kilos, comer más verdura y dormir más. Nada que pudiera arreglar en ese momento, así que tapé lo peor con maquillaje y me prometí vagamente cuidarme un poco más.

En menos de cinco minutos ya estaba en mi esquina, pidiendo un taxi. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que Shreve me enviaba al Haverford, una torre de piedra caliza de dieciséis plantas en el Upper East Side de Manhattan. El edificio, famoso tanto por sus residentes influyentes como por su arquitectura de estilo prebélico, era también la casa de Olivia Kravis, la hija de Charles Kravis —fundador de FirstNews— y mi mejor amiga desde la infancia.

Mi taxi se paró delante del edificio justo cuando llamaba a Olivia. Teníamos pensado quedar para tomar algo el viernes por la noche, pero me quedé atrapada en el trabajo y tuve que cancelar. El contestador saltó al instante.

—Hola, Olivia, soy Clyde —dije, bajándome del taxi—. Estoy fuera del Haverford. No te alarmes, pero han matado a alguien en tu edificio. ¿Puedes averiguar quién es? La policía no dice nada.

—Probé con su móvil, dejé el mismo mensaje y maldije a mi amiga por ser una de esas locas que salen a correr al amanecer.

Metí el teléfono en el bolsillo de mi gabardina y sopesé si podía entrar en el Haverford sin ayuda de Olivia. La policía había acordonado la entrada con barricadas azules y cinta de escena del crimen, y los coches patrulla ocupaban toda la manzana. Varios camiones satélite empezaban a aparcar detrás de mi taxi. Uno era de FirstNews, y reconocí al instante al conductor.

—¡Eh, Rich! —grité, haciendo señas desde la acera.

Mientras aparcaba, se abrió la puerta de la furgoneta y salió mi equipo del día: Aaron, el técnico de sonido; Dino, el cámara; y Jen, la productora de campo. Ya había trabajado con ellos y sabía que eran un equipo curtido y eficiente. Empezábamos bien.

—¿Quién sale hoy? —le pregunté a Jen.

Me pasó un auricular.

—Alex Amori.

Gimoteé.

—Dime que no es verdad.

Alex era la estrella emergente de FirstNews. Había sido un abogado litigante en Washington, DC, que había salido unas cuantas veces en CNN y GSBC como comentarista antes de que nuestra cadena lo fichara como colaborador fijo. El director de la oficina lo había traído a Nueva York con un sueldo de escándalo. En menos de seis meses pasó de comentarista a corresponsal nacional, cubriendo desde el procesamiento de un tiburón de las finanzas hasta un escándalo de sexting en el Congreso. Alex era la versión periodística de la triple amenaza: sabía escribir —y hablo de escribir de verdad —, sabía hablar y, por si fuera poco, era de una telegenia deslumbrante. Además, era muy consciente de sus cualidades y daba por hecho que todas las mujeres de este lado del Atlántico estaban dispuestas a todo por acostarse con él. Probablemente muchas sí.

Pero yo no. Había trabajado con Alex dos veces en *Topical Tonight*, el programa nocturno de noticias donde yo era productora de segmentos, y las dos veces me soltó el mismo piropo gastado:

«Una mujer tan guapa como tú estaría mejor delante de la cámara».

Le había dicho que, si quería ligar conmigo, lo mínimo que podía hacer era inventarse algo más original.

Asomé la cabeza dentro de la furgoneta. Olía a bocadillos de desayuno, sudor y equipo eléctrico.

—¿Alex no viene con vosotros?

Jen alzó la vista del portapapeles.

—Va de camino. Llega en cualquier momento.

—Oye, Dino —llamé al cámara—. Prepara el encuadre con Jen mientras yo voy a ver qué puedo sacarles a los policías.

La mayoría no lo sabe, pero los productores de televisión no pasamos el día en las salas de edición editando material. Más a menudo de lo que se cree, somos los verdaderos sabuesos del

periodismo: recorremos calles, seguimos pistas, entrevistamos fuentes y usamos cualquier medio para sacar la noticia. Calculé que tenía al menos cinco minutos antes de que el enlace satelital estuviera listo, tal vez más, teniendo en cuenta que no podíamos emitir en directo sin Amori.

Repasé la multitud y vi el habitual despliegue de agentes, supervisores y técnicos. Mi mirada se posó en un guardia uniformado, apartado del grupo principal. Luego pregunté al resto del equipo si alguien tenía un café de sobra. Resultó que Aaron aún no había tocado el suyo.

—Es para el equipo —le dije mientras me lo entregaba a regañadientes—. Te debo una buena.

Aunque con el café, no me parecían muy halagüeñas mis posibilidades. El guardia medía casi dos metros, rondaba los veintitrés años y tenía la mirada apática de alguien que se había alistado en la policía por la media pensión a los veinte años.

Le entregué el Starbucks, a ver si así se le soltaba la lengua.

—Clyde Shaw. Productora senior de FirstNews —dije, mostrándole mi sonrisa más convincente—. ¿Sabes quién lleva el caso?

Oficialmente, debíamos conseguir la información de los portavoces de la Policía, cuyo trabajo consistía en hacer quedar bien al departamento y al jefe. Pero en la práctica, todos teníamos contactos en el cuerpo que o no conocían las normas o directamente les importaban un pimiento. Contaba con que mi chico encajara en alguna de esas dos categorías.

El guardia quitó la tapa y se tragó un buen trago.

—Tienes ojos, Pelirroja. ¿A quién ves entrar y salir del edificio? — Tenía un fuerte acento de Long Island y unas ojeras marcadas.

Miré por la puerta principal del Haverford y vi a John Restivo. Era uno de los detectives más veteranos de Homicidios del Norte de Manhattan, lo que quería decir que la NYPD iba a fondo con la investigación. Y eso solo podía significar una cosa: la víctima no era la esposa consentida de algún gestor de fondos; era un nombre, y

probablemente de peso. Por Olivia sabía que en su edificio vivían un exgobernador, dos productores de cine, una actriz premiada con el Oscar y su marido, una estrella de música country, además de un buen puñado de banqueros y abogados influyentes.

—Restivo —dije—. ¿Con quién le han asignado?

En Nueva York, cada vez que hay un asesinato, asignan a un detective de la comisaría donde aparece el cuerpo y a otro del departamento de Homicidios de la ciudad. Estábamos en la "diecinueve", la comisaría del distrito diecinueve.

El oficial me miró con cara de piedra. No iba a soltar prenda.

—¿Y el médico forense y el equipo de levantamiento de pruebas? ¿Han llegado ya?

No respondió. No avanzaba y se me acababa el tiempo.

—Una última pregunta. ¿Ya te han dicho quién es la víctima?

Se pasó la mano por la barba de un día.

—Buena jugada.

—Venga ya. Puedes decírmelo. ¿Qué te parece si yo digo un nombre y tú asientes o niegas?

Había estado en el edificio de Olivia varias veces y conocía a algunos de los residentes más famosos del Haverford. Con tantos policías en la escena, era muy probable que la víctima fuera uno de ellos.

El oficial soltó una risotada, divertido por mi insistencia. No era la reacción que esperaba, y él lo sabía.

—Te doy un diez por intentarlo, señora. Pero no va a ser. Gracias por el café —dijo, levantando su taza.

Estaba a punto de echarle un rapapolvo cuando el teléfono empezó a vibrar en el bolsillo de mi impermeable. Era un mensaje de Jen: «Satélite listo. En directo en cinco», para avisarme de que ya teníamos conexión satelital y tocaba salir al aire.

En treinta segundos estaba de vuelta en la unidad móvil, lista para empezar. Alex, mientras tanto, no estaba por ninguna parte.

—¿Dónde está Amori? —le pregunté a Jen.

Miró alrededor con gesto de desconcierto.

—Estaba aquí hace un momento.

Doblé la esquina corriendo, abriéndome paso entre la multitud que rodeaba la entrada del edificio. Como productora de Alex, era mi responsabilidad asegurarme de que estuviera en su sitio en todo momento, y faltaban menos de cinco minutos para salir en directo y transmitir al informativo. Si no lo conseguíamos y todo se iba al traste, solo habría una persona a la que echarle la culpa: a mí.

Por suerte, no me costó encontrarlo. Alex estaba justo donde me temía: en el camión de GSBC.

Teníamos corresponsales atractivos, pero GSBC nos ganaba con al menos un par de chicas despampanantes. Parecían sacadas de un desfile de moda brasileño, y Penny Harlich, la corresponsal con la que Alex estaba entretenido charlando, era su Gisele Bündchen. Llevaba un pelo rubio dorado, un cuerpo de infarto y una piel radiante. Tuve que contenerme para no ir y arrastrarlo de vuelta a su sitio tirándole de las orejas. Saqué el móvil y escribí un mensaje seco: «Muévete a la cámara. Estamos EN DIRECTO YA».

Alex apartó la mirada del escote de Penny lo justo para mirar el teléfono.

Un momento después, estaba a mi lado. Puse los ojos en blanco mientras corríamos hacia Jen y el equipo.

—¿GSBC? Anda ya, Alex. No tontearías con un abogado del bando contrario, ¿no?

Me dedicó una mirada.

—Bueno...

—No contestes.

Nos paramos junto al camión. Extendí la mano.

—El guion, por favor.

Me tendió un folio mientras Aaron le enganchaba el micro en la solapa. Leí lo que había escrito. No estaba mal, sobre todo para alguien con tan poca experiencia en televisión. Reescribí el inicio y se lo devolví.

—He hecho unos ajustes.

Leyó mis correcciones y me lanzó una sonrisa.

—Inteligente *y* hermosa.

Pocas chicas resistían sus ojazos de cachorro y su voz ronca. Si me hubiera hecho caso cuando llegó a FirstNews, quizá yo tampoco habría aguantado. Pero eso fue antes del picnic de verano. Resultó que era más perro que cachorro.

—Atento, tío.

Aaron le pasó el cable bajo la ropa y lo enchufó al teléfono del camión. Yo ya tenía el IFB —retroalimentación interrumpible— en un oído y el móvil, conectado con el productor ejecutivo del programa, aplastado contra el otro.

—Cierra ya —le dijo el director al presentador por el IFB—. A Alex. ¡Ya! ¡Ya! ¡Ahora!

Me coloqué detrás de Dino mientras subía la cámara al hombro.

—Tres, dos, uno —conté con los dedos, señalando a Alex para que empezara.

Durante dos minutos, Alex repasó todo lo que sabíamos, que era casi nada: un cadáver, un edificio de lujo, muchos agentes. Los presentadores le hicieron un par de preguntas sobre si la policía tenía pistas —si las tenían, no las soltaban— antes de que el director nos ordenara cerrar. Alex soltó unas frases más sobre que seguiríamos la investigación de cerca. En el corte publicitario, el productor ejecutivo me avisó de que volverían a nosotros en quince.

Aplaudí.

—Hablemos del próximo directo.

Todos gimieron, salvo Alex, que, la verdad, me había impresionado con su entrega. Más allá del físico, la dicción perfecta y la capacidad de recitar un guion con el griterío alrededor, también había pillado lo más difícil del periodismo de sucesos: el tono. Odiaba admitirlo, pero la cadena tenía razón al apostar por él.

—¿Ya has cambiado de opinión?

Alex se acercó hasta mí, tan cerca que pude oler el jabón que se había puesto esa mañana.

Clavé el tacón en el suelo.

—¿Sobre qué?

—Sobre mí. Admítelo. Soy bueno.

—Hazme un favor, campeón, y la próxima vez que falten minutos para salir al aire, estate donde debes.

Inclinó la cabeza.

—No soy un crío, ¿sabes?

—Por supuesto que no. Nunca le darían su propio programa a un crío.

Su sonrisa despreocupada desapareció. —¿Sabes lo del programa? ¿Cómo coño lo sabes?

Arqueé una ceja. —¿Tengo pinta de haber nacido ayer?

—No creo que quieras oír la respuesta.

Que Alex pensara que era vieja no era exactamente un drama, pero alguien debería enseñarle una foto de Demi Moore. Los cuarenta eran los nuevos treinta, y con esa cuenta, yo tenía veintiséis.

—Tengo que hacer una llamada. ¿Por qué no vas a coquetear un rato más con Penny Whorelick a ver si te suelta quién es la víctima?

Mi equipo se echó a reír mientras pasaba rozando a Alex. —Buena esa, Clyde —gritó Dino.

—Penny me dijo que la víctima es una mujer —Alex me paró en seco.

Me di la vuelta. —¿Qué más?

—La ama de llaves la encontró con un costado de la cabeza destrozado y la cara hecha papilla. Va a hacer falta un buen equipo de limpieza.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? ¿Por qué no estaba eso en tu guion?

Cuadró los hombros. —Le di mi palabra. Además, no saldrá con eso hasta que tenga confirmación.

Negué con la cabeza. —Y una mierda que no. En una noticia de última hora como esta, no se espera confirmación.

—Dijo que no confía en la fuente.

—O quizás es todo un montón de mentiras.

Se cruzó de brazos. —Al menos yo saqué algo. ¿Y tú? ¿Te soltó algo útil ese policía? —Se regodeaba abiertamente.

Alcé la barbilla. —¿A qué viene eso?

Alex se rio. —Ese policía tiene barba de dos días y unas ojeras más grandes que ese trasto rojo que llevas. —Señaló el bolsón rojo que colgaba de mi hombro—. Te acercas con tus tacones y un café de esos caros y crees que va a soltarte todo porque eres tan malditamente considerada.

Me encogí de hombros. —A veces funciona; a veces no.

Negó con la cabeza, riéndose otra vez. —Admite que malgastaste el café.

Estaba a punto de ceder cuando oí gritos en el auricular. Era el productor ejecutivo del programa de noticias dominical. —Cambio de planes, Clyde; volvemos contigo en cinco.

—¿Cinco? —chillé—. No estoy lista.

—Pues prepárate.

—Te digo que no tengo nada. —No pensaba usar lo que me dijo Penny hasta tener una confirmación independiente. Podía haberse inventado todo para que lo soltáramos en antena y quedáramos como unos idiotas si luego no era cierto. Mi instinto me decía que no era tan lista para una jugada así, pero nunca se sabe. El caso es que hay buenas razones para no ir a buscar pistas al bando enemigo.

El EP volvió a gritarme al oído. —¡Pues consígueme un transeúnte, por Dios! Vamos a hacer un *vox pop*.

Vox pop era la abreviatura de *vox populi*, es decir, voz del pueblo. Tras colgar, escudriñé la multitud en busca de alguien a quien meter en plano con Alex, pero todos eran policías o periodistas. Entonces caí en la cuenta de Olivia. Alex podía entrevistarla por teléfono. La llamé por segunda vez, pero otra vez saltó el buzón de voz. —Olivia, estoy desesperada. Llama en cuanto oigas esto. —Dando vueltas, frustrada, algo al otro lado de la calle llamó mi atención: un destello del característico uniforme verde de los porteros y conserjes del Haverford.

—¡Eh, tú! —grité, abriéndome paso entre un par de coches patrulla. El portero nocturno del edificio de Olivia soltó el cigarro y lo aplastó con un oxford negro de cuero. En la parte superior izquierda de la chaqueta lucía el nombre del Haverford, y debajo, el suyo.

Andrew era de complexión compacta, pelo rubio ceniza, ojos azul pálido y una cara que delataba una juventud de broncas en callejones con tías sueltas. Solo llevaba unos meses en el edificio de Olivia, pero en ese tiempo había fantaseado con él más de lo que me gustaría reconocer. ¿Qué le voy a hacer? Me parecía una pasada de sexy, y hasta donde yo sabía, no había pecado en imaginarse cosas.

—¿Quieres uno? —Me ofreció un paquete de Marlboro Gold. Vi un tatuaje asomar por su manga.

Negué con la cabeza. —Lo dejé hace mucho. —La primera de muchas cosas que había dejado con los años. Los tatuajes se suponía que también iban en esa lista.

Se le frunció el ceño. —¿Estás bien?

—Podría estar mejor. —Señalé con el pulgar hacia el enjambre de periodistas—. ¿Qué te parecería salir en televisión?

—¿Trabajas para FirstNews? —Su voz profunda casi me hace olvidar por qué estaba allí. Dios, qué tío más bueno.

Asentí. —¿Me haces este favor?

Se encogió de hombros. —No sé. ¿No crees que...?

Lo interrumpí. —Vamos, te debo una —dije, arrastrándolo con una mano y haciendo señas a Jen con la otra. Algo que había aprendido en quince años en el oficio: cuando tienes que meter a alguien en directo y solo te quedan segundos, *no sé* quiere decir *sí*.

Al otro lado de la calle, Aaron le puso el micrófono a Andrew y le hizo decir unas palabras para probar el sonido. Solo tuvimos tiempo de sacar al equipo de GSBC del plano antes de ponernos en antena otra vez.

Alex miró fijamente a cámara, impasible. —Estoy frente al Haverford, el exclusivo edificio de la calle Setenta y Dos Este, donde a primera hora de esta mañana la policía acudió a una llamada de emergencia al 911. Según varias fuentes, ha habido un asesinato en uno de los apartamentos. —Giró ligeramente hacia su entrevistado —. Le presento a Andrew Kaminski, portero del edificio. Señor Kaminski, ¿qué puede contarnos sobre lo sucedido aquí?

Andrew se rascó la nuca. La cámara captó un nuevo destello de escamas verdes y el rojo de una lengua bífida. —Asesinaron a Olivia Kravis.

dos

Lo primero que pensé fue que se había equivocado. Hablé con Olivia el viernes. Habíamos quedado para tomar algo esa noche, pero me quedé atrapada en la oficina siguiendo una pista en un caso de desaparición y tuve que cancelar en el último momento. Olivia parecía bien al teléfono, pero ahora estaba muerta. Y no solo muerta: asesinada. ¿Qué le había dicho Penny a Alex? *¿La cabeza destrozada? ¿La cara hecha papilla?* Se me doblaron las rodillas.

Jen se acercó y me sujetó por la cintura.

—¿Estás bien?

Abrí la boca para decir algo, pero no me salió ni una palabra.

—¿Clyde?

—No me soltó ni un segundo. Estoy segura de que me habría desplomado si me hubiera soltado.

—Respira hondo. Estás en shock. ¿Respiras?

Asentí. No podía hacer otra cosa. En mi mente solo tenía una pregunta: ¿quién le había hecho aquello?

¿Quién te mató, Olivia?

Me saqué el IFB del oído y se lo entregué a Jen.

—Creo que voy a vomitar —dije, agachándome detrás de la furgoneta justo a tiempo.

Me limpié las comisuras de la boca y volví para ver cómo Alex terminaba la emisión.

—Para quienes no la conozcan, Olivia Kravis es la hija del fundador de FirstNews, Charles S. Kravis. Fue una activa filántropa, recaudando fondos para varias instituciones culturales de referencia en Nueva York. También dirigía la Fundación Familiar Kravis, que

financia programas educativos y de salud para niños sin recursos en Estados Unidos y en el extranjero.

Noté el escozor de las lágrimas en los ojos y supe que tenía que salir de allí antes de desmoronarme.

—Jen —dije—. Tengo que...

—Ve —murmuró con los labios—. Yo me encargo de esto.

El Carlyle no estaba lejos, y sabía que a esa hora tendría el baño del bar del hotel para mí sola. Llegué en menos de cinco minutos, empujando las pesadas puertas de cristal que conducían al famoso bar del vestíbulo. Dentro, la luz era tenue y el ambiente, tranquilo: todo lo contrario al caos que había fuera del Haverford. Como esperaba, el baño estaba vacío. Me encerré en el aseo grande y me desplomé en el suelo. Los sollozos me invadieron, fuertes y guturales, y podrían haberme mantenido así toda la mañana si no me hubiera obligado a controlarme.

Me soné la nariz y, con los ojos nublados, volví a mirar el móvil. Pensé en llamar al padre de Olivia o a su hermanastra, pero no los conocía bien. Además, ¿qué les diría? ¿Lo siento mucho? ¿Mis más sentidas condolencias? ¿O lo que en realidad sentía: voy a encontrar a ese hijo de puta que hizo esto y lo destriparé en mitad de la calle? Busqué en el historial de llamadas, buscando el número de Olivia, para ver cuándo fue la última vez que hablamos. A las seis menos cuarto del viernes por la noche. Había llamado, pero no contesté. ¿Cuánto tiempo después la asesinaron? El teléfono se me cayó de las manos y chocó contra el suelo de mármol, mientras mi mente retrocedía hasta los primeros recuerdos que tenía de nosotras.

Conocí a Olivia cuando teníamos ocho años. Entró en la Escuela Livingston para Niñas a mitad del segundo curso, justo después de que su padre, tras superar por fin el luto por la madre de Olivia, se casara con su segunda esposa en una boda que pasaría a la historia por su ostentación, derroche y mal gusto. La prensa lo cubrió todo: desde el tono flor de manzano del vestido de princesa de la novia (era el segundo matrimonio para ambos) hasta el coste de transportar veinte mil rosas con puntas de melocotón en avión desde Ecuador. Pero los detalles que más se comentaron con regodeo no

tenían nada que ver con el lujo o el derroche de la boda de invierno, sino con el pasado de la novia como amante a sueldo (aunque eso era solo especulación), sus orígenes de clase trabajadora y a la hija que tenía de un matrimonio anterior.

Hicimos amistad enseguida, unidas por las cosas que les gustan a las niñas pequeñas: helado de menta con chispas de chocolate, el color púrpura, y por tener el pelo rojo y pecas. Olivia era desgarbada, pura piernas y brazos, con los cordones siempre desatados. Yo era gordita y mandona. Ninguna de las dos era popular —aunque por razones distintas— y nos sentíamos afortunadas de tenernos. Una profesora nos llamó almas gemelas, y siempre las consideré así, incluso después de que la mandaran a un internado en Europa.

Volvió a mi vida cuando tenía veintiséis años. Había terminado la carrera de Periodismo y llevaba unos años viviendo con mi padre, prácticamente sin salida profesional: mis notas habían sido malas, lo mismo que mis prácticas y mi preparación para entrevistas. Trabajaba en Kinko's por un sueldo que siempre gastaba en margaritas aguadas y cócteles empalagosos. Salía con tíos que no me respetaban, discutía con mi padre y cada mes me sentía más desesperada. Estaba en una espiral y no veía salida.

Olivia acababa de volver a Nueva York tras sacarse un máster en políticas públicas y pasar un año como profesora voluntaria en Guatemala. Había empezado a trabajar en la fundación de su padre y quería quedar para cenar o tomar algo. Al principio, ignoré sus llamadas. Me daba vergüenza mi vida. Era una perdedora sin futuro, una decepción incluso para mi padre, que en otro tiempo había creído que era capaz de grandes cosas. Estaba gorda, sin un duro, sin amigos y sin nada parecido a un novio.

Pero Olivia no se dio por vencida. La asociación de antiguas alumnas de Livingston le dio mi dirección y mi teléfono, y un día apareció en mi puerta con una botella de vino en una mano y un ramo en la otra. Sus pecas casi habían desaparecido y se había teñido de rubio fresa, pero mi padre la reconoció al instante.

—Pasa —le dijo—. Está en su habitación.

Olivia me encontró en la cama, en chándal y camiseta ancha, con la mano metida en una bolsa gigante de Lay's.

—Te voy a sacar —dijo, casi gritando de entusiasmo, convencida —y con bastante error— de que una noche en la ciudad lo arreglaría todo. Vería todo lo que me estaba perdiendo, toda la vida y diversión que podría tener, y eso me haría querer poner orden en mi vida. Bajaría de peso, conseguiría un trabajo decente y me mudaría de casa de mi padre. ¡Una noche en la ciudad y *voilà*! Fui con Olivia esa noche porque era más fácil que dar explicaciones. Recuerdo que pensé *Deja que lo vea por sí misma* mientras me levantaba a duras penas de la cama para cambiarme y ponerme un sujetador con relleno y una falda de polipiel. Sobre las tres de la mañana siguiente, Olivia entendió el mensaje.

Pero una vez más, no iba a rendirse.

—No te preocupes. Puedo arreglar esto.

Me tumbó en la cama deshecha, todavía vestida, apestaba a alcohol, sudor y vómito, que me había caído en el pelo cuando vomité en la calle al salir del taxi que nos llevó a casa.

—¿Esto? —dije con voz ronca, mientras la habitación daba vueltas como una peonza, la falda subida hasta el estómago, dejando al descubierto un trozo de encaje amarillo y una buena parte del muslo.

—Tú. Te pondremos las pilas.

Le agarré el brazo. —Escúchame. Nadie va a contratarme. Nadie va a quererme. Mírame, Olivia. Soy una ruina. Solo quiero dormirme y ya no despertarme. Si pudiera morirme sabiendo que a mi padre no le pasaría nada, lo haría sin dudarlo.

—No digas eso. Me cubrió con una sábana. Puso una papelera al lado de la cama. Me suplicó que no hiciera ruido para no despertar a mi padre, que ya había aguantado demasiadas escenas como aquella y debería haberme echado de casa hace tiempo—. Todo va a salir bien. Olivia me retiró el pelo de la frente, igual que hacía mi madre cuando era niña—. En una semana. Ya lo verás.

Todo cambiará. Solo hace falta una cosa, una sola, para que la vida dé un giro.

Dos semanas después, me llamó con buenas noticias: tenía una entrevista en FirstNews. Había una plaza en la redacción central, una especie de beca con nombre importante pero con un sueldo de miseria y sin beneficios. Pero era un trabajo en el sector que quería, y una gran oportunidad para alguien con tan poca experiencia y tan pocas referencias como yo.

Para asegurarse de que triunfara en la entrevista, Olivia me ayudó a revisar el currículum y a ensayar respuestas a posibles preguntas. Incluso me llevó a comprarme un traje nuevo —una chaqueta negra de lana de tres botones con falda a juego hasta la rodilla— y envió a la peluquera de su madrastra para que me hiciera uno de esos cortes tipo Jennifer Aniston que estaban de moda entonces.

Conseguí el trabajo, y me cambió la vida, como ella había dicho. En FirstNews, sentí que tenía un propósito, una estructura, un lugar. Todavía me quedaba un largo camino por recorrer antes de controlar de verdad mis demonios, pero iba por buen camino. Si no hubiera sido por Olivia, quién sabe dónde habría acabado. Le debía la vida.

Abrí la puerta del cubículo y me lavé la cara con agua helada. ¿Y si me hubiera ido antes del trabajo y me hubiera visto con ella para tomar algo el viernes por la noche? ¿Habría podido evitar su muerte? ¿Sabría quién le hizo esto?

La cara destrozada a golpes. La sien destrozada.

Se me hizo un nudo en el estómago por la culpa. «Haré justicia por ti, Olivia. Descubriré quién te hizo esto y pagará. Seré fuerte por ti».

Sobre el lavamanos había una pila de toallitas pequeñas con olor a lavanda, y usé varias para secarme la cara y retocarme el maquillaje antes de salir del baño de señoras. «Contrólate», me repetí. «Por Olivia».

De vuelta en el Haverford, encontré al equipo dentro de la furgoneta, repasando la grabación de la entrevista. En cuanto asomé

la cabeza, Jen me hizo un gesto para que no subiera. Se quitó los auriculares y salió. —¿Estás bien?

—No, la verdad.

—¿Quieres volver a casa? Puedo decirles que...

—No. La interrumpí. No podía volver. Me conocía lo suficiente como para saber que estar sola no me haría bien. Era mejor quedarme allí, en la escena, haciendo preguntas, acercándome a la verdad, al asesino de Olivia. Eso era lo importante.

—Cuéntame sobre la entrevista con el conserje. ¿Qué me perdí?

Jen miró el reloj. —Quieren que vuelvas a la redacción.

—¿Ya? Pensé que querrían que nos quedáramos un rato—. ¿Dónde está Alex? —pregunté, dándome cuenta de pronto de su ausencia.

—Ya va de camino.

—No te preocupes; aún tengo tiempo —le dije—. Diskin viene de las afueras.

Dentro de la furgoneta, puso el clip para mí y me dio los auriculares. Era breve. Después de que Andrew Kaminski identificara a Olivia como la víctima, dijo que el encargado del edificio lo había llamado esa mañana con la noticia. No sabía más detalles del crimen: si había sido un ataque aislado, con qué la habían matado o si la policía tenía sospechosos. Tras varios intentos fallidos, Alex le tiró una pregunta fácil. —¿Cómo están tomando la noticia los otros vecinos del edificio? —preguntó.

Kaminski se rascó la barba de un día. —Están en estado de shock. Nadie espera que algo así pase en un sitio como este. Ni que le ocurra a alguien como Olivia Kravis.

La entrevista terminó y Jen paró la grabación. —Será mejor que vuelvas a la redacción —dijo.

—Siéntate, Clyde; necesito un momento.

Mitchell Diskin estaba solo en su oficina del piso veintitrés, sentado tras un elegante escritorio de caoba. Como antiguo productor ejecutivo, había dirigido la cadena como presidente y director de operaciones durante más de una década —una eternidad

en este negocio— y era conocido tanto por su brillantez como periodista como por su habilidad como empresario.

Sus dedos volaban sobre el teclado mientras yo me sentaba con cuidado en una de las dos sillas de cuero marrón frente a su mesa. Diez segundos después, cerró su portátil plateado, lo apartó y me miró desde el otro lado de la pulida superficie de madera, completamente despejada. —¿Cómo lo llevas?

En los quince años que llevaba en FirstNews, Diskin nunca me había preguntado cómo me encontraba. Y había visto cosas espantosas: cabezas cercenadas, cuerpos mutilados, horrores que a la mayoría les darían pesadillas de por vida.

—Sé que estabais muy unidas —dijo, quitándose las gafas.

—Era como una hermana para mí —dije, con la voz temblándome. Tuve que hacer un esfuerzo para no derrumbarme otra vez.

Algo en el panel de pantallas sin sonido montado en la pared tras de mí llamó la atención de Diskin. Miré por encima del hombro para ver las noticias mientras dos golpes en el marco de la puerta anunciaban la llegada de Alex Amori. Le dio a Diskin uno de los dos cafés Starbucks que llevaba. —¿Nada para Shaw? —preguntó Diskin, señalándome con la cabeza.

Alex se dejó caer en la silla junto a la mía. —Si supiera cómo lo quiere, estaría encantado de traerle café todo el día, todos los días.

El comentario de Alex me habría enfadado si no me hubiera vuelto inmune a la cultura machista de la cadena. Aun así, me alegró ver aparecer a Georgia Jacobs, la presentadora de «Topical Tonight», el programa nocturno de actualidad de la cadena, y una de mis aliadas más cercanas en la red.

—Aquí estoy —anunció con su marcado acento sureño, cerrando la puerta de Diskin tras de sí. Las pulseras de oro le repicaron en el brazo mientras pasaba a mi lado y se plantaba junto a Diskin, recostándose con naturalidad contra una consola barnizada—. Vamos al grano —dijo. Su forma directa de hablar la dotaba de todo el encanto de una Dick Cheney en versión femenina y le había granjeado en el sector una fama de implacable e irascible, pero entre su equipo era conocida sobre todo por su lealtad feroz, su

forma dura de cuidar y una ética rigurosa. Georgia creía en el periodismo de investigación, lo que quería decir que, en lugar de repetir lo que salía en los periódicos o lo que circulaba por Internet —como hacía la mayoría de las cadenas, incluida la nuestra—, nos esforzábamos por ser los primeros en descubrir noticias. No siempre lo lográbamos, pero poníamos más empeño que la mayoría y, como resultado, nos habíamos labrado un respeto entre los del oficio. Todo gracias a ella.

Diskin sacó un mando pequeño de un cajón del escritorio. Pulsó un botón y las paredes de cristal de su despacho perdieron transparencia. —Como sabéis, a Olivia Kravis la asesinaron anoche. Ya he hablado por teléfono con Monica Kravis, la madrastra de Olivia, y con el abogado de la familia. Los Kravis van a hacernos llegar un comunicado, que emitiremos al principio de la hora.

—¿Y eso es todo lo que nos dan? ¿Un comunicado de mierda? ¿Me estás tomando el pelo? —interrumpió Georgia. Y, por si fuera poco, juraba como un estibador.

Diskin se caló de nuevo las gafas de montura dorada. —Delphine Lamont ha aceptado darnos una entrevista —dijo, refiriéndose a la hermanastra mayor de Olivia, hija de Monica por su primer matrimonio. Casada, con dos hijos, vivía en un edificio de ladrillo ocre con vistas a Gramercy Park.

—¿Quién de nosotros hará la entrevista? —preguntó Georgia.

Diskin suspiró. —¿Podemos centrarnos en la cobertura inmediata? He movido algunos hilos con los jefes de CNN, CNBC y GSBC. Han accedido a esperar a que leamos el comunicado familiar. Después, que empiece la caza.

—Como cuando murió Cronkite y CBS fue la primera en dar la noticia —dijo Alex.

Georgia frunció los labios. —Qué consideración —dijo, con ironía.

—Obviamente, hay que reconocer su vínculo con nosotros, pero, aparte de eso, lo trataremos como cualquier otro caso. —Diskin dio un sorbo al café.

—¿Cuál era exactamente su papel aquí? —preguntó Georgia.

—Trabajaba para la Fundación Familiar Kravis —respondió Diskin —. La cadena patrocina su gran cena benéfica la semana que viene.

—Pésimo momento —comentó Alex.

Le clavé una mirada.

Una arruga le cruzó el entrecejo. —¿Olivia no está en la junta directiva?

Diskin se quitó las gafas y se masajeó el entrecejo. —Estás pensando en Delphine. Olivia Kravis no tenía mucho que ver con la gestión diaria, pero como el público la ve como una representante de la cadena, cualquier sombra de escándalo por su asesinato podría causar problemas.

—Ah, ya lo entiendo —dijo Georgia en tono arrastrado—. Esto va de la fusión.

Era un secreto a voces que FirstNews estaba en venta. Años atrás, Charles Kravis había sufrido el primero de una serie de derrames incapacitantes, tras lo cual dejó el cargo de director ejecutivo y entregó la presidencia a Naomi Zell, su directora de operaciones y máxima confidente. Según se rumoreaba, Zell podía con una empresa mediática multimillonaria, pero la salud de Charles Kravis, que seguía empeorando incluso tras su jubilación, había avivado las especulaciones de que la familia querría vender la empresa.

Además, FirstNews no cumplía con las expectativas. La economía deprimida y el descenso en audiencias habían mermado los ingresos publicitarios. La junta no tenía motivos para rechazar una oferta razonable de un conglomerado mayor, con más capacidad para sacar beneficios en el actual clima financiero. Pero una fusión traería recortes y fusiones de puestos, es decir, despidos y ajustes. Nada que ninguno de nosotros quisiera ver. Georgia tenía razón: la muerte de Olivia podía afectar cualquier negociación de fusión; un asesinato hace que la gente replantee sus vidas y prioridades. La familia Kravis podría pensárselo dos veces antes de vender la cadena. Y los posibles compradores también podrían dudar en presentar una oferta si temían parecer buitres tras una pérdida tan espantosa.

Diskin tamborileó con la punta de su Montblanc sobre la mesa. —Por encima de todo, hay que mantener la línea. Esto es una tragedia, y así la trataremos. Las otras cadenas pueden tirar por el sensacionalismo. Dios sabe que GSBC irá a por todas con el morbo, pero nosotros no vamos por ahí. ¿Está claro?

Georgia empezaba a perder la paciencia. —Sí, todos apreciamos la extrema delicadeza del caso. Pero, ¿y los hechos? ¿Sabemos cómo murió? ¿Tenemos algo sobre la escena del crimen?

Intervino Alex. —La asesinaron en su apartamento. Ni juegos, ni drogas.

Me pregunté cómo lo sabía, pero Georgia chasqueó la lengua antes de que pudiera hablar. —No lo sabremos con seguridad hasta que lleguen los informes toxicológicos —dijo.

—Quiero decir que no la encontraron atada y con un traje de látex —replicó Alex—. Descartamos un juego sadomasoquista que se pasó de rosca.

Georgia cruzó los brazos, y las pulseras volvieron a repicar. —Es demasiado pronto para descartar nada. ¿Tienes algo más?

Diskin se aclaró la garganta. —Clyde, esto va a ser duro de oír.

tres

Había pasado diez años sumergida en los detalles más crudos de los asesinatos. Quien trabaja en mi puesto no sobrevive sin desarrollar cierta insensibilidad ante la violencia y el dolor. Y luego estaba mi propio pasado, ese que todos prefieren no contar. Hablan de policías con coraza, pues la mía era de acero. Pero esto… no sabía si lo soportaría. Aun así, no podía dejar que nadie en la sala lo notara. Tenían que creer que era capaz de llevar el caso, si quería tener alguna posibilidad de quedarme en él. Y tenía que quedarme, si quería dedicarme a cazar al asesino de Olivia.

—Agradezco tu preocupación, pero puedo con esto —dije, sonando más segura de lo que me sentía.

Diskin apoyó los codos en el escritorio.

—Monica Kravis me dijo que la policía parte de la hipótesis de que la atacaron el viernes por la noche, al parecer con algún objeto de cristal. El asesino lo usó para golpearla en la cabeza.

—Un apaleamiento —comentó Georgia, con gesto serio.

Sabía, por haber entrevistado a muchos psicólogos criminales, que el apaleamiento, como la estrangulación, era un método profundamente personal de matar, a diferencia, por ejemplo, del envenenamiento o los disparos. Estos permitían al asesino mantener cierta distancia entre él y la víctima; en cambio, golpear a alguien con un objeto requería acercarse. El apaleamiento también denotaba rabia y era más habitual en homicidios cometidos por hombres que por mujeres. Las mujeres solían recurrir al veneno, los coches o las armas para matar. Volví a inhalar hondo, apartando las imágenes horribles que me invadían la mente.

—¿Tenía novio? —preguntó Georgia.

—No tenía —dije—. Hacía tiempo que no tenía ninguno.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Alex.

—Unos años, al menos —dije, preguntándome si Diskin y Georgia esperaban de verdad que traicionara los secretos de Olivia para sacar más partido a la noticia. No lo haría.

—¿Qué hacemos después de anunciarlo? —pregunté, intentando cambiar de tema.

—Actualizaciones desde el lugar de los hechos a las cuatro y a las seis —dijo Diskin.

—Obviamente, quiero cubrir el caso en *Topical Tonight* a las nueve —dijo Georgia, reclamando el caso para su programa.

Georgia era una exfiscal de distrito, una sureña con carácter que había alcanzado la fama como comentarista legal cuando solo existía una cadena de noticias por cable. El programa se había hecho famoso por los casos de desaparecidos, especialmente cuando involucraban a niños o a mujeres jóvenes atractivas, pero cualquier investigación criminal con posibilidades de llamar la atención nacional servía: desde acosos sexuales de políticos hasta asesinatos especialmente brutales. *Topical Tonight* era el programa más visto de FirstNews, y por eso tenía más peso que otros en las decisiones de la cadena.

Aunque me habían asignado la noticia de última hora de esta mañana en el Haverford, no era lo mío. Técnicamente, era una de las productoras de segmentos de *Topical*, un puesto versátil que me obligaba a viajar: un día cubría una oleada de tiroteos en Mobile, Alabama, y al siguiente, una iniciación peligrosa en Boston College que acabó en tragedia. También seguía de cerca los tabloides y periódicos en busca de noticias urgentes, escudriñaba publicaciones regionales buscando casos sin resolver que pudiéramos convertir en casos mediáticos y, de vez en cuando, ayudaba a gestionar la lista de invitados.

—Tú decides qué hacer con tu espacio en antena —dijo Diskin, respondiendo a Georgia—. Pero todo lo relacionado con el caso Kravis debe pasar por Legal y por Estándares y Prácticas. Nada sale al aire sin su visto bueno.

Era habitual que mis guiones pasaran por Legal. La mayoría de lo que emitíamos lo hacía. Pero rara vez había tenido que tratar con

Estándares y Prácticas. Su función era garantizar que todo lo que ocurría en la cadena fuera en interés de la empresa. Si, por ejemplo, algo que Georgia decía en antena ofendía a los seguidores de la Ciencia Cristiana y desencadenaba un boicot generalizado por parte de grupos religiosos, era responsabilidad de Estándares y Prácticas hacerse cargo. Ellos decidían si organizaban mediaciones, emitían una disculpa o defendían el derecho de Georgia a la libertad de expresión.

Diskin señaló a Alex con el bolígrafo.

—Además, él llevará el caso por nuestra parte.

Georgia y yo intercambiamos una mirada. Ya sabía que no le haría gracia. No es que quisiera salir al terreno ella misma —eso sería como si Katie Couric saliera al aire frente a la Casa Blanca—, pero por lo general, el equipo de programación dejaba que Georgia decidiera quién cubría cada caso para su programa. Ella solía tener la última palabra. Pero esta vez, al parecer, no.

—Supongo que esto ya está decidido.

Georgia se metió los pulgares en las trabillas de los vaqueros. Llevaba su ropa de diario: una camisa de hombre, vaqueros y una cantidad generosa de diamantes y oro.

Diskin asintió, mirándola fijamente a los ojos.

—Él fue el primero en llegar.

—¿Y yo? —pregunté. Yo también estaba allí. Por la misma lógica, esta debería ser mi historia.

—Necesitará una productora. Alex no tiene experiencia en casos de asesinato, y debe trabajar con alguien que sí la tenga. Tú tienes contactos en el Departamento de Policía, y sé que puedo contar con que tratarás a los Kravis con especial sensibilidad —dijo.

Alex se giró hacia mí. Sentía sus ojos castaños clavados en mí.

—Clyde sigue teniendo la última palabra —dijo Georgia, reafirmando su autoridad. Técnicamente, ella era mi jefa directa, y Diskin debía consultarla antes de asignarme a un corresponsal.

Trabajar como productora de segmentos de Alex significaba que estaría pegada a sus pasos mientras durara la cobertura. Tendría que acompañarlo al terreno para los directos e entrevistas in situ, gestionar mis fuentes para conseguir información y pistas, organizar entrevistas en cámara con agentes de la ley y expertos en homicidios, y obtener imágenes de Olivia de sus apariciones públicas para usar como archivo. Había mucho trabajo por delante.

—Tengo algunas reservas —dijo Georgia, aclarándose la garganta—. ¿Y la relación de Clyde con la víctima?

Diskin respondió antes de que pudiera decir nada.

—Su conexión con la familia es justo lo que la convierte en la persona ideal. Tendrá acceso, y, guste o no, eso es algo que debemos tener en cuenta.

Georgia no se convenció.

—Si esto es demasiado duro para ti, Clyde, lo entenderemos. No tienes que hacerlo si no quieres.

—Estoy bien, Georgia. Confía en mí. Quiero este caso.

Ella se giró hacia Diskin.

—¿No te preocupa ni siquiera un poco el conflicto de intereses?

—Dios mío, Georgia, no somos el *New York Times*. —Se pasó la mano por el cuello de su camisa de rayas azules.

Georgia encogió el cuello, como si quisiera esconder la barbilla. —Haré como que no he oído eso. Le importaba la calidad de lo que emitíamos, mientras que Diskin era un hombre de cifras: audiencias masivas y costes mínimos daban ingresos enormes y accionistas contentos. Tenía una esposa, tres hijos en la universidad y una finca de dos hectáreas en Pound Ridge. Todos ellos exigían dinero. Mucho. Demasiado.

Diskin me miró por encima de las gafas. —Profesionalmente, creo que puedes mantener la objetividad al cubrir esta noticia, y personalmente, me siento totalmente cómodo con esto. —De pronto, señaló su reloj de oro—. Tenéis que volver al Haverford. Vamos a emitir en directo de nuevo en el lugar tras leer el

comunicado familiar. Alex y Georgia, iros. Shaw, quédate un momento.

Al salir Georgia, me apretó el hombro. Habíamos vivido muchas cosas juntas: roces con la cúpula de la cadena, noches en vela en ciudades lejanas, sus varios divorcios y mis relaciones que nunca cuajaron. Era más que una jefa: era una mentora y una amiga.

La puerta se cerró con un chasquido y Diskin volvió hacia mí su mirada húmeda. —¿Segura de que puedes hacerlo?

—Lo estoy. Al cien por cien. —Olivia era mi mejor amiga. Le debía haberme rescatado tantas veces y de tantas formas que ni quería recordarlo. Tenía que devolvérselo. Si no en vida, al menos en la muerte. Descubriría quién le había hecho esto. Y luego conseguiría justicia.

—En ese caso, el reloj ya corre —dijo Diskin.

Me levanté, alisé la falda y salí disparada hacia la puerta.

cuatro

Se acabó lo de empezar con ventaja.

El Haverford era aún más caótico que cuando lo había dejado apenas una hora antes: un verdadero hervidero. Quizá Diskin hubiera pactado un acuerdo informal con las demás cadenas para que nosotros informáramos primero sobre el asesinato de Olivia, pero eso no significaba que los competidores se quedaran cruzados de brazos. En cuanto termináramos, ellos ya estarían emitiendo en directo desde el Haverford; en la práctica, tendríamos tres minutos, cinco como mucho, antes de que todas las demás cadenas llenaran sus informativos con la noticia.

Bajé de un salto del taxi y me abrí paso entre la multitud para reunirme con mi equipo. Esta vez, por suerte, todos estaban en su sitio, y mientras esperábamos la señal del director para prepararnos, llamé al jefe de información de la policía para confirmar algunos de los datos que estábamos dando. Era una formalidad, pero este era el tipo de caso en el que los agentes querían hacerlo todo por el libro. Un solo fallo y habría gresca para cualquiera que anduviera por en medio. Los Kravis eran importantes contribuyentes políticos —a pesar de las tendencias derechistas de Charles Kravis, era más pragmático que ideólogo y donaba con igual generosidad a legisladores liberales y conservadores—, lo que significaba que tenían tirón en el ayuntamiento.

—Tres, dos, uno —volví a contarle a Alex. Tenía un papel en la mano, pero no lo miró ni una vez mientras informaba de lo que sabíamos: que Olivia había aparecido muerta en su apartamento esa mañana, sobre las 7:08, hallada por su empleada doméstica; que la policía había llegado al lugar minutos después de la llamada al 911 y había dictaminado de inmediato que se trataba de un homicidio; y que la causa de la muerte había sido una paliza. Los presentadores le dieron las gracias y cortamos.

Dejé escapar un profundo suspiro de alivio.

La sensación duró, oh, unos diez segundos.

En cuanto Dino —apodado Konstantinos— bajó la cámara, me llamó la redacción. Querían otro directo desde la escena del crimen durante el informativo de las cuatro. Y esta vez querían un paquete: un segmento pregrabado de tres a cinco minutos con los siguientes elementos: B-roll (imágenes generales, como nieve cayendo en una historia sobre tormentas invernales); voz en off (el reportero hablando sobre las imágenes); entrevistas grabadas a fuentes; y vox pop.

Si pasabas por encima de la jerga, no era ninguna ciencia exacta. Solo mucho ir y venir. Y solo tenía tres horas y media para montarlo todo. Mientras colgaba, sentía la adrenalina corriendo por mis venas. No hay cocaína que valga frente a una noticia de última hora.

—¿Alguien quiere almorzar? —preguntó Jen. Eran las doce y diez. Aaron se ofreció a ir a una sandwichería de la esquina y empezó a apuntar lo que quería cada uno.

—¿Te apetece algo, Clyde?

Me llamaba Cornelia Shaw, pero casi todos me decían Clyde. En resumen, de niña era alta y, para decirlo suavemente, tenía algo de peso. Además, me encantaba llevar zuecos. Entre todas esas cosas, las comparaciones con un Clydesdale eran inevitables. En el instituto conseguí perder gran parte del peso —había sustituido la comida por chicos y alcohol—, pero el apodo, por suerte acortado a Clyde, se me quedó. En la universidad, durante el posgrado en periodismo y algunos años después, volví a ser Cornelia. Hasta que un día cometí el error de mencionarle mi viejo apodo a Georgia, que lo adoptó al instante, a pesar de mis protestas.

—Es andrógino y único —me dijo, echándome de su despacho con un gesto de la mano—.

»Ahora deja de comportarte como una cría llorona y vuelve al trabajo.

Para que quede claro, de niña nunca fui quejica. Tenía buen expediente en Livingston y participaba en bastantes actividades extraescolares. La mayoría eran más bien tranquilas —el club de francés, el anuario, la revista literaria—, pero un año me decidí a unirme al equipo de natación. Era el otoño de sexto curso, tras un estirón veraniego que, por desgracia, también afectó a mis ya prominentes pechos. El primer día de entrenamiento, una rubia de labios finos de octavo curso, Missy McClintock, me señaló entre las nuevas. Se colocó detrás de mí en la fila para empezar los ejercicios, haciendo la graciosa con mis pechos metiendo una boya bajo el pecho de su bañador y soltando ruidos de pedos con su boca de víbora. Hice como que no me enteraba mientras las demás se reían.

Empeoró, claro. En la piscina, Missy me daba patadas y codazos cada vez que podía; fuera, me llamaba de todo a la cara: Gorda, Tubby y, en un buen día, Dolly P. Ninguna de las otras chicas quería saber nada de mí. Iba sola en los autobuses hacia las competiciones y me excluían de las comidas compartidas y otras actividades de equipo. Al final, se lo conté a Olivia, que se enfadó conmigo por no habérselo dicho antes.

—¿Qué quieres que haga? —le dije—. Missy era mayor que nosotras y más popular que las dos juntas.

Al día siguiente, Olivia se presentó durante el entrenamiento. Ya estábamos todas calentando en el agua, así que no la vi hasta que estuvo sentada en las gradas con mi entrenadora, señalando primero la placa "Charles S. Kravis" en la pared, luego a mí y después a Missy.

Se acabó el acoso. Fue la primera vez que caí en la cuenta de que nunca tendría otra amiga como Olivia. Era una en un millón, y ahora ya no estaba.

—¿Comida, Clyde? —preguntó Jen otra vez.

Negué con la cabeza. La comida era lo último que me preocupaba.

—Pillaré algo más tarde.

Saqué el cuaderno y el bolígrafo y volví al edificio.

Sorprendía lo mucho que podías reunir simplemente estando en el lugar, observando lo que pasaba y hablando con testigos, vecinos, cualquiera. Los buenos productores eran como buenos investigadores: creían en no dejar piedra sin mover. Nunca sabías dónde ibas a dar con un detalle que cambiara el rumbo del caso o levantara interés público. Algo tan pequeño como el color de los cordones de los zapatos de la víctima podía lograrlo, y cuando estabas en medio de un frenesí mediático, cuidabas esos pequeños detalles como si fueran oro en paño.

Estaba a unos tres metros de la barrera policial azul cuando vi a Andrew Kaminski, el portero, salir del edificio. Venía directo hacia mí.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Lo miré bien. Tenía un aspecto espantoso: cara cenicienta, ojos inyectados en sangre.

—¿No debería preguntártelo yo a ti? —dije.

Me puso la mano en el hombro.

—No fui yo quien vomitó en la calle.

Ya parecía que habían pasado días desde que perdí el control detrás de nuestra furgoneta.

—No fue mi mejor momento —admití—. Pero ahora estoy bien. ¿Podemos hablar?

Kaminski sacó un cigarrillo. Se lo encendí.

—¿No fumas y llevas un encendedor elegante?

Sopló una bocanada de humo gris por la comisura de la boca.

—Tiene valor sentimental.

Guardé el encendedor grabado en el bolso y toqué el collar de perlas del tamaño de bolas de chicle que llevaba al cuello. Los dos eran de mi madre.

—¿Hablamos aquí? —preguntó.

De reojo, vi acercarse a Penny Harlich, su larga melena rubia ondeando con el viento otoñal. Unas hojas caídas giraban a sus pies. Agarré a Kaminski del codo y tiré de él. Si Horsedick creía que podía arrebatarme a mi principal fuente así como así, iba lista. —¿Te invito a un café?

Me mostró la mano temblorosa. —Demasiada cafeína ya. Los polis me han metido un chute —dijo, señalando hacia el Haverford —. Seguro que llevaban una hora dándome la vara.

Eché una ojeada atrás. Penny no nos soltaba. Aumenté el ritmo. —¿Un zumo?

—Me voy a casa.

—Te acerco entonces.

Encogió los hombros. —Voy en tren.

—Genial, te acompaño a la estación. —Penny no tenía ninguna opción con esa minifalda tan ceñida. Yo también llevaba una, pero le había dicho al sastre que me abriera un poco más la raja trasera. Así podía caminar rápido —o incluso salir corriendo— sin problemas.

En cuanto doblamos la esquina hacia Lexington, fui al grano. —¿Qué te dijeron los polis?

—Querían saber cuándo vi por última vez a Olivia.

—¿Y eso cuándo fue?

—El viernes por la noche. Sobre las diez.

Me paré en seco. —Un momento... ¿fuiste el último que la vio viva?

Dio una calada al cigarrillo. —A lo mejor no debería estar hablando contigo.

—Olivia era mi mejor amiga. Necesito saber lo que sabes. Necesito saber quién le hizo esto. —Lo miré fijamente hasta que bajó la vista al suelo agrietado bajo sus pies.

—¿Me lo preguntas como amiga o como periodista? —dijo.

—Como amiga.

Se desinfló. —Lo siento, pero no debería hablar contigo.

—Si te parece, podemos hablar bajo anonimato —dije.

—¿Qué quiere decir eso?

Le expliqué que *background* significaba que podía usar lo que me contara, pero sin citarlo. Nos apartamos para ceder el paso a

uno de esos cochecitos gemelos enormes. —Por favor, Andrew. Me conoces. Me has visto con Olivia. Puedes confiar en mí.

Kaminski se encogió de hombros. —No vas a usar mi nombre, ¿verdad?

Asentí, sacando el bolígrafo y un cuaderno espiral del bolso mientras seguíamos andando. —Entonces, ¿habías terminado el turno cuando te vi?

—Ya había llegado a casa. Estaba a punto de meterme en la cama cuando me llamó el conserje diciendo que tenía que volver.

—Tu turno es de once a siete, ¿no? —La mayoría de los edificios del Upper East Side tenían los mismos horarios: de siete a tres, de tres a once, de once a siete.

—El que me precedía necesitaba salir antes y el conserje no podía cubrirlo. Llegué al Haverford a las nueve. La señorita Kravis entró sobre una hora después.

—¿Sobre las diez? ¿Seguro?

—Sí, más o menos.

—¿Venía con alguien?

—Su amiga. La que tiene un buen... —noté que iba a decir *par*, porque lo sorprendí mirándome el mío, pero se lo pensó mejor—. Tipo con buen cuerpo.

Asentí, con el estómago hecho un nudo. Todo se había complicado mil veces más. —¿Subió alguien más a verla?

Negó con la cabeza y soltó más humo.

Joder. —¿Estás seguro?

Volvió a asentir.

Suspiré, obligándome a centrarme en lo que sabía con seguridad. Dar una paliza no era cosa de débiles, ni de corazón ni de cuerpo. Olivia medía como yo —un metro setenta y cinco— y era delgada como un alambre, pero más fuerte de lo que aparentaba. Corría el circuito del embalse siempre que podía, hacía yoga un par de veces por semana, y el año pasado había subido al Kilimanjaro en África. Sabía que la amiga de la que hablaba Kaminski era Rachel Rockwell, aunque nunca la hubiera conocido en persona; había visto fotos suyas. Tenía ojos marrones cálidos, rasgos exóticos y una larga melena oscura. Su complexión menuda hacía difícil imaginarla

dominando a Olivia, pero tampoco podía descartarla. La ira era poderosa: convertía a los dóciles en fieros, a los humanos en bestias. Ya lo había visto ocurrir.

—¿Recuerdas algo más? ¿Estaban de buen rollo o se notaba que habían discutido?

—Pues su amiga llevaba un abrigo de piel. De un color morado, tirando a morado.

No es que uno se ponga un abrigo de piel morado para ir a matar. Si Rachel había matado a Olivia, tenía que haber sido en un arrebato, o sea, *un crimen pasional*. Pero ¿piel morada? A la audiencia le encantaría ese detalle. Me repugnaba pensarlo, pero ya veía el titular en el teletipo: "Sospechosa en el caso Kravis llevaba abrigo de piel morada, según testigo". Como productora, vivía para esto. Como amiga, estaba destrozada.

—¿Cuándo se fue la amiga de Olivia?

—No se fue. —Andrew se detuvo en la entrada de la parada del metro de Hunter College. Un grupo de chavales pasó a nuestro lado con mochilas y vaqueros, gritando y saltando. Los dejamos pasar—. Estoy hasta las siete. Después viene el del turno de día. Si salió por la puerta principal, no fue mientras yo estaba.

—Vamos, seguro que haces pausas. ¿Vas al baño? ¿Llamas a alguien?

—Sí, claro.

—¿Y la entrada de servicio?

Edificios como el Haverford tenían cámaras de seguridad en todos los accesos y salidas, y también en los ascensores. Los sistemas más modernos grababan en discos duros digitales —no en cintas VHS— y podían almacenar hasta dos semanas de vídeo.

Arrojó el cigarrillo al suelo y lo aplastó con el talón. —De eso no tengo ni idea. Mejor que preguntes a la policía. O al superintendente.

Me pasó por la cabeza que Rachel podría haber sido asesinada junto con Olivia, pero no creía que se tratara de un doble homicidio —la Policía la habría anunciado desde el principio. Pensé que habría

logrado escapar del edificio sin que la vieran. Pero, ¿huía del asesino o de la escena de un crimen que ella misma había cometido?

Andrew miró hacia las escaleras que bajaban al andén del metro. —¿Hemos terminado?

—Por ahora. ¿Por qué no vuelves a casa, duermes un poco, te duchas y luego hablamos para quedar en otra entrevista? Esta vez ante la cámara —me aventuré.

Me miró fijamente.

—No me juzgues. Cada uno tiene su trabajo.

Guardé la libreta y el bolígrafo en el bolso. —¿Has oído hablar de Georgia Jacobs?

—Claro que he oído hablar de ella.

Se rascó la nuca y volví a ver las escamas verdes que tenía en el antebrazo. —Pero mi jefe dice que si vuelvo a salir en cámara, me echa.

—No puede hacer eso. El sindicato no se lo permitiría.

—Lo siento, pero no es así de simple. Si los vecinos del edificio me quieren fuera, encontrarán una excusa. Pueden buscarme problemas por cualquier cosa.

—Mientras no hayas firmado un acuerdo de confidencialidad, no pueden despedirte por hablar con la prensa.

Negó con la cabeza. —No merece la pena.

No merece la pena. Algo en sus palabras me chirrió. —Olivia está muerta, Andrew. Puede que para ti no sea más que una rica mimada, pero tenía una familia que la quería y amigos que la echarán de menos.

Le tendí la mano. —Gracias por la entrevista.

—Espera. No era mi intención ofenderte. Lo sabes.

—Sí, claro que lo sé —dije con sequedad—. Mi amiga está muerta, y tú solo piensas en tu trabajo.

Pareció arrepentido. —Déjame invitarte a cenar.

Tosí. No me lo esperaba. —No creo que sea buena idea.

—¿Puedo tener tu número?

—No.

—No es para una cita.

Se metió las manos en los bolsillos. —Si descubro algo sobre lo que pasó... ¿cómo te localizo?

Intentaba tenderme una trampa, pero cabía la posibilidad de que Andrew tuviera acceso a información útil, y no podía descartarlo así como así. Saqué mi tarjeta de visita y se la di. —Si es urgente, llámame al móvil. Casi nunca estoy en la oficina.

Iba de vuelta al Haverford cuando recordé desactivar la vibración del teléfono. Había perdido cinco llamadas, todas de Jen.

Descolgó al primer timbrazo. —¿Dónde estás? —Su voz sonaba alterada.

—No muy lejos. Estaba hablando con el portero.

—Será mejor que vuelvas.

—Ho-stick nos ha birlado la primicia —anunció Jen en cuanto llegué a la furgoneta.

Mientras yo hablaba con el portero, ella había hablado con alguien que sabía lo de la visitante femenina de Olivia. Peor aún, esa persona conocía lo del abrigo de piel morado. La primera gran primicia debería haber sido mía, y Penny Harlich me la ha quitado delante de mis narices.

Alex no opinaba lo mismo. Estaba en el camión, que apestaba a los sándwiches grasientos que Aaron debió de traer para el equipo a la hora de comer. Señaló a Harlich en uno de los monitores. —Es guapa, por eso crees que no es inteligente, pero sí lo es, y además es ambiciosa. La subestimas, y por eso nos representa una amenaza.

—Ha tenido suerte —mascullé.

Alex resopló. —Nos va a machacar si no subimos el nivel.

—De acuerdo. Pero no soy la única en este equipo. Penny es un buen recurso en antena *y* consigue primicias. ¿Dónde están las tuyas?

—Estoy en ello —murmuró.

—Y yo también.

Salí de la furgoneta y fui directa al edificio. Penny Harlich tenía un contacto en la Policía. No había otra explicación. Nadie más podía saber lo de la visitante salvo un agente. Ella tenía un chivatazo; ahora me tocaba encontrar el mío. Empecé a marcar, pero entonces lo vi. De pie a unos tres metros del toldo, prácticamente delante de mí, estaba el detective Neal Pandowski, alias Panda.

Panda y yo nos conocimos cinco años antes. Yo cubría la violación y el asesinato de una estudiante de la Universidad de Nueva York, y Panda era uno de los detectives del caso. La víctima, una chica hermosa de origen indio, había desaparecido varios días antes de que su cuerpo apareciera debajo de un colchón en una habitación vacía de su residencia universitaria. Como la policía y la universidad no cerraron el edificio en cuanto supieron que Anjali había desaparecido, algunos argumentaron que las pruebas del escenario del crimen podían haberse alterado o perdido. A Panda lo criticaron por no ordenar el cierre, pero convencí a Georgia de que defendiera su decisión, dadas las circunstancias de entonces. Un mes después, cuando Panda resolvió el caso y el asesino confesó que la había agredido sexualmente y estrangulado, su supuesto error quedó en el olvido. Aun así, me lo agradeció, y me había devuelto el favor varias veces siendo mi mejor contacto en la Policía de Nueva York.

Como Panda estaba en la calle charlando con un grupo de agentes, y no arriba, estudiando la escena del crimen, podía deducir dos cosas: primero, que su compañero, Tom Ehlers, había sido emparejado con el detective de Homicidios Norte; y segundo, que Panda estaba mosqueado por no haberse quedado con el caso. A los sesenta, se acercaba a la jubilación y no tendría muchas más oportunidades de resolver un caso de este calibre. Para ser sincero, me venía bien que no lo hubiera pillado él. Significaba que tendría acceso a toda la información del caso *y* tiempo de sobra para compartírmela.

Le hice una seña. Negó con la cabeza. Sabía lo que quería decir: *Ahora no.* Cinco minutos después, sonó mi teléfono. —¿Ya has

comido? —preguntó al responder.

Todavía no. Sugerí nuestro sitio de siempre.

—Nos vemos en diez —respondió.

Pastrami Queen era un pequeño local cerca del Hospital Lenox Hill, en el Upper East Side. Tras el mostrador se amontonaban todo tipo de encurtidos, ensalada de col, knishes, brisket, pastrami, corned beef y cosas por el estilo. El suelo estaba cubierto de baldosas blancas y una tele plana colgada mostraba ESPN. Panda me había descubierto el sándwich de corned beef con pan de centeno de Pastrami Queen, extra jugoso, y la mayoría de nuestras citas terminaban allí, con cerveza de raíz, medio agrios y enormes sándwiches que parecían matar arterias. Cuando llegué, ya estaba allí. Dos latas de cerveza de raíz sin abrir estaban sobre la mesa forrada de plástico, delante de él.

Me dejé caer en la silla y abrí una de las latas, bebiendo directamente de ella. Mientras me sacaba el impermeable, eché un vistazo a la sala. No había ni policías ni periodistas: podíamos hablar.
—Necesito saberlo todo.

—¡Anda, Clyde! Pensé que al menos dirías algo de mi corbata antes de empezar a sacarme información.

Panda tenía diez kilos de más, una sonrisa bobalicona y entradas pronunciadas. Aunque probablemente podía permitirse algo mejor, prefería trajes de los de toda la vida frente a los de diseñador que llevaban algunos de la brigada. También era un fanático de las corbatas de mal gusto, como la que lucía ese día, con lubinas fumando.

—Pescado ahumado —dijo.

—Qué gracia —dije con sorna.

—¿Qué pasa? Pensé que al menos te sacaría una sonrisa.

—Conocía a la víctima. Era mi...

No pude seguir.

—Lo sé, Clyde —me dio unas palmaditas en el dorso de la mano. Panda había perdido compañeros en la policía y un hijo por leucemia. Sabía que entendía por lo que estaba pasando. —¿Estás preparado para esto?

Asentí, conteniendo las lágrimas que amenazaban con brotar. —Me han emparejado con un novato.

—¿No estás cubriendo el caso por Georgia?

—No del todo. Estoy trabajando con uno de nuestros nuevos reporteros. Ambos fuimos los primeros en llegar a la escena.

Se echó hacia atrás en la silla mientras nuestros sándwiches llegaban en dos cestas de plástico rojo forradas con papel pergamino. —Este debe de ser un caso delicado para FirstNews.

—Vaya que sí. No toqué el sándwich. El estómago lo tenía cerrado y no había indicios de que fuera a abrirse.

Panda dio un mordisco a su sándwich y masticó en silencio un minuto entero mientras yo bebía mi cerveza de raíz. Limpiándose la mostaza de la comisura de los labios, empujó mi cesta un poco hacia mí. —¿No comes?

—No tengo hambre.

—Eso sí que es nuevo.

Me encogí de hombros.

—Come, Shaw. Necesitas fuerzas.

A regañadientes, di un mordisco y mastiqué. Luego otro, y seguí masticando. Comer en piloto automático, eso es lo que hacía.

Panda miró hacia el fondo del local. —Se me había olvidado que quería lavarme las manos. Dejó una bolsa de pruebas boca abajo sobre la mesa y se levantó. —Ahora vuelvo.

Le di la vuelta a la bolsa. Llevaba escrito "Kravis" con un rotulador permanente. ¿La llevaba al laboratorio para Ehlers? Había un protocolo: las pruebas debían ir directas al laboratorio, donde los técnicos las analizaban en busca de huellas, fibras, células de piel o cabellos. Ehlers debía de haber encontrado algo después de irse y le había pedido a Panda que la llevara. Miré hacia la puerta del baño. Tenía tiempo de echar un vistazo, y si alguna vez hubo una ocasión para saltarse las normas, era esta. Pero no podía hacerle eso a Panda. Confiaba en mí. Si necesitaba saber lo que había dentro, me lo diría.

Di otro mordisco al sándwich. Panda volvió a la mesa y dejó la bolsa otra vez en su regazo con una sonrisa. —¿Tus jefes están preocupados por lo que encontramos en la escena?

—¿Qué *encontraron*? —La pierna me iba a mil bajo la mesa—. Me han dicho que no había indicios de drogas ni de actividad sexual.

Se sirvió la cerveza de raíz en el vaso. —Los informes toxicológicos tardarán semanas en estar listos. Pero no encontramos drogas en la escena, y la víctima no tenía moretones típicos de una agresión sexual. Aunque no llevaba ropa interior.

Le lancé una mirada exasperada. —Es la moda. Muchas chicas van sin bragas.

—Puede que sea un vejestorio, pero no me digas que eso es higiénico.

Me reí a pesar de todo. Luego volví a ponerme serio. —¿Qué más encontraron?

—¿Te refieres a esto? —Sacó la bolsa de su regazo, la abrió y sacó un puñado de sobres de mostaza.

—¿Me estás tomando el pelo? —Me desplomé en la silla y eché la cabeza hacia atrás, mirando al techo.

—Lo siento, Clyde. Pero este caso no es como los demás. Olivia era tu amiga y es la hija del fundador de tu cadena. Si voy a confiar en ti, tengo que saber que puedo hacerlo.

—No era solo una amiga, Neal. Era mi *mejor* amiga. Y esto no se trata de proteger la cadena ni de hacer mi trabajo. Se trata de averiguar qué le pasó.

—Vale —dijo simplemente. Lo entendía.

—¿Hay alguna señal de allanamiento? ¿O de robo? Olivia tenía una caja fuerte... ¿la encontraron?

—No hay señales de allanamiento ni de robo. La caja fuerte del dormitorio principal no parece forzada. Tendrán que revisar las huellas dactilares, ya veremos qué dice la unidad de forense.

—Y la golpearon hasta matarla, ¿verdad?

—Le dieron en la cabeza una y otra vez con un jarrón de cristal.

—¿Lo tenéis?

—Hecho añicos —dijo—. Principalmente en la nuca, aunque también recibió varios golpes fuertes en la cara. Lo más probable es que muriera por el traumatismo craneal, pero habrá que esperar a la autopsia. Había mucha sangre; igual se desangró.

Se me erizó el vello. Una muerte lenta era lo peor: te dejaba tiempo para repasar todos los errores cometidos, todos los arrepentimientos acumulados. Pero Olivia y yo éramos distintos. Ella rara vez cometía errores. A lo mejor esos últimos minutos fueron tranquilos para ella; a lo mejor —si tuvo suerte— murió sabiendo todo el bien que había hecho en el mundo.

—¿Estás bien? —preguntó Panda.

Contuve la respiración, dejé que pasara. —Sí.

Volvió a mirar mi sándwich. Di un bocado por cumplir y lo dejé otra vez. —¿Hubo señales de lucha? —pregunté.

—Tenía moratones en los brazos.

Eso quería decir que Olivia no había estado desprevenida, al menos no del todo. Se había defendido. Pero como no había señales de allanamiento, tenía que conocer a su atacante. Rachel también era una posibilidad. Repasé los datos: jarrón de cristal como arma, señales de lucha, nada que indicara un robo. —¿Qué nivel de seguridad tenía el edificio? —pregunté.

—Lo de siempre. Cámaras en el vestíbulo, en los ascensores, en la entrada de servicio y en el de carga. Pero todo estaba desconectado.

—Tienes que estar de broma.

—El sistema está en la oficina del superintendente. Dice que lo encontró apagado al revisarlo el sábado por la mañana. Pensó que era un fallo o algo así. Al parecer, pasaba a menudo.

—¿Me estás diciendo que no tienes ninguna grabación de quién entró y salió del edificio el viernes por la noche? ¿Al menos sabes quién la visitó la noche del asesinato?

Dejó de masticar un instante. Esperé a que terminara de tragar y decidiera cómo responder. —Sabes que no puedes hacer caso de lo que voy a decirte.

—Panda, soy yo.

—Tengo debilidad por ti, Shaw, pero no puedo permitir que me metan en un lío. Esto no es algo que se quede en una simple advertencia.

cinco

—Para ti y para mí —repliqué, apoyándome en los codos—. Así que dime: ¿qué sabe la policía de la mujer que visitó a Olivia?

—¿Has probado los knishes de aquí? —preguntó, intentando cambiar de tema—. Los de espinacas están buenísimos.

—Panda, esa mujer... ¿es una persona relacionada con el caso?

Asintió, limpiándose los restos de grasa de la barbilla con una servilleta, y dejó el sándwich. —Se llama Rachel Rockwell. ¿Te dice algo ese nombre?

—¿Tendría que conocerla? —No era mentira. Sabía perfectamente quién era Rachel Rockwell y por qué había estado en el apartamento de Olivia el viernes por la noche. Lo sabía, pero no podía revelarlo. Sobre todo ahora.

Se encogió de hombros. —Están divorciándose. Fue él quien presentó la demanda. El marido es abogado en uno de esos bufetes de prestigio. Viven en Greenwich, Connecticut. Tienen coches de lujo y sus hijos estudian en colegios privados.

Apostaría diez a uno a que en ese preciso momento la policía intentaba averiguar si Olivia mantenía una relación con el marido de Rachel. En ese caso, Rachel tendría un motivo para matarla a golpes con un jarrón de cristal. A los detectives no les gustaba nada más que cerrar un caso con un triángulo amoroso bien atado. Pero yo sabía que esto no era un triángulo.

—¿Cómo la identificó? —pregunté.

—Su huella estaba en un vaso de vino. Coincidía con una del sistema.

Arqueé una ceja. —¿Un pasado criminal?

—La detuvieron por conducir ebria la primavera pasada.

—¿Alcohol o drogas?

—Alcohol.

Podríamos consultar ese dato, conseguir su ficha policial. Además, los borrachos suelen dar el espectáculo en público, y

Greenwich era una comunidad hermética. Apostaría a que tenía fama de causar problemas. —¿Qué otras pruebas tiene? —pregunté —. Hasta ahora solo escucho indicios circunstanciales.

Frunció el ceño. —Todavía hay más.

—¿El qué?

—El forense encontró algo bajo las uñas de Olivia.

—¿Restos orgánicos?

—Sabes que no puedes divulgarlo.

—¿Crees que pertenece a Rachel?

—No lo sabemos, y no lo sabremos en un tiempo. Ya sabes lo que tardan estas pruebas. El abogado de su marido ha rechazado nuestra solicitud de una muestra, así que conseguir la orden judicial llevará más tiempo.

—¿Ya tiene abogado?

Me hizo desconfiar. O el marido de Rachel sabía cómo funcionan estas cosas y llevaba ventaja, o tenía algo que ocultar.

—Y por supuesto, contrataron a un tiburón —añadió Panda, refiriéndose al abogado de los Rockwell.

—¿Quién?

—Uffizo.

—Mierda. Frank Uffizo era un abogado famoso al que le encantaba la fama. Había salido en nuestro programa más veces de las que cualquiera podía recordar y tenía buena relación con Georgia. Pero era un tipo astuto. Si lo llamaba directamente, me traicionaría y montaría una subasta entre nosotros y todas las demás cadenas. No quería dinero —tenía de sobra, y además, nunca pagaríamos por una entrevista así. Lo que quería era control. A Uffizo le gustaba pactar las preguntas de antemano. No era justo ni ético, pero a veces no teníamos más remedio que jugar a su manera y seguir su guion. Ya puedes imaginar cómo se lo tomaba Georgia.

—¿Qué más saben de Rachel Rockwell, aparte del dinero del marido? —pregunté.

Panda dio un mordisco a su pepinillo medio amargo. —Es madre de dos, guapa, de pelo oscuro y largo y ojos grandes. Tiene ascendencia nativa americana.

—¿De dónde es?

—La partida de nacimiento indica Dakota del Sur. Reserva de Pine Ridge.

—Eso está muy lejos de Connecticut —comenté. Toda esta información era nueva para mí. Podría usarla para eludir lo que sabía y centrarme en esto. Volví al modo productora, pensando en cómo localizar con eficiencia vecinos y amigos de Rachel que hablaran de ella en antena. Tenía que ser conocida en su entorno. Llevaba pieles moradas y tacones de aguja, bebía en exceso y venía del lado pobre de la ciudad, a casi cinco mil kilómetros. Me apunté mentalmente enviar a alguien a Greenwich para empezar a buscar contactos en su vecindario cuanto antes.

—Ganó becas participando en concursos de belleza. Casi llegó hasta el concurso de Miss América. De ahí, a la facultad de derecho —resumió Panda.

—Así que es inteligente. —Por alguna razón, eso me preocupaba.

—Excepto que después de graduarse, optó por salirse, como ustedes las mujeres lo llaman hoy en día. Se casó con Rockwell justo después de la facultad de derecho. Pasó el resto de sus días llevando a los niños en coche y jugando al tenis en el club de campo. Ciudadana modelo excepto por la conducción bajo los efectos del alcohol.

—¿Crees que se entregará?

—Más le vale.

—Sabes que voy a tener que poner su foto en antena.

Este tipo de cosas tenía una fórmula. Primero la foto. Tal vez su ficha policial o una imagen de ella en un concurso de belleza. En el mejor de los casos, encuentro una foto en bikini para la audiencia masculina. Luego, para las mujeres, ponemos a un vecino en antena hablando de lo buena madre que era, lo guapa, enérgica, y lo buena repostera, tenista o ama de casa. Después, si tenemos suerte y logramos esquivar a Uffizo, conseguimos al marido. No era ciencia exacta. Por eso todo dependía de tener una vía directa. El tiempo lo era todo. Sacar ventaja. Reservar al invitado antes de que nadie más sepa que debe llamarse. Porque si consigues al invitado, suben los índices. A mí no me importaba eso, pero sí quería encontrar a

Rachel. O era responsable de la muerte de mi amiga o sabía quién lo era.

Panda se encogió de hombros. —Dános un par de horas más. Deja que primero la traigamos nosotros.

No me convencía. Me incliné sobre la mesa. —¿Y si desaparece? ¿Qué haríamos entonces?

—Cuatro horas, Shaw. Tiene críos. No se va a largar.

A regañadientes, acepté. La verdad es que iba a ser complicado meter toda esta información nueva en el informativo que ya teníamos listo para las tres. El tiempo ya escaseaba. Miré el reloj. —Es la una. Salimos en directo a las cinco.

Arrugó la servilleta y la tiró. —Mejor tú que otro.

—¿Hay algo más? —pregunté. Si la policía no tenía claro que el tejido bajo las uñas de Olivia era de Rachel, no podía descartar a otros sospechosos. A no ser que tuvieran otros motivos para apuntarle directamente.

—Los vecinos oyeron gritos después de que las dos volvieran a casa.

Lo medité un instante. —¿Oyeron gritos? ¿Una pelea o llamadas de socorro?

—Una discusión, dijeron, entre las dos. Muy fuerte, muy tensa. —Panda se bebió de un trago lo que le quedaba de refresco.

Los testigos eran clave en un caso penal. Si los detectives podían pillar a Rachel con el ADN *y* el testimonio de los vecinos, la tenían clavada. Caso cerrado, circo mediático evitado. Pero yo sabía algo que ellos desconocían, y no estaba tan segura de que todo fuera a acabar así.

Di el último bocado al pastrami. Me lo había zampado entero sin apenas probarlo. Aun así, lo notaba en el estómago, como una pelota de tenis grasienta. Más vale lleno que hambriento: no sabía cuándo volvería a comer, entre los directos programados y el resumen que Alex tenía que hacer sobre los acontecimientos del día para *Topical Tonight.*

Panda miró mi cesta vacía y asintió. —Bien. Al menos ahora sé que no te vas a desmayar del hambre. —Dio un último trago al refresco antes de levantarse con dificultad.

Lo ayudé a levantarse.

—Las rodillas ya no me aguantan —dijo, sacudiendo la cabeza —. Dicen que son lo primero que se estropea.

—Para las mujeres, los ojos.

Me miró desconcertado.

Le señalé las patas de gallo en las comisuras de mis ojos.

—No tienes de qué preocuparte. Por cierto, ¿sales con alguien que debería conocer? —Panda siempre investigaba a mis parejas. Protestaba cada vez y lo acusaba de meterse donde no le llamaban, pero en el fondo me gustaba que cuidara de mí.

—Hace meses que no tengo una cita.

—¿Qué fue del economista?

Se refería a Joe del traje a rayas. Habíamos salido un par de meses cuando dejó su navaja y su crema de afeitar especial en mi baño. Lo metí todo en una bolsa y lo dejé en su piso cuando supe que no estaría, con una nota que decía: *Debes de haberlo olvidado.* Antes de él, había salido con un abogado de quiebras, y antes con un director financiero de un museo. Todas citas de Olivia; todos buenos tipos. El del museo dijo que no aguantaba mi falta de límites, y el banquero que había encontrado a alguien más "emocionalmente disponible" para sustituirme. El economista achacó la ruptura a mi trabajo, o a que no quería poner nada por delante. Llevaba seis semanas sin verlo. A veces me sentía sola, pero la mayor parte del tiempo estaba tan ocupada que no tenía tiempo de pensar en mi vida sentimental. —Se acabó. Fue lo mejor.

Panda abrió la puerta y bajó a la acera. —¿De verdad?

—Me temo que sí. No habría funcionado.

—Hay mucho donde elegir.

—Fácil decirlo para ti. Tú tienes mujer e hijos.

—Si dejaras de darte aires de grandeza, te presentaría a alguno de nuestros agentes.

seis

Lo de la cuchara de plata era cierto, pero no era algo que yo publicitara. Según mi experiencia, en cuanto alguien sabía que habías nacido con dinero, deducía al instante que todo te lo habían dado hecho, que no habías trabajado ni un solo día en tu vida y que te habían dado oportunidades por quién eras y a quién conocías, no por méritos propios. En tu vocabulario no caben ni el *sacrificio*, ni la *dificultad* ni la *lucha*. Eres una privilegiada, mimada, inmoral y perezosa. Me gustaba creer que nada de eso me definía.

Ni tenían por qué serlo; soy una Shaw solo de nombre.

Mi familia materna, agricultores en busca de una vida mejor, llegó a Estados Unidos desde Inglaterra a principios del siglo XIX. Se asentaron en Boston, acumularon riqueza primero con el comercio, luego con el petróleo, el gas y los ferrocarriles, y con el tiempo tuvieron muchos hijos. Mis antepasados fueron muy prolíficos, así que, de generación en generación, las fortunas se fueron fragmentando entre las distintas ramas familiares. Algunos parientes supieron administrar bien sus herencias, invirtiendo con acierto y aumentando su patrimonio con sus propios éxitos. Como puedes imaginar, mis ancestros directos no lo hicieron. Vivieron a lo grande y murieron jóvenes; una auténtica camada de 'todo o nada'. Mi madre —llamada Charlotte de nombre, aunque todos la conocían como Tipsy— fue la última de una larga estirpe de diletantes empedernidos.

Shaw era su apellido, que me legó. Según mi padre, Tipsy quería que yo heredara la única parte de su legado familiar que aún consideraba valiosa. En su visión de Nueva York, un apellido adecuado podía abrir puertas y allanar el camino, y si tenía elección, quería que su hija lo tuviera. Poco sabía ella que, años después, yo lo consideraría más una carga que un privilegio.

Mi padre, James, creció en un barrio de clase trabajadora en las afueras de Filadelfia. Su padre era mecánico y su madre,

recepcionista en una agencia de seguros. Superó las expectativas y obtuvo una beca para Columbia, donde conoció a mi madre. Aunque no tuve acceso a todos los detalles de su romance, sabía que fue breve y apasionado, y que mis cuatro abuelos no lo vieron con buenos ojos. Los padres de mi padre habrían preferido que su hijo se casara con una buena católica, mientras que los de mi madre querían que su hija se uniera a uno de los suyos —un hombre adinerado, de buena familia, para quien el estatus social fuera algo implícito, nunca una meta por alcanzar. Los Shaw no eran gente que tuviera que demostrar nada.

Pese a todo, el amor prevaleció, y mis padres —James Callaghan y Tipsy Shaw— se casaron en una discreta ceremonia civil en la alcaldía. Me dijeron que llegué nueve meses después. Tal vez antes. Lo que sí recuerdo de mi primera infancia es que vivíamos en un apartamento precioso en un edificio de ladrillo visto en Park Avenue, y llevábamos un estilo de vida sostenido por la generosidad de mis abuelos maternos y la carrera de mi padre en Wall Street. La vida era un desfile interminable de lujos: coches con chófer, flores recién cortadas, sábanas planchadas que olían a lavanda y al sol. Llevaba ropa que mi madre me compraba en Europa —sandalias de cuero de Roma, cachemira de Londres, vestidos de estilo infantil con pliegues y calcetines con encaje de Francia—, y mi dormitorio era el sueño de cualquier niña: paredes rosa zapatilla de ballet, una cama con dosel cubierta de tafetán rosa y mi propia lámpara de araña de cristal. Tenía una niñera, una chica sueca alegre que tenía los bolsillos del abrigo llenos de regaliz negro y caramelos rojos en forma de pez. Otra mujer se encargaba de cocinar, limpiar y planchar.

Pero un día, todo cambió. Mi padre perdió su trabajo en una gran firma de fondos de inversión, en circunstancias que nunca me aclararon. Sin su sueldo, no podíamos pagar la hipoteca, por no hablar de los coches, las vacaciones, la ropa o las donaciones benéficas. Mi madre pidió ayuda adicional a sus padres, pero ellos se negaron a colaborar en nada más allá de mi matrícula escolar, retirando incluso su generosidad de siempre. Supongo que era su forma de decirle «te lo dije».

Tenía seis años cuando nos mudamos a un piso mucho más pequeño que daba a un patio de hormigón lleno de bicicletas viejas y plantas descuidadas. Ni prebélico ni moderno, el edificio carecía por completo de las ventajas de ambos estilos. El techo de mi dormitorio era demasiado bajo para la colcha con dosel, así que se deshizo de ella, junto con la lámpara de araña, los vestidos de fiesta y las pieles de mi madre, y el BMW que mi padre guardaba en un garaje para escapadas de fin de semana a Locust Valley, donde mis abuelos tenían una mansión estilo Tudor, piscina y pista de tenis de tierra batida escondidas tras setos de más de dos metros de altura.

Nos tuvimos que despedir de la niñera y del ama de llaves, y mi ropa ya no estaba adornada con perlas de semilla ni encaje, ni envuelta en papel de seda crujiente que olía a talco y a lugares exóticos. El único aspecto de mi vida que no cambió fue mi matrícula en la Escuela Livingston para Niñas, una de las escuelas más exclusivas de la ciudad, uno de esos lugares donde a los niños los llevan en Town Cars con chófer o en SUVs, y donde pueden remontar su linaje hasta el *Mayflower*, los Forbes 500, o ambos.

—Sé que ha sido un verano difícil —me dijo aquel septiembre, apretando mi mano mientras caminábamos diez manzanas hasta la escuela, mi primer día de preescolar—. Pero no te preocupes por la matrícula. Aún podemos permitirnos que sigas en Livingston.

Había descuidado su aspecto desde la mudanza, optando por vaqueros y sudaderas desgastadas, sin maquillaje y a veces sin peinarse. Pero ese día llevaba una blusa blanca recién planchada, una falda escocesa de franela y botas marrón oscuro. Su pelo oscuro estaba recogido en un moño pulcro, dejando a la vista unos pendientes de concha dorados. Su mano, sin embargo, se notaba áspera, había perdido la textura de pétalos de rosa.

Solté su mano de un tirón, furiosa. ¿Era mucho pedir que usara crema para las manos? Era el primer día de clase. Quería que todo volviera a ser como antes. Me dolían sus padrastros, el ambiente tenso, mi mochila vieja y desgastada. En cuanto llegamos a la entrada del colegio, subí corriendo las escaleras sin esperarla.

Pero era puro teatro. Al llegar arriba, me di la vuelta, arrepentida. —¡Hasta luego! —le grité a través de las puntas afiladas

de la verja de hierro forjado.

Agitó la mano, sus pequeños dientes blancos asomando en una sonrisa valiente, antes de darse la vuelta y alejarse por la manzana.

siete

Llamé a Georgia al móvil en cuanto Panda se apartó de mi lado. Respondió aunque estaba en plena sesión con su entrenador. —Necesito un productor asistente para ayudarme a montar el metraje complementario del próximo reportaje —expliqué.

—Un segundo. —Oía el tintineo de las pesas al fondo mientras Georgia buscaba un rincón apartado para hablar—. Ahora sí, chica, ¿cómo coño hemos perdido el primer golpe frente a GSBC?

—La tenía asegurada, Georgia. Ella se nos adelantó en antena.

—Vale —dijo—. Pues nada, adelante. ¿No recuerdas lo que siempre digo en casos así?

—Es una maratón, no una carrera de cien metros.

—Y ahora mismo estamos a la cola, Clyde. Tráeme algo de lo que poder morder de verdad. Si dices que puedes, pues demuéstralo.

Había recibido el amor duro de Georgia tantas veces que sabía que no iba en serio. Solo quería que diera lo mejor de mí, que rindiera al máximo, y a veces necesitaba una buena patada en el trasero para lograrlo. Pero ese día no. Ya iba muy por delante.

—Una fuente dentro de la policía dice que ya han identificado a la mujer que estuvo en el piso de Olivia el viernes por la noche. Se llama Rachel Rockwell, vive en Greenwich. La policía la considera una persona de interés: la buscan para interrogarla, pero aún no se ha presentado. Le prometí a mi fuente no dar su nombre ni su imagen hasta las cinco. Quieren detenerla antes.

—¿Tienen indicios suficientes?

Torcí desde la avenida Lexington hacia una calle secundaria más tranquila. —Están obteniendo órdenes de registro para su casa, ordenadores y coche.

—¿Tan segura estás de que no se filtre antes? La policía de Greenwich. Su familia, sus amigos. Hay demasiadas vías por las que podría salir.

Georgia tenía razón, pero le había dado mi palabra a Panda. —No puedo romper una promesa.

Suspiró. —Vale, esperamos hasta las cinco. Mientras tanto, infórmate sobre Rockwell. ¿Sabemos qué relación tiene con la víctima?

—La fuente no reveló nada. —No era mentira, pero tampoco toda la verdad—. El marido ya ha contratado a Frank Uffizo.

—¿Triángulo amoroso? —sugirió Georgia.

—Estoy segura de que es por donde van las pesquisas.

—Tienes que confirmarlo antes de hacer cualquier declaración firme —dijo.

—Por supuesto. La mayoría de las cadenas, incluida la nuestra, no harían comprobaciones. En una noticia caliente, con todos peleando por hacerse con el titular, puedes salir en directo con especulaciones y salirte con la tuya si planteas la información como una pregunta en vez de una afirmación (por ejemplo: «¿Fue Rachel Rockwell, una atractiva madre de dos de Connecticut y ex reina de belleza, la última persona en ver viva a Olivia Kravis el viernes por la noche...? ¿Estaba un escandaloso triángulo amoroso entre una madre soltera y un abogado de ciudad grande en el corazón del brutal asesinato en su propia casa?»). Pero este caso era distinto. Hablábamos de la hija del fundador de la cadena, y por eso el nivel exigido era mucho más alto. Un solo error y podía perder el caso o, peor aún, el puesto. FirstNews tenía que ser la fuente oficial en este asunto. Cualquier cosa menos sería un fracaso.

—¿Y ahora, qué?

—Voy a buscar toda la información pública sobre Rachel Rockwell y su marido.

—Bien.

—Necesito a alguien que cubra el barrio de Rachel Rockwell buscando fuentes.

—Puedes tener tantos AP como necesites. —AP era la abreviatura de productor asistente. Estaban en la base de la pirámide y ganaban salarios miserables. Yo había pasado cuatro años en ese puesto, llevando ajustes de última hora en el guion entre los productores de la sala de control y los presentadores en el

plató, y quitando los anacardos del pollo kung pao de nuestro presentador de las diez. También había pasado esos cuatro años ahogando mis problemas en tequila y ron.

—Solo necesito uno. La nueva, Sabine —dije, recordando las pocas veces que había trabajado con ella en la oficina y en el plató. Dos veces nos había evitado errores en antena gracias a su investigación minuciosa, y hacía un mes nos había alertado de rumores en la red sobre un supuesto caníbal, estrella porno, que podía haber matado a tres personas en Estados Unidos y Canadá. Fuimos uno de los primeros informativos importantes en seguir el caso, gracias a ella. Sabine tenía inteligencia, buenos instintos y ambición. Necesitaba todo eso en mi equipo.

—¿La novata? ¿Segura?

—¿Y por qué no? Está a la altura. Será una buena oportunidad para que aprenda.

—Es toda tuya si la quieres. Se lo diré al equipo de reparto.

—Genial.

—Una cosa más. ¿Cómo lo llevas?

—Ha sido un golpe, pero estoy bien.

—La verdad, chica.

—Esa soy yo.

—¿Tienes a alguien a quien llamar si te sientes...

La interrumpí. —Sí. ¿Vale? Deja ya de preocuparte.

Empezaba a notar un dolor de cabeza brutal mientras volvía al Haverford. El sol de la tarde había calentado el aire y disipado las nubes, dejando al descubierto lo que solo podía describirse como un día otoñal perfecto: cielo azul brillante, unos veinte grados, una brisa suave que agitaba las hojas de los árboles sobre mi cabeza. Pero con el buen tiempo llegaron los curiosos. Además de la policía, los medios y los paparazzi congregados alrededor del edificio, había unos cien espectadores cortándome el paso de vuelta a la furgoneta.

Me desabroché el abrigo y saqué los codos. Unos minutos después, asomé la cabeza en la puerta de la furgoneta, donde Alex y Dino hablaban de fútbol americano. Había un gran partido esa

noche: Redskins contra Giants. A Alex le iban los Redskins, a Dino los Giants, y tuve que avisarles de que seguramente no llegarían a casa a tiempo ni para ver el resumen.

—¿Hay algo nuevo? —preguntó Jen desde la parte de atrás de la furgoneta, con esperanza. A ninguno de nosotros nos gustaba quedarnos atrás.

—Algo mejor. —Les puse al día sobre Rachel Rockwell.

Alex me ofreció la mano para darle un cinco. Dudé un instante, pero al final lo hice, dándole un fuerte palmazo en la palma.

Se frotó la mano. —Pegas fuerte... para ser una chica.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—¿Lo de chica? ¿O lo de pegar fuerte?

—Teniendo en cuenta que dejé de serlo desde octavo curso...

Dino puso los ojos en blanco. —Mi mujer está preparando souvlaki y dolmathakia esta noche —protestó desde el asiento delantero—. Los domingos solían ser tranquilos; esperaba llegar pronto a casa.

—Pediremos comida griega. —Abrí una botella de agua y me tomé tres Excedrin del frasco que había sacado de mi mochila roja —. Y por cierto, Alex, esto es Nueva York. Más te vale ser aficionado a los Giants.

—Ni hablar. Soy un hombre leal. —Me guiñó un ojo mientras pasaba junto a él en la furgoneta para sentarme al lado de Jen.

—¿Es que no se cansa nunca? —murmuró ella en mi oído.

—Ya veremos —respondí, sin bajar la voz mientras esperaba a que mi portátil se encendiera. Mientras tanto, llamé a Sabine y le di instrucciones precisas sobre el tipo de imágenes que quería de Olivia y Rachel Rockwell. A continuación, que localizara la demanda de divorcio de Michael Rockwell y enviara una furgoneta con equipo a Greenwich para empezar a grabar imágenes de la casa y el barrio de los Rockwell, y luego buscara vecinos y padres de compañeros de clase de los niños para salir en antena durante el *Topical Tonight* de esa noche—. No será complicado. Diles que les haremos el peinado y maquillaje y organizaremos transporte gratuito de ida y vuelta. Yo haré las entrevistas previas por teléfono.

—Cuente con ello —dijo ella.

Me gustaba su actitud. Si Sabine cumplía, haría que Georgia lo supiera. Por supuesto, había muchos "si" entre ahora y entonces, empezando por el más urgente: si mi último avance aguantaría hasta la emisión.

Mientras tanto, necesitaba saber más sobre Rachel. Todo lo que sabía de ella venía directamente de Olivia, y no era gran cosa. Por ejemplo, no sabía que era de Dakota del Sur. Pero sí sabía que era madre de dos, entregada a sus hijos, y que estaba en medio de un divorcio. El marido parecía un trabajólico y un bravucón, y le gustaba que su mujer hiciera de ama de casa perfecta en Greenwich. Empezaría por él.

Mi primer resultado en Google fue un anuncio de boda en el *New York Times* de 2003. Según el artículo, Rachel Rockwell, de soltera Hart, se había graduado con honores en SUNY Albany y en la Facultad de Derecho de la Universidad de Nueva York, tras quedar como primera suplente en el certamen Miss Dakota del Sur de 1995. Su madre figuraba como Roseanna, ama de casa, y su padrastro, Vernal, mecánico, ambos de la Reserva Pine Ridge en Dakota del Sur. Michael Rockwell había estudiado en Dartmouth y formó parte de la revista jurídica en la Facultad de Derecho de NYU, tras lo cual trabajó como asociado en una firma multinacional con sedes en Londres, Dubái y Nueva York. Era hijo de Joan, maestra de primaria, y de Peter, neurocirujano residente en Saddle River, Nueva Jersey. El anuncio destacaba la herencia sioux de Rachel y su labor en una fundación legal indígena, y apenas mencionaba las raíces de clase media alta de Michael Rockwell y su carrera prometedora.

Otro resultado, más reciente, destacaba que Michael había negociado una importante fusión, y otro mostraba una foto de la pareja vestida con tonos pastel coordinados en lo que parecía un evento de club campestre. Rachel tenía el rostro en forma de corazón, pómulos marcados y una larga melena castaña brillante. Rockwell la superaba en una cabeza y pesaba casi cincuenta kilos más. Sostenía a dos niños pequeños, preciosos. Con unos clics, conseguí el número de su firma, Bennett & Wayne. Era poco probable que estuviera en la oficina un domingo, pero por lo que

Olivia me había contado, parecía que casi nunca se tomaba un día libre.

Tuve suerte. Rockwell estaba en la oficina, y como era fin de semana, contestó él mismo el teléfono. Me presenté rápidamente; antes de que colgara, le pregunté cuándo había visto a su esposa por última vez.

—Querrás decir mi próxima ex esposa —me corrigió—. Ya le dije a la policía todo lo que sé.

—¿Qué es…?

—No es asunto suyo.

—De acuerdo —dije, tras una breve pausa—. ¿Y si hablamos sin que esto salga a la luz por ahora? ¿Podría decirme cómo conocía Rachel a Olivia Kravis? —Si no quería contarme lo que sabía, al menos podría delatar lo que ignoraba.

No respondió.

—¿Era su esposa amiga de la víctima del asesinato? —Volví a preguntar.

—Hemos terminado aquí —dijo entre dientes—. ¿Tiene alguna pregunta? Hable con mi abogado, Frank Uffizo.

—¿Uffizo también representa a Rachel?

—Ya he dicho que hemos terminado.

Michael Rockwell estaba cerrado en banda, pero no iba a rendirme así como así. Era hora de cambiar de táctica, darle una sacudida diciendo algo descabellado, algo que seguramente no fuera verdad, pero que lo hiciera hablar. —¿Es verdad que tenía una aventura con Olivia Kravis? —pregunté.

—Váyase a la mierda.

Al menos no había colgado.

Respiré hondo. —Señor Rockwell, entiendo que no quiera hablar conmigo. Pero ocurra lo que ocurra, muchas cosas van a afectar a su familia. En unas horas, el público estadounidense sabrá que Rachel está relacionada con este caso, y desde ese momento empezarán a juzgarla, a decidir si es culpable o inocente. Piense en cómo afectará a sus hijos. Si tachan a su madre de asesina, eso tendrá consecuencias. Sería bueno que alguien saliera en su defensa.

Rockwell me soltó una retahíla de insultos.

—¿Por qué no lo piensa un momento?

—No hace falta. La respuesta es no. Ni ahora, ni en diez minutos, ni mañana. No me interesa. —Y finalmente colgó.

Rockwell nunca me devolvió la llamada. Ni siquiera me sorprendió. Pero sí llamó a Frank Uffizo, quien a su vez contactó a Hiro Itzushi, nuestro asesor jurídico principal, para amenazar con demandarnos si mencionábamos a Rachel en el caso Kravis. Itzushi entró en crisis, exigiendo que retiráramos el enfoque sobre Rachel de *Topical Tonight* hasta que la policía confirmara oficialmente su participación en el caso. Pero al final prevaleció la cabeza fría. Georgia dejó claro que doblegarnos ante las exigencias de Uffizo no solo era ridículo, sino una traición a nuestra misión como periodistas.

Diskin nos dio el visto bueno, validando nuestro texto media hora antes del directo. En cuanto terminó el programa, los correos y llamadas empezaron a llegar a cientos. Tal como había previsto, los detectives del sofá de nuestra audiencia se obsesionaron con el look de Rachel: aquel abrigo de pelo morado. Publicaron en Twitter. Escribieron en sus blogs. Y la audiencia se disparó. Poco después, saltó la noticia: *People* iba a dedicarle la portada al caso.

En menos de veinticuatro horas, el asesinato de Olivia Kravis se convirtió en el caso criminal del año.

Lunes

ocho

Me desperté a las seis de la mañana con la ropa puesta y oliendo a ajo.

El teléfono no paraba de sonar. Descolgué con la voz pastosa, vi en la pantalla que era la línea de trabajo de Olivia en la fundación. —¿Quién es? —pregunté con voz áspera, ya completamente despierta, levantándome de un salto. Un silencio breve. Luego un clic. Había colgado. Marqué su número con los dedos temblorosos, escuchando cómo el teléfono sonaba una y otra vez. Cuando por fin saltó el contestador de la fundación, la voz de Olivia me deshizo en llanto antes de que pudiera siquiera reaccionar. Volví a la cama y lloré sobre la almohada, luego me levanté, me tragué dos Excedrin con un trago de café instantáneo tibio. Lo que necesitaba de verdad era dormir tres horas más y una semana de terapia para asimilar la pérdida de mi mejor amiga. Ninguna de las dos cosas iba a pasar. Tenía que estar en el trabajo en una hora.

Arrastrando los pies hacia el baño, abrí el armario de las toallas y cogí una limpia. Para Nueva York, mi apartamento era decente. En cualquier otro sitio, una caja de zapatos. Pero a mí me iba bien. En la entrada, un pequeño recibidor con una consola de madera, una lámpara y un cuenco de cerámica pintado donde dejaba el correo y las llaves cada noche, sin orden ni concierto. A la izquierda, la cocina, apenas lo suficiente para una mesa de café y dos sillas de hierro. Sobre la encimera de madera tipo carnicero estaban los únicos lujos: la cafetera, el microondas y una mininevera de vino que usaba para guardar agua mineral. Más allá, un salón con una alfombra antigua, un sofá comprado por internet, un televisor de pantalla plana montado sobre un viejo baúl de viaje que me había llevado a la universidad, y una cinta de correr que apenas había usado. Luego el baño —nada del otro mundo— y mi dormitorio, con el escritorio, el ordenador, una cama de matrimonio y una mesilla

con una pila de libros ajenos al mundo del crimen que algún día pensaba leer.

Tras una ducha rápida, me cepillé los dientes y me vestí, pasando unos minutos más intentando disimular las ojeras. No había nada que hacer. Cogí unas gafas de sol y salí por la puerta.

Ya casi alcanzaba el edificio de FirstNews cuando el teléfono volvió a sonar. Era mi padre. Había visto las noticias. —¿Por qué no me llamaste?

Ocho años antes, cuando me mudé, mi padre vendió nuestro antiguo piso de la ciudad y compró una casa en el norte del estado, a unas dos horas al norte de Manhattan. Era una casa colonial centenaria, preciosa, con vigas de madera al descubierto, chimeneas de piedra y una cocina que daba a un maizal. Lo veía siempre que el trabajo me lo permitía, aunque para él nunca era suficiente. —Estaba ocupada —dije—. Me han asignado el caso.

—¿Quieres que baje a verte? Estoy preocupado. Oía a Milton ladrando al fondo, y la preocupación que traslucía su voz. Sabía que Olivia era mi apoyo, y temía que su muerte me hiciera volver a viejos hábitos. No pensaba permitirlo.

—Papá, estoy bien. O lo estaré. Pero aunque quisiera, no podría verte. Voy a estar encima de este caso día y noche.

—No me importa que estés fuera todo el día. Puedo arreglármelas solo y estar contigo cuando vuelvas. —Papá suspiró tras una larga pausa—. Está bien, Cornelia. Avísame si cambias de idea. Envíame un correo cuando sepas cuándo puedo verte. Quiero ver a mi hija. Y princesa —hizo una pausa breve—, prométeme que no vas a convertir esto en algo sobre tu madre.

—De acuerdo, papá, lo prometo —respondí antes de colgar.

Mi padre no ocultaba que creía que había elegido esta profesión porque quería resolver lo que no tiene solución. Y tenía razón, en cierto modo. Ahí estaba yo, otra vez, buscando pistas que seguramente nunca encontraría. La primera vez fue treinta años antes.

Mi madre nunca fue a buscarme después de mi primer día en la escuela infantil. Ese día había vuelto a casa, hecho unos recados y se había suicidado tirándose por la escalera de incendios. Un vecino

encontró su cuerpo en el patio del edificio, sobre la losa de hormigón, y avisó a la policía. Yo llegué antes de que pudieran retirarlo y, abriéndome paso entre la multitud, me lancé sobre ella.

Varias semanas después del funeral, cuando el tiempo ya había suavizado lo peor del dolor y por fin entendí que no se había caído, sino que se había tirado a propósito, empecé a preguntarme cómo alguien podía quitarse la vida sabiendo el daño que causaba a los que dejaba atrás, y por qué mi madre nos haría eso, a mí. Ni mi padre ni la orientadora de la escuela lograron convencerme, así que empecé a rebuscar entre sus cajones y papeles, buscando una explicación. Por qué odiaba su vida. Por qué yo no había bastado para hacerla feliz. Por qué saltar parecía la única salida. Si hubiera dejado una nota, habría sido más fácil aceptarlo. Pero no lo hizo. Solo me quedaron imágenes nítidas y terribles: los coches de policía frente al edificio, la sensación de su mano aún tibia —agrietada y roja— en la mía, la mirada de mi padre cuando me separó de su cuerpo.

Lo que más me atormentó de la muerte de mi madre no fueron esos recuerdos, sino las tardes que pasé sola en su habitación, registrando cada bolsillo, vaciando cada cajón, y siempre, invariablemente, sin encontrar nada. En algún momento debí aceptar que no nos había dejado respuestas, solo una pérdida insoportable y una ira que al final volví contra mí misma.

Aunque acababa de prometérselo a mi padre, no iba a permitir que volviera a pasar con Olivia.

La reunión del lunes por la mañana era mi pesadilla. Me desplomé en la silla e intenté acomodarme para lo que seguro sería otra hora de reunión en el agujero que era la Sala B. La habitación apenas daba cabida a la mesa ovalada de formica y las doce sillas, sin ventanas, solo un par de ventilaciones que tosían y una franja de fluorescentes pegada al techo. La Sala A, en cambio, era espaciosa, con ventanales, muebles de cuero y caoba pulida. Estaba reservada para anunciantes importantes, jefes de cadena y invitados

asustadizos que necesitaban unas palabras tranquilizadoras antes de salir en antena.

Debería haber estado atenta, pero no dejaba de pensar en quién me había llamado desde la oficina de Olivia esa mañana. Fred Wallace —el productor ejecutivo de Georgia, al que todos llamaban por el apellido— me señaló y chasqueó los dedos con impaciencia. —Tierra llamando a Clyde. ¿Podrías hacernos el honor de resumirnos la historia de Kravis? Sabía perfectamente lo que pensaba de las reuniones del lunes, pero al parecer no pensaba darme ningún trato especial por ser la mejor amiga de la víctima.

Les conté al grupo todo lo que teníamos: datos de la escena, algunas pistas, y muchas preguntas.

—Querremos un par de invitados internos. Un fiscal y un familiar —dijo Wallace.

—Tenemos a Delphine Lamont, la hermanastra de Olivia. Estoy esperando que Legal confirme que podemos emitir esta noche —respondí sin levantar la vista del cuaderno—. Por su parte, el marido de Rachel Rockwell ni se plantea hablar, y Frank Uffizo, su abogado, no pinta nada bien. Ya lo he llamado varias veces.

—Va a salir en *Today* —intervino Barton Oberlink, uno de nuestros coordinadores de entrevistas—. Parece que Lauer lo entrevista mañana por la mañana.

—Lo sabía —mascullé entre dientes—. Aunque habíamos sido los primeros en identificar a Rachel Rockwell, no íbamos tan por delante en la exclusiva como a mis jefes les habría gustado. GSBC nos había sacado ventaja con lo de la piel púrpura, CNN con el número de golpes que recibió Olivia —veintisiete— y ahora *Today* se llevaba a Uffizo.

Wallace se echó hacia atrás en la silla, abriendo los brazos. —Bueno, ¿alguien tiene más ideas?

Alcé la vista. —La Fundación Kravis. La asistente de Olivia podría darnos algo, y ayudarnos a reconstruir la cronología del viernes.

Wallace se pasó la mano por la barba de un día. —¿Quién lleva la cronología?

—La llevo yo —respondí.

—¿Qué más tenemos entre manos?

El equipo debatió la estrategia mientras yo miraba el reloj de la pared. Estaba deseando salir a la calle, pero, por mucho que odiara estar encerrada en una sala asfixiante, las reuniones eran parte fundamental de mi trabajo. No podía permitir que me tomaran por alguien que no trabajaba en equipo.

Había ido abriéndome paso con los años, cultivando fuentes en las policías de Nueva York, Chicago, Los Ángeles, San Francisco y Washington DC, y una agenda repleta de los mejores investigadores privados, psicólogos y forenses. Había conseguido exclusivas en la desaparición de Natalee Holloway, los casos de Laci Peterson y Caylee Anthony, y en incontables casos criminales de ámbito nacional. Si quería dar el salto profesional, tenía que demostrar que valía para algo más que entrevistas puntuales de impacto. Ya pasaba de los treinta y cinco, y aunque estuviera detrás de la cámara, la juventud y el atractivo no duran para siempre.

Sabine Weller era joven y atractiva. La última contratación de Diskin, tenía veintitantos, una figura voluptuosa y un rostro que quedaba perfecto en cámara desde cualquier ángulo. De pronto apareció en la puerta con un vestido ceñido, sonrojada. —Alex acaba de llamar —me dijo—. Tiene a una mujer que asegura haber visto a Rachel discutiendo con un hombre el viernes por la noche.

—¿A qué hora los vio? —pregunté.

Sabine movió la cabeza. —Alex no lo dijo.

—Coge una cámara —me dijo Wallace, levantándose—. Se acabó la reunión.

Salí disparada y cogí mi bolso y chaqueta del escritorio, luego me reuní con el equipo —salvo Alex, que ya nos esperaba en el lugar — en la furgoneta. Unos minutos después habíamos superado el atasco del oeste de Midtown y subíamos por la ciudad. Durante el trayecto aproveché para hacer una llamada. Los vecinos que Sabine había conseguido para el programa la noche anterior no eran amigos de Rachel y Michael Rockwell. Habían dado buenos momentos, pero poca información útil. Lo que necesitábamos era alguien del círculo de Greenwich —o un amigo íntimo— que nos revelara la verdad sobre su relación. ¿Por qué se separaron? ¿Era él un maltratador?

¿Era ella alcohólica? ¿Discutían por dinero, por sexo o por ambas cosas? ¿Y esas discusiones alguna vez se volvían violentas?

Llamé a Sutton Danziger. Era la responsable de relaciones con antiguos alumnos de mi promoción en Livingston. Su marido se dedicaba a algo muy técnico y extremadamente lucrativo en finanzas, y vivían en una de esas mansiones que salen en los anuncios inmobiliarios por un precio equivalente al PIB de un país pequeño. Conociendo a Sutton, seguro que pertenecía al mismo club de campo exclusivo de Connecticut que Rachel y Michael Rockwell.

Sutton contestó el móvil tras varios tonos. Me soltó cuatro preguntas en menos de diez segundos: *¿Puedes creerlo? ¿Cómo lo estás llevando? ¿Cómo lo está tomando su familia? ¿Has hablado con Delphine?*

—Todavía no —dije.

Diskin acababa de enviarme un mensaje: Delphine tenía confirmada una entrevista grabada en uno de nuestros estudios a las tres. Sería Alex quien se encargaría, y el corte saldría en emisión durante *Topical* a las nueve.

—La escuela debería hacer algo en su honor —suspiró Sutton—. La asociación de antiguos alumnos enviará una corona fúnebre al funeral, pero deberíamos hacer algo más sustancial. Estoy pensando en una dedicatoria durante la ceremonia de graduación.

—Seguro que a los Kravis les parecería bien —dije.

—¿Te importaría dar un discurso?

Dudé. La mayoría de la gente pensaba que, por mi trabajo, se me daba bien hablar en público, pero en realidad me aterraba decir más de tres palabras ante un público.

—Olivia y tú erais inseparables. Tienes que hacerlo.

Sutton no pensaba rendirse, así que le dije que lo haría si me respondía a unas preguntas.

—¿Qué tipo de preguntas? —preguntó.

—¿Viste la emisión de anoche?

Dudó un instante. —Miro a Greta.

Al menos era sincera. —Bueno, entonces seguro que sabes que Olivia tuvo a una invitada en su apartamento la noche que la asesinaron. Una tal Rachel Rockwell, de Greenwich. ¿La conoces?

Se hizo un silencio. —No la trato en persona —empezó Sutton —, pero sé quién es, y tengo una amiga que la conoce bastante bien. —Por cómo dijo *bastante*, supe que había dado en el clavo—. Mi amiga estará en una cena que doy esta noche. Si quieres, puedo preguntarle si le interesa hablar contigo y te digo algo mañana.

Aunque una cena en Greenwich no era mi idea de noche perfecta, no podía depender de que Sutton me consiguiera la entrevista. La apuesta era demasiado alta.

—¿Podría pasarme yo y preguntárselo en persona? No hace falta que me quede a cenar.

Hubo otra pausa mientras Sutton sopesaba mi petición. No podía reprochárselo. La última vez que me había visto fue unos cinco años antes. Tenía treinta y uno, estaba borracha perdida, con el maquillaje deshecho y un vestido que dejaba ver demasiado. Además, acababa de tener relaciones en su cama con su hermano pequeño, que entonces tenía veinte años.

—Sutton, vengo del curro —dije—. Y me portaré bien, te lo prometo.

Acabó cediendo con un suspiro.

—Resulta que me falta un hombre. Un amigo de mi marido acaba de divorciarse. Te lo asigno a ti.

—Estupendo —dije, mintiendo.

—Hemos llegado —anunció Aaron desde el asiento delantero. La furgoneta aparcó en un hueco libre. Le dije a Sutton que me iba y colgué.

Alex abrió la puerta.

—¿Por qué habéis tardado tanto?

Una sonrisa le iluminó el rostro. Maldita sea, cómo molaba.

Miré el edificio. Un quinto sin ascensor.

—¿Hasta dónde?

—A la quinta.

—Ya era lo que faltaba —refunfuñó Dino.

Todos ayudamos a subir el equipo. Su piso era uno de esos alargados, con las habitaciones en línea. Techos altos, suelos viejos que crujían, el tufo a cena de pescado de ayer mezclado con el humo de tabaco que se colaba del vecino.

—¿Alguien puede abrir una ventana? —pregunté, apartándome de un saltito de un perrito que me ladraba a los pies.

—¡Riley, qué malo! —Una mujer de unos cuarenta, con el pelo castaño corto y figura esbelta, recogió al perro en brazos y me tendió la mano—. Estaba sacándolo a pasear cuando vi a esa mujer. La reconocí de su programa.

—Rachel Rockwell —Señalé el sofá y nos sentamos—. ¿Está segura de que era ella?

La mujer asintió.

—¿Y el hombre que iba con ella? ¿Cómo era?

—Alto. Guapo. Se parecía a un actor. ¿El de *Sexo en Nueva York*?

—¿Chris Noth?

Frunció el ceño.

—¿El que hacía de Mr. Big? —Michael Rockwell se le parecía un poco, sobre todo de noche y desde lejos.

—No, el otro: Aidan.

El perro saltó del regazo de ella al suelo y corrió al fondo del piso, hacia el dormitorio, donde Dino preparaba una toma con Jen y Alex.

—¿A qué hora fue? —pregunté. Sabía que Panda me daría la hora de la muerte. Si esta señora había visto a Rachel después del asesinato de Olivia, podía ser clave.

—Sobre las once y media.

—Le dijo a mi colega que discutían.

Se encogió de hombros.

—En realidad no oía bien. Era tarde. Solo quería entrar en casa. Soy enfermera en un hospital y llevaba de pie desde las cinco.

—¿Cómo puede estar tan segura de que era Rachel?

—Se parecía a ella.

—¿Recuerda qué llevaba puesto?

Negó con la cabeza.

—No llevaba ese abrigo, si eso es lo que busca. Seguro que lo tiró en la escena del crimen.

Era una fan, una de esas aficionadas que no se perdía ni un programa y soñaba con conocer a Georgia en persona. Arqueé una ceja.

—¿Ha hablado con la policía?

Alzó levemente el mentón.

—Todavía no. Me levanté tarde esta mañana y vi la foto de esa mujer. Lo primero que hice fue llamar al teléfono del programa.

—Sería mejor que avisara a la policía cuando acabemos —le dije.

—Ya estamos listos —gritó Dino desde la otra habitación. La mujer se levantó, con una chispa de emoción en los ojos. Mi instinto me decía que se había metido en la cabeza que había visto algo que no había visto. Para la cadena, eso no importaba. Para mí, sí. En cualquier caso, tenía que saber a qué hora había muerto Olivia.

Una hora después ya estábamos fuera. Media hora más tarde, de vuelta en mi mesa, esperando que Panda me devolviera la llamada, con un sándwich de ensalada de pollo en la mano. Iba a desenvolverlo cuando un hombre apareció en mi cubículo. Llevaba una chaqueta tipo bomber azul marino y unos pantalones beige arrugados. Pelo rapado y complexión fornida.

—¿En qué puedo ayudarle?

—¿Clyde Shaw? —preguntó.

Miré su chaqueta y sus manos en busca del pase de visitante que la seguridad le habría dado abajo. Me puse tensa al ver que no llevaba ninguno.

—¿Quién le ha dejado entrar aquí?

Se desabrochó la chaqueta. Me agarré a los brazos de la silla, lista para salir disparada. Había muchos locos que culpaban a los medios de todos los males del mundo, y un número espeluznante daría cualquier cosa por matarnos a unos cuantos.

El hombre sacó una placa.

—Detective Tom Ehlers. Tenemos un amigo en común.

Ehlers. El compañero de Panda. Nunca lo había visto en persona. Los hombros se me relajaron.

—Así es.

—¿Hay algún sitio donde podamos hablar?

Lo llevé a la Sala A, al fondo de un pasillo que no solía tener mucho paso. Con un poco de suerte, nuestro encuentro pasaría desapercibido. Le ofrecí una botella de agua y me senté a la mesa. Ehlers prefirió quedarse de pie junto a la ventana, mirando hacia la Séptima Avenida.

—Entiendo que conocía a Olivia Kravis —dijo con un marcado acento de Long Island. Panda me había contado que Ehlers estaba loco por dos cosas: navegar y los perros. Era el pequeño de ocho hermanos, la mayoría en el servicio civil o en la policía. Una familia numerosa, unida, volcada en la comunidad: el tipo de familia con la que siempre había soñado.

—Sí, conocí a Olivia —dije.

—Ella le envió un mensaje de texto la noche en que la asesinaron.

—¿Qué? —Me llevé la mano sin pensar a las perlas del cuello—. No, no lo hizo.

Lo repitió.

—¿Se refiere al mensaje de voz que me había dejado?

Ehlers movió la cabeza. —Le envió un mensaje de texto. ¿Puedo ver su teléfono, señorita Shaw? —Fue más una orden que una pregunta.

Normalmente no dejaría que un policía se acercara a mi teléfono ni a diez metros —la libertad de prensa y todo lo que

conlleva—, pero este era el caso de Olivia, y Ehlers era mi aliado mientras intentaba encontrar a su asesino.

Saqué el teléfono de la chaqueta, introduje el código de seguridad y lo deslicé por la mesa. Ehlers se sentó, lo cogió y empezó a pasarlo por la pantalla: estaba revisando mis mensajes o mis correos.

—¿Cuándo llegó? —pregunté.

—Déjeme que yo empiece con las preguntas.

Abrí los brazos. —Adelante, pregunte.

Sus dedos se detuvieron. Deslizó el teléfono hacia mí. —¿Puede explicar esto? En la pantalla aparecía un mensaje de Olivia. Se me erizó el vello de la nuca al leerlo:

NECESITAMOS HABLAR. ES HORA DE QUE SEPAS LA VERDAD.

Lo leí de nuevo, fijándome en la hora: las 18:05 del viernes, unos veinte minutos después de que había intentado llamarme. *Es hora de que sepas la verdad.* ¿Qué verdad? ¿Qué quería decirme? Miré a Ehlers. Tenía una libreta abierta y el bolígrafo en alto, listo para escribir. —No recibí el mensaje —dije, con las manos temblando tanto que el teléfono se me escapó y resbaló por la mesa—. No lo recibí.

—¿Por norma ignora los mensajes de sus amigos?

—No, por supuesto que no —respondí, nerviosa y a la defensiva —. Pero a veces se pierden entre un montón de otros mensajes y no los llego a ver. No ignoré su mensaje. No lo vi —repetí.

—¿Y no pensó en revisar su teléfono después de enterarse de que su amiga había sido asesinada?

—¿Qué? No. —Negué con la cabeza. Seguía intentando asimilar que Olivia había querido decirme algo antes de morir.

—¿Qué significa ese mensaje, señorita Shaw?

—No lo sé. Obviamente tenía algo que decirme. Da la impresión de que era algo importante. ¿Cómo voy a saber qué era si no llegó a tener la oportunidad?

—¿Ni la más remota idea? —Parecía escéptico.

Escudriñé mi memoria en busca de una pista, de algo, pero no encontré nada. Creía conocer todos los secretos más profundos y oscuros de Olivia. Estaba claro que no. —No —dije al final.

Lo empujó ligeramente hacia mí. —Léalo de nuevo.

Lo hice, intentando, esta vez, apartar mis emociones y pensar con frialdad. Leí el mensaje completo en voz alta, otra vez, a Ehlers.

—¿Alguna cosa?

—Suena urgente. *Necesitamos hablar.* Es urgente, ¿no? Y *es hora* da la sensación de que no era algo nuevo, como si me hubiese estado ocultando algo todo este tiempo. Dios mío, ¿cree que esto tiene relación con por qué la mataron? —Un escalofrío me subió por la espalda. Era demasiada coincidencia.

—Tenemos que investigarlo todo.

Sentí que el mundo giraba a mi alrededor y se me nublaba la vista. Iba a desmayarme. *Respira,* me repetí. *Respira.*

Ehlers no me dio tiempo ni para reaccionar. —¿Tuvo alguna pelea reciente con la señorita Kravis?

—No.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio?

—Hace dos miércoles. Fui a su apartamento. Pedimos comida de un local de sopas ecológicas y bebimos vino. Salí de allí cerca de la medianoche. Todo estaba bien.

Anotó mis palabras. —¿Tenía alguna relación la señorita Kravis? —preguntó sin levantar la vista de la libreta.

Me quedé paralizada. *¿Qué saben?* —No que yo sepa —dije con tono neutro, controlando mi voz.

Chascó la lengua. —¿Está segura?

—La vida de Olivia, como la mía, estaba centrada en el trabajo. Su prioridad era la fundación, igual que la mía es esta cadena. —No era mentira.

Ehlers se levantó. —Gracias por su tiempo.

—Espere. —Me levanté de un salto, bloqueando la salida—. ¿Y la hora de la muerte?

—Saldrá en el informe del forense más tarde.

—Eso no es justo. Acabo de darle información... ¿y usted no me devuelve el favor?

—En realidad, no me ha contado nada que no supiera ya. —Se abrochó el cortavientos.

—¿Qué saben del paradero de Rachel? ¿Ha huido del país?

Me respondió con una mirada de fastidio.

—¿Es la única sospechosa?

De nuevo, silencio.

—¿En qué parte de la cabeza la golpearon? ¿Las heridas indican que quien mató a Olivia era más alto que ella o de su misma estatura? Rachel es baja, un metro sesenta y cinco, como mucho un metro sesenta y tres. Si las heridas están más arriba, no hay forma de que ella pudiera haber cometido este crimen sola.

Ehlers movió suavemente mi silla a un lado. —Le preguntaría si sabe lo que son los tacones altos, señorita Shaw, pero veo que ya los lleva puestos.

Cerré la boca.

—El departamento agradece su colaboración. Le avisaré si necesito hacerle alguna pregunta más.

nueve

Tres de la tarde. Estaba en el vestíbulo del edificio de FirstNews esperando a Delphine Lamont.

En Livingston, recordaba a la hermanastra mayor de mi mejor amiga como una de las estrellas. Era brillante en los estudios y una competidora nata, una atleta destacada que sobresalía en todos los deportes que practicaba. Tenía todos los dones conocidos por la humanidad, salvo quizá la belleza: había heredado una nariz prominente y un mentón poco pronunciado de su padre, un playboy francés que murió en un accidente de lancha cuando Delphine era un bebé. Tanto la nariz como el mentón ya estaban corregidos cuando acabó el instituto, aunque ninguno pareció entorpecer su ascenso al escalafón más alto de la jerarquía estudiantil de Livingston. A los dieciséis años, sin embargo, Delphine había demostrado tal talento como esquiadora que la enviaron a un internado suizo, donde podía entrenar todo el invierno. Decidieron que Olivia fuera con ella para hacerle compañía, aunque nunca entendí por qué. Nunca habían sido especialmente cercanas, y Delphine no era de las que echaban de menos el hogar.

Yo, por otro lado, estaba a la deriva sin mi mejor amiga. Me había desarrollado antes que ninguna de mi clase: pecho y caderas me salieron casi de la noche a la mañana. Las chicas me marginaban, me hacían el vacío, me avergonzaban de mi cuerpo. Los chicos, al contrario, se volvían locos por mis curvas y me daban la atención que tanto necesitaba. Adopté el papel de objeto sexual con entusiasmo. A los catorce, le hice una mamada a un chico en el baño del Teatro Ziegfeld. A los quince, conocí a Ethan Wilcox.

Era un alumno de último curso en Collegiate, con un flequillo de pelo rubio ceniza y un cuerpo alto y atlético que su escuela aprovechaba en la cancha de baloncesto. Sus padres vivían en un apartamento de Park Avenue, un dúplex con una gran escalera y largos pasillos forrados de madera oscura. Cuando llamó —sin previo

aviso— dijo que sus padres estarían fuera esa noche o de viaje, no recuerdo cuál. Lo que sí recuerdo es que Ethan había invitado a un amigo, que jugamos una partida de billar y bebimos algo dulzón y fuerte en vasos de cristal grueso, y que a mitad de la partida Ethan me levantó el bajo de la falda con la punta del taco.

—Veo Londres, veo Francia —dijo, dejó el taco y me subió a la mesa forrada de fieltro verde. Se me fue el suéter, la falda al suelo. Me deslizó los dedos bajo el encaje rosa del sujetador, bajó con la cabeza, me recorría con la lengua entre las piernas. No fue hasta que me penetró, con las piernas abiertas en el aire, que recordé a su amigo. Estaba de pie al final de la mesa, con la polla en la mano, esperando su turno.

Más tarde, me convencí de que estaba borracha; por eso lo hice, por eso les dejé hacerme lo que quisieron. Pero el alcohol no era el único culpable, ni mucho menos había sido pasiva una vez que empezó todo. Al contrario: el poder y el control que sentía eran lo que me impulsaba, lo que me daba un subidón que ninguna droga igualaba. Solo después, al llegar a casa y en los días siguientes, cuando las demás se enteraron, como era inevitable, me sentí sucia, una zorra, sin valor. Pero eso no me impidió seguir acostándome con cualquiera, ni mucho menos dejar de beber. Entre los brazos de un chico guapo, los dos pedos de punch hawaiano y ron, encontraba un respiro, aunque fuera breve, de la soledad y la desesperación que me perseguían cada segundo del día. Sexo y alcohol. Alcohol y sexo.

Cuando llegó el momento de solicitar plaza en la universidad, incluso mi padre —no precisamente el hombre más perceptivo del planeta— vio claro que cuanto más lejos estuviera de Manhattan, mejor. Había intentado hablar conmigo, ponerme horario de llegada, luego terapia que le costó un ojo de la cara y no cambió nada en mi comportamiento. Las notas se desplomaron; no podía dormir sin tomarme un Tylenol PM y un poco de Benadryl. Por milagro, saqué unas puntuaciones altas en los SAT —algo que mi padre interpretó como prueba de que aún tenía cerebro, a pesar de todos mis esfuerzos por demostrar lo contrario— y tuve para elegir entre varias universidades del Medio Oeste. En agosto, salimos hacia el oeste en un Honda alquilado, lleno hasta los topes de mis cosas. —Ve a

empezar de cero —me dijo papá en las puertas de Macalester—. Todo el mundo merece al menos una oportunidad.

Pero no logré dar la vuelta a la página en Minnesota, mi hogar durante cuatro años glaciales, ni tampoco en Washington DC, donde conseguí un máster en periodismo por los pelos. Volví con mi padre casi igual que cuando me fui, y que Dios me ayude, él me quiso igual. No sé cómo. Porque lo único que veía en el espejo era problemas.

Entonces Olivia volvió a mi vida. Me consiguió el trabajo en FirstNews y me prestó el dinero para tener mi propio piso. Pero el mundo de las noticias no es el mejor sitio para alguien con mis tendencias. La gente hace fiesta. La gente folla. Durante los primeros cuatro años en la cadena, conseguí mantener separado el trabajo de la juerga, pero luego me ascendieron a productora de segmentos y empecé a trabajar más horas y a viajar con mis compañeros, muchos de los cuales eran adictos a la coca o grandes bebedores como yo. Empecé a tener problemas para distinguir entre desfogarme un viernes por la noche y largarme en una juerga de doce horas que me dejaba fuera de combate todo el fin de semana. Estaba perdiendo el control, peor que nunca. No fue hasta que Georgia Jacobs me puso el ultimátum —busca ayuda o te largas— que dejé atrás lo peor. Llevaba dos años y medio sin beber.

Acababa de dejar a Jack Slane. Era finales de marzo, aún hacía frío para nevar. Mi equipo y yo habíamos cubierto un caso de secuestro infantil en Maine y estábamos agotados, durmiendo cuatro horas diarias durante diez días seguidos. Habíamos vuelto esa mañana, hicimos un buen directo y nos fuimos todos al Coyote Cinco, dispuestos a beber hasta reventar. Me tomé unos chupitos con Doug, uno de nuestros cámaras, un tío grande con unos cinco tatuajes. Sobre la medianoche, nos tiramos en el callejón detrás del bar; luego entré, seguí bebiendo y le pedí a una de mis becarias menores —una universitaria haciendo prácticas— un par de OxyContin que sabía que llevaba. Me tragué dos, tal vez más, y lo siguiente que recuerdo es que estaba en el suelo de mi cocina. Georgia a mi lado, arrodillada, con el móvil pegado a la oreja.

Más tarde supe que había habido un avance en el caso: la policía había encontrado el cadáver de la niña enterrado bajo una capa de nieve en un barranco helado, a menos de un kilómetro del centro comercial donde la secuestraron, y Georgia no había podido localizarme. Fue a mi casa de camino al aeropuerto, convenció al portero para que la dejara entrar y me encontró en el suelo, inconsciente, en un charco de orina. Me tiró un cubo de agua fría a la cara y llamó a Hilltop, un centro de desintoxicación en Connecticut. —Nos esperan dentro de un par de horas —dijo—. Tienes diez minutos para ducharte y quitarte ese olor. Yo haré la maleta.

Con esfuerzo, conseguí sentarme. —Anoche me pasé. Eso no significa que tenga que ir a rehabilitación.

Negó con la cabeza. —Chica, las dos sabemos que no es la primera vez.

Georgia se refería a la última vez que me desmayé. Fue nueve meses antes. Estaba en un bar del Bowery, hasta arriba de vodka con tónica y un par de codeínas. Desperté en el hospital St. Vincent, en urgencias. Después de que me lavaran el estómago, vino el psiquiatra de guardia. Me mandó a casa con una bolsita de folletos sobre el abuso de alcohol, una vez que vio que no estaba intentando suicidarme. No de forma intencionada, al menos.

Me eché el pelo hacia atrás. —Georgia, no iré.

—Entonces estás fuera.

—No puedes hacer eso. No puedes echarme así como así —balbuceé.

—Por supuesto que puedo y lo haré, si no te mueves ahora mismo. —Me puso en pie, me llevó al baño y me metió bajo el chorro de agua fría, todavía vestida. Cuando por fin estuvimos en su coche, le indicó al conductor un nuevo destino. —Cambio de planes. Dormí casi todo el camino y me desperté al entrar en el centro: un edificio de ladrillo rojo en lo alto de una colina, que dominaba un estanque de aguas quietas y kilómetros de nieve. Georgia se sentó a mi lado en la sala de espera, ignorando las llamadas y mensajes que no dejaban de llegar a su móvil. Estaba perdiéndose una noticia urgente, y fue entonces cuando entendí que de verdad le importaba.

Que me debía a mí misma mejorar, por ella y por todos los que habían intentado, sin éxito, ayudarme.

Empecé a llorar. Georgia me rodeó los hombros encorvados con un brazo. —Quédate todo el tiempo que necesites. No te preocupes por el trabajo. Todo seguirá ahí cuando estés lista.

Estuve en Hilltop tres semanas. Más tarde supe que Georgia se había hecho cargo de todos los gastos. Mi compañera de habitación era una mujer de cuarenta años, de Ohio, adicta a la metanfetamina, que leía novelas románticas y tenía pinta de presidenta de la AMPA. Llevaba el chándal del centro, me duchaba en un baño común y tenía dos sesiones diarias con una terapeuta llamada Elaine.

Elaine tenía el pelo gris, corto y alborotado, y su despacho estaba lleno de plantas medio muertas y matrioshkas rusas. La primera semana me miró fijamente y dijo: —No eres borderline ni bipolar, así que ¿qué eres?

Me encogí de hombros. —¿Por qué no me lo dices tú?

—¿Una alcohólica?

—No.

—Te das cuenta de que eso es justo lo que dice cualquier alcohólica.

—Caí en una espiral, pero ya terminó.

—Cuando dices que se acabó, ¿eso quiere decir que nunca más beberás alcohol?

—Puedo tomarme una copa y parar.

—¿Y qué pasa cuando no puedes? ¿Qué ocurre entonces?

Pasé gran parte de las semanas siguientes en el despacho de Elaine, buscando una respuesta. Empezamos por mi infancia, y en concreto por mi madre, Tipsy, cuyo apodo le venía del gin y el vodka, y que me había inculcado el gusto por ambas bebidas. Tipsy, que me había dejado sola y desamparada, con la autoestima por los suelos y demasiadas preguntas sin respuesta, lo que me llevó a buscar consuelo en los brazos de chicos, y más tarde, a tomar decisiones arriesgadas, como acostarme con desconocidos en bares oscuros. Bebía y me acostaba con quien fuera, y me odiaba por ello.

—Háblame de las cicatrices —dijo Elaine, señalando las finas líneas blancas de mis muñecas. Apenas se notaban, pero bajo cierta luz aún eran visibles.

—No estaba intentando suicidarme.

—¿Solo castigarte?

Me removí en el asiento.

—¿Cuándo fue la última vez que te cortaste?

Después de un viaje a Guatemala con Olivia. —Hace seis años.

—Bien —dijo—. Eso me dice algo.

—¿Qué?

—Que eres capaz de recuperarte. Lo dejaste. Puedes dejar esto también.

Al final de mi estancia en Hilltop, Elaine y yo acordamos que, al volver al mundo real, tendría que ir a reuniones de AA, buscar un patrocinador y seguir los doce pasos para mantener la sobriedad. También tendría que seguir con la terapia.

De vuelta en Nueva York, tenía buenas intenciones. Fui a ver a un psicólogo en la calle Cincuenta y Siete y empecé a ir a reuniones de AA para principiantes en una iglesia de la calle Cuarenta y Tres Este. Pero mi nuevo psicólogo era un idiota, y las reuniones, con mi horario caótico, eran difíciles de seguir con regularidad. Lo dejé todo a los pocos meses. Estaba convencida de que tenía las cosas bajo control —y así era, desde hacía dos años y medio—, y de que lo mejor era dejar el pasado donde estaba.

Esperé en el vestíbulo del edificio de FirstNews. Delphine cruzó la puerta giratoria acompañada de un hombre. Llevaba un traje de chaqueta y falda gris oscuro que favorecía su figura alta y atlética, una blusa de seda azul marino y sin maquillaje. Su espeso cabello castaño estaba peinado hacia atrás con una diadema y caía como una pesada cortina, justo por encima de la clavícula. Una pulsera de oro con un cierre de diamantes rodeaba su muñeca fuerte, y dos grandes pendientes de diamantes brillaban en las orejas. Me vio junto al mostrador de recepción y vino directamente hacia mí.

—Cornelia Shaw, ha pasado mucho tiempo. —De cerca, vi que sus ojos avellana estaban enrojecidos, y que no iba del todo sin maquillaje. Una capa gruesa de base intentaba ocultar las ojeras oscuras.

Levantó la mano. —No, por favor, o volveré a llorar.

«Eso es, guárdalo para la cámara», pensó la productora que llevaba dentro.

El hombre a su lado cambió el peso de un pie a otro. Era casi calvo y de estatura baja. Me sonaba de algo. —Este es Prentice Maldone —dijo Delphine, presentándonos.

Le estreché la mano al presidente de Maldone Enterprises, un conglomerado en rápido crecimiento que poseía y gestionaba una cadena de periódicos y cadenas de televisión en ciudades secundarias. Había leído un artículo en Bloomberg que afirmaba que Maldone pretendía competir con la Tribune Company —que seguía un modelo de negocio similar—. El artículo no mencionaba sus posibles objetivos de adquisición, pero estaba claro que no estaba merodeando por nuestro vestíbulo para dar el pésame.

—Encantado de conocerla —dijo Maldone. Tenía un acento plano del Medio Oeste —si tuviera que adivinar, diría que de Iowa o Illinois— y unos ojillos azules que no se perdían nada. —¿Trabaja para la cadena? —preguntó.

—Soy productora de segmentos para *Topical Tonight*.

—Muy bien —dijo Maldone.

Delphine agarró la correa dorada de su bolso y me miró. —¿Cuánto tiempo hace que...? —Se le fue apagando la voz mientras hacía cuentas mentalmente.

—Dos años —dijimos los dos a la vez. La última vez fue en una fiesta de cumpleaños de Olivia en Orsay, un restaurante de moda del Upper East Side. Llevaba medio año sin beber.

Maldone le tocó ligeramente el brazo a Delphine. —Te veré pronto. —Luego me saludó con un gesto y entró en uno de los ascensores solo.

—¿Vamos? —dije, haciendo un gesto con la cabeza en la misma dirección.

Apretó los labios con fuerza y asintió.

Mientras Delphine estaba en maquillaje y peluquería, fui a buscar a Alex para asegurarme de que estuviera listo para su entrevista. No estaba en su mesa ni en el estudio. Iba a llamarlo cuando lo vi en la cocineta, tonteando con Sabine. Ella se inclinaba hacia él, con la cara iluminada como la Quinta Avenida en Navidad. Sabía que si no los separaba en ese momento, se la tiraría antes de que terminara la semana, si no antes.

—Hola, Alex. —Me metí en medio de los dos—. ¿Algún chisme más de Fóllame-Duro?

Se rio, pero se le subieron los colores. —Penny Harlich está cubriendo el caso Kravis para GSBC. Clyde piensa que, por hablar con la competencia, debo de estar acostado con ella —le dijo a Sabine.

Me planté, con las manos en las caderas. —Más razón para mantenerte alejado de ella. No me gusta que le pases información. Lo de la saliva es cosa vuestra, pero hasta ahí llega el intercambio mientras esta historia no acabe. ¿Capisce? —Me volví hacia Sabine y le solté una advertencia—: Más te vale tener cuidado, guapa. A este le van las nuevas.

—¿Sabes, Clyde? Nunca te habría dicho que eras una cotilla —gritó Alex a mis espaldas.

—Sabes que soy tu debilidad —le grité mientras volvía hacia la sala verde.

Delphine seguía en maquillaje, así que volví a mi mesa y llamé a Panda. Esta vez descolgó. —¿Qué tal Ehlers? —preguntó.

—Me habría venido bien que me diera la hora de la muerte.

Panda se rio. —Ya me lo imagino.

—Por favor, Neal. Necesito saberlo.

Suspiró. —El forense dice que a las diez y veinticinco, pero de mí no lo has oído.

Fue poco más de cuatro horas después de que me enviara el mensaje, y unos veinticinco minutos después de que Olivia volviera al Haverford con Rachel. También fue una hora antes de que una mujer dijera que la había visto en la calle discutiendo con un hombre. —La próxima vez el pastrami me lo pago yo —dije antes de colgar.

Delphine estaba sentada en un sofá destartalado en lo que llamaban sala verde de *Topical Tonight*. Nada de verde, solo paredes beige, asientos raídos, una mesita de café cubierta de revistas viejas de *New York* y *Time* y tres cuencos de caramelos casi vacíos, y una máquina que echaba café, chocolate caliente, y agua caliente y fría. —¿Quieres algo? —pregunté, haciendo un gesto hacia la máquina—. ¿Agua, té?

Se había quitado la chaqueta, y la blusa azul marino sin mangas dejaba ver unos brazos fuertes. —Nada, gracias.

Delphine apartó la mirada, con las manos apretadas en puños sobre el regazo. Notaba que no tenía ganas de abrir la boca, pero yo tenía preguntas que no podía hacerle con más gente delante, y mucho menos mientras nos grabaran.

Me senté en el cojín a su lado. —¿Qué crees que ocurrió?

Giró de nuevo hacia mí. —Clyde, no me obligues a pasar por esto contigo. Estoy aquí porque alguien tiene que venir. Por favor, no me lo pongas más difícil.

—Sabes que eres la única con quien puedo hablar —dije, bajando la voz hasta un susurro.

—Por favor, Clyde —repitió, con las fosas nasales dilatadas mientras me agarraba las manos—. No puedo.

Apoyé la mandíbula, sin ceder. —¿Has hablado con la policía?

—¿Por qué habría de hacerlo? —preguntó.

—Por Rachel. Alguien lo descubrirá si no lo ha hecho ya.

Soltó mis manos y volvió a apartar la mirada. —Lo dudo.

—¿Y cuando la policía dé con Rachel? ¿No crees que hablará?

Apoyó los labios. —No puedo hacer nada.

—Delphine, uno de los detectives me visitó. Me preguntó si Olivia tenía una pareja. Pensaba que ahora podría ser el momento perfecto para hacerlo público. —Hice una pausa, esperando una respuesta que no llegó. Tras un largo silencio, me atreví a decir—: ¿No sería mejor que saliera de ti, como miembro de la familia, antes que de otro? ¿Y en nuestra cadena?

Giró bruscamente la cabeza hacia mí, con gesto desafiante. —¿Cómo? Nadie lo sabía.

—Mucha gente lo sabía. Olivia respetó los deseos de tu familia, dadas sus inclinaciones políticas y el impacto que esto podría tener en las alianzas de su padre, pero no vivía en una torre a mil pies de altura. Tenía amantes. Te lo digo yo: no puedes mantener algo así en secreto.

—Bueno, podemos intentarlo, ¿no? —replicó con brusquedad—. Y si de verdad le importabas, harías lo mismo. Esta no es una decisión que te corresponda tomar, Cornelia.

Llamaron dos veces a la puerta. Sabine asomó la cabeza. —Todo listo —dijo, su tono alegre cortando la tensión como un cuchillo —. ¿Les importaría seguirme, señoras?

La entrevista duró quince minutos. Hubo lágrimas, pañuelos y mucho material aprovechable, todo propiedad exclusiva de nuestra cadena, que nos ayudaría a recuperar la delantera frente a la competencia. En cualquier otro caso, me habría sentido aliviada. Pero esta vez, en cuanto terminamos, salí por la puerta, más decidida que nunca a encontrar al asesino de mi mejor amiga. No paraba de darle vueltas al mensaje críptico que me había enviado: «Es hora de que sepas la verdad». Mi instinto me decía que tenía que ver con su asesinato.

diez

Sutton Danziger vivía en una parcela de lujo junto al mar, en uno de los barrios más exclusivos de Greenwich. Su casa, una enorme estructura de piedra gris, quedaba encajada entre otras dos mansiones igual de colosales, ninguna con buzón ni número visible —por motivos de seguridad, sin duda—, y de no ser por la hilera de Aston Martin y Bentley aparcados en su entrada circular de gravilla, no habría sabido en cuál de las tres viviendas debía presentarme a cenar.

La puerta se abrió antes de que bajara del taxi. Me recibió un hombre de piel negra y complexión robusta, con pantalones caqui y camisa vaquera. Llevaba el móvil enganchado al cinturón por un lado y, por el otro, una funda de pistola. —¿Nombre?

Le di mi nombre. Él lo repitió por teléfono a alguien y, cinco minutos después, tras revisarme el bolso con rapidez, me acompañaron por pasillos de mármol hasta una sala con techo abovedado. Los muebles elegantes y a medida parecían diseñados para no hacer sombra al arte de las paredes, igual que el cuarteto de mujeres tiesas sentadas en los sofás de terciopelo. Las cuatro iban vestidas en tonos neutros, como topo y beige, y me pregunté cuál de ellas tendría que ganarme para sonsacarle algo sobre Rachel Rockwell. Los hombres, al parecer, estaban en otra zona de aquella casa inmensa.

Al verme en la entrada, Sutton se desplazó hacia el extremo del sofá y dio unas palmaditas en el asiento a su lado. Me senté junto a ella y acepté una copa de champán que un camarero ofrecía en una bandeja blanca y brillante. Las mujeres se presentaron una a una, pero sus nombres no distinguí uno de otro, igual que sus voces. Aguanté unos veinte minutos de charla insustancial —un recordatorio de por qué evitaba los eventos escolares— antes de pedirle a Sutton que me enseñara la casa.

Unos minutos después, estábamos frente a dos alfombras de cebra en el estudio de Sutton, lejos ya de la sala. Alzó la vista hacia la pared tras su escritorio. —Rauschenberg —musitó, aunque el mensaje era claro: Sutton, como casi todos en la Escuela Livingston, era de familia adinerada, pero nada comparado con lo que ahora poseía, y quería asegurarse de que yo lo hubiera notado.

—Precioso. —Fingí admirar la pintura antes de preguntarle cuál de sus amigas conocía a Rachel Rockwell.

—Vanessa Cox, la rubia —dijo Sutton, ajustando un organizador sobre el escritorio.

—Todas eran rubias, Sutton.

Rodó los ojos.

—Estaba sentada justo a tu lado.

—Ah.

—No vas a meter la pata, ¿verdad?

—Venga ya, Sutton. No.

Se apartó un mechón de pelo liso detrás de la oreja.

—Nada de sangre, semen ni abusadores de menores.

—¿Y la mierda?

Frunció el ceño.

—Ya sabes a qué me refiero. Nada asqueroso. Y nada de pasarse con el alcohol. ¿Entendido?

Me lanzó una mirada que dejaba claro que no había olvidado su fiesta de los treinta, esa en la que me emborraché y me acosté con su hermano de veinte.

Me crucé.

—Te doy mi palabra.

Mi acompañante de cena era recién divorciado, un buen jugador de golf y un empresario de éxito. Además, tenía la mirada inquieta, y conforme avanzaba la noche, también las manos se volvían atrevidas. Afortunadamente, Sutton había sentado a la amiga de

Rachel Rockwell justo frente a mí, lo bastante cerca como para ver cómo se iba llenando con cada copa de un Château no-sé-qué. Al final de la cena, Vanessa Cox estaba, como se dice, hecha una cuba. Se excusó durante el postre y la seguí, alcanzándola al salir del baño de invitados. No me costó hacerla hablar.

—Oí que conoces a Rachel Rockwell.

Nos detuvimos juntas frente al espejo del pasillo, retocándonos el pintalabios. El suyo era un rojo caro, el mío un rosa barato.

—Ahora todo el mundo debe de hablar de ella —dije.

—Greenwich es un lugar pequeño. La gente habla si te abrochas mal la chaqueta.

Me pregunté si hablaba por experiencia. En su estado, hasta podía imaginarla con dificultades para ponerse la ropa.

—¿Cómo la conoces?

—Como dije, Greenwich es pequeño. Vamos al mismo club y nuestros hijos estudian en la misma escuela. El mío pequeño es amigo del suyo mayor.

—¿Entonces la conoces bien? —pregunté.

Se tambaleó junto a mí.

—Bastante. ¿Tienes hijos?

Negué con la cabeza.

—No. Mi trabajo es bastante intenso.

Me lanzó una mirada entre compasiva y envidiosa.

—Rachel es la madre que hace que las demás parezcamos unas flojas. Hace mil cosas por la escuela: turnos de transporte, venta de dulces, recaudación de fondos... todo mientras mantiene una casa perfecta y una vida social a tope. Y, encima, siempre va impecable. Si acaso tiene una grieta en la armadura, es que se pasa un poco más de ostentosa que la mayoría de nosotras, las chicas de Greenwich.

Me acerqué un poco más, bajé aún más la voz.

—¿Y lo del DUI?

—Ah, eso... —Vanessa bajó la mirada—. No estoy segura de cómo pasó. Rachel no bebe. Dijo que en su familia había alcohólicos. La verdad es que a todas nos pilló por sorpresa.

—¿Y su marido? ¿Michael? ¿Cómo es?

—Ya sabes cómo son... —Metió el pintalabios en un bolso brillante y lo dejó caer al suelo.

—No, no lo sé —recogí el bolso y se lo devolví.

—Es controlador —dijo, cogiéndolo—. Como muchos hombres dominantes por aquí. Pero Michael fue más allá. Le metía mucha presión y quería saber dónde estaba a todas horas. Siempre le mandaba mensajes. Y una vez Rachel me dijo que creía que le había puesto un localizador al coche. La verdad es que ninguna de nosotras la culpa por lo que hizo. Ni lo más mínimo.

—¿Qué hizo?

Vanessa me miró fijamente a través del espejo.

—Rachel tuvo una aventura con su entrenador.

—¿Cuándo?

—Creo que empezó hace un año. Michael sospechaba que algo pasaba, y cuando lo descubrió, perdió los papeles. Hizo que despidieran al tipo y la echó de casa. Luego pidió el divorcio.

Los asesinos suelen mostrar signos de violencia —como malos tratos o violación— mucho antes de matar. La mayoría de las veces, las señales pasan desapercibidas o no se denuncian nunca. Michael no había sido detenido por pegarle o violar a Rachel —ya lo había comprobado—, pero eso no quería decir que no fuera culpable. Y todo esto lo pintaba claramente como un marido celoso.

—¿Sabes si Michael le puso alguna vez la mano encima a Rachel mientras estaban casados?

—Rachel y Michael aún están casados, aunque llevan casi un año viviendo separados. El divorcio aún no es oficial y, a este ritmo, tardará en resolverse. Mientras tanto, Rachel ha recuperado la casa y tiene a los niños la mayor parte del tiempo, pero Michael está peleando por la custodia exclusiva.

No me había respondido, así que volví a preguntar. —Cuando aún vivían juntos, ¿le hizo daño alguna vez?

Movió la cabeza. —La veía cambiarse de ropa en el vestuario del club con cierta frecuencia. Si hubiera tenido alguno, me habría dado cuenta.

Miré el reloj. Eran las 11:10 y, de golpe, me entró el cansancio. Había un tren a las 11:47 y, si quería cogerlo, tenía que acabar con Vanessa en unos minutos. —Una pregunta más: el entrenador con el que Rachel tenía una aventura, ¿sigue viéndolo?

Vanessa se recostó contra la pared. —No lo sé. Hace tiempo que no la veo.

—Lleva desaparecida desde el viernes.

—Me refería a antes. No viene al club desde hace meses.

—¿Por casualidad sabes cómo se llama el entrenador? —pregunté

Se llevó un dedo con la uña pintada a la frente y cerró los ojos. —Un nombre europeo —dijo al fin.

—¿Te acuerdas de algo más de él?

Vanessa abrió los ojos. —Era un bombón. Rubio, joven, con un cuerpo espectacular. Eso fue lo que más enfadó a Michael. Está acostumbrado a ser el macho alfa.

—¿Algo más?

Se quedó pensando un momento. —Tenía un tatuaje en el brazo. Un dragón verde, aunque tal vez fuera una serpiente.

Martes

once

Estaba en la oficina de Diskin, disputándome su atención con los cuatro monitores de la pared trasera, todos emitiendo el programa *Today*. Diskin, junto con la audiencia tipo de FirstNews, acababa de ver la entrevista de Matt Lauer a Frank Uffizo, el abogado que Michael Rockwell había contratado para representarlo a él y a su esposa. Me había llamado para echarme una bronca, pero lo interrumpí al contarle lo que Vanessa Cox me había dicho sobre Rachel y su entrenador personal: un hombre con un tatuaje en el brazo que coincidía con la descripción del portero del edificio de Olivia. Solo que el tipo al que habíamos grabado respondía al nombre de Andrew, no de André Kaminski, como lo conocían en el club campestre de Greenwich antes de que lo despidieran. Eso, al menos, estaba confirmado. Podía ser otra coincidencia, pero no lo creía.

Diskin tamborileó con el bolígrafo sobre su labio inferior.

—¿Crees que la aventura fue real?

—Todavía no tengo claro si fue cierto. Podría ser todo habladurías —dije.

—¿Y cuál es tu plan?

—Voy a preguntarle a Andrew, André, o como demonios se llame si tenía una aventura con Rachel Rockwell.

Diskin asintió.

—Pregúntale dónde demonios cree que está. Y lleva a cámara.

No tenía pensado llevar al de la cámara. La gente se cierra en cuanto aparece uno, y necesitaba que Andrew —o André— hablara.

—¿De verdad crees que es buena idea?

—Sí, estoy seguro. —Descargó el bolígrafo sobre el escritorio—. Vas a salir y pillar a ese hijo de puta con una mentira grabada, y lo

vamos a emitir en directo. Eso es hacer noticia. Por eso la gente nos ve. —Volvió la mirada a los monitores—. Deberías haber pillado a Uffizo. Rachel Rockwell es la única sospechosa de la policía. Y como está desaparecida, él es lo más cercano que tenemos.

—Persona de interés. Rachel aún no es sospechosa. Y siempre se nos escapa Uffizo, se lo lleva Lauer.

—Al diablo. Deberías habértelo llevado. Van a detener a Rachel, y MSNBC nos va a dejar en ridículo. Joder, Clyde. Georgia cuenta contigo, y Alex también. ¿No sabes lo que hará a nuestras audiencias si Lauer se lleva a Uffizo cada mañana? —Sacudió la cabeza—. Maldita sea, ¿qué excusa tienes?

—Con todo respeto, Mitchell, creo que estás exagerando.

Diskin se rio.

—¿En serio?

—Podría no haber sido Rachel. También está Michael Rockwell.

—Uffizo también es su abogado.

—Bueno, ¿y el portero?

Se le ensombreció el rostro.

—Deja de hacer de detective y ponte a trabajar. Tu trabajo no es resolver el caso, sino cubrirlo. Demuéstrame que no me equivoqué al darte esta misión y consigue una exclusiva.

—¿No es eso lo que estoy intentando hacer?

—Fuera de mi despacho.

Cuando ya tenía un pie en el pasillo, Diskin apartó la mirada de los monitores y soltó:

—Voy a llamar a Naomi Zell para que la familia sepa por dónde va la historia.

Entré de nuevo y cerré la puerta.

—¿Por qué ella?

Naomi era la presidenta de la empresa y la sucesora elegida por Charles Kravis. También formaba parte del consejo de administración. Eso era todo lo que sabía de ella.

—Ahora actúa de enlace entre la familia y la prensa en este asunto. Charles, Monica y Delphine están en pleno duelo. Han delegado en Naomi mientras tanto.

—Aun así, ¿seguro que debes contactarla? ¿No tenemos un protocolo para esto?

—Por favor, Shaw —resopló.

—Mitchell, hablo en serio. Esto abre un precedente peligroso: dar a alguien de la familia Kravis información interna sobre nuestra cobertura. A Naomi no le importará que digamos que Rachel Rockwell tenía una aventura con su entrenador, pero ¿y si descubrimos algo más, algo que la familia prefiera mantener en secreto? —Pensé en mi conversación con Delphine en el camerino, frustrante como fue—. ¿Entonces la llamarás? ¿Para que nos pida que no lo emitiéramos?

—¿Por qué das por hecho que querría ocultar algo que descubramos?

Le clavé una mirada.

—Estás de broma.

—Los Kravis están acostumbrados a estar bajo el foco público.

—Todo eso significa es que están acostumbrados a hacer lo que haga falta para enterrar noticias que no les convengan.

Soltó un suspiro de exasperación.

—Supongamos por un momento que pasa lo que dices: Naomi sabe cómo funciona esto y es leal a la cadena. También sabe que presentaremos la historia de forma más favorable que cualquier otro medio.

—Veo que no vamos a ponernos de acuerdo.

Me incomodaba consultar a alguien con vínculos con los Kravis sobre nuestra cobertura. La familia tenía su propia agenda, una que pasaba por ocultar ciertos hechos sobre la vida de Olivia.

—Escucha, Clyde. Nadie quiere que nos acusen de encubrir nada, pero cuanto más sórdido se vuelve el caso, más complicado lo tenemos. Hazme un favor: deja de darle vueltas a hipótesis.

Concéntrate en tu trabajo. Averigua qué dice la gente y ponlos en antena. Y si lo que dicen hace que la hija de nuestro fundador parezca algo más que la víctima de un crimen atroz, asegúrate al 110 por ciento de que no mienten.

Me abroché el cárdigan y crucé los brazos. Diskin mantenía el despacho a la temperatura de un congelador.

—¿Hablamos de Kaminski ahora? Porque mi teoría por ahora es que tenía una aventura con Rachel Rockwell, no con Olivia.

—¿Estás segura?

Asentí. Pero la verdad es que no me sentía segura de nada. Olivia había muerto con un secreto, y ni siquiera podía imaginar de qué se trataba.

El turno de Kaminski no empezaba hasta las once de la noche, así que tenía todo el día por delante para empezar a investigar a Michael Rockwell. Lo primero que hice fue llamar a los padres de Rachel en Dakota del Sur. A lo mejor ella les había contado que Michael la golpeaba; a lo mejor les había confesado otras cosas también. Y cabía la posibilidad de que hubiera ido a esconderse allí, en algún rincón remoto de las Black Hills. Pero no era así: la mujer que respondió al teléfono me dijo que los padres de Rachel ya habían volado a Connecticut para estar con la familia.

Joder. Me tapé la cara con las manos. Detrás de mí, oí la voz de Sabine, suave.

—¿Estás bien? —estaba en la entrada de mi cubículo, con un sobre beis en la mano—. ¿Clyde?

—Estoy bien —murmuré, cogiendo el sobre y tirándolo a la entrada.

—Es de Diskin —dijo, mirando el sobre—. Creo que deberías abrirlo ya.

Rasgué el sobre y lo sacudí. Se me cayó una tarjeta al suelo: una invitación para la cena benéfica de la Fundación Charles S. Kravis. Llevaba pegada una nota amarilla con la letra inclinada de Mitchell Diskin.

—La cadena tiene mesa cada año. Sé puntual y trae a alguien —había escrito.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Otro incordio.

Aparté la invitación y volví a mirar el ordenador.

Sabine me dejó sola con mis preocupaciones. Como si no tuviera ya bastante, ahora tenía que encontrar pareja para dentro de seis días. Y no cualquier pareja, sino un hombre con el que no quedara en ridículo delante del presidente de la cadena y un puñado de mis colegas más prestigiosos.

Ya me preocuparía por lo de la cita más tarde. Ahora había llegado el momento de enfrentarme a Michael Rockwell cara a cara. Desafortunadamente, solo se me ocurría una forma de colarme en su bufete.

Había conocido a Jack Slane en el Oyster Bar de Grand Central. Tenía treinta y tres años y todavía bebía. Era un viernes de septiembre y me apetecía un trago. Jack era alto y delgado, con el pelo castaño rizado en las orejas y unos ojos azules que destilaban picardía. Me compró un martini y compartimos una docena de ostras mientras intercambiábamos historias de terror del trabajo. A las diez menos cuarto, me preguntó si podía acompañarme a casa. Sabía que lo que debía hacer era darle la tarjeta y despedirme. Y si no hubiera tomado tres martinis con solo unas ostras revoloteando en el estómago, quizás lo habría hecho. Pero estaba borracha, era guapo y no tenía ganas de que la noche terminara.

En la acera, Jack se llevó la mano a la frente.

—¡Se me olvidaron unos papeles en la oficina! ¿Te importa subir? Solo será un momento.

No me importó nada. Cinco minutos después estábamos en la oficina de Jack en Bennett & Wayne, con su mano dentro del sujetador de encaje y su boca en el cuello.

—Quiero follarte aquí mismo —me susurró al oído, empujándome contra el escritorio, bajando entre mis piernas, sus manos y su boca

haciendo el trabajo de tres hombres.

Seguimos viéndonos de vez en cuando durante los seis meses siguientes. Luego, una noche, tras una ronda especialmente intensa en la cama king de Jack, con el pecho izquierdo al aire y una mancha entre nosotros, me soltó la bomba: había conocido a alguien.

—Es increíble —dijo, mientras su mano buscaba mi pezón. Ojalá pudiera decir que lo llevé con dignidad.

Sacudí esos recuerdos y llamé a Gloria, la asistente de Jack. Le dije que había encontrado un jersey que Jack había dejado olvidado en mi piso hacía tiempo y que podía pasarme a dejarlo.

—El señor Slane aún no ha llegado —dijo, sin poder ocultar del todo su desprecio. Por su tono, quedaba claro que me recordaba.

—No hay problema. No necesito verlo. Como le digo, solo quiero dejar un jersey.

Suspiró, cansada.

—¿Sabe que el señor Slane está comprometido?

—Es un jersey, Gloria.

Veinte minutos después, estaba en el elegante vestíbulo marrón y beis de Bennett & Wayne, con la rebeca de talla grande que guardaba en la oficina para los días de verano en los que el aire acondicionado iba a tope. Podía ser que Rockwell no hubiera ido a trabajar, en cuyo caso todo mi engaño del jersey perdido habría sido en vano, pero prefería arriesgarme. Rockwell no me devolvía las llamadas, y aunque lograra hablar con él por teléfono, seguro que me colgaba. Sería mucho más difícil echarme de su despacho si amenazaba con montar un escándalo.

La recepcionista avisó a Gloria para que bajara, pero esta le dijo que me subiera directamente. Sin acompañante, tenía un breve margen para encontrar el despacho de Rockwell y enfrentarlo sin levantar sospechas. Tras coger el ascensor interno hasta la planta de

Jack, me quité la etiqueta de visitante y pregunté a una becaria con pinta de agobiada dónde estaba el departamento corporativo.

La mujer se detuvo y ajustó la caja de archivos que llevaba en la cadera.

—¿A quién busca?

—Michael Rockwell.

—Ah. —frunció el ceño al oír su nombre—. Está en Fusiones y Adquisiciones, por ese pasillo; gire a la izquierda en el baño. Tercera puerta. Los nombres están en las puertas.

Efectivamente, su despacho tenía el nombre grabado en letras de latón. La puerta estaba entreabierta, así que pude oír que estaba dentro, solo, tecleando en el ordenador. Llamé con los nudillos, entré y cerré tras de mí.

—¿En qué puedo ayudarla?

Era alto y fornido, con el pelo oscuro y abundante peinado hacia atrás. El traje a rayas parecía hecho a medida, y unos gemelos de oro y ónice brillaban en cada uno de sus puños almidonados.

Me senté en uno de los dos sillones con tachuelas que había frente a su escritorio.

—Hola, Michael. Soy Clyde Shaw. Hablamos por teléfono el otro día.

Frunció el ceño, sin caer en la cuenta de inmediato.

—Soy productora de FirstNews.

Giró en la silla, cogió el teléfono y empezó a marcar lo que supuse que era el número de seguridad.

—Yo no haría eso si estuviera en su lugar.

—¿Cómo ha entrado aquí? —exigió.

Oía el tono de llamada al otro lado.

—¿De verdad hizo que despidieran al entrenador de su mujer?

Su rostro palideció. —Te va a sorprender, pero no devolví tus llamadas por mis razones. No tengo nada que decir y no sé nada de este caso.

—¿Dónde está Rachel, Michael?

—Ni idea.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con ella o la viste?

Lanzó el teléfono al soporte y me gritó: —¡Ya se lo dije a la policía! Me llamó el sábado por la mañana, pero fue al contestador. No dejó mensaje.

—¿Quedó registrada esa llamada?

—Eso es pregunta para la policía. Y ahora, fuera de mi despacho. Ya.

—No me dejas más remedio que sacar a la luz cosas que no te conviene que se sepan de tu matrimonio.

—Mi matrimonio ya se acabó —espetó, agarrando de nuevo el teléfono.

Tenía que pensar rápido, ganar un poco más de tiempo. —¿Y tu carrera? Ya verás cómo a los socios les encanta enterarse de que pusiste un rastreador en el coche de Rachel. Déjame que te diga una cosa: cuando algo sale, ya no hay vuelta atrás. —Me levanté y di unos pasos hacia la puerta—. Las noticias pasan rápido, pero Internet no olvida. Eso te va a perseguir toda la vida.

—Espera. —Rockwell tomó el teléfono y pulsó un botón—. Ruby, cambia mi reunión de las once a las cinco. Y la de las cinco, déjala para mañana a las diez. Gracias.

Dejé mi tarjeta de visita sobre la piel repujada de su escritorio y me senté de nuevo.

La miró con detenimiento. —¿Algún parentesco con Bronson Shaw?

—Un primo lejano —dije, sin mencionar que Bronson, un influyente lobista del sector agroalimentario en Washington, pertenecía a esa rama de los Shaw que hacía como si yo no existiera.

—Estudié con él en Harvard Law. ¿Le digo que nos hemos visto?

—Depende totalmente de ti —dije. Si Rockwell pretendía intimidarme o impresionarme con sus contactos sociales —y con mi parentesco familiar—, se había equivocado por completo.

Sacó una pequeña grabadora del cajón del escritorio y la encendió. —Con tu permiso, me gustaría grabar esta conversación. Por favor, di tu nombre, el medio al que perteneces y tu cargo. Y

aclaremos que es una entrevista off the record: nada de lo que digamos aquí puede salir en tu reportaje.

—Me importa, sí. Pensé que estábamos teniendo una charla informal.

—Grabo *todas* mis reuniones, señorita Shaw. Si tienes algún problema con esto o con mis condiciones, puedes irte cuando quieras.

Había que reconocérselo: el tipo se cubría bien las espaldas. Típico de un abogado. Repetí lo que me pidió y le solté la primera pregunta: —¿Qué significa para ti el nombre André Kaminski?

Aprietó los dientes.

—¿Cuándo te enteraste de que él y tu mujer se acostaban juntos?

Se le encendieron los ojos de rabia, pero no le tembló la voz. —Me parece que ya sabes la respuesta.

—Cuanto más me lo compliques, más tiempo nos llevará. Tengo toda la mañana, pero tú no necesitas que te ocupe el tiempo más del necesario. —Le dejé asimilarlo un segundo antes de seguir—. ¿Sabías que después de que lo echaras del gimnasio, Rachel le consiguió un trabajo en el Haverford, el edificio donde vivía Olivia Kravis? ¿Y que estaba trabajando la noche que asesinaron a Olivia y desapareció tu mujer?

No dijo nada durante un buen rato. —Eso no lo sabía —dijo al fin. Sonaba sincero.

—¿Cómo dirías que se llevaba Rachel con Olivia?

—Amigas de nombre, nada más.

—¿Puedes explicarlo un poco más?

—Movían en los mismos círculos, compartían aficiones.

—¿Puedes ser más concreto?

—No, no puedo.

—¿No puedes o no quieres?

Otra vez, silencio. O me estaba negando la información a propósito o realmente no tenía ni idea de lo que su mujer hacía con Olivia. Recordé uno de los dichos de Georgia: *Si la puerta está cerrada, tira una piedra por la ventana*. Cambié de táctica. —

¿Estuviste en el apartamento de Olivia Kravis la noche que la mataron?

Se aferró al borde del escritorio. Cuando volvió a hablar, su voz era fría y cargada de odio. —Se acabó esta entrevista, señorita Shaw. Y si cometes el error de difamarme a mí o a alguien de mi familia, puedes estar segura de que no dudaré ni un instante en destruirte. —Se levantó despacio, imponente—. Puedo ser muy, muy desagradable cuando quiero.

Sonreí con ironía. —Si tuviera un dólar por cada amenaza de demanda, sería más rica que tú, señor Rockwell. Vas a tener que esforzarte mucho más para asustarme. —Recogí mis cosas y me fui. A mis espaldas, oí cómo la puerta de Rockwell se cerraba de un golpe.

Ya casi llegaba al ascensor cuando sentí un golpecito en el hombro. Di un respingo: pensaba que era Jack Slane o su secretaria de malas pulgas, pero era un hombre con un jersey en la mano. —Se te ha caído esto —dijo, entregándomelo con una media sonrisa. Era bajo, con barba rubia y gafas negras de pasta gruesa: un tipo raro, pero con su encanto.

Antes de que pudiera decir nada, oí la voz de Jack Slane doblando la esquina. Me buscaba. Tenía que salir de allí. —¿Hay otra salida? —le pregunté al hombre.

—¿Tienes prisa?

—Necesito un sitio donde esconderme. Te juro que no he robado nada.

Me hizo señal de que lo siguiera. Un par de segundos después, ya estaba en su despacho, con la puerta cerrada tras de mí. Se presentó como Philip Drucker y me ofreció agua, café y un muffin, que rechacé todos. Luego se encaramó al escritorio y cruzó los brazos. —¿Cuál es tu historia?

Cogí un pisapapeles de su escritorio. —En realidad, por eso he venido: para investigar una historia. Soy periodista.

Esperó a que dijera algo más. No dije nada. —¿Puedo al menos tener un nombre? ¿Un número? —preguntó, con una sonrisa que le

arrugaba los ojos—. No puedo invitarte a salir sin al menos uno.

Un golpetazo en la puerta nos interrumpió. Phil se disculpó, entornó la puerta y, al ver quién era, salió, cerrando tras de sí. Se oyeron voces apagadas, un crujido que parecía venir de un walkie-talkie y, luego, la voz de un hombre que subía de tono hasta casi gritar. De pronto, la puerta se abrió.

En el umbral estaban dos guardias de seguridad y Jack Slane. Me señaló con el dedo. —Ahí la tenéis, chicos.

doce

Estaba más gordo de lo que recordaba —un buen tripón donde antes lucía abdomen definido— y le faltaba pelo. Lo demás seguía igual: hombros anchos, ojos entrecerrados, esa cara de chico guapo y engreído. Al verlo ahora, no podía creerme haber perdido ni un solo instante suspirando por él, culpándome por haberlo perdido a manos de otra.

—¿Hay algún problema? —pregunté, haciéndome la ingenua. Estaba en su terreno, pero también tenía la ventaja.

—¡Está entrando sin permiso! —gritó Jack—. ¡Ha mentido y está tramando algo! ¡Fuera de aquí!

Uno de los guardias tosió y, con una mirada de disculpa, se dirigió a mí. —El señor Slane dice que tiene usted un suéter suyo.

—Esto es culpa mía —dijo Philip Drucker, rodeándome la cintura con el brazo—. Quería darme una sorpresa. Hoy es mi cumpleaños.

El segundo guardia dio un paso atrás. Se le notaba incómodo. —Feliz cumpleaños, señor.

Jack lo fulminó con la mirada.

—Muy bien, señor Slane —dijo el primer guardia—. Ya está todo aclarado. Señor, señora, perdonen las molestias.

—Lo siento mucho, Jack —ronroneé, sin poder resistir la tentación—. No quería interrumpirte el día.

Sus ojos me fulminaron antes de darse la vuelta. —Y una mierda, zorra.

—¿Estás bien? —preguntó Philip, cerrando la puerta tras de sí.

—Estaré bien —dije, viendo cómo me temblaban las manos—. Muchas gracias por cubrirme las espaldas.

—No es asunto mío, pero ¿qué pasó entre vosotros?

—Hubo un tiempo en que le destrocé el apartamento. ¿Te lo creerías si te dijera que se lo merecía?

Philip soltó una risita. —Es un capullo.

—No es realmente tu cumpleaños, ¿no?

—Sí que lo es. ¿Tienes planes para esta noche?

Me sonrojé. —Sí, trabajo. Soy productora de FirstNews. Pero si no tienes planes el lunes que viene, hay una gala benéfica en el Mandarin Oriental a la que tengo que ir. Traje de etiqueta. Sé que es a última hora.

Se frotó las manos con satisfacción. —Por suerte para ti, estoy libre *y* acabo de recoger el esmoquin de la tintorería. ¿A qué hora empieza la fiesta?

—A las siete, y tenemos que estar allí puntual. Nada de presentarse a mitad del primer plato.

—No hay problema. Me pondré el esmoquin aquí. ¿Puedo reservar un coche para la noche?

—No hace falta, de verdad.

—Pero no es ninguna molestia.

—Vale, pues. Intercambiamos los números y me acompañó de vuelta al ascensor, pulsando el botón del vestíbulo cuando llegó.

—Nos vemos la semana que viene —dijo mientras se cerraban las puertas.

Pasé el resto del día en la oficina hablando con varios compañeros de Olivia en la fundación. Todos me dijeron más o menos lo mismo: que Olivia no tenía enemigos y que no había cambiado su comportamiento en los meses y semanas previos a su muerte. No hubo reuniones extrañas, días libres sin explicar ni indicios de alerta. No había desaparecido dinero de las cuentas de la fundación, ni ningún beneficiario de las ayudas se había presentado con quejas. Aun así, no salí con las manos vacías. Tras insistir un poco, la asistente de Olivia, Emma Reiter, una recién licenciada con mechones azules y varios piercings en la cara, accedió a dejarme entrar en su despacho si pasaba cuando ya se hubieran ido todos.

Emma me llamó a las seis justas. Fui caminando hasta sus oficinas en la Treinta y Siete con Madison, justo enfrente de la Biblioteca Morgan. Entregué mi identificación al guardia de seguridad, me dieron un pase y subí veinte pisos en el ascensor hasta las oficinas de la fundación. Emma me esperaba tras unas

puertas de cristal. —No tardarás, ¿verdad? —preguntó con una mirada de preocupación.

Pasé de largo junto a ella, directa al despacho de Olivia. —Tan rápido como pueda.

Una pared del despacho de Olivia estaba cubierta de premios que había recibido en nombre de la fundación; la otra, de fotos que había hecho a los niños a los que la fundación había ayudado durante años. Su escritorio rebosaba arte enmarcado y cerámica hecha por los niños para ella, pero algo faltaba. —¿Dónde está el portátil?

—La policía se lo llevó.

—¿Estuvo la policía aquí ayer por la mañana temprano? ¿Sobre las siete?

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—Recibí una llamada de su teléfono.

—¿Desde aquí?

—Sí.

Emma se quedó callada un momento. —Llegué sobre las ocho y cinco. Las puertas estaban cerradas. La policía aún no había llegado.

—¿Alguien más tiene llaves?

—Claro. Mucha gente. Pero ayer no hubo nadie más que yo, y un par de personas vinieron más tarde. Estuve sola casi todo el día.

Notaba que estaba asustada. —Seguro que fue un error —dije, tratando de tranquilizarla—. Igual entraron los de la limpieza y pulsaron sin querer el botón de rellamada. ¿Podemos ver las últimas llamadas recibidas en su teléfono el viernes?

—Oh, vaya —tartamudeó Emma—. El sistema solo guarda unas pocas llamadas, y llevo atendiendo llamadas de donantes desde su mesa desde ayer.

Abrí el cajón de arriba. —¿Dónde está su agenda?

Emma me miró como si no tuviera ni idea de qué le hablaba. —Yo llevo su horario en el móvil.

—Olivia guarda una agenda de cuero verde en el trabajo. ¿También se la incautó la policía?

Negó con la cabeza. —Ni idea.

Registré los cajones del escritorio y los archivadores de Olivia. No encontré la agenda por ningún lado. —Me rindo —dije alzando las manos.

Emma se ofreció a enviarme por email el horario de trabajo de Olivia de las últimas semanas. Así podría ver con quién había quedado últimamente y empezar a llamar a las personas que no encajaran.

—¿Tienes mi correo? —pregunté para asegurarme.

—Creo que sí.

—Te la repito, por si acaso. —Abrí el cajón superior del escritorio de Olivia y encontré un boli y un bloc. Fui pasando hojas buscando una en blanco. A mitad del bloc, se me cayó un papel. Me agaché para recogerlo y me quedé helada. Era una fotocopia de un certificado de nacimiento. «Mi certificado de nacimiento. ¿Cómo lo consiguió?» Nunca se lo había dado. La única copia que tenía estaba en una caja fuerte en mi piso, junto con el certificado de defunción de mi madre y otros documentos importantes. «¿Por qué, Olivia, tenías esto?» Primero el mensaje, ahora esto. ¿Cuántos secretos más me estabas escondiendo?

Cené en el escritorio, vi el programa de Georgia desde la sala de control y subí a la furgoneta con Aaron y Dino para pillar por sorpresa a Andrey, también conocido como Andrew Kaminski. Dejamos la furgoneta en la bocacalle a las diez y media. Unos diez minutos después lo vi venir por la calle, desde la boca del metro. Iba con una camisa de franela a cuadros, vaqueros y una chaqueta de cuero marrón desgastada. Cuando estuvo cerca, se me pasaron dos cosas por la cabeza. La primera: Andrey Kaminski era tan atractivo que podría arrastrar a una ama de casa desdichada de Connecticut lejos de su marido. La segunda: a nuestros espectadores les encantaría, dijera lo que dijera o hiciera lo que hiciera. Es un hecho escalofriante sobre el público estadounidense: el atractivo físico lo domina todo. Fíjate en Scott Peterson: recibió dos propuestas de matrimonio y montones de cartas de amor después de que lo condenaran por matar a Laci, su mujer embarazada.

Salí de un salto con un micrófono en la izquierda. Dino salió por el otro lado, esperando mi señal.

—Hola —dijo Kaminski, deteniéndose—. Me alegro de verte otra vez.

Hice una seña a Dino. Salió con la cámara al hombro y me hizo el pulgar arriba con la otra mano. Kaminski se protegió los ojos de la luz cegadora. —¿Qué coño es esto? —gritó—. ¿Qué está pasando?

—¿Te importa que te haga unas preguntas?

Miró hacia el Haverford. —Creía habértelo dicho: no puedo hablar con la prensa —su voz era baja y temblorosa por el pánico—. Me van a despedir por tu culpa.

—¿Es verdad que te acostabas con Rachel Rockwell?

Miró fijamente la cámara. Si no hubiera llevado cámara, quizás habría hablado. En su lugar, Kaminski metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros e intentó esquivarme.

Me hice a un lado, pero le corté el paso. Volví a intentarlo. —He oído que entrenabas a Rachel Rockwell en Connecticut. ¿Es verdad que vosotros dos teníais una aventura? —Él giró, tropezó y fue a parar a la calzada. Dos taxis frenaron en seco; el primero casi lo atropella. Cuando llegó sano y salvo al otro lado, le grité— «¡Sé que tu nombre no es Andrew!» Se volvió a mirarme, solo un segundo, pero supe que lo tenía pillado. Corrió el resto del camino hasta el Haverford.

Me giré hacia Dino. —¿Lo tienes?

—Claro que sí.

—Bien —dije—. Quédate en la furgoneta un rato, ¿vale?

Dino bajó la cámara del hombro. —No va a hablar, Clyde.

Con la mirada fija en la entrada del Haverford, consulté el reloj. —Eso ya lo veremos.

Quince minutos después, Kaminski salió por la puerta principal del Haverford. Crucé la calle de un salto y me refugié bajo el toldo del edificio antes de que pudiera evitarlo. El vestíbulo de mármol resplandecía tras las puertas de cristal y oro. —Aquí no —dijo con brusquedad, agarrándome del brazo—. Necesito este trabajo.

—Entonces dime la verdad. ¿Te acostabas con Rachel?

Una mujer de unos cuarenta con un perro blanco y esponjoso salió por la puerta. Golpeó el cristal dos veces con los nudillos; sus labios finos mostraban desagrado. —Lo siento, señora Himmel —murmuró Kaminski mientras pasaba junto a nosotros y se perdía en la noche—. Vete ya. Hablo en serio —me dijo al oído.

—No me muevo de aquí hasta que me digas lo que sabes.

Se le hincharon las venas del cuello. —Salgo a las siete. Hay una cafetería en Lexington, unas manzanas más abajo.

Conocía el sitio: una cafetería en una esquina concurrida.

—Te veo allí a las siete y media.

—Y cuando te vea, ¿cómo te llamo? ¿Andrew o Andrey?

—Es Andrey. Con *y* en lugar de *w*. Se lo escribieron mal en la tienda de uniformes.

Miércoles

trece

El miércoles por la mañana, Andrey Kaminski estaba sentado en un banco de cuero rojo en la parte de atrás del restaurante, con la misma ropa que llevaba puesta la noche anterior.

Dejé caer mi bolso en el banco. —¿Has pedido ya?

Asintió con la cabeza hacia su café. Incluso cansado y despeinado, seguía siendo atractivo.

Me llevé la mano a la bufanda. De repente, se levantó y me ayudó a quitarme la chaqueta, deslizando suavemente el cabello de mi nuca. Me recorrió un escalofrío —el tipo de sensación que no debería haber tenido—. «No», me dije, «esto es totalmente inapropiado».

Hizo una seña a la camarera detrás del mostrador. Ella se acercó con la cafetera, inclinándose sobre la mesa para dejar entrever el escote mientras le llenaba la taza y también la mía. —¿Qué pides? —preguntó, sin mirarme siquiera. Pedí lo de siempre: huevos y salchichas. —El tuyo saldrá enseguida —le dijo casi en susurros a Andrey, sin ninguna prisa en atenderme.

Agité los sobres de azúcar con fuerza. Captó la indirecta y se fue. —¿De verdad crees que me trago eso del cambio de nombre por una confusión en la tienda de uniformes? —pregunté, vertiendo una buena cantidad de nata en mi café.

Se encogió de hombros. —Sí.

—Entonces, ¿por qué no me corregiste antes de que te grabara para la televisión?

—Parecías tener prisa.

Era verdad que tenía prisa por tenerlo delante de la cámara. —¿Y por qué no me corregiste después, cuando nos vimos en la calle?

—No quería hacerte quedar mal.

—No me habría importado.

Se rascó la nuca. Sus mangas dejaban ver más del tatuaje verde. —¿Vas a usar lo que grabamos anoche?

—Tengo que hacerlo. A menos que aceptes darnos una entrevista.

—No va a ser.

—Lo hiciste el domingo por la mañana.

Se encogió de hombros otra vez. —Fue un error.

—Bueno, ahora no hay cámaras, y todo esto queda entre nosotros. Necesito saber todo lo que sabes. Todo. Dime algo que no sepa, Andrey, y te devolveré el favor. Créeme: puedo ser una aliada de peso.

—Todo el mundo tiene que rendir cuentas a alguien. —Clavó la vista en la servilleta de papel que retorcía con los dedos—. ¿Quién es tu jefe?

Era una pregunta extraña, pero a veces las fuentes necesitaban que se les mimara un poco. Una de mis fuentes solo quería reunirse en la sección de hogar y cocina de unos grandes almacenes; otra exigía una ensalada de langosta y un filete de buey para soltar prenda. A Andrey, al parecer, le hacía falta saber quién era mi jefe antes de darme lo que quería. —Georgia Jacobs es mi jefa directa —le dije—. Pero tengo a otros por encima, como el jefe de oficina y el presidente de la cadena. Cualquier cosa que se emita, sobre todo en un caso tan seguido como este, debe aprobarla una de esas tres personas, además de un buen número de abogados del equipo legal.

Llegó la comida. Andrey había pedido panqueques y beicon. La camarera, que se había puesto una capa nueva y completamente innecesaria de pintalabios en el tiempo intermedio, volvió a inclinarse sobre la mesa. —Avísame si quieres más jarabe de arce o cualquier cosa —dijo, coqueteando sin ningún disimulo.

—Creo que le gustas —dije cuando se fue.

Andrey cortó los panqueques y comió en silencio, con la cabeza baja y la mirada fija en el plato. Sus modales me recordaron a un niño pequeño sentado a la mesa de su madre. Solo le faltaba el pijama de franela. Comí unos bocados de huevos y beicon; mi apetito aún no era el de antes. Empujé el plato al centro de la mesa para hacer sitio al cuaderno de anillas. Andrey terminó, dio un trago largo al café y apoyó los codos en la mesa. —Fue una recomendación —dijo al fin.

Cogí el bolígrafo. —Supongo que hablamos de Rachel Rockwell.

—Rachel tenía buen físico, pero quería tonificarse más. Vino a verme en primavera, hace unos dos años. Su segundo hijo tenía un año más o menos. Empezamos en el gimnasio, pero luego lo arreglamos para que fuera a su casa un par de días por semana. Le resultaba más cómodo, y yo no tenía que pagar la mitad de la tarifa al club. Entrenaba con ella los lunes y viernes en el club, los miércoles y sábados en su casa. Su marido había construido un gimnasio enorme en el sótano, así que teníamos de todo.

—¿Está en forma?

—Esa mujer es 52 kilos de músculo puro.

Tuve que repensar mi suposición de que Rachel Rockwell no tuviera la fuerza para matar a Olivia ella sola.

Andrey apartó el plato. —Al principio éramos amigos. Así empezó. Después de entrenar, me invitaba a quedarme a tomar café o desayunar, y hablábamos. Luego, una cosa llevó a otra.

—¿Cuánto tiempo duró así?

—Un año —dijo.

—¿Y después qué pasó?

—Su marido se enteró y consiguió que me echaran. En el club había una norma: no contra acostarse con clientes —porque no quedaría ni un solo entrenador—, sino contra trabajar con ellos fuera del club. —Hizo una pausa, dejó caer la servilleta sobre la mesa—. Entonces me dejó.

—¿Fue ella quien te dejó?

—Dijo que los niños venían primero. Michael le había presentado demanda de divorcio. Su abogado le advirtió que no quedaría bien si vivía conmigo.

—¿Estabas enamorado?

—En ese momento, sí. Supongo.

—¿Y eso fue todo?

Andrey bajó la vista a su taza de café, con los hombros hundidos bajo la camisa de franela. —Era lo que ella quería.

Su repentina vulnerabilidad volvió a despertar mi atracción por él, pero no podía permitirme perder el enfoque. No en ese

momento, justo cuando empezaba a avanzar. —Cuéntame cómo entraste en el Haverford —dije.

—Después de que me despidieron del club, entrenaba a algunos clientes en sus casas, pero sobre todo pasé tres meses tirado en el sofá, quemándome los ahorros. Rachel sabía que no tenía un duro. Me ofreció que me buscara algo.

—¿Como del edificio?

Asintió. —Ya había sido portero antes. Recién salido del instituto trabajé como conserje en un edificio del centro. Me pasé al entrenamiento porque quería dejar esa mierda atrás. La vida es una mierda, pero el sueldo no está nada mal.

—¿Y cómo fue eso? ¿No hay que pasar por el sindicato?

—Ya estaba en el sindicato. Lo único que tuvo que hacer Rachel fue meterme en la lista de entrevistas.

Nos trajeron la cuenta. Era hora de dejar los rodeos. —¿Cuándo te diste cuenta de que Olivia y Rachel tenían algo?

Alargó la mano hacia la cuenta y sacó la cartera. —Me tengo que ir.

—No te vayas.

Andrey se levantó del banco.

Le agarré por el antebrazo. Tenía el brazo cálido y fuerte, y por un instante me permití imaginar cómo era su cuerpo bajo la camisa de cuadros y los vaqueros gastados. —Guárdate el dinero y vuelve a sentarte.

Me ignoró, dejando un diez y un veinte sobre la mesa.

Me levanté y lo encaré. —Entonces no me das más remedio. Voy a contar que tú y Rachel tuvisteis algo —dije—. La gente pensará que aún estás colado por Rachel y que mataste a Olivia por celos. ¿Sabes dónde está Rachel, Andrey?

Se inclinó hacia adelante, su rostro atractivo a un palmo del mío. —No soy un santo, Clyde. Pero no maté a tu amiga, y no tengo ni idea de dónde está Rachel.

Cogió su chaqueta de cuero y se fue.

Estaba hecha una furia, maldiciéndome por sentir atracción por él y por no acercarme a la verdad. Cogí mi bolso y la gabardina y salí a la calle. Faltaban quince para las ocho, el cielo aún encapotado. Las aceras estaban abarrotadas de escolares con mochilas y uniformes, las calles, de tráfico de la hora punta. Respiré el aire fresco del otoño e intenté convencerme de que avanzaba, aunque diera vueltas sin avanzar. Tenía a Rockwell en la mira y a Andrey huyendo. Uno de los dos acabaría por cometer un error y soltar algo útil.

Hice parar un taxi y le dije que me llevara al edificio de FirstNews. Mientras el taxi avanzaba lentamente por Lex, miré por la ventana y me mordí el labio con fuerza para no llorar. Había pactado conmigo misma: podía llorar todo lo que quisiera en la intimidad de mi casa, pero al amanecer, el dolor debía quedarse guardado. Tenía un trabajo que hacer y un asesino que atrapar, y quedarme corta sería fallarle a Olivia. —Contrólate —me siseé, con las manos convertidas en puños sobre el regazo.

Contrólate. La voz de Olivia me sonó en la cabeza mientras recordaba algo que había enterrado por buenas razones. Cuatro años después de empezar en FirstNews. Tenía treinta. Tenía todo bajo control en el trabajo —Georgia acababa de ascenderme de asistente a productora de segmento—, pero fuera del trabajo seguía bebiendo demasiado, demasiado a menudo, con hombres que no valían nada. Olivia, mientras tanto, había asumido la fundación de su padre y acababa de financiar un viaje de cirujanos plásticos estadounidenses a Guatemala para ayudar a niños con deformidades. Me invitó a ir en el avión alquilado con ellos y echar una mano al equipo.

Créeme, intenté escaquearme. Tenía dos semanas de vacaciones: una la pasaría en el norte del estado con mi padre en Navidad, y la otra la tenía reservada para una escapada hedonista en solitario a un sitio cálido, como Jamaica. Siempre había querido ir allí.

Pero Olivia no paró de insistir. Cada día, durante una semana, me mandó fotos por mail de los niños y sus padres, con una nota sobre cada uno. «Cambiaremos la vida de estas personas para siempre», escribió en el último email. «¿No quieres ayudar?» Le

contesté que solo quería tomarme una piña colada en una playa de arena blanca. Cinco minutos después, me llamó. —Ver la alegría profunda en el rostro de una madre. Es como una droga, Clyde, y ninguna droga se le acerca.

—Está claro que no tomas las drogas que deberías —le dije.

Pero al final fui.

La primera mañana del viaje, Olivia me llevó a la clínica donde iban a hacer las cirugías. Tomé en brazos a Magdalena, una bebé con labio leporino que me arrulló pegada a mi oído, y jugué a las damas con Avril, una niña de cinco años con un tumor del tamaño de un pomelo que le crecía en la cara. Conocí a sus padres, vi la esperanza en sus ojos, y por fin entendí por qué Olivia me había llevado allí. En la camioneta de vuelta esa noche, se giró hacia mí y me dijo: —Sabía que lo entenderías.

—Sí —solo dije, porque ya había decidido qué hacer. Ver a esas madres, capaces de cualquier cosa por sus hijos, me había recordado a mi propia madre. Nunca llegaría a conocerla, ni a entender cómo pudo hacer lo que hizo.

Esa noche, cuando Olivia se fue a dormir, me escapé al bar y me emborraché con un médico —el cirujano plástico de cincuenta años, muy casado, de Iowa City. A la mañana siguiente, Olivia me encontró con él, desnuda, con preservativos usados y botellas vacías del minibar esparcidas por la habitación. Dejó que él se fuera antes de empezar a dar portazos y tirar cosas. Me tapé las orejas, con el dolor de cabeza. —Para ya, por favor.

Se quedó en medio de la habitación, jadeando, fulminándome con la mirada. —Tienes treinta años, y la vida, la de verdad, se te está pasando. ¿Cuándo vas a madurar?

—La cagué, Olivia. ¿Qué más puedo decir que no sea que lo siento?

—No me digas disculpas. No quiero ni disculpas ni excusas. Esto fue por tu bien, Clyde. Lo hice por ti.

Dejé caer la cabeza sobre la cama. Me dolía demasiado para tenerla levantada. —No necesito tu ayuda.

—¿Ah, no? ¿Quién te consiguió el trabajo? ¿Quién te avaló el piso?

Me levanté. —No seas zorra.

Olivia dio dos pasos hasta el pie de mi cama, con las fosas nasales dilatadas, pero cuando volvió a hablar, la furia ya se había esfumado y en su lugar solo quedaba decepción. —¿No quieres casarte? ¿Empezar una familia?

—¿En serio crees que debería casarme? ¿Tener un hijo? ¿Te imaginas a *mí* con un crío? Claro que quería una vida normal, volver cada noche a casa con un marido guapo y cariñoso y uno o dos niños, en vez de a mi piso vacío con una caja de comida para llevar. Pero me conocía lo suficiente como para saber que sería una pésima esposa y una madre aún peor. Solo de pensarlo, me ponía nerviosa, me entraban ganas de beber. Había asumido lo que podía ser y lo que no. ¿Por qué tenía que revolverme todo eso por dentro? ¿Ponerme delante una hilera de madres santas abrazando a sus hijos deformes y desgraciados?

La miré con una voz de hielo. —Vamos, Olivia, ¿empezar una familia? Las dos sabemos que eso no va a pasar. Ni tú ni yo. —Para entonces ya me había dicho que era lesbiana, pero ni sus amigos ni su familia lo sabían, y mi comentario iba directo a hacerla sentir tan mal como yo.

Cruzó los brazos. —No, no lo sabemos. Pienso tener hijos algún día.

—¿Y cómo piensas hacerlo? ¿Te vas a casar con un hombre y vivir escondida toda la vida? Vaya vida ideal.

—¿Ahora quién es la zorra?

—Te haces la perfecta, como si fueras mejor que yo, pero estás viviendo una mentira, Olivia. Toda tu puta vida es una farsa. ¿Qué es lo que tanto te asusta? ¿Que Charles te desherede? ¿Perder la fundación? Eres una cobarde. Puede que yo sea una borracha y una zorra, pero al menos no finjo ser quien no soy.

Se fue después de eso, dando un portazo. Pedí una copa, por la resaca, hice la maleta y cogí un taxi al aeropuerto de Ciudad de Guatemala. No dejé ninguna nota.

Olivia no me habló durante casi un año después de aquello, y cuando por fin volvimos a vernos, nuestra amistad ya no fue igual. Tras Guatemala, rara vez me contaba cosas de su vida amorosa. Si

intentaba preguntar, me hacía saber que no quería que me metiera. Rachel era solo una más de una larga lista de novias de las que sabía ridículamente poco. Por mucho que me fastidiara no estar al tanto de algo tan importante en la vida de mi mejor amiga, no tenía más opción que respetar sus límites. Solo ahora, al leer el mensaje en el móvil, caí en la cuenta de que tal vez me hubiera estado ocultando otros secretos, aún más importantes.

A cinco manzanas de la oficina, el taxi no avanzaba. Me entretuve revisando el correo y el primero en mi bandeja era de mi padre, pidiéndome que subiera a verlo el fin de semana. Le respondí que, por mucho que me apeteciera, dudaba que pudiera liberarme. Estaba preocupado por mí, pero no iba a resolver el asesinato de Olivia pasándomelo mal en su casa. Necesitaba estar aquí, en la ciudad. —Lo siento, papá —escribí con los pulgares—. Subo en cuanto se tranquilicen un poco las cosas en el trabajo.

Al volver a abrir el correo, había un nuevo mensaje de Georgia. "Mierda hasta el cuello", ponía el asunto, y en el cuerpo: "Estás metida hasta el cuello, tía. Llama en cuanto lo leas".

Llamé a su móvil. No contestó. Entonces llamé a Alex. Tampoco contestó.

Esto no pintaba bien.

Le pedí al taxista que parara y salí corriendo hacia la oficina.

Georgia me esperaba en mi mesa. Me pilló por sorpresa. —¿Qué ha pasado? —pregunté, sin aliento.

Tenía mala cara. —Vamos. Todos nos están esperando.

—¿Por mí? —dejé el bolso debajo de la mesa—. ¿Adónde vamos? ¿Qué ha pasado?

—A la de Diskin. GSBC ha conseguido una entrevista con la empleada de Olivia.

—¿Ilsa Chavez? —Tenía el nombre, pero no había preguntado a Sabine si había conseguido su número—. ¿Qué ha dicho?

—Ella encontró el cuerpo.

—Eso ya lo sé. ¿Y qué?

Georgia pulsó el botón del ascensor. —Es una bomba, Clyde. GSBC nos ha sacado ventaja. Tendrás que verlo con tus propios ojos.

En televisión, solo vales tanto como tu última exclusiva, especialmente en casos como este. No basta con una gran entrevista; tienes que conseguir todas. Ir por delante y mantenerte ahí. Dominar a la competencia. Así es como funciona, y cualquier cosa que no sea eso te costará el puesto y un billete de ida a Des Moines. —¿Qué tal de enfadado está Diskin? —pregunté.

—En una escala del uno al diez, está en un once.

Alex ya estaba en la oficina de Diskin cuando llegamos. También Hiro Itzushi, nuestro jefe de asesoría legal. No acababa de entender por qué estaba allí, salvo porque llevaba revisando personalmente todo lo que publicábamos sobre el asesinato de Olivia y, para bien o para mal, formaba parte del equipo que seguía el caso.

—Me alegra que hayas tenido tiempo para nosotros —me soltó Diskin mientras me sentaba frente a la pared de pantallas. Pulsó el mando y el rostro de simetría perfecta de Harlich ocupó la pantalla. La cámara retrocedió y vi que estaba en uno de los estudios de GSBC. Frente a ella, una mujer latina estilizada, con una blusa de rayas blancas y negras y una falda negra hasta la rodilla.

—Tengo aquí conmigo a la mujer que encontró el cuerpo de Olivia Kravis, la heredera asesinada. Se llama Ilsa Jimenez Chavez —dijo Penny—. Ha venido a contarnos lo que vio.

La entrevista empezó sin mayores complicaciones, con Ilsa explicando en un inglés muy marcado y entrecortado por qué había ido al piso de Olivia un domingo por la mañana. Al parecer, había faltado un día por una emergencia familiar y recuperaba las horas perdidas. Entonces Penny dijo: —Sé que debe de ser difícil, señora Chavez, pero ¿podría contarnos exactamente qué vio esa mañana?

Ilsa describió la escena del crimen con detalle, explicando cómo se le cayó el café al encontrar el cuerpo de Olivia y cómo llamó a la policía. Penny entrecerró los ojos, imitando a Couric. —¿Cuánto tiempo llevaba trabajando para la señorita Kravis?

—Nueve año.

Miré a Georgia. No entendía qué importancia tenía todo ese jaleo.

—Ahora viene —me dijo moviendo solo los labios.

Penny descruzó sus piernas kilométricas y se inclinó hacia delante. —¿Cómo era Olivia Kravis?

—Era buena jefa. Trabajaba mucho. Casi nunca la veía.

—¿Estaba en una relación?

—No creo. Pero un día llego a mi hora de siempre y ella aún está en casa. Yo siempre empiezo limpiando las sábanas. Pero la puerta del dormitorio está cerrada con llave. Espero, limpio la cocina. Al final, la señorita Kravis sale. Y hay una mujer con ella. Y dice: —Ilsa, quiero presentarte a mi novia.

catorce

En el fondo, sabía que esto acabaría pasando.

Olivia era lesbiana, y ahora todo el mundo lo sabía.

Georgia chasqueó los dedos, atrayendo mi atención hacia el monitor de televisión y al hecho de que GSBC —y que Dios me ayude, Penny Ho-stick— nos había vuelto a adelantar. Tenía un nudo en la garganta, tan grande como el ego de Alex. Pero aún no había terminado: Ilsa Jiménez Chávez tenía algo aún más explosivo que revelar.

—¿Y cómo se llamaba la mujer que salió del dormitorio? —preguntó Penny.

—Rachel.

—¿Rachel Rockwell?

—Sí —asintió la ama de llaves—.

Diskin paró la imagen. —Shaw, maldita sea, esto tendría que haber sido nuestro.

Me crucé de brazos. —¿De verdad crees que me habrías dejado informar de que la hija de nuestro fundador conservador era lesbiana? Hiro, apóyame. Esto nunca habría salido al aire.

Hiro carraspeó. —Seguro que habría habido debate.

—Ya no viene al caso. —Diskin se arrancó las gafas—. ¿Cómo pudiste permitir que GSBC nos sacara la delantera? ¡Es *GSBC*, por Dios!

No solo GSBC, sino también Ho-stick.

—Ahora mismo, tu único trabajo es conseguir esta historia. Además de que Olivia Kravis era tu amiga —continuó Diskin—. ¿Cómo no te diste cuenta de algo así?

—Pensaba que nuestra política era clara al respecto —respondí, esquivando la pregunta—. Lo que deberíamos preguntarnos es de dónde saca GSBC las agallas para hacer pública la relación de Olivia y Rachel. ¿Desde cuándo está bien que un medio haga eso a una persona privada?

—Te lo diré —dijo Diskin, con una voz más alta de lo que jamás le había oído—. Cuando esa persona ya ha muerto y está en el centro de un caso de relevancia.

Lo sabía. Pero también sabía que apenas un día antes Diskin me había advertido que no investigara el rumor de romance entre Rachel Rockwell y el portero, por si acababa revelando algo incómodo sobre Olivia. Bienvenido al periodismo, donde las prioridades cambian cada hora. —Corrígeme si me equivoco —dije—, pero creía que querías mantener la cobertura del caso Kravis suave, sin contenido fuerte.

—Nunca dije eso. Lo que dije fue que necesitamos corroboración antes de hacer público cualquier asunto remotamente escandaloso. Hasta ahora, toda la información que me has dado es de oídas. Esta es *tu* historia. Se supone que la llevas tú. Tenías que haber conseguido a la ama de llaves, igual que tenías que haber conseguido a Uffizo. Eso son dos fallos, Clyde.

Tenía razón, y nada de lo que dijera cambiaría el hecho de que me habían superado. No debería haber delegado la pista de la ama de llaves en Sabine. Tenía que haber imaginado que otras cadenas irían a por ella, y que podía saber algo de la relación entre Olivia y Rachel. En ese sentido, había fallado no solo a Alex y a Georgia, sino también a Olivia. Mi ira se desvaneció, y solo quedaron la vergüenza y la resignación. *Podría haberlo evitado.*

—Las reglas han cambiado —dijo Alex con suavidad—. Ahora va en serio. Persigue cada pista, Clyde. Sé que Olivia era tu amiga, pero ya no podemos protegerla.

Se me notaba la decepción en la cara. —¿Puedes con esto? —me preguntó Georgia.

—Si no puedes, pongo a otra persona en la historia —añadió Diskin—. Sigo pensando que eres la persona adecuada, pero si no estás dispuesta a ir hasta el fondo, necesito saberlo ya.

¿Y perder la oportunidad de descifrar lo que Olivia quería decir en su mensaje? ¿Mi única posibilidad de atrapar a su asesino? —Puedo hacerlo —dije, reuniendo la poca convicción que me quedaba.

—Bien. —Diskin se pellizcó el puente de la nariz—. Encuentra a Rachel Rockwell. Viva o muerta, averigua qué pasó en ese

apartamento.

Alex y yo intercambiamos una mirada tensa. Teníamos mucho trabajo por delante.

—Y una cosa más, antes de que os vayáis —continuó Diskin—. Vamos a estar bajo más escrutinio que nunca. En una hora, la cadena hará un anuncio. Mejor que os lo diga yo. FirstNews se fusiona con Maldone Enterprises. A la espera de la aprobación gubernamental, pasaremos a formar parte de su grupo a partir del 1 de enero.

Georgia me agarró del codo mientras salíamos de la reunión. —A mi oficina.

Con vistas a la Séptima Avenida y con una de las mejores panorámicas de la planta, la oficina de Georgia sería impresionante si no fuera por el desorden: latas vacías de Diet Coke, bolsas de Chex Mix a medio terminar y periódicos viejos amontonados en cada superficie libre. Georgia no intentaba impresionar a nadie. Hacía las cosas a su manera, y si a alguien no le gustaba, que se aguantara. Con un metro sesenta y 59 kilos, no era físicamente intimidante. Pero si sumabas su ingenio, su gusto por las palabrotas y su habilidad para dejar llorando a camarógrafos de noventa kilos, era una fuerza con la que había que contar.

Georgia se sentó tras el escritorio y sacó una lata de Diet Coke de la mininevera que tenía debajo. —Cierra la puerta —dijo con tono seco.

Hice lo que me pidió y me senté en la única silla libre frente a su escritorio, la que no estaba cubierta por una pila de trajes St. John en tonos pastel, suficientes para toda una semana. Tras su último divorcio, la cadena contrató a un consultor de imagen que consiguió convencer a Georgia de que su imagen necesitaba un cambio radical. Un mes después, volvió al trabajo con un estilismo más femenino y el pelo con mechas. Los medios se montaron un circo con el cambio de imagen, lo que solo sirvió para subir las audiencias.

Abrió la lata con un dedo enguantado en un anillo de diamantes y me miró fijamente. Vestida con vaqueros y el pelo rubio recogido en una coleta desordenada, costaba creer que fuera una de las

estrellas mejor pagadas de la cadena. Las únicas señales de su éxito descomunal pendían de sus dedos y brillaban en sus lóbulos. Diamantes, eso era lo que adoraba Georgia, junto con hundir a violadores, asesinos y pederastas.

—Chica —dijo con su acento sureño, tan parodiado—, ¿en qué demonios estabas pensando?

Me aclaré la garganta. —¿De qué hablas?

—¿Sabías que Olivia Kravis era lesbiana, no?

—¿Qué?

Dio un trago largo a su refresco, directamente de la lata. —Ni se te ocurra mentirme. Puede que engañes a un fanfarrón como Diskin, pero a mí no me la pones. Te conozco hasta el último resquicio. Más seguro que lo que es seguro.

Me mordí el labio. —Georgia, di mi palabra.

—Bueno, ya me lo suponía —admitió—. Pero podrías habérmelo dicho. Algo así: »Oye, vieja bruja, tengo un secreto sobre Olivia que me va a meter en un buen lío, pero no tengo más remedio que guardármelo«.

—Georgia...

—Podría haberte cubierto las espaldas. Ahora tu puesto está en peligro y no puedo hacer una mierda para evitarlo. —Sacudió sus rizos rubios—. Diskin está hecho una furia, Clyde, como un cerdo en una bañera, y si esto no se arregla rápido, te echa a la calle.

—Me da igual mi trabajo.

—Tonterías. —Me apuntó con el dedo—. ¿Tengo que recordarte lo lejos que has llegado? ¿Dónde estabas cuando llegué a este maldito sitio hace años? Erais una simple recadera de guiones, Clyde. Con faldas tan cortas que ni mi sobrina de cinco años se atrevería a ponerse. Nadie te tomaba en serio. Hasta los becarios tenían más prestigio. ¿Y por qué? Porque dejabas que gilipollas como Mike Fischer se aprovecharan de ti en el baño del Coyote Cinco's.

Hice una mueca. Mike presentaba el informativo de las tres. Casado, con tres hijos, ya adolescentes, y tenía una labradora enorme, Daisy, que —lo juro por Dios— a veces dejaba que le lamiera los huevos. Había tenido rollos con él al menos una docena

de veces en un año, sobre todo en mi piso, pero sí, también en sitios como el baño de la cantina mexicana de al lado. Y en todo ese tiempo, nunca me saludó en la oficina. Ni me miraba en público, y aun así, todo el mundo sabía a qué nos dedicábamos a puerta cerrada. —Hace mucho de eso —dije.

—Dos años y medio —dijo— no es tanto tiempo.

—Dame un poco de crédito, Georgia.

—Te quiero, niña, pero no reconocerías un gusano ni aunque te lo pusieran delante de las narices.

—¿Qué?

—Alex Amori. Reconoce que te mola.

—Eso es una locura. Es un tío estupendo. Divertido, listo y, vale, bastante guapo. Eso sí que lo admito. Pero también es un ligón de cuidado. Lo sé. Y tengo claro que debo mantenerme a distancia.

—¿Con quién crees que estás hablando? ¿Tengo *pinta* de tonta? Porque igual mi cirujano me dejó la cara hecha un desastre y debería demandar a Diskin por obligarme a hacerme semejante mierda.

Me habría reído si Georgia no me mirara como si le hubiera tirado la Diet Coke encima.

—Escucha, listilla. Te conozco mejor que tú a ti misma. Te doy una última oportunidad para salir de esto. Puedo ir ahora mismo y decirle a Diskin que te necesito en otro proyecto.

Separé las piernas y me erguí. —No, Georgia.

Suspiró. —No me eches la culpa cuando estés llorando como una Magdalena y vuelvas a ahogar tus penas en alcohol.

—Gracias por tener tanta fe en mí —dije, cruzándome de brazos.

Georgia entrecerró los ojos. —¿Cuánto bebes por las noches?

—Nada, Georgia. Ni una gota.

—Pero has tenido ganas. No me digas que no.

—No sería quien soy si no lo hubiera pensado.

—Te lo digo una vez, te lo digo mil veces: el camino al infierno es resbaladizo de tanto licor.

—Georgia, mi mejor amiga acaba de morir. Creo que lo llevo jodidamente bien, dadas las circunstancias. ¿No podrías darme un

poco de apoyo por una vez?

—Vale, ¿y esto? Bien hecho por no haber perdido los papeles. Ahora te conseguimos terapia y te sacamos de este caso.

—No.

Alzó las manos, haciendo que sus pulseras chocaran. —En el mejor de los casos, salimos del caso Kravis y de milagro no tocas una gota. Vas a pasarte horas con Alex, pegada a él, tú sola, en habitaciones oscuras, a veces en hoteles. Cariño, todos sabemos cómo acaba esto. Te enamoras. Él te destroza. Vuelves a beber y otra vez a rehabilitación. No te metas en algo que no puedes controlar.

—Ahora te pasas. Y francamente, no tengo tiempo para tonterías. Alex no está interesado en mí, ni yo en él.

Puso los ojos en blanco.

—Es verdad. Cuando no está liado con Penny Harlich, está tonteando con una de mis ayudantes.

—A ver, ¿cómo se llamaba? —Georgia chasqueó los dedos tres veces—. Ya sabes, ¿la de los pezones como gomas de borrar?

—Te refieres a Sabine Weller. Está investigando para mí.

Volvió a poner los ojos en blanco. —Lo que sea.

—El caso es que no tienes de qué preocuparte.

Georgia cogió un periódico de la pila de su escritorio. —Supongo que tendré que fiarme de ti.

—Claro que sí.

—Vale, listilla. Vamos al grano: ¿qué haces con lo de los Kravis?

Me hundí en la silla. —No creo que Rachel Rockwell lo hiciera, pero toda la prensa va por ahí. Llevo al equipo a su casa en Connecticut en cuanto salga. Podemos salir en directo desde allí para *Topical Tonight.*

—Como todas las cadenas. ¿Qué vamos a decir que los demás no digan?

—Todos van a por Rachel como principal sospechosa. Nosotros tiramos por otro lado. Usamos el vídeo exclusivo de Andrey huyendo de las cámaras y lo suyo con Rachel, que le costó el puesto. Luego barajamos distintas posibilidades: sexo, celos, dinero. Las demás

cadenas se quedan con una; nosotros damos tres: Rachel, Michael y Andrey.

—Buena jugada, Clyde. Podemos colgarle la mierda a todo esto y venderlo a tope.

—Eso es.

—Pero necesito alguien en plató.

—La hermanastra de Olivia, Delphine Lamont. Quizá quiera decir algo sobre lo de la relación entre mujeres.

Georgia sabía que tirar de largo. —¿Alguna otra?

—La que me contó lo de Rachel y su entrenador. Se llama Vanessa Cox. Es el vivo retrato de una esposa trofeo de Greenwich. A ver si la convenzo para esta noche.

—Mantenme al día. —Georgia se rascó la cabeza con la punta del lápiz—. Hay que clavarlo esta noche. No es solo cosa tuya, ¿eh? El programa está en juego, Clyde. La media hora de oro se la van a quitar a alguien.

—¿Qué? ¿Pero qué estás diciendo?

—¿No has oído los rumores de que Alex va a tener su propio programa?

Me encogí de hombros. Claro que los había oído.

—¿Y bien?

—No pueden cancelar *Topical*. —Me levanté y empecé a pasear.

—Lo harán si la audiencia no sube.

Me paré en seco. —¿Y tú qué harás?

—No te preocupes por mí. Tengo una buena oferta de HLN encima de la mesa.

Me tapé la boca con la mano. —Georgia, no tenía ni idea —dije entre los dedos.

—Bah, yo saldré adelante. Solo quiero que entiendas que esto va de mucho. ¿Me oyes?

—Clarísimo —dije.

—Vale, fuera de aquí. —Señaló la puerta con el dedo.

Salí. —¡Ni se te ocurra tocar la botella! —me gritó.

Cuando volví a la redacción, alguien había subido el volumen de un televisor. CNBC anunciaba que Maldone Enterprises compraba FirstNews Network en un canje de acciones por 4.600 millones de dólares. El presentador explicaba los pilares del acuerdo y lo poco probable que fuera que los reguladores antimonopolio intentaran parar la fusión. Wall Street también recibió bien la noticia: las acciones de Maldone Enterprises subieron tras el anuncio. Un analista invitado calificó FirstNews como la joya que le faltaba a la corona de Maldone y pronosticó fuertes subidas en bolsa gracias a importantes sinergias. Mis compañeros soltaron un gemido colectivo. Sinergias significaba recortes y más despidos. Antes de cambiar de tema, mencionó de paso el asesinato de Olivia. Dijo que las empresas habían preferido anunciar el acuerdo con un comunicado, no en rueda de prensa, por respeto a la familia Kravis tras la pérdida.

Cogí el teléfono y avisé al equipo de que se reunieran en la furgoneta en cinco. Luego saqué unos Tums del bolso y marqué a Delphine desde el móvil. Como era de esperar, saltó el buzón. Tras el pitido, empecé: —Delphine, soy Clyde Shaw. Sé que no quieres más prensa, pero cuando te veas con fuerzas, por favor, llámame. —Hice una pausa, buscando las palabras—. Creo que puedo ayudarte con lo que dicen los medios. Y te aseguro que informaré sobre la muerte de Olivia con rigor y el máximo respeto. Llámame cuando quieras. —Dejé todos mis números y colgué.

La casa de Rachel Rockwell era un caos. Camiones satélite de GSBC, CNN y ABC News bloqueaban la calle, y helicópteros de prensa sobrevolaban la zona. Desde que saltó lo de la relación entre Rachel y Olivia, la prensa se volvió loca: ABC difundía un rumor de que la policía sabía dónde estaba Rachel, y CNN insinuaba que su arresto era inminente. Mientras Aaron y Dino montaban el equipo, envié a Jen y Alex a casa de Vanessa Cox. Si alguien podía hacer que repitiera ante la cámara lo que me contó, ese era Alex. —Sé encantador —le dije.

Alzó las manos. —Coqueteo. No coqueteo. Sabes que no soy un interruptor que puedas encender y apagar.

—Venga ya. —Puse los ojos en blanco—. Ve y haz ese numerito que tienes.

Frunció el ceño. —¿De qué hablas?

—Ya sabes, lo de entrecerrar los ojos y mirar con chispa.

Se echó a reír. —Ni idea de qué me hablas.

Jen me miró. —¿En serio?

—Ni de coña, él sabe muy bien lo que hace. —Saqué un rollo de mentas del bolso y se lo tiré a Alex.

—¿Y esto para qué es?

—Por si acaso.

Me miró sin poder creérselo.

—Bromeo —dije—. Pero esto lo necesitamos sí o sí.

Se metió las mentas en el bolsillo y dio un paso hacia mí. —¿Tienes plan para el lunes?

—Ahora mismo estás con lo de los ojos otra vez.

Se le borró la sonrisa y dio un paso más hacia mí. —Bueno, ¿lo sientes?

Lo empujé un poco. —Deja ya las tonterías y ve a buscarnos una entrevista.

Quince minutos después de que se marcharan, llamé a Panda para ver si el informe de ABC tenía algo de cierto. Respondió al primer timbrazo.

—¿Qué hay de Rachel Rockwell? —pregunté—. ¿Ya la consideráis sospechosa?

—¿Podemos vernos? —me preguntó Panda.

Le expliqué que estaba en Connecticut, vigilando la casa de Rachel con casi todos los medios del mundo. Quedamos en desayunar al día siguiente, pero antes de colgar le pregunté a Panda si la comisaría tenía alguna pista sobre dónde podía estar Rachel.

—Está desaparecida, Clyde —dijo con voz seria.

—¿Desaparecida en plan de yate en el Caribe, o desaparecida como muerta en una cuneta de la autopista de Nueva Jersey?

—Dudó un instante. —No puedo decir más.

—¿No puedes darme al menos algo más?

—¿Tú qué crees que acabo de hacer?

—Necesito algo más que eso.

—Panda notó mi desesperación. —¿Estás bien?

—Estoy colgado de un hilo.

Se hizo un largo silencio. —Frank Uffizo acaba de presentar una denuncia de desaparición por la familia. De mí no lo has sabido.

Le di mil gracias y colgué.

Envié un mensaje al equipo para que volvieran a la furgoneta tras terminar con Vanessa; luego envié un correo al productor ejecutivo de Georgia y a Diskin para avisarles de que había que cambiar el plan.

La denuncia de desaparición era un buen comienzo. Pero no había terminado. Llamé al portavoz de la unidad y le conté lo que sabía. Como era de esperar, se negaron a ayudar. Dado que Rachel Rockwell no era menor de veintiún años, no estaban obligados a cumplir con las leyes federales, ni a informar del caso al Centro Nacional de Información sobre Delitos, ni a confirmarle a nadie —ni a mí ni a ninguna cadena— que la familia hubiera presentado la denuncia.

No había problema. Si algo sabía de los casos de desaparecidos, era que los familiares agradecían la cobertura mediática. Busqué el número de Frank Uffizo en el historial y marqué. Michael Rockwell no daría la cara, pero los padres de Rachel quizá sí. Sobre todo si sabían que la presión de los medios podía hacer que pasara de sospechosa a desaparecida. No contestó, así que dejé un mensaje: —Solo quiero ofrecer a la familia de Rachel un espacio público para difundir su caso cuanto antes. »Y como conocía cómo pensaba Uffizo, añadí—: Todavía pueden salir en el *Today* mañana por la mañana. Nadie les reprochará querer tomar la iniciativa, y Georgia es la mejor opción en su franja. —Informaré sobre el caso como desaparición, con o sin tu confirmación—. Tienes una aliada aquí, Frank. Si yo fuera tú, no dejaría escapar esta oportunidad.

Guardé el teléfono en el bolso y observé la casa de Rachel. De piedra caliza, con una fachada curva hacia dentro y tres columnas

corintias. Como las demás de la calle, rodeada por setos de tres metros de altura y verjas de hierro forjado. Las imágenes del barrio mostrarían el lujo de sus habitantes; el morbo haría el resto.

Las demás cadenas repetirían lo mismo, pero gracias a Panda, y salvo que Uffizo nos traicionara, teníamos una exclusiva: la denuncia de desaparición presentada por los padres de Rachel. Cogí un bolígrafo, redacté un guion para Alex y esperé a que él y Jen llamaran desde casa de Vanessa.

Quince minutos después, tenía a Alex al teléfono. —Está de camino al estudio —dijo—. No hizo falta darle pastillas de menta.

Le conté lo de la denuncia y le leí el nuevo guion. No dijo nada. Ni un gracias. Ni un buen trabajo, Clyde. —¿Y bien? —pregunté.

—¿Y bien qué?

—Si tienes algo que decir, suéltalo ya —resoplé.

—Suspiró. —Solo me pregunto qué cadena logrará entrevistar a los padres de Rachel.

Sabía lo que quería decir: que mi exclusiva no valía nada, que el verdadero premio del día era conseguir la primera entrevista con sus padres, y que yo no era capaz de lograrla.

—No me gusta estar en un equipo perdedor, Clyde.

—A mí tampoco, Alex.

Abrí de un tirón la puerta de la furgoneta. Las cinco y diez, y aún faltaban varias horas para salir al aire. Bajé por la calle, con la esperanza de encontrarme con Jen y recorrer el barrio con ella. Caminé unos cuatrocientos metros hasta doblar una curva y descubrir una gran parcela sin urbanizar justo detrás de la casa de Rachel.

Llamé a Dino y le pedí que viniera donde estaba. Iríamos juntos, grabaríamos imágenes del jardín trasero y quizá llamáramos a la puerta de atrás. Con un poco de suerte, los padres de Rachel estarían dentro con los niños, y podría pedirles directamente una entrevista para Georgia. A la mierda, Alex.

Esperé unos minutos antes de empezar a inquietarme. A través de los árboles, alcanzaba a ver una gran sombrilla amarilla, como las que ponen junto a la piscina. Decidí acercarme para ver mejor mientras aún había luz del día y aparté unas ramas bajas. Iba con

cuidado para no tropezar con las raíces, pero al acercarme a la casa de los Rockwell, los tacones empezaron a hundírseme en el suelo.

Oí cómo crujía una rama y grité: —¿Dino, eres tú?

—No tienes tanta suerte —respondió una voz a mi espalda.

quince

La figura se acercó, lo bastante como para distinguir su estatura, su complexión atlética y el pelo liso, peinado hacia atrás. —¿Qué estás haciendo aquí?

Michael Rockwell señaló su casa. —Lo mismo que tú pareces estar haciendo: intentar entrar ahí. Solo que yo no estoy invadiendo la propiedad.

El sudor me cubrió la frente y me bajó por los costados. —¿Estoy entrando sin permiso? No sabía que había cruzado la línea de la propiedad.

—Miré atrás. No había rastro de Dino.

—Y si esta es tu casa, ¿por qué no usas la puerta principal? —le pregunté a Rockwell.

—Demasiados periodistas. Pero me alegra verte. Eres Clyde, ¿verdad? Como un hombre. No Cornelia.

—Hice unas llamadas después de que salieras de mi despacho. Tu primo no dijo nada bueno de ti. Jack Slane tampoco. Pero él sí me dio unos recuerdos bastante vívidos.

Rockwell dio un paso al frente.

No me había dado cuenta de lo oscuro que estaba ya; el sol se hundía rápido tras los árboles. Intenté huir, pero no fui lo bastante rápida. Rockwell me agarró de la muñeca.

—¡Suéltame! —grité con todas mis fuerzas, forcejeando para zafarme. Pero era demasiado fuerte para mí.

Me empujó contra su cuerpo, gruñendo junto a mi pelo:

—¿Crees que por ser mujer no voy a ir hasta el fondo contigo?

Dejé de resistirme.

—¿Fue eso lo que le dijiste a Olivia? ¿Fuiste tú quien la mató?

—¡Clyde! —las voces de Alex y Dino se oyeron entre los árboles. Rockwell me soltó y, sin decir nada, echó a correr hacia la casa.

Alex y Dino llegaron hasta mí un segundo después. Apenas podía hablar, pero conseguí señalar la casa de Rachel.

—Empieza a grabar —le dije a Dino.

Dino enfocó con la cámara y me hizo el gesto de pulgar arriba. Solté el aire que ni sabía que estaba conteniendo y me desplomé sobre los talones. Alex se agachó a mi lado.

—Dios, Clyde. Estás temblando —dijo, rodeándome con los brazos y apretándome contra su pecho, mi cara hundida en él, hasta que dejé de temblar—. ¿Puedes levantarte? —preguntó.

Asentí con la cabeza y miré a Dino.

—¿Lo tienes?

Dino sonrió.

—Tres segundos enteros. El cabrón forzó su propia puerta trasera.

En la furgoneta, Alex me sirvió café de su termo y nos contó a todos lo sucedido. Jen quería denunciar a Rockwell, pero les aseguré que lo haría yo en cuanto terminara el reportaje de Alex.

Pero en ese momento sonó mi teléfono.

Era Frank Uffizo.

La madre y el padrastro de Rachel estaban dispuestos a hablar.

Llamé a Georgia para avisarle de que tendríamos que reajustar el orden del programa de esa noche. Terminamos de grabar el reportaje de Alex frente a la casa de Rachel y salimos disparados hacia la redacción para prepararnos para la llegada de Roseanna y Vernal Hart. Pedí a todos que estuvieran atentos por si aparecía Michael Rockwell, pero no volvimos a verlo en toda la noche.

La entrevista casi no se lleva a cabo. A última hora, Uffizo exigió que dejáramos de lado cualquier mención a la orientación sexual de Rachel. Georgia se negó y él amenazó con irse, pero yo no iba a permitir que sus colegas de la NBC se quedaran con mi exclusiva.

Mientras Georgia entretenía a Uffizo en la Sala de Conferencias B, yo me aseguré de que los Hart permanecieran en la sala verde y les convencí de que el programa *Today* y el resto de cadenas exigirían acceso total, y que la única diferencia entre responder ahora o mañana por la mañana era de diez horas: diez horas que podían ahorrarse para contar al mundo lo de la desaparición de Rachel.

Georgia usó su autoridad sobre Alex y exigió hacer ella la entrevista con los Hart; a Alex le asignaron la de Vanessa Cox a modo de consuelo. Lo oí refunfuñar un poco, pero conocía las reglas del juego.

Empezamos el programa con los Hart. Tras la introducción, la cámara los enfocó en plano general: Roseanna, una mujer de figura abundante, con el pelo largo y negro y los ojos separados, como los de su hija, y Vernal, el padrastro de Rachel. Él sostenía una foto de Rachel, con lágrimas en los ojos hundidos.

Georgia presentó a la pareja.

—Señora Hart, ¿puede explicarnos por qué esperaron tanto para denunciar la desaparición de su hija? Ya han pasado cinco días desde que alguien la vio o supo de ella.

—Pensábamos... esperábamos... que volvería a casa —su voz era tan débil que el micrófono apenas la captaba.

En el auricular, oía a Fred Wallace, el productor ejecutivo de Georgia, gritar a los técnicos de sonido en la sala de control que subieran el volumen.

Georgia no se inmutó, pese al aluvión de voces en su oído izquierdo.

—¿Había desaparecido Rachel antes? —preguntó.

Roseanna negó con la cabeza.

—Nunca dejaría a sus hijos.

Georgia suavizó su expresión.

—Sé que es una pregunta muy personal, pero ¿qué puede contarnos de la relación de Rachel con Olivia Kravis? ¿Es cierto que eran

amantes?

—No sabíamos nada sobre lo que ella y... —Roseanna titubeó. Miró a su marido.

Vernal dejó la foto de Rachel.

—Queremos a Rachel pase lo que pase. Solo queremos saber que está a salvo —dijo con estoicismo.

Georgia consultó sus notas.

—El marido de su hija solicitó el divorcio tras rumores de infidelidad. Según fuentes, en ese momento mantenía una relación con su entrenador personal. ¿Sabían algo de eso?

Roseanna se removió en la silla.

—No.

Georgia mostró escepticismo.

—¿Nunca le habló de otro hombre?

—No.

Frustrada, Georgia pasó a otra ficha.

—¿Rachel alguna vez mostró preocupación por su seguridad? ¿Temía que Michael pudiera hacer daño a los niños?

—Hasta donde sabemos, nunca levantó la mano contra ella ni contra los niños —respondió Roseanna.

Georgia se inclinó hacia delante.

—¿Alguna vez lo amenazó?

Roseanna abrió la boca, pero Vernal habló antes.

—Sí. Lo hizo.

El color desapareció del rostro redondo de Roseanna mientras se volvía hacia su marido. Vernal se había salido del guion, arriesgando el acceso de ambos a sus nietos. Para arriesgarse así, tenía que creer que Michael era culpable de la muerte de Olivia y de la desaparición de su hijastra.

—¿A qué se refiere con eso? —preguntó Georgia.

—Antes de separarse, Michael le dijo una vez que si alguna vez le faltaba al respeto, le haría pagar con sangre.

Los hombros de Roseanna temblaban mientras nuevas lágrimas le rodaban por las mejillas y caían en su regazo. Vernal Hart contempló a su esposa con tristeza antes de girarse de nuevo hacia Georgia, el rostro marcado por el tiempo. —Solo queremos que Rachel vuelva a casa.

El tiempo dirá si alguna vez se cumple su deseo.

Jueves

dieciséis

A las ocho de la mañana del jueves, abrí la verja verde del parque Peter Detmold, esquivando por los pelos a un golden retriever. El perro me rozó la pierna, perdí el equilibrio y se me cayeron los dos cafés que llevaba para mi encuentro con Panda. Él no tenía perro, pero su madre, que vivía en uno de los pisos con vistas al East River, tenía un teckel de diez años al que paseaba cuando le daba la ciática.

—¿Qué tal Dax? —pregunté, señalando al teckel, que perseguía a un Jack Russell con una pelota de tenis en la boca.

—Déjate de Dax. ¿Tú qué tal?

—Podría estar peor. ¿Viste *Topical* anoche?

—No, pero esta mañana Ehlers me dio la brasa por lo de

—Tenía que saber que los padres de Rachel iban a salir a hablar.

Panda fue a recoger tras Dax. Tiró la bolsa de plástico al contenedor verde de residuos mientras volvía. Se sentó en uno de los bancos y me hizo señas para que me sentara con él.

Le di uno de mis cafés y di un sorbo al mío. —Neal, sé sincero. ¿Rachel está desaparecida o es sospechosa? Ya estoy hasta las narices de eso de "persona de interés".

Panda le quitó la tapa al café y sopló. —Rachel no es sospechosa.

Solo me quedaban dos opciones. Una: Rachel estaba muerta, asesinada junto a Olivia y desaparecida en algún otro sitio. Dos: había visto el asesinato, se había asustado y había huido. Quizá se escondiera del asesino, quizá de la policía. En cualquier caso, lo que Panda acababa de decirme confirmaba que la policía no tenía pruebas suficientes en el lugar del crimen para detenerla, ni mucho menos para considerarla sospechosa. —¿Y qué me dices del tejido que encontraron bajo las uñas de Olivia?

—No era tejido, Clyde.

—¿Qué?

Esperó, mirándome para ver si caía. —Fluido vaginal —dijo al fin, al ver que no pillaba.

—Joder. —Ese era justo el tipo de detalle sórdido que GSBC se habría tirado al cuello. Agarré la pelota de tenis embarrada de Dax y la lancé al otro lado del parque, pero no sirvió de nada para quitarme la frustración que me subía por el pecho—. ¿Por qué no me lo dijiste directamente?

Dejó el café en el banco y me dio una palmada en la espalda, como de padre. —¿Recuerdas lo que te dije de la presión de los Kravis sobre la policía? Pues bien, esto era algo que temían que se filtrara a la prensa. Te di lo que pude, pero eso ni se planteaba.

—¿Qué más han vetado?

—Ni idea. Surgió cuando aclararon qué tipo de relación había entre ellos, y en cuanto lo hicieron, los Kravis intervinieron para que cierta información no trascendiera.

Le pasé una bolsa de papel blanco. Dentro había dos beignets rellenos de crema de una cafetería de la Primera Avenida. Nos sentamos en el banco, comiendo y viendo cómo Dax perseguía al Jack Russell por la zona canina. Me levanté para tirar la bolsa y el vaso vacío de café. —¿Y Ehlers? ¿Cree que Rachel se esconde o que está desaparecida?

—No lo sabemos, pero él apuesta por que está desaparecida.

Si estaba desaparecida —es decir, secuestrada o muerta—, la historia de la mujer con el perro que no paraba de ladrar, sobre haber visto a alguien parecido a Rachel en la calle la noche del asesinato de Olivia, era pura fantasía. También quería decir que Rachel no podía haber llamado a Michael al día siguiente. —¿Cree Ehlers que el asesino usó el teléfono de Rachel para llamar a Michael el sábado por la mañana?

Asintió con la cabeza.

—¿Se hizo alguna otra llamada desde ese teléfono?

—No.

—¿Eso lo hace parecer más culpable? Ya sabemos que había amenazado a Rachel. ¿Y si fue al piso de Olivia a vengarse? Mataba a Olivia, secuestraba o mataba a Rachel, y al día siguiente usaba el teléfono de ella para llamarse, pensando que con esa llamada

bastaría para convencer a la policía de que ella había matado a Olivia y se había escondido?

—No es una mala teoría, Clyde. Pero es solo una teoría. —Panda llamó a Dax y el pequeño teckel vino corriendo, moviendo el cuerpo como podían sus patas cortas.

Le acaricié la cabeza mientras Panda le enganchaba la correa. —Es más que eso. Hay algo que aún no te he contado.

Mientras subíamos las empinadas escaleras de vuelta al bloque de pisos donde vivía la madre de Panda, le conté lo de mi encuentro con Michael Rockwell en el bosque tras su casa de Connecticut. La preocupación de Panda ya no era por el caso, sino por mí. —¿Por qué no vienes a comisaría conmigo y das una declaración? Podríamos conseguirte protección.

Tenía la sensación de que Rockwell solo había querido asustarme. Cosas así me habían pasado antes: una vez en un aparcamiento de Detroit por parte de un sospechoso en un caso de abuso sexual, y otra en una playa de Florida por parte del padre de una víctima de asesinato. Siempre daba miedo, pero había aprendido a aceptarlo como parte del trabajo. Un trabajo que no podría hacer si anduviera liada con papeleo en comisaría. —No tengo tiempo para dar una declaración.

—Si es así, al menos puedo asegurarme de que Ehlers esté informado —dijo—. Vigilaremos a Rockwell más de cerca. Y tú, ten cuidado. Vigila tu espalda, Clyde. Lo digo en serio.

Terminamos de subir las escaleras desde la zona canina. Panda se agachó para frotarse la pierna izquierda y respirar. Había más de una semana desde mi último entrenamiento, pero apenas me faltaba el aire, gracias a mis sesiones regulares.

No siempre me había gustado hacer ejercicio. El gimnasio me recordaba lo peor del instituto y de los locales de ligoteo, y mis pechos hacían casi imposible correr, por muchos sujetadores deportivos que me pusiera. Pero hace un par de años empecé a nadar en una piscina municipal cerca de casa para controlar el estrés, y descubrí que también me mantenía en buena forma. No iba a dejar el trabajo para convertirme en modelo de bikini, pero hacía un buen tiempo en cuatrocientos metros estilo libre.

—¿Qué tal la rodilla? —le pregunté.

—La rodilla ya no es lo que era —sacó un puñado de Bit-O-Honey del bolsillo y me pasó uno. Desde que había dejado de fumar, no paraba de comer chucherías. Y encima, se había puesto como una foca, diez kilos arriba.

Me metí uno en la boca y empecé a chuparlo. —¿Rockwell tiene coartada para el viernes por la noche?

Panda alzó el brazo y logró parar un taxi. —Sabes que no te toca resolver el crimen.

—Pues asegúrate de que lo hagan tus hombres. —Me metí en el asiento de atrás— ¿Y la coartada?

—Lo investigaré. —Panda cerró la puerta, y entonces reparé en su corbata. Llevaba una con hileras de teclas de piano sobre un fondo verde chillón.

—Demasiado fácil. —Bajé la ventanilla y señalé su corbata— Key lime, ¿eh?

—Le has dado, chaval —dijo, despidiéndome con un movimiento de mano.

En el trabajo ya se había enterado todo el mundo de mi encuentro al atardecer con Michael Rockwell en el solar detrás de la casa de Rachel, y todos querían oírlo de primera mano. Me lo contaron una vez y ya está. Estaba en mi mesa, revisando los datos de audiencia de anoche y preparando una nueva lista de tareas, cuando llamó Georgia. Quería verme en su despacho, y ya. Supuse que sería otro de sus discursos para mantenerme en vilo, así que entré en su despacho de esquina. Georgia estaba sentada tras su escritorio, leyendo un libro, con el pelo en rulos calientes.

—Aviso. —Agarré un cojín bordado con una cita vieja de Groucho Marx: *Anyone who says he can see through women is missing a lot*, y me senté.

Georgia alzó el libro para mostrármelo. —Es una prueba de imprenta de las memorias de Charles Kravis.

—Seguro que será un bestseller —dije, dejando el cojín detrás de la espalda—. ¿Cómo van a lanzarlo antes?

—Al revés. La han adelantado.

—¿Y eso cómo puede ser?

Georgia soltó una risa. —Obviamente no tienes ni idea del mundo editorial.

—Sé que las librerías cierran, las ventas van a menos y todo se va digitalizando.

—El negocio va de culo. Y algún gilipollas ha metido un millón y medio en este libro. Fue el anticipo de Kravis. Así que ahora tú eres la editorial: tienes un autor que está a punto de palmarla, no puede hacer promoción, pero el asesinato de su hija es el bombazo del día. ¿Qué haces? ¿Lo correcto, lo moral, o lo que te salve el culo cuando empiecen a caer cabezas? —Cerró el libro de un golpe y me lo lanzó por encima del escritorio—. Quiero que Alex haga un reportaje sobre esto en el programa de hoy.

Agarré el libro y me lo metí debajo del brazo. —¿Y eso es todo?

—Me he enterado de lo que pasó en el terreno.

Vi venir la bronca, y encima no tenía ganas de oírla dos veces en una mañana. —Ya se lo conté a la policía —dije, intentando cortar por lo sano.

—¿Hiciste declaración? —Georgia se quitó un bigudí, se reenrolló el mechón y lo fijó de nuevo en la cabeza.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque ya tienen al tipo vigilado.

Georgia me miró fijamente. —Bien, una cosa más. Quiero que me acompañes a una fiesta que da Prentice Maldone esta noche, después del programa. Es por la fusión.

—¿Por qué tengo que ir yo? ¿No puedes llevar a tu marido?

Las pulseras de Georgia tintinearon mientras el cuerpo le temblaba de risa. —¿Tengo que explicártelo todo?

—No todo, no.

Georgia suspiró. —Habrá hombres interesantes, Clyde. ¿Te das cuenta de que te quedan, como mucho, dos o tres años para quedarte embarazada?

—¿Y esto a qué viene? La última vez que miré, tú tampoco tenías hijos.

—Tengo hijastros.

—Exhijastros. Y ni siquiera te llamaban mamá.

Me lanzó una de esas miradas de 'no empieces'.

Cruzé los brazos. —En realidad, Georgia, acabo de conocer a alguien. Un abogado. Viene conmigo al acto benéfico de Kravis la semana que viene.

—Una cita no es boda —espetó Georgia—. Y además, quiero tenerte vigilada.

—Así que esa es la verdadera razón.

—Vendrás conmigo, y punto. Así que dile a Sasha que te arregle ese pelo maldito. Parece un nido de ratas, joder.

La fiesta era en un dúplex-galería de SoHo. Georgia dio su nombre en el vestíbulo y nos subieron en un ascensor que desembocaba directamente en la fiesta. En medio del salón había dos sofás seccionales italianos de respaldo bajo y una mesa de café de lucita con una orquídea gigante en un macetero ovalado de cromo. Tras una escalera de cristal, un bar grande y varias mesas con comida: rectángulos rosados de solomillo y toro.

Me abrí paso entre la gente y reconocí caras del departamento legal y corporativo de FirstNews. Junto a las ventanas de suelo a techo, Mitchell Diskin sobresalía al lado de una de nuestras presentadoras matutinas, una rubia sonriente. También vi a los presentadores del mediodía y de las cuatro, a un par de congresistas que salían en el debate dominical de FirstNews, y a Naomi Zell, la directora general de FirstNews y nueva portavoz de la familia Kravis.

Georgia me soltó para ir a codearse con los invitados. En realidad, me soltó con: —Estás guapa. Ahora sonríe, sé simpática y finge que no te pasas el día aplastando huevos por trabajo. Ya sé que no hace falta decirlo, pero lo digo igual: nada de alcohol. —Y acto seguido me empujó hacia un grupo de hombres con trajes azules caros y mocasines italianos.

Me presenté al grupo y me disculpé en cuanto Georgia me dio la espalda. Iba a largarme cuando vi a Delphine escondida bajo la escalera, junto a un busto de piedra caliza egipcia. Llevaba un

vestido oscuro de manga corta y tacones bajos, y estaba con un hombre al que supuse su marido. Le toqué suavemente el hombro.

—No esperaba verte aquí —dijo, con los ojos muy abiertos al verme.

—Lo mismo digo. La última vez que hablamos, parecías a punto de desaparecer. ¿Qué haces en una fiesta por la compra de FirstNews por Maldone?

—Solo estoy aquí porque se espera de mí como miembro del consejo. Vamos a salir pronto. —Me presentó a Hamish y lo envió al bar para que nos trajera algo de beber. Yo había pedido agua tónica; Delphine, un vodka con arándano.

—¿Por qué no has devuelto mis llamadas? —pregunté en cuanto estuvimos a solas.

—Es por la fusión —dijo bajando la voz—. No hay declaraciones a la prensa. Todo pasa por Naomi. Sabes por qué tiene que ser así.

—Lo entiendo. Pero aún me gustaría hablar contigo. Ya te dije que todo podría ser fuera de registro.

Arrugó el entrecejo. —Pero en tu mensaje dijiste que tenía que salir en antena si queríamos alejar el foco de la vida personal de Olivia. —Estaba usando mis propias palabras contra mí. Odiaba que la gente hiciera eso—. Preferiría no tener que decir esto —continuó Delphine—, porque sé que Olivia te apreciaba mucho, pero con la fusión, todo es muy delicado. Ahora no es el momento.

Pasé los dedos por las perlas del cuello. —No es solo una cuestión profesional. Personalmente, tengo un vínculo con todo esto...

Me dedicó una sonrisa forzada. —Claro. Fuiste su amiga.

—Es más que eso. Hay algo que no te he contado —dije—. La noche que asesinaron a Olivia, teníamos que vernos, pero no pude salir del trabajo. Me envió un mensaje que no vi hasta el lunes por la mañana. No sé cómo se me pasó el viernes por la noche.

—¿Qué decía el mensaje? —inclinó ligeramente la cabeza.

Por su reacción, supe que por fin tenía algo con lo que negociar, y no pensaba soltarlo sin sacar algo a cambio. —Aquí hay demasiado ruido, apenas te oigo. ¿Y si quedamos para un café mañana?

Noté que quería insistir, pero su marido ya volvía, acompañado de Prentice Maldone. Hamish me dio mi agua tónica y a Delphine su vodka con arándano. —Sobre el acto en memoria de Olivia —dijo Delphine, cambiando de tema. Estaba previsto para el jueves siguiente, a las diez de la mañana—. Espero que puedas venir.

—Estaré —le aseguré, recordando la promesa que le había hecho a Sutton de intervenir en el acto—. He estado preparando algo.

Delphine se movió incómoda, cambiando el peso de un pie al otro. —Me temo que tenemos que hacer la ceremonia breve. La salud de mi padrastro va a peor. No queremos agobiarlo más de la cuenta.

Una parte de mí se sintió aliviada. Sobre todo, me sentí postergada. Seguro que los Kravis podrían haberme dedicado unos minutos si hubieran querido.

—Y por favor, Clyde, ven como amiga, no como periodista. Preferiríamos que los detalles del acto se mantuvieran en privado.

No era una petición irrazonable, pero me chirrió algo. —Por supuesto —respondí, forzando una sonrisa tensa. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Delphine le puso una mano en la espalda a su marido y ambos se despidieron. En cuanto se marcharon, pensé que Prentice se iría, pero me preguntó si podíamos hablar a solas. Asentí y lo seguí por la escalera hasta la entrada de una terraza climatizada, sin muebles ni otros invitados.

—¿Te traigo otra? —Señaló mi bebida, sin entender por qué dudaba en acercarme a la barandilla de plexiglás de la terraza.

Levanté el vaso para mostrarle que todavía estaba casi lleno.

—No eres de las que se emborrachan fácil, ¿eh?

Maldone no conocía mi pasado con el alcohol, ni que mi tónica no llevaba vodka. Di unos pasos hacia el centro de la terraza. Era lo más lejos que mi vértigo me permitía acercarme. —¿Tengo pinta de ser de las que no aguantan?

Sonrió con indulgencia. —Creo que mejor no respondo a eso.

—Esa respuesta no funcionaría en televisión.

—¿Y qué funcionaría?

—Cambiar de tema.

—Lo tendré en cuenta. —Dio un largo trago a su bebida—. Por cierto, buen programa esta noche.

Empezamos con un reportaje de seguimiento desde Connecticut y cerramos la hora con el editor de las memorias de Charles Kravis. —¿Ves *Topical*?

—Nunca me lo pierdo —respondió.

—¿Has leído el libro?

Prentice se inclinó hacia delante, mirando al horizonte. —Charles es un hombre interesante. Patriótico. Trabajador. Muy conservador, sí, pero un periodista de verdad. Ya no quedan muchos así.

—¿Y tú qué eres?

—Un hombre de negocios. —Se giró y dio otro trago a lo que parecía whisky—. Lamento no haber tenido ocasión de conocer mejor a Olivia. Solo sé del trabajo que hacía con la fundación. Curioso que no tuviera un papel más destacado en la cadena. Por lo que leí en el libro, Charles la tenía en un pedestal.

—Fue decisión suya. Prefería ayudar a la gente y cambiar vidas... para bien. No siempre es eso lo que acabamos haciendo en FirstNews.

—¿Los Kravis te están ayudando?

No sabía cómo responder. La verdad es que no me ayudan, pero sería una traición —por no decir poco profesional— decirlo. —Tanto como cabe esperar. Es un momento difícil para ellos.

Dejó su bebida en la repisa. —¿Puedo pedirte un favor, Cornelia?

—Claro.

—Lo más seguro es que el asesinato de Olivia no tuviera nada que ver con asuntos de la red...

—¿Estaba Olivia en contra de la fusión? —pregunté, interrumpiéndole.

Me lanzó una mirada cargada de intención. —Yo sería el último en enterarme. Una amiga de confianza, en cambio...

—Olivia y yo no hablábamos de asuntos de la red. Descubrimos que era mejor para nuestra amistad. —Decirlo en voz alta me trajo a

la memoria ese otro asunto, nada desdeñable, del que tampoco hablábamos. *«¿Qué más me ocultaba?»* —Así que no sabía nada de la fusión, ni mucho menos su opinión al respecto.

Sopesó mi respuesta. —El momento me inquieta. No me gustan las coincidencias.

—Y yo no creo en ellas.

—Entonces nos entendemos. —Recuperó su copa y se me acercó, más de lo decente en una oficina—. Cornelia, ¿puedo contar contigo para que hagas algo por mí?

Asentí con la cabeza. Prentice, después de todo, iba a ser mi nuevo jefe.

—Me gustaría que me avisaras si encuentras alguna conexión entre este crimen y la fusión. Aunque no puedas confirmarlo ni llevarlo al aire, quiero saberlo.

Prentice me devolvió a la fiesta. Al pie de las escaleras, me metió la tarjeta en la mano. —Ahí tienes mi línea directa. Por favor, no dudes en usarla. —Y se perdió entre la multitud.

La fiesta se había duplicado mientras estuve arriba. Georgia no estaba por ninguna parte. Me colé entre la gente a codazos para pillar algo de comer antes de irme. A mitad de camino hacia la puerta, oí una voz familiar entre la multitud. Era Penny Harlich.

«¿Qué coño hace ella aquí?» Era una fiesta de FirstNews y Maldone Enterprises. ¿Podía ser que Diskin estuviera pensando en ficharla de GSBC? Se me heló la sangre, pero debería haberlo ignorado: la curiosidad pudo conmigo. Dejé de lado mi idea de irme y localicé la escalera. Desde unos peldaños más arriba, tenía buena vista de Penny, aunque no habría sido difícil distinguirla con esos tacones de aguja y el vestido ajustado color cereza que llevaba.

Recorría la sala, saludando a algunos de los presentadores, pidiendo una copa, pero sin pararse a hablar con nadie. Claramente buscaba a alguien. Un minuto después, localizó a su presa. Se zampó la copa y se arregló el pelo: fue directa a Prentice, pasándole un brazo bronceado por los hombros mientras le susurraba algo al oído. Él la miró y soltó una carcajada. A ojos de una mujer como ella, un hombre como Prentice parecía mucho más alto gracias al dinero que tenía.

No sé por qué lo hice, pero saqué el móvil y les hice una foto. Luego dejé mi tónica y me acerqué al bar, donde Penny esperaba dos copas para ella y Prentice.

—¿Disfrutando de la velada? —pregunté.

Me lanzó una sonrisa glacial. Su perfume olía a gardenias y vainilla, empalagoso, y tenía uñas largas pintadas del mismo tono que su vestido. No pude evitar imaginarlas arañando el pecho musculoso de Alex. —Perdona, ¿te conozco? —preguntó.

Sabía quién era, pero igual me presenté. —Clyde Shaw. *Topical Tonight.* Anoche te dimos una paliza.

—Así es. Y creo que sí te reconozco. Eres la bruja que trabaja para Alex Amori. —Hizo un gesto burlón, tocándose la cara—. ¿O te había llamado pesada? No lo recuerdo. Lo que sí sé es que el scoop de la familia Hart será tu último. Da igual la ventaja que creas tener en este caso: yo tengo una mejor.

Su respuesta me pilló por sorpresa. Alex tenía razón: Penny era lista. Pero mi lealtad a la red me impedía verla como algo más que a una enemiga declarada, que es como habría querido que Alex también la viera. Pedí otra tónica al camarero. —Por cierto, no sé cómo será en GSBC, pero en nuestra red no importa cuánta pierna enseñes si no tienes audiencia. La tuya está cayendo, y por lo que veo, se te está acabando la falda.

Habría sido una salida perfecta, si no hubiera ido en la dirección equivocada del ascensor. No quería que Penny me viera dar media vuelta, así que seguí caminando y me hice un hueco en uno de los sofás modulares. Dejé el vaso en una mesita y busqué el móvil en el bolso. Había un mensaje nuevo de Phil Drucker, el abogado que había conocido en la firma de Michael Rockwell. Quería saber si podía salirse con la suya llevando sus botas de vaquero de piel de lagarto verde al beneficio de los Kravis. Estaba bastante segura de que no tenía un par. Di unos sorbos al vaso y le respondí: «Por supuesto.»

Un momento después, llegó su respuesta: «Bien. Juegan bien con el ramo que te voy a regalar.»

Sonreí para mis adentros, di un último trago a la tónica y volví a guardarme el móvil en el bolsillo de la chaqueta. Luego me levanté y

me dirigí al ascensor, pero con cada paso el agotamiento me iba ganando, el cansancio de los dos últimos días por fin me alcanzaba. Necesitaba echarme agua en la cara. Un camarero me indicó el baño, que estaba al fondo de un pasillo en la parte trasera de la galería.

Apenas llegué. Al abrir la puerta corredera del baño, las piernas me fallaron y la cabeza me golpeó contra el suelo de baldosas índigo. Aún tuve la lucidez de darme cuenta de que no era cansancio lo que sentía.

Alguien me había drogado.

La puerta del baño se abrió. No podía moverme. La habitación se oscureció y todo mi cuerpo parecía hundirse, arrastrado por una niebla espesa.

—Estás pisando un terreno muy peligroso —gruñó una voz en mi oído. En mi estado de aturdimiento, no distinguía si era hombre o mujer, ni siquiera si era real.

Resollé, buscando aire. Todo estaba negro. Unos dedos se clavaron en mis mejillas. —Solo tendrás una advertencia.

Viernes

diecisiete

Desperté en un hospital, gritando, enganchada a un gotero y a un monitor del corazón. Había estado soñando, o recordando… No sabía si era una cosa o la otra.

—Estoy aquí, Clyde. Estás bien. Estás a salvo.

Era Alex. Me cogió la mano. Me sentí mareada al mirar a mi alrededor, intentando situarme. El reloj de la pared marcaba las cinco y media de la mañana. —¿Qué haces aquí?

Una mujer asiática menuda, con bata azul, entró en la habitación y se colocó al pie de mi cama. —Me alegra verla despierta, Srta. Shaw. Soy la doctora Cho. Ha ingresado en el hospital Beth Israel.

—¿Qué me pasó?

Se acercó y me tomó el pulso. —Las pruebas de sangre confirman que recibió una dosis alta de Ketalar, también conocida como ketamina o Special-K. Es un anestésico y sedante que se vende a veterinarios, pero también se usa y distribuye ilegalmente como alucinógeno y como droga de la violación. ¿Sabe cómo pudo haberla ingerido?

Me froté la frente con la mano libre. Miré a Alex, esperando que pudiera ayudarme a recordar. —Yo no estaba allí —le dijo a la doctora—. Me dijeron que había perdido el conocimiento en una fiesta.

—¿Es usted su marido? —preguntó la doctora Cho.

—Un amigo —respondió Alex.

—Colega —lo corregí.

La doctora lo anotó en mi historial. —¿Bebió algo en esa fiesta?

Asentí. —Tomé un par de tonics.

—¿Solo eso? ¿Nada de alcohol?

—Nada.

Apuntó algo más. —¿Dejó el vaso desatendido en algún momento?

—No me acuerdo.

Dejó el historial a un lado, se acercó y sacó una minilinterna, que me enfocó en los ojos para examinarme las pupilas. —Los efectos son bastante inmediatos: entre cinco y veinte minutos tras tomarla, dependiendo de la comida que tenga en el estómago.

Me volví hacia Alex. —¿Cómo supiste que estaba aquí?

—Penny te vio mientras te sacaban en camilla y me llamó.

—¿Penny? ¿Quién más me vio?

—Creo que todos los que había allí. Me dijo solo que estabas en una camilla, inconsciente, y que los sanitarios te traían para acá.

—¿Me trajeron sola?

—Una de las asistentes de Maldone estaba en la sala de espera cuando llegué, a cuarto para la una. —Se pasó la mano por el pecho arrugado de la camisa—. Alice, la asistente de Maldone, me dijo que te encontró en el suelo del baño e intentó hacerte reaccionar. Como no pudo, llamó al 112.

La doctora Cho consultó mi historial. —¿Quiere que llame a la policía?

Quería hablar con Panda. Si el hospital llamaba a la policía, no sabía a quién me asignarían. Con mi suerte, sería algún novato que me enterraría en trámites. —Puedo llamar yo. Solo necesito el móvil. ¿Está mi bolso por aquí?

La doctora Cho miró alrededor. Mi abrigo estaba encima de una silla, pero no lo veía. —¿Tenía la señorita Shaw un bolso anoche? —le preguntó a Alex.

—No estaba aquí cuando llegué.

Se me encogió el estómago. Mi cuaderno y la grabadora, con todas mis notas del caso de Olivia, estaban dentro. Me incorporé de golpe e intenté arrancarme la cinta que sujetaba el gotero a mi brazo. —Tengo que recuperarlo. Me voy.

La doctora Cho se plantó junto a la cama. —Señorita Shaw, no está en condiciones.

Iba a replicarle cuando la habitación empezó a dar vueltas. Apoyé la cabeza en la almohada y esperé a que el mareo pasara antes de mirar otra vez a Alex. Tenía mi chaqueta en una mano y el móvil en la otra. —Estaba aquí —dijo, dándomelos.

—Pero mis notas —dije, con los ojos desorbitados.

Alex agarró su chaqueta del respaldo de la silla. —Llamo a la asistente de Maldone. Me dejó la tarjeta. Seguro que lo tienen. —Se quedó junto a la puerta—. ¿Seguro que no quieres que me quede, Clyde? Puedo pedirle a otro que se encargue y quedarme contigo.

—Ve a por mi bolso.

La puerta se cerró tras él. Me volví hacia la doctora Cho. —¿Es normal no recordar nada?

—Es frecuente perder la memoria.

—¿La recuperaré alguna vez?

La doctora Cho revisó la bolsa del gotero. —Puede que sí. Es difícil saberlo. Si ha sufrido una agresión sexual, podríamos encontrar rastros tras hacerle un examen. Hice una revisión visual al ingresarla y no vi signos de violencia, pero igualmente me gustaría hacerle una prueba de violación, por si acaso. ¿Da su consentimiento?

Asentí, horrorizada. Quería llamar a mi padre, pero si lo hacía se preocuparía y querría llevarme de vuelta al norte del estado con él. —¿Cuándo puedo salir de aquí? —le pregunté a la doctora Cho.

—Tras el examen, prefiero que siga ingresada unas horas más; luego podrá irse a casa a descansar. Recibió una dosis muy alta de ketamina, señorita Shaw. Los efectos sedantes tardarán en desaparecer del todo.

—¿Y cuándo puedo volver al trabajo?

La doctora Cho llenó un vaso de agua y me lo dio. —Mañana por la tarde ya podrá retomar su rutina normal. Pero seguro que no le apetece trabajar en cuarenta y ocho horas. Vuelvo en unos minutos para el examen. Mientras tanto, pulsa el botón de llamada si necesitas algo.

Bebí mi agua, preguntándome quién en la fiesta me habría visto salir inconsciente y si la noticia ya habría llegado a la cadena, sobre todo a Georgia y a la docena de colegas que estuvieron allí en los peores tiempos de mi alcoholismo. Esperaba que me dieran el beneficio de la duda y no se precipitaran a juzgarme.

Llamé a Panda, sintiéndome fatal por molestarlo a una hora tan temprana. Contestó al tercer tono. Notaba el cansancio en su voz, y

su mujer murmuraba a su lado en la cama mientras él encendía la lámpara de noche y me escuchaba explicar, lo más brevemente posible, lo que había pasado. Me llevó un rato; mi mente aún estaba embotada.

—Yo mismo iría, pero creo que es mejor que hables con mi compañero, por si los dos crímenes están relacionados. Llama a la comisaría en un par de horas y pide que te pasen con Ehlers. Él y el detective Restivo de Homicidios Norte irán a verte. Sé que quieren hablar contigo otra vez. Llámame cuando se vayan y quedamos en algún momento.

—¿Está todo bien, Neal? —preguntó la esposa de Panda al otro lado.

—Duerme, Bess. Todo está bien.

—Siento haberte sacado de la cama —murmuré.

—Está bien. De hecho, iba a llamarte esta mañana. Hay novedades en el caso. Pasaré por tu casa más tarde con bagels y café.

—Voy a ir al trabajo.

—Ni de coña. La ketamina es una droga seria. Tu cuerpo necesita descansar.

—¿Y perderme lo que me traes?

Suspiró con fastidio.

—Ahora lamento habértelo dicho. Descansa un poco, cariño.

Me dormí en cuanto la Dra. Cho terminó el examen forense postagresión. Cuando desperté, lo hice de golpe, jadeando, con las manos aferradas a las barras de la cama. Había tenido una pesadilla. Alguien me perseguía por un bosque oscuro. Me escondí tras un árbol caído, y entonces descubrí que estaba hundida en un lodazal ensangrentado. Entre un matorral de hojas asomaban un par de manos blancas y suaves, apenas visibles. De repente, se movieron, alargándose hacia mí, los dedos a escasos centímetros de mi cara cuando abrí los ojos.

La Dra. Cho me había advertido que podría tener imágenes recurrentes mientras mi cuerpo eliminara las drogas y mi mente

asimilara el trauma del ataque, pero aun así tardé casi tres minutos en normalizar el ritmo cardíaco.

El reloj marcaba las 9:45. Arrastrando el suero, conseguí ponerme mi ropa. De vuelta en la cama, llamé a la comisaría y al final me pasaron con el detective Tom Ehlers. Llegó con el detective John Restivo mientras terminaba la taza de café tibia y aguada de la bandeja del desayuno.

Me pasé la mano por el pelo y les indiqué que se sentaran.

—Prefiero quedarme de pie.

Restivo era alto, de pelo oscuro y cara de pocos amigos, aún menos dado a las formalidades que Ehlers. Podría ser el que lleva el peso del caso, pero Ehlers era más mediático: más atractivo, más enérgico.

Ehlers se sentó en la misma silla donde Alex había pasado la mitad de la noche.

—¿Cómo va la cabeza?

El dolor de cabeza había cedido, pero aún me sentía desorientada y la mente embotada.

—Podría estar mejor —contesté, hablando con dificultad.

Restivo tiró el resto de su Starbucks en la bolsa del cubo junto a mi cama.

—Cuéntanos qué pasó anoche.

Les conté todo, terminando con la amenaza que había recibido en el baño de la galería. Ehlers sacó su libreta y apuntó los nombres de los asistentes a la fiesta, los de sus entrevistados y la dirección de la galería.

—¿Y lo de tu encuentro en los bosques tras la casa de Rockwell?

Repetí lo que le había contado a Panda. Los detectives se miraron. Restivo se apoyó en el marco de la puerta.

—¿Cómo fue la actitud del señor Rockwell?

—Parecía amenazante. Enfadado. Pero creo que solo intentaba asustarme.

Ehlers guardó la libreta.

—El señor Rockwell tiene antecedentes de violencia, señora Shaw. Le aconsejo que se mantenga lo más lejos posible de él.

Saltaron mis instintos de periodista.

—¿Qué significa eso de *antecedentes de violencia*? Hemos revisado los registros policiales. No tiene antecedentes, ni órdenes de alejamiento.

Restivo dio un paso hacia delante.

—Esto no es para su programa.

—Me amenazó, detective. Tengo derecho a saberlo.

Ehlers miró a su compañero, que asintió levemente.

—Entre nosotros, una agresión sexual en una cita. Ella dijo que sí, él dijo que no, y después cambió de versión. Todo se enterró, pero todo el mundo pensaba que sí lo había hecho.

—¿Cuándo fue?

Ehlers miró otra vez a Restivo, que ahora negó con la cabeza.

—¿Y la fuente? —insistí.

Restivo se dirigió a la puerta; con dos zancadas largas ya estaba allí.

—¿No es ese su trabajo, encontrar fuentes? —preguntó con sorna.

Había dos tipos de policías en el mundo: los que creían que todos los periodistas eran hijos del demonio y los que no. Apostaba por que Restivo había sido traicionado por un reportero al principio de su carrera, y ahora se empeñaba en castigarnos a todos por las fechorías de aquel sinvergüenza.

Ehlers guardó la libreta y me dedicó una sonrisa comprensiva.

—Veremos si averiguamos quién echó la ketamina en su bebida. Pero debo decirle que estos casos son muy difíciles de resolver sin testigos o grabaciones de seguridad.

—Hay otra cosa. He perdido el bolso —dije.

Ehlers se inclinó hacia delante.

—¿Qué llevaba dentro?

—Mi libreta con las notas de las entrevistas. Es crucial que no caiga en manos indebidas.

—¿Como las de sus competidores en GSBC? —comentó Restivo con sorna, la mano otra vez en el marco.

Apreté los dientes.

Abrió la puerta, dejándola entornada con el pie. Ehlers se levantó y se subió la cremallera de la chaqueta.

—Buscaremos su bolso y haremos todo lo posible por averiguar quién la drogó, pero mientras tanto, cambie las cerraduras, señora Shaw.

Las llaves de mi apartamento. No se me habían pasado por la cabeza. Tenía unas de repuesto en el cajón del escritorio del trabajo, y el conserje también tenía un juego. Tendría que dejarme entrar para ducharme y volver a la oficina.

—¿Me llamarás tan pronto como sepas algo?

—Tranquilícese, señorita Shaw. Y cambie esas cerraduras. Pronto nos pondremos en contacto con usted. —Ehlers se reunió con su compañero en el pasillo y cerró la puerta de un golpe tras de sí.

En el taxi de camino a casa, llamé a Alex.

—No me digas que ya has salido del hospital —dijo.

Escuché cómo abría un cajón del escritorio.

—La asistente de Maldone lo tenía y lo trajo a la oficina.

Bajé la ventanilla y me tumbé en el asiento de atrás.

—¿Hay algo dentro? ¿Falta algo?

—No que yo vea. Cartera, llaves, grabadora, una tira de Tums, una libreta, unos menús de comida para llevar, polvera, pintalabios... todo está aquí. ¿Cuento el dinero que llevas?

Solté un suspiro de alivio. Mis notas y la grabadora no faltaban.

—Parece que no falta nada. Vuelvo en una hora. ¿Puedes guardármelo hasta entonces?

Recorrí todo el apartamento con cuidado, pero nada parecía faltar ni estar fuera de sitio. ¿Sería paranoia? La doctora Cho me había advertido que la ketamina podía causar ese efecto, y Alex había confirmado que mis llaves estaban en el bolso. Abrí el cajón del escritorio, devolví los papeles al archivo correspondiente y me largué de allí. Estuviera loca o no, no podía quitarme de encima la sensación de que alguien había estado en mi apartamento mientras no estaba.

—Sin problema. Pero ¿segura de que deberías venir? Puedo mandar a alguien con ello a tu apartamento.

—No, voy para allí.

En mi apartamento, el conserje me dejó entrar para ducharme y cambiarme. Estaba a punto de encender el secador cuando vi unos papeles asomando por uno de los cajones del escritorio. No era la persona más ordenada del mundo, pero sí con los archivos.

Media hora después, entré tambaleándome en la oficina de Georgia Jacobs.

—Estaba a punto de mandar a alguien a buscarte —dijo, pinchando un picatostre con un tenedor de plástico. Faltaba un cuarto para la una, y ella y Wallace almorzaban junto al escritorio—. Tienes un aspecto horrible.

—Me siento tan mal como parezco —dije.

La cuchara de Wallace se quedó a medio camino sobre algo que parecía chili con queso.

—Alex nos ha puesto al día. ¿Por qué no estás aún en el hospital?

Me desplomé en la única silla libre y agarré un paquete de crackers del escritorio de Georgia. Rasgué el envoltorio con los dientes y me metí todo en la boca.

dieciocho

—El Haverford. En el trastero del sótano. Un vecino se quejó de un mal olor y el conserje dio parte anoche. Esta mañana, los padres han identificado el cadáver.

—Dios mío, qué horror.

—Esto lo cambia todo —comentó Panda—. No se trataba ya de un crimen pasional, sino de un asesino frío y premeditado. El caso de Olivia había pasado de homicidio a doble asesinato. Los cadáveres se acumulaban. Y con ellos, la tensión, las expectativas y las cuotas de pantalla. Me pregunté si GSBC ya sabría lo del cadáver. Penny Harlich, sin duda, contaba con una fuente interna. No habría conseguido la entrevista a la empleada del servicio sin ayuda desde dentro.

—¿Cuándo lo hará público la Policía? —pregunté.

—Pronto, seguro.

—¿Hasta cuándo lleva muerta? —Ante eso, Georgia empezó a hacer señas con las manos. Me llevé un dedo a los labios y salí al pasillo para hablar en privado.

—No lo sé —dijo Panda con un suspiro—. Ya ha pasado el rigor mortis.

Me metí en una sala vacía y cerré la puerta.

—¿Perro cadavérico?

—Sí, pero no hacía falta.

Cuando un cuerpo muere, los músculos se relajan, incluso los intestinales. Había visto bastantes escenas del crimen como para saber que lo que olía el vecino probablemente no eran tejidos en descomposición, sino excrementos y orina.

—¿Y la causa de la muerte?

—No fue por golpes. La causa parece ser asfixia.

Para un asesino, la asfixia era una buena opción. Sin salpicaduras de sangre y, si se hacía bien, prácticamente sin ruido. Además, encajaba con el perfil porque era un método íntimo —como los golpes, había que acercarse mucho para hacerlo— y requería mucha fuerza, sobre todo si la víctima no estaba atada.

—¿Había marcas de ligaduras en las muñecas?

—Sí. Estaba esposada con las manos a la espalda.

Me daba mala espina.

—¿Autoerótico?

Se hizo un largo silencio.

—¿Qué ocurre?

—Es todo lo que puedo decirte.

—Ni hablar, Neal. Esta vez necesito todo. El resto puede quedarse entre nosotros, pero tienes que contármelo. El que mató a Olivia y a Rachel seguramente acaba de drogarme.

Panda dejó escapar un suspiro.

—Entre nosotros, el forense dijo que Rachel había mantenido relaciones sexuales recientemente.

—Eso ya lo sabíamos. Olivia tenía secreción vaginal bajo las uñas.

—No, Clyde —carraspeó—. Estoy hablando de *coito*. El forense encontró semen en la vagina.

—¿Hace cuánto?

—Antes de morir.

—¿Pero no fue una violación? —Mi mente empezó a dar vueltas hacia Michael Rockwell y su historial de agresiones sexuales en citas. ¿Y si había ido al apartamento de Olivia, la había matado, luego había violado y asesinado a Rachel, y la había bajado al sótano sin que nadie lo viera?

—No hay señales de violencia sexual.

Se desvaneció esa teoría. Me llevó unos segundos pensar en otra posibilidad.

—¿Un trío, entonces?

—Podría ser.

Me vino a la mente el comentario de Alex en la oficina de Diskin, el primer día del caso: «Así que nada de juegos sexuales». Le agradecí a Panda la información y colgué. Luego me senté en el suelo del pasillo, con una nueva oleada de náuseas que me revolvía el estómago. Olivia estaba muerta. Rachel estaba muerta. Y a mí me habían drogado. Respiré hondo, una bocanada larga y profunda, y me preparé para las horas que me esperaban. Tenía que hacer mi trabajo y sacar la noticia. Después, ya podría descansar.

Me levanté y entré de nuevo en la oficina de Georgia para dar la noticia.

—Han encontrado el cuerpo de Rachel.

—Ya me he dado cuenta, Sherlock —me espetó Georgia, mirando su reloj—. ¿Cuánto tardamos en ir al aire?

—Una hora, si queremos emitir en directo desde el lugar. Pero preferiría tener primero la confirmación del portavoz.

Wallace negó con la cabeza.

—Si no confirman, emite con lo que tienes. No vamos a dejar escapar esto.

Georgia tiró lo que le quedaba del almuerzo a la basura.

—Coge la furgoneta, monta el equipo y lárgate a casa. No quiero verte cerca de este edificio hasta el lunes por la mañana.

—¿Y las emisiones de fin de semana? —Crucé los brazos, en actitud desafiante. Las noticias no eran un trabajo de lunes a viernes. Cuando se estaba tras una gran historia, se trabajaba las veinticuatro horas, los siete días, fines de semana, noches, lo que hiciera falta.

—No empecemos —ladró Georgia—. O te vas a casa ahora o te largas en unas horas. Nos encargamos de las emisiones del fin de semana sin ti.

Cogí el teléfono del escritorio de Georgia para llamar a Alex y ponerle al corriente. Luego envié un correo a Diskin y al director del

informativo de las dos desde el móvil, pidiéndole que dejara un hueco para nosotros al principio del programa.

Diez minutos después, volvía al camión satélite con Alex y el equipo, de camino al Haverford, en el norte de la ciudad. Me dolía la cabeza y el tráfico stop-and-go no ayudaba con las náuseas. Alex me miró, inclinado, con la cabeza entre las piernas, y me ofreció la mitad de su sándwich.

—Tú lo necesitas más que yo —dijo—. Todo casero. Hasta el pan.

Levanté la cabeza un poco.

—No te voy a quitar la comida.

Dino, nuestro camarógrafo, volvió la cabeza desde el asiento del copiloto.

—Yo lo cojo, tío. Me muero de hambre.

—Siempre estás muerto de hambre, tío —Alex apartó la mano de Dino y me dio una palmada en la espalda—. Vamos, Clyde, pareces a punto de desmayarte. Te necesito en forma cuando lleguemos.

—Jennifer puede traerme una pizza.

—Esto es mucho más saludable que una tajada de pepperoni llena de grasa.

—Yo voy por la de salchicha y pimientos.

—Peor aún. —Me sentó derecho y desenvolvió su almuerzo—. Ahora come.

A desgana, di una mordida. Luego se lo pasé a Dino.

—Clyde, ¿qué? —gritó Alex, intentando quitarle a Dino su mitad del sándwich.

Demasiado tarde. Dino lo mantenía fuera de su alcance. —¿Esto es Camembert? —preguntó con la boca llena, provocando a Alex.

—Sí —musitó Alex, al final—. Y pavo recién asado, aguacate, lechuga romana y esta mostaza que pillé en París. No se consigue aquí.

Aaron miró con envidia el botín de Dino desde el volante. —¿De verdad haces el pan también?

Alex asintió con gesto abatido. —Trigo integral orgánico.

Jen y yo nos miramos. No nos lo habríamos creído: ese era Alex. —Conseguiré unas tajadas para nosotras en cuanto tengamos un descanso —dijo ella.

Aparcamos a la vuelta de la esquina del Haverford. Me quedé dentro de la furgoneta y dejé que los técnicos de sonido y del camión de retransmisión prepararan la toma mientras seguía trabajando en el guion con Alex. Sonó mi teléfono y salí a atender la llamada de un portavoz muy irritado, que primero me presionó para que le dijera de dónde había sacado la información y luego se negó a confirmar el soplo. También se negó a darme más detalles sobre la escena del crimen, como el nombre del vecino que notó el hedor del cadáver o cómo el asesino lo había escondido.

Me coloqué el auricular y salí, reuniendo al equipo y lo poco que me quedaba de energía. —¡Vamos en directo, gente! —Jen llamó al estudio, Dino alzó la cámara y yo empecé la cuenta atrás desde tres. Tocaba empezar.

—Estamos aquí de nuevo en el Haverford, el exclusivo edificio de Manhattan donde Olivia Kravis, hija del magnate de los medios Charles S. Kravis, fue hallada brutalmente asesinada en su propia casa —comenzó Alex antes de pasar a la exclusiva sobre Rachel. Apenas cinco minutos después, dio por terminado su informe, y nuestro equipo volvió a la furgoneta. Aún no habíamos acabado. Todavía teníamos que montar un reportaje que emitir esa noche en *Topical Tonight*.

Mientras Alex y yo trabajábamos en el guion, Dino grabó nuevos planos del edificio y Jen por fin fue a por las pizzas. En cuanto tuvimos listos los tres minutos de oro, me desplomé en el último asiento de la furgoneta y cerré los ojos.

—¿Tienes acompañante para la cena benéfica? —preguntó Alex.

—Ya tengo acompañante —murmuré. La cena benéfica era lo último que me preocupaba.

Se giró y me miró por encima del asiento. —¿Quién?

Abrí los ojos. —¿A quién llevas?

—Yo he preguntado primero.

Aaron se animó en el asiento delantero. —Si piensas llevar a Hardlick, estás cometiendo un error de bulto, tío.

Alex dio un trago de agua mientras se recostaba contra el vinilo, de espaldas a mí. —Realmente no os cae bien, ¿no?

—Déjalo —dije—. No puedes tener a una corresponsal de una cadena rival sentada en nuestra mesa. Sería un desastre.

—Tranqui. Sé que no puedo llevar a Penny. Iba a proponerte que vinieras conmigo.

Me mordí el labio. ¿Acababa de pedirme que fuera con él? Seguro que no pensaba que era buena idea presentarnos juntos en un evento del trabajo para nuestro primer plan. Seguramente solo creía que era lo más práctico, al fin y al cabo íbamos a estar todo el día juntos en el caso antes del evento. —Alex, yo...

—No te preocupes —dijo, interrumpiéndome—. Tengo un plan B.

—Menuda suerte la de tu plan B —comentó Aaron con sorna desde el asiento delantero.

Estaba a punto de pedirle a nuestro sonidista que no se pasara con Alex cuando el teléfono vibró con un mensaje de Panda. "Tengo más para ti", decía. Con eso me bastó.

Escribí un sitio para vernos y guardé el teléfono. —Tengo que reunirme con una fuente —le dije a Alex.

—¿Quieres que vaya contigo?

Trataba de ayudar, pero no podía llevármelo. Salí de la furgoneta a la acera. —Tengo que ocuparme yo sola de esto.

Caminé hacia Central Park y seguí el sendero hasta el estanque. Había peques alrededor: algunos jugaban con barcos a control remoto, otros miraban, deseando que sus padres les alquilaran uno. Panda estaba en un banco con una lata de refresco. —Deberías estar en casa —dijo, como saludo.

Me desplomé en el banco a su lado. —Lo sé.

Hizo un gesto hacia mi bolso. —Veo que ya lo tienes.

—La asistente de Maldone lo encontró y se lo mandó a Alex. Todo sigue ahí. —Me quedé callada, acordándome de algo. Revolví el bolso hasta que estuve segura: no estaba. Mi certificado de nacimiento—. Se ha perdido.

—¿Qué se ha perdido? —preguntó Panda.

Le conté que había encontrado mi certificado de nacimiento en el escritorio de Olivia. —¿Estás segura de que lo dejaste allí?

—Sí, estoy segura.

Se frotó la frente con la palma de la mano. —¿Por qué no me lo contaste antes?

—No creí que fuera importante.

—Busqué delitos con ketamina en el último año. Casi todos eran casos de droga de la violación.

—¿Alguno de los implicados trabaja en GSBC? —pregunté, dándole un codazo en broma.

—Esto es serio, Shaw.

No hacía falta que me lo dijera. —¿Has oído hablar de las acusaciones de violación en citas contra Michael Rockwell?

—Nunca se demostró, pero sí.

—Dijiste que tenías algo más para mí.

Abrió su parka caqui y mostró una corbata azul con un estampado de tallos de maíz. —Primero tienes que acertar.

—Neal, hoy no tengo cabeza para acertijos.

—Venga, es pan comido. —Dio un trago a su refresco.

La miré de nuevo y negué con la cabeza.

Se tocó el lóbulo de la oreja. —Todo oídos.

—Había pillado esa.

—Hoy te lo paso, chica. —Me dio unas palmaditas en la espalda.

—Qué generosidad la tuya —dije en tono burlón.

Soltó una risita. —¿Qué te viene a la cabeza con Globe-Trotter?

—¿La marca de maletas? —Eran elegantes y caras, como los antiguos baúles de viaje, con un interior espacioso y un exterior duro de fibra de cartón y cuero. Solo sabía todo eso porque Olivia tenía unas—. ¿Rachel?

—El asesino metió el cadáver en una maleta y luego la escondió en la zona de almacenaje. Probablemente usó el ascensor para bajarla al sótano y todo lo demás.

—¿Puedo darlo en antena?

Asintió. —No lo has oído de mí. El cadáver estaba envuelto en una bolsa de basura y luego metido en una maleta.

Nos quedamos allí en silencio, los dos mirando el estanque. Al final, me giró hacia Panda. —Entonces, ¿cuál es la última teoría?

—Parecía una pelea de amantes: los vecinos oyeron a dos mujeres gritar en la vivienda, no había señales de entrada forzada y el arma del crimen sugería un acto improvisado. Pero ahora tenemos otro cadáver y restos de semen, lo que apunta a un escenario muy distinto. Tal vez un trío, o quizá Rachel tenía una aventura con un hombre a espaldas de Olivia.

—Andrey Kaminski. Tenía acceso.

Panda asintió. —Pero no tiene móvil.

Lo pensé un momento. ¿Qué móvil tendría Andrey? ¿Dinero? ¿Sexo? Matar a Rachel y a Olivia no le daría más de ninguna de las dos cosas. —La única persona a la que se me pasa por la cabeza con un móvil es Michael Rockwell. Pero ¿por qué Rachel iba a acostarse con él si estaban en pleno divorcio?

Al oír el nombre de Michael, a Panda le vino algo a la mente. —Por cierto, pregunté por su coartada. Rockwell dijo que iba de vuelta a Connecticut en tren.

—¿Y lo era?

—Compró el billete. No hay manera de saber si estaba de verdad en el tren.

—¿No tuvo a nadie que lo viera?

—Ni uno solo.

—¿Es sospechoso?

—Pregúntamelo mañana. Mientras tanto, aléjate de él. Envía a otra persona a hablar con él esta vez.

Por eso Panda quería verme. La pista de Globe-Trotter era solo el cebo. Podría habérmelo dicho antes o por teléfono, pero se guardó ese detalle para atraerme al parque en persona y asegurarse de que había entendido el mensaje sobre Rockwell.

Se terminó el resto de su Sprite. —Habla en serio, Shaw. Aléjate de él.

Dejé a Panda en el parque y volví al Haverford, donde nuestro camión de satélite ya estaba rodeado de furgonetas de todas las

grandes cadenas, además de equipos de programas sindicados de noticias de entretenimiento como *Extra*, *Inside Edition* y *TMZ*. Incluso vi a algunos periodistas del *Times* de Londres y del *International New York Times* por allí, junto a la barricada policial.

Quería quedarme para asegurarme de que todo saliera según lo previsto, pero estaba hecha polvo. No daba más y sentía que iba a desplomarme si no llegaba a casa enseguida. Pasé al equipo lo que Panda me había contado sobre el cadáver de Rachel metido en una maleta, y luego hice dos llamadas más a la oficina: una a Sabine, para pedirle que buscara imágenes de maletas Globe-Trotter que pudiéramos usar en antena, y otra a Barton Oberlink, uno de los responsables de invitaciones de *Topical Tonight* para que intentara contactar con los Hart y confirmarlos para el programa de esa noche. Después caminé hasta Lexington y llamé a un cerrajero de guardia para que viniera a mi apartamento. Era una de esas tardes de otoño luminosas y frescas —casi sin nubes, con un sol dorado y el aroma de los vendedores callejeros asando castañas en el aire— que hacían que vivir en una ciudad como Nueva York fuera un auténtico placer. Pero lo único en lo que pensaba era en mi cama, sábanas limpias y las persianas bajadas. Hice parar un taxi y me fui a casa.

diecinueve

Clic, clic.

Oí el chirrido de una llave en la cerradura, el pomo de la puerta sacudiéndose.

—¡He cambiado las cerraduras! —grité desde la cama, incorporándome de un salto—. Y voy a llamar a la policía.

Busqué el móvil a ciegas y marqué el 911 mientras el pánico me recorría las venas. El reloj de la mesita marcaba las diez de la noche. Llevaba casi seis horas dormida. No era nada, ni de lejos, pero tenía cosas más urgentes de qué preocuparme.

—Alguien está forzando la entrada en mi casa —dije por teléfono—. Me llamo Clyde Shaw y llevo siguiendo la investigación del asesinato de Olivia Kravis. Por favor, que venga alguien ya. Que localicen al detective Tom Ehlers. —Le di mi dirección y me quedé en la línea mientras palpaba detrás de la mesita de noche en busca del cuchillo.

Años atrás había hecho un reportaje sobre una mujer que se defendió de un violador que la atacó en la cama. El agresor ya había violado y asesinado a otras tres mujeres en su barrio de Indianápolis, y a ella le habría ocurrido lo mismo si no hubiera conseguido armarse a tiempo. Lo apuñaló tres veces: dos en el hombro y una en el cuello, y lo mató al instante. Tres días después de que emitieran mi reportaje, el cuchillo llegó por FedEx con una nota de mi padre. "Por si acaso", ponía.

Me senté en el borde de la cama con el cuchillo en la mano y esperé. Cinco minutos después, oí golpes en la puerta. —¡Policía! —gritó una voz de hombre. Me puse la bata y miré por la mirilla para asegurarme de que eran dos agentes uniformados antes de abrir—. ¿Han visto a alguien por ahí fuera? —pregunté.

El más alto miró el cuchillo que me temblaba en la mano. —¿Podría bajarlo, señora?

Dejé el cuchillo sobre la mesita del recibidor y empecé a explicar lo que había pasado. El agente más bajo desenganchó el walkie-talkie del cinturón. —Voy a echar un vistazo fuera. —Salió por la puerta mientras el otro me indicaba que me sentara—. ¿Está segura de que oyó algo?

Me froté las sienes, agotada. ¿Lo había soñado? ¿Otra alucinación? No lo pensaba, pero no estaba segura.

Sonó otro golpe cuando Ehlers asomó la cabeza por la puerta. —Parece que esto se está convirtiendo en una costumbre —me dijo con una media sonrisa.

Sonreí, aliviada de que fuera él y no Restivo.

Sacó el bolígrafo y un cuaderno. —Desde el principio, señorita Shaw, por favor.

Le conté otra vez lo sucedido. Ehlers lo anotó todo y me dijo que dejarían un coche patrulla fuera del edificio esa noche, por si volvía. —Me alegra que haya cambiado las cerraduras —añadió, cerrando el cuaderno.

Me até la bata y lo miré. —Se ve agotado —le dije—. ¿Descansa alguna vez?

—Probablemente tanto como usted —respondió mientras se dirigía a la puerta—. Llámeme si pasa algo.

Cuando los dos agentes se fueron, eché el cerrojo y volví a la cama, pero estaba completamente despierta. Miré por la ventana y vi el coche patrulla aparcado justo delante, vigilando la entrada del edificio, pero seguía sintiéndome alterada. Una taza de té de manzanilla no me calmó, así que no pude resistirme y empecé a revisar los mensajes del móvil. Había cuarenta. La mayoría de Georgia, Alex y Jen. Mientras yo dormía, el forense había hecho pública la autopsia preliminar de Olivia —aún no estaría completa hasta que llegaran los informes toxicológicos, y eso tardaría al menos dos semanas más—, y había concedido su primera entrevista a GSBC, confirmando que su muerte fue un homicidio causado por golpes contundentes. —Whore-on-My-Dick ha sacado otra exclusiva —decía Jen en un mensaje de voz—. Rachel Rockwell estaba embarazada.

Encendí el ordenador. Ya había varios artículos en línea sobre el embarazo de Rachel. Muchos especulaban sobre cuánto tiempo llevaba de embarazo, quién era el padre y si ese hombre misterioso también era el asesino. ABC News publicó un artículo que citaba un estudio según el cual el asesinato representaba el 20 por ciento de las muertes entre mujeres embarazadas. Casi todos los artículos enlazaban al vídeo en el que Putlick entrevistaba al forense. Este confirmó que Rachel estaba embarazada en el momento de su muerte y se negó a hacer más declaraciones. Le di una patada a la pared, frustrada. Nos habían ganado por goleada.

Pero lo peor era que la autopsia de Rachel —el semen, su embarazo— ponía en duda lo que Andrey Kaminski me había contado. Él había dicho que habían roto hacía mucho, pero ahora que era evidente que Rachel había tenido relaciones con un hombre mientras salía con Olivia, ya no me lo tragaba. Era posible que Rachel y Michael hubieran tenido algo durante su batalla por el divorcio —a veces pasa—, o que Rachel tuviera una vida sexual más activa y variada de lo que creíamos, pero que Andrey fuera el padre parecía la explicación más probable. ¿Sería esa relación reanudada la razón de la discusión entre Olivia y Rachel aquella noche?

Cogí el móvil y marqué a Kaminski. —Tienes muchas cosas que explicar —dije.

—Estoy en el trabajo.

Me sorprendió. —¿Todavía no te han echado?

—No.

—Supongo que has visto las noticias.

Suspiró. —Será mejor que hablemos en persona. Tengo la noche libre mañana.

—¿El sábado por la noche? —No pude evitar imaginarlo: Andrey en mi cocina, con las mangas de la camisa subidas, mostrando ese tatuaje. Incluso sin camisa. Una botella de vino tinto abierta en la mesa. Dave Matthews en el estéreo. Había formas peores de pasar una noche... si no lo sospechara de haber dejado embarazada a una víctima de asesinato—. Dime una cosa: ¿Dejaste embarazada a Rachel? El bebé no puede ser de Olivia. Y dudo que sea de Michael.

—No puedo hablar de eso ahora.

Su voz profunda me envolvió, despertando lo que no debía. ¿Qué tenía ese hombre? ¿Por qué me atraía tanto? —Vale. Mañana. ¿Dónde y a qué hora?

—A las siete. —Me dio el nombre de un pub en la Primera Avenida. Luego, silencio. Me había colgado el teléfono.

El muy cabrón me dejó plantada. El sábado a las siete, no apareció y no cogía el teléfono. Ya iba por el segundo cóctel de arándano con soda cuando me rendí. Caminé hasta casa y calenté una cena congelada de Marie Callender en el microondas. Me fui a dormir furiosa y me desperté aún más enfadada. Me fui a nadar a una piscina cerca de mi apartamento y para el brunch comí un gofre belga bañado en sirope de arce y mantequilla. Ya por la tarde del domingo, estaba lista para volver a la carga. Georgia me había prohibido entrar en el edificio de FirstNews, pero no podía impedirme que volviera al trabajo.

Lo primero que hice fue reconstruir la secuencia de los hechos. Rachel y Olivia volvieron al Haverford sobre las diez. Los vecinos las oyeron discutir poco después. Olivia seguramente se retiró a su despacho, y Rachel al dormitorio o al salón. Entonces el asesino entró en acción, y mi hipótesis es que empezó por Rachel. La muerte de Olivia fue violenta y descontrolada, mientras que la de Rachel parecía más fría, metódica, casi clínica. Además, el asesino se había molestado en envolver el cuerpo de Rachel en una bolsa de basura, algo que me sonaba familiar: lo habíamos visto antes, en un caso que cubrimos unos cinco años atrás.

Hallaron los restos de una joven madre de Denver en una reserva natural, a quince millas de su casa estilo Tudor. El asesino era su marido, que mantenía una relación con una chica de veintidós años, a la que conoció mientras llevaba a sus hijos a tomar helados con chocolate en una heladería del barrio. Le cortó la garganta, desmembró el cuerpo en el baño del niño, metió los trozos en bolsas de basura —excepto la cabeza, que tiró al río Arkansas, según confesó después— y enterró todo a unos dos metros de profundidad. En el programa contamos con un psicólogo forense que

señaló que el uso de bolsas de basura decía mucho: el asesino no solo quería matarla, sino eliminarla por completo, como si fuera basura.

Si Rachel fue la primera en ser atacada, el asesino tuvo que inmovilizarla —atacarla, golpearla en la cabeza, quizá asfixiarla— antes de ir a por Olivia. Habría sido demasiado arriesgado actuar con alguien más consciente en el piso. Esa era mi teoría, al menos. El asesino ya estaba allí cuando las mujeres volvieron sobre las diez. Esperó a que se separaran y entonces actuó. No intentó ocultar el cuerpo de Olivia, pero se llevó a Rachel al sótano y la encerró en el trastero de Olivia, para hacer creer que ella era la asesina. Así ganaría unos días para preparar su coartada. Olivia murió por amar a Rachel, pero Rachel era su verdadero objetivo.

Solo había un fallo en esta teoría: no explicaba por qué Olivia me envió aquel mensaje aquella noche. *Es hora de que sepas la verdad.* ¿La verdad sobre Rachel? ¿O sobre algo distinto?

Revisé el horario que Emma, la asistente de Olivia, me había enviado por correo y volví a buscar anomalías. No encontré nada, pero claro, si Olivia hacía algo que quería mantener en secreto, no iba a estar en su agenda oficial. Así que empecé a buscar lagunas en su calendario. Había una docena más o menos, aunque pocas recientes. En agosto y las dos primeras semanas de septiembre, salía de la oficina todos los martes y jueves a las tres y no regresaba hasta el día siguiente. En octubre retomó su rutina, salvo un viernes festivo —un viaje a un spa en los Berkshires, si no me equivocaba—. Pero la semana que la mataron, también estuvo fuera sin justificar un miércoles. Marqué todas esas fechas y le envié un correo a Emma, pidiéndole que intentara recordar qué habría dicho Olivia que estaba haciendo esos días.

Aunque era domingo, me llamó de vuelta en menos de una hora. —Los martes y jueves de agosto estuvo en casa de su padre. Ayudaba al escritor fantasma de Charles a revisar unas cajas de recuerdos, buscando fotos y cartas manuscritas para las memorias.

—¿Y los días de octubre?

—Ese viernes fue un día libre. El miércoles me dijo que tenía una reunión, pero no me especificó con quién ni adónde iba.

—¿Era raro?

—Supuse que era una visita al médico.

—¿Por qué? ¿Acaso iba mucho al médico?

Emma dudó. —No. No que yo sepa. Pero siempre me decía adónde iba, así que imaginé que era algo privado, como una... ya sabes... cita con el ginecólogo.

—¿Usó el coche de la empresa para esa reunión?

—Tendré que comprobarlo.

Tras la llamada, me tomé un refresco de arándanos y un puñado de anacardos salados. Después llamé al detective Ehlers bajo el pretexto de preguntar si habían descubierto quién me drogó, aunque en realidad quería saber cuántas semanas de embarazo tenía Rachel y si creían que eso tenía relación con el doble —ahora triple— asesinato. Ehlers no me devolvió la llamada, pero Restivo sí, y no hasta que estaba a mitad de otra cena congelada de Marie Callender.

—¿Primero las buenas noticias? —preguntó.

—Las malas.

No había forma de saber quién me drogó. Las cámaras no estaban colocadas para grabar a nadie echándome algo en la bebida ni siguiéndome al baño, y nadie de la empresa de catering había sido detenido por algo más grave que robos menores. Tampoco había cámaras fuera de mi edificio, lo que contradecía lo que me dijo el portero, aunque no era del todo sorprendente. La policía no tenía ni idea de quién había intentado entrar en mi piso la noche anterior.

Me sentía frustrada, pero no era responsabilidad suya que no tuvieran pistas. —¿Y la buena?

—Sigues viva.

—Era cierto, pero quería volver al caso. —¿Puedes responderme una cosa?

—¿Has averiguado qué quería decir el mensaje de Olivia? —preguntó.

—No, pero lo estoy investigando. —Me froté las sienes, notando que volvía el dolor de cabeza—. Andrey Kaminski estaba en el edificio. Conoce bien las zonas de almacenamiento y las cámaras de seguridad, y al parecer tenía una relación con una de las víctimas,

que, por cierto, estaba embarazada. ¿Por qué no lo investigan a fondo?

—¿Quién dice que no lo estamos haciendo?

De fondo oía el bullicio de una comisaría a rebosar: gente hablándose, sillas arrastrándose por el suelo. Era domingo por la noche y en ESPN ponían otro partido importante, Jets contra Patriots. Pero ellos seguían trabajando. Aunque Restivo se mostraba reservado, aguantaba mis preguntas. Eso quería decir que estaba de buen humor. Todo apuntaba a una cosa: tenían una pista. Abrí el frasco de Excedrin y me tragué dos sin agua.

—¿El bebé es de Kaminski o del marido? —Estaba segura de que Andrey era el padre. Lo que no entendía era por qué me había mentido diciendo que Rachel lo había dejado. Si era el asesino, sabía que era cuestión de tiempo que encontraran el cuerpo de Rachel y saliera a la luz su embarazo. Y también sabía que habría pruebas en el cadáver que desmentirían lo que me había contado —y a la policía — sobre su relación.

—Sabes que no puedo contestarte a eso —dijo Restivo.

—Vale, ¿cuánto tiempo de embarazo tenía Rachel?

Restivo dejó escapar una risita al teléfono. —Eso saldrá en la autopsia, señorita Shaw.

—Pero ahora mismo no se puede consultar.

—Exacto.

—¿Y cuándo se podrá? —Me di unos golpes en el pecho para que las pastillas bajaran mejor.

—Ni idea. ¿Por qué no lo pregunta directamente al forense?

—¿Me avisará en cuanto la tenga?

—Sí, claro, señora. Total, no tengo otra cosa mejor que hacer.

Lunes

veinte

El lunes no empezó con buen pie. Diskin me echó una bronca por haber perdido la exclusiva del embarazo de Rockwell, que se la quedó GSBC. Luego Fred Wallace me montó un escándalo. Y después Alex. Ni uno solo parecía recordar ni importarle que todo había pasado después de que me drogaran en un acto de la empresa y Georgia me prohibiera expresamente pisar la oficina. Llegué a agradecer que llegara la reunión semanal de storyboard, tras una mañana de llamadas sin respuesta y de montar un paquete hecho enteramente de noticias recicladas y más interrogantes que respuestas. Así llegué al almuerzo.

Por la tarde grabamos una entrevista con Ilsa Chávez, la empleada doméstica de Olivia, pero ya era agua pasada y apenas aportaba algo nuevo, salvo que no se había dado cuenta de que Rachel estaba embarazada. Alex insistió un poco, y la mujer reveló que Rachel llevaba puesto un camisón holgado que bien podría haber ocultado un leve abultamiento cuando la presentaron a Olivia en su apartamento. No fue ni mi mejor momento ni el de la cadena, pero no íbamos a presentarlo así ante los espectadores. *Impactante nueva información en el caso del asesinato de Kravis* era como lo venderíamos. Nuestra audiencia merecía más que un camisón que no mostraba nada.

Consulté el reloj. Ya eran las seis. Tocaba moverse si quería llegar a tiempo al evento benéfico.

—¿Vas a casa primero? —le pregunté a Alex, que estaba sentado a mi lado en la sala de edición.

Se echó hacia atrás en la silla y estiró los brazos por encima de la cabeza.

—Me cambiaré en el baño. ¿Y tú?

Me levanté de la silla.

—Lo mismo.

Me lanzó otra de sus sonrisas de chico malo.

—Avísame si necesitas ayuda con alguna cremallera.

—No cuentes con ello —dije en broma.

Salí de la pequeña habitación con la pila de papeles pegada al pecho y me dirigí al baño de mujeres con el ánimo por los suelos. Allí me puse un vestido negro, hasta la rodilla, con el escote justo, y apreté hasta que la cintura parecía la mitad de su tamaño. Por último, me puse los zapatos de tacón alto, negros y brillantes, que había comprado porque Olivia me insistió en que toda mujer debería tener al menos un par que alargara las piernas y diera confianza, aunque costaran un ojo de la cara o dolieran horrores. Al cabo de quince minutos de pie ya eran un infierno, lo que explicaba por qué casi nunca los usaba.

Aunque, la verdad, empezaría a usarlos más si cada vez que me los ponía provocaba una reacción como la de Phil Drucker.

Me esperaba fuera del edificio de FirstNews en un Town Car y silbó.

—Ese vestido parece hecho para ti.

Me ajusté el moño. Habían hecho falta unos veinte pasadores y media lata de laca, pero quedaba mejor de lo que pensaba.

—No estoy tan mal —dije, sonrojándome un poco.

Me abrió la puerta del coche.

—Eso es poco decir.

En el coche, Phil me preguntó cómo iba el trabajo. Habíamos hablado un par de veces durante el fin de semana; incluso me había invitado a tomar algo el domingo por la tarde, como un ensayo antes de la cita de verdad, pero había declinado, alegando trabajo para quedarme en casa y terminar de recuperarme en chándal.

—Podría ir mejor, podría ir peor —dije.

Empezó a tamborilear con los dedos sobre el panel de imitación de madera de la puerta del coche.

—Bueno, esta noche debería ser interesante.

El coche se detuvo delante del Time Warner Center, en Columbus Circle. Dejamos los abrigos en el vestíbulo del Mandarin Oriental y subimos en ascensor hasta el piso treinta y seis, al salón de baile del hotel. El espacio lucía techos de cinco metros y medio, tres enormes lámparas de cristal y ventanales de suelo a techo con vistas panorámicas del Central Park y el horizonte centelleante de Manhattan. Pero, aparte de la vista magnífica, y a pesar de los esfuerzos del decorador y el florista, no lograba quitarse el aire estéril. Casi parecía que estábamos cenando en una de las salas de reuniones de FirstNews.

Encontré nuestra mesa mientras Phil iba al bar. Volvió con una copa de champán para él y una Coca-Cola para mí. Tenía buen aspecto con el esmoquin, pero si alguna vez hubo chispa entre nosotros, ya se había esfumado. El día que lo conocí en su despacho, estaba en pleno subidón: acababa de hablar con Rockwell y huía de un antiguo amor. Ahora, con el peligro ya lejos, lo veía por lo que era: un abogado majo, con buen sentido del humor. A Olivia le habría encantado. Tenía claro que yo no podría enamorarme de él. ¿Qué me ocurría? ¿Por qué no podía enamorarme de un tío bueno?

Me tendió la Coca-Cola.

—Acabo de conocer a Georgia Jacobs.

—¿Impresionado? —pregunté, tomando mi refresco.

Hizo una mueca.

—¿Yo? Para nada.

—Me reí de su humor autocrítico.

—¿Qué estaba pidiendo?

—Un martini, con tres aceitunas. También me dijo que te cuidara bien esta noche.

—¿Y qué le dijiste?

Dio un sorbo a su champán.

—Le dije que eras más que capaz de cuidarte sola.

—Georgia tiene por costumbre olvidarlo.

—Brindemos por no olvidar nada.

Chocó su copa con la mía y dio un segundo sorbo. Yo dudé, recordando la ketamina que me habían echado en la bebida en la fiesta de Maldone.

—¿Pasa algo? —preguntó Phil.

Sacudí la paranoia y di un sorbo a la Coca-Cola, escaneando la sala en busca de posibles fuentes e ideas para entrevistas.

Phil miró por encima de mi hombro.

—Veo a uno de mis socios.

Me di la vuelta y vi a un hombre persa con sobrepeso que nos saludaba educadamente.

—Vamos a saludar. Te lo presento.

Phil me arrastró de la mano por la zona de recepción. El hombre hizo una leve reverencia y mostró una amplia sonrisa blanca, pero sus ojos oscuros parecían ausentes.

—¿Cómo está tu esposa? ¿Está aquí esta noche? —preguntó Phil.

—Sí, está aquí.

Arqueó la espalda; su estómago tensaba los botones dorados de la camisa.

—De hecho, debo encontrarla antes de que empiece la cena. Que disfruten de la velada.

—Igualmente.

Phil esperó unos segundos antes de susurrarme al oído que Reza solía ser mucho más afable.

—Debe de ser porque está preocupado por perder a su cliente —dijo.

—¿Qué cliente?

—La Fundación Kravis es cliente del bufete. Pensé que lo sabrías.

Di un paso atrás.

—¿Cómo iba a saberlo?

Sonó más brusco de lo que pretendía.

Phil dejó la copa y volvió a cogerme la mano, guiándome hacia una mesa en la entrada principal donde se habían dispuesto invitaciones y materiales de la fundación en abanico. Cogió un folleto lleno de fotos de niños sonrientes —los beneficiarios de su generosidad— y pasó a la última página. —Figuramos entre los principales patrocinadores —dijo, señalando el nombre de su firma.

—Sí. No podía creer que me hubiera pasado algo así por alto. Michael Rockwell trabajaba en Bennett & Wayne, la firma que representaba a la familia Kravis y su fundación. Daría lo que fuera por saber que Rachel había conocido a Olivia por mediación de Michael, y solo podía imaginarme cómo lo habría vivido. Para un hombre tan obsesionado con el estatus como Michael, Andrey no suponía ninguna amenaza, pero Olivia, con su fortuna, desde luego que sí.

—¿Qué hace la firma para los Kravis? —le pregunté a Phil.

—Supongo que todo el mundo sabe que representamos a la fundación. Gran parte del trabajo es pro bono. Antes llevábamos la entidad corporativa que controlaba el patrimonio familiar, pero ya no.

—¿Por qué no?

Movió la cabeza, sonriendo con ironía. —No te rindes fácilmente, ¿eh?

Insistí: —¿Por qué dejaron de contar con Bennett & Wayne?

—No lo sé con certeza; no entra en mi área. Pero tengo entendido que hubo cambios cuando Charles dejó la gestión de los activos familiares. No es nada raro.

—Si ya no les dejan los casos lucrativos, ¿por qué siguen trabajando gratis?

Se encogió de hombros. —Son cosas distintas.

—¿Michael Rockwell trabajaba para los Kravis?

Titubeó un instante.

—Phil, esto podría ser importante.

—Trabajó en un par de adquisiciones para ellos.

—¿La policía está al corriente de esto?

—Ni idea, Clyde, pero seguro que sí. Nada de esto es confidencial.

Sonó el gong, y la sala empezó a vaciarse. Por el rabillo del ojo, vi a Monica Kravis, la madrastra de Olivia, entrar en el comedor principal. Su cabello platinado iba recogido en una coleta baja y lucía un vestido conservador de tafetán azul marino. Aunque habían pasado los años, seguía siendo una mujer de una belleza extraordinaria. En sus memorias, Charles Kravis contaba que se había enamorado de ella a primera vista, al otro extremo de una mesa abarrotada en algún punto del sur de Francia. Entonces aún rebosaba ambición y energía, ávido de vivirlo todo, de conquistarlo todo —empezando por las mujeres. Aunque el libro era sorprendentemente franco sobre sus devaneos y su «naturaleza romántica» antes de conocer a Monica, daba a entender que sus aventuras habían terminado con su segundo matrimonio. Había oído demasiados rumores a lo largo de los años para creer que fuera verdad, pero si ni siquiera ella había conseguido domar al famoso seductor, dudaba que nadie pudiera.

Phil y yo entramos en el comedor principal, abriéndonos paso entre una docena de mesas redondas hasta encontrar a Alex sentado solo en la nuestra. Llevaba un esmoquin impecable, tan guapo que parecía injusto. Se levantó, me dio un beso en la mejilla y apartó la silla a su lado. —Hazme compañía.

Mientras me sentaba, señalé los demás asientos vacíos. —¿Dónde se ha metido todo el mundo?

—Diskin está saludando por ahí con Georgia.

—¿Y los demás?

—Ni la menor idea.

Phil se sentó a mi lado mientras Diskin, Georgia y sus respectivos cónyuges llegaban a la mesa. Me levanté y rodeé la mesa para saludar a Georgia, que llevaba un vestido fucsia hasta los

pies y gafas a juego, con tanto perfume encima que podía matar a un perro. Mis ojos se llenaron de lágrimas al acercarme al halo de su pelo amarillo chillón. —El bufete de Rockwell antes llevaba los asuntos corporativos de la familia Kravis. Él, personalmente, manejaba su cuenta.

—¿Crees que así se conocieron? —me preguntó Georgia, sin bajar la voz. Entre el ruido, nadie podría oírnos.

—Me juego el puesto —respondí, pero Georgia ni me escuchaba. Miraba al otro lado de la mesa, hacia mi asistente de veinticuatro años. Sabine. Sabine, la cita de Alex. Estaba espectacular. Tragué saliva y volví a mi sitio.

—Gran vestido —me dijo, inclinándose sobre el regazo de Alex, con el cabello castaño sedoso rozándole la entrepierna. Su minivestido negro dejaba al descubierto buena parte de un muslo bronceado.

—Sabine, te presento a Philip Drucker —dije.

Sabine le hizo un gesto con la mano a Phil, que respondió con un asentimiento educado pero frío. Alex le puso la mano en el hombro. —Es su acompañante para la cena. —Por cómo había dicho *acompañante*, supe que ya le había sacado a Phil toda la historia, que era tan breve como la falda de Sabine.

Diskin sacudió la servilleta y se dirigió a Phil: —Mis disculpas por adelantado. Shaw tiene que cubrir el evento esta noche. Me temo que no vais a coincidir mucho.

—Phil se encogió de hombros, sonriendo. —No me importa. Con tal de que sea yo quien la lleve a casa esta noche.

—Shaw, en cuanto acaben los discursos, quiero que saludes por ahí. —Diskin señaló las dos sillas vacías en nuestra mesa—. ¿Dónde está Mike?

Había pensado que la noche no podía ponerse peor. Mike Fischer presentaba el programa político que precedía a *Topical Tonight*. También era la razón por la que jamás podría volver a poner los pies en Coyote Cinco's. La primera vez, me tomé dos margaritas y cinco chupitos de tequila antes de enrollarnos en el baño de hombres; la segunda, ni me acuerdo. Mi único consuelo era que

Mike iba a sentarse al lado de Sabine, y conociéndolo, le costaría mantener la mirada lejos de tanta piel al descubierto.

—Yo organicé las mesas —anunció Georgia, guiñándome un ojo.

—Salud —dije, levantando mi vaso de agua hacia ella. Al menos alguien tenía mi espalda cubierta.

Diskin miró el reloj mientras Mike y su esposa llegaban por fin. Ella era extremadamente delgada y pálida, con un pelo cobrizo corto y una sonrisa frágil. Mike se sentó sin acordarse de retirarle la silla. —Perdona el retraso, Mitchell. Linda se olvidó de pedir el coche.

Phil se levantó de un brinco para ayudar a Linda a sentarse. —Qué gusto verte de nuevo —le dije desde el otro lado de la mesa. Ella alzó la copa de vino, pidiendo que se la rellenaran, sin hacerme caso.

Con todos sentados, servimos el entrante: un soufflé de queso con ensalada tan insípido que eso era lo único destacable. No pude seguir tras unos bocados. Alex me dio un codazo y señaló el escenario, donde Delphine Kravis se alzaba tras un podio de plexiglás. Llevaba un vestido marrón de encaje hasta la rodilla y el pelo espeso recogido con una diadema a juego. —Buenas noches y gracias por venir —dijo al micrófono. Su voz era clara y segura.

Nunca había conseguido dominar el arte de hablar en público. Una vez, al principio de mi carrera, intenté salir ante la cámara y fue un desastre. Tartamudeé, me entró un sudor frío y olvidé mi propio nombre. El productor que me había dado la oportunidad me evitó como si tuviera peste desde entonces, y a mis colegas les costó casi un año olvidar el incidente. Nunca lo había superado.

Delphine, a diferencia de mí, sonaba como una profesional curtida mientras agradecía a todos sus donaciones benéficas: más de dos millones de dólares, según anunció, que se destinarían a alimentar, vestir y educar a niños desfavorecidos en las comunidades más pobres de Estados Unidos y del mundo entero. Se apartó del podio, esperando a que los aplausos amainaran antes de continuar.

—Como saben algunos de ustedes, mi hermanastra, Olivia, tenía previsto hablar esta noche. Sé que tenía muchas ganas de esta velada, para contarles todo el bien que la Fundación Charles S. Kravis ha financiado este año gracias a su generosidad. Muchos

saben que durante los últimos diez años mi hermana desempeñó un papel fundamental y constante en la fundación: gestionó subvenciones y ayudó a organizar este evento y otras campañas de recaudación a lo largo del año. Pero quizás no todos sepan que Olivia también participaba en persona en muchas de nuestras misiones, acompañando cada año a médicos voluntarios, trabajadores de ayuda y profesores en varios viajes. Fue una luz para todos, un ejemplo a seguir y una amiga entrañable para quienes tuvieron la suerte de conocerla. En su honor, hemos creado la Beca Olivia Kravis, que se otorgará anualmente a una persona o grupo que trabaje con niños necesitados en Centroamérica.

Delphine hizo una nueva pausa mientras la sala entera se levantaba en pie. Pensé en Olivia, y en lo mucho que hubiera querido que estuviera allí para verlo. Mientras apartaba una lágrima con el dedo, aparecieron dos pañuelos blancos de algodón frente a mí: uno de Alex, otro de Phil. Los rechacé con un gesto mientras todos volvíamos a nuestros asientos.

—Ahora quiero presentarles a Naomi Zell. Como miembro del consejo de la fundación, tiene un conocimiento profundo de todo lo que hacemos y es, igual que mi hermana, una defensora apasionada de los derechos de la infancia. Este año testificó junto a Olivia en el Capitolio a favor del proyecto de ley del senador Epstein contra la pobreza infantil; ambas fueron aclamadas como una voz clara y apasionada por los jóvenes desfavorecidos. Quiero que se unan a mí para darle la bienvenida esta noche.

Naomi subió al escenario, saludó a Delphine con una leve inclinación de cabeza y, tras mirar al público desde detrás del podio, comenzó su discurso. Era de estatura media y llevaba un traje negro de punto, alegrado por un gran broche en forma de flor de diamantes y perlas. Su pelo oscuro lucía un corte a la altura de los hombros, tipo bob, recogido con un par de peinetas de diamantes. Todo en ella transmitía profesionalidad: desde sus tacones discretos de altura media hasta el tono de su voz al pronunciar un discurso de diez minutos que fue tan aburrido como el entrante. Cuando abandonó el escenario, la mayoría ya habíamos mirado el correo media docena de veces.

Phil pidió disculpas y fue al baño. Al instante, Alex se acercó a mi oído. —Menos mal que ha terminado —susurró junto a mi cuello.

—Deja de hacer eso. Es de mala educación —le reprendí.

—No tienes sentido del humor, Shaw. Ni eres muy amable.

—¿A qué viene eso?

Me tocó la arruga entre las cejas. —Tu cita. Claramente no está a tu altura.

Le aparté la mano de un manotazo y asentí en dirección a Sabine. —Si alguien no está a su altura, es ella.

Ambos la miramos. Había pasado toda la cena escuchando a Mike Fischer presumir de su reciente libro basura sobre la política estadounidense, una obra que había estado dieciocho semanas en la lista de bestsellers en tapa dura del *New York Times*. Su mujer, por su parte, había pasado la velada mirándolo con furia silenciosa. —No le has dicho más de cinco palabras desde que nos sentamos.

Alex sonrió con ironía. —Tendrá toda mi atención más tarde.

—Ahórrame los detalles.

Un ejército de camareros descendió sobre la mesa, depositando bandejas de filete mignon y llenando mi copa de vino tinto antes de que pudiera decirles que no lo hicieran. La comida era horrible, y el vino me llamaba. Solo un sorbo no sería el fin del mundo, ¿verdad? Todos los demás parecían estar disfrutándolo. Sabine iba por su tercera copa. Tomé mi copa cuando pensé que nadie estaba mirando, pero aparentemente me equivoqué. Los dedos de Georgia chasquearon hacia mí desde el otro lado de la mesa.

—¿Lo estás pasando bien?

Ambas sabíamos lo que quería decir. Dejé mi copa, ardiendo de vergüenza. —La mejor gala de lunes por la noche a la que he asistido en años. ¿Y tú? ¿Te estás divirtiendo?

Me ladró desde detrás de su vaso de agua: —Chica, la noche es larga, y mi memoria también.

Diskin era ajeno al subtexto de mi intercambio con Georgia, pero tenía más instrucciones propias para mí. —Los discursos han terminado, Clyde —dijo. En otras palabras: ponte a trabajar.

Alex se puso de pie mientras yo apartaba mi silla de la mesa. Agarrando mi bolso de noche, que estaba equipado con mi teléfono,

grabadora, tarjetas de visita y un imperdible en caso de emergencia con el vestuario, crucé la pista de baile vacía, mirando hacia la mesa de los Kravis. Charles Kravis estaba en una silla de ruedas, con una enfermera detrás de él. Monica, su esposa, estaba sentada a su lado, agarrando su mano. Delphine y su marido, y Naomi Zell y su marido también estaban sentados en la mesa. Garabateé una nota rápida en una servilleta, pidiéndole a Delphine que viniera a reunirse conmigo en una de las salas de reuniones detrás del banco de ascensores en la entrada, y se la entregué a un camarero junto con un billete de veinte dólares. —Para la mujer de marrón —dije—. Delphine Kravis.

Pero fue Naomi Zell quien entró bailando en la sala de reuniones cinco minutos después, agitando mi servilleta garabateada en el aire. Tomó una silla en la mesa de conferencias y cruzó las manos en su regazo. —Soy lo más cerca que vas a estar de los Kravis esta noche, Clyde. Como sé que te han dicho, cualquier consulta de prensa relacionada con la muerte de Olivia pasa por mí. Soy la portavoz de la familia. Ahora siéntate.

Me quedé de pie. —¿Cómo sabes quién soy?

Naomi rodó los ojos. —Te llamas Clyde Shaw. Trabajas para Georgia Jacobs en *Topical*, y hasta hace unos minutos, habías estado haciendo un buen trabajo.

—Entonces, ¿por qué…?

Naomi alzó una mano regordeta. —Me da la sensación de que para ti esto es un asunto tanto personal como profesional. Pero tienes que respetar la privacidad de la familia. Si no lo haces, tendré que tomar ciertas medidas. ¿Queda claro?

Quería que yo desistiera. —Solo estoy siguiendo las órdenes de Diskin.

—No tengo ningún problema en hablar con él. —Naomi mandaba. Hasta que el acuerdo con Maldone Enterprises estuviera escrito en piedra, ella controlaba la cadena, a Diskin y hasta a mí.

Se enderezó, alisándose el bajo de la chaqueta de punto. —Ahora, siéntate, por favor. Tengo unas preguntas que hacerte.

veintiuno

Seguí de pie. —¿A qué se refiere con eso de preguntas para *mí*?

—¿Qué relación tiene con esta familia?

Le hablé de mi amistad con Olivia desde la infancia y de cómo me había ayudado a conseguir el puesto en la cadena.

—Hasta el lunes pasado, nunca había oído hablar de usted. Ahora estoy perdiendo el tiempo en reuniones con abogados por lo de que la drogaron en una fiesta de la empresa, y no cualquier fiesta, sino una que celebraba la inminente fusión de FirstNews con Maldone Enterprises. —Hizo una pausa, escrutándome—. No se lo tome a mal, pero ¿qué hacía usted allí?

Era una pregunta razonable, así que respondí con franqueza. —Fue Georgia quien me lo pidió. Pensó que podía conocer a alguien allí. Estoy soltera.

—Ah. —Asintió, como entendiendo—. ¿Y lo logró?

—Solo hablé con Prentice Maldone, y solo quería hablar del caso.

—¿Y qué le dijiste?

—Nada que no hayamos dicho ya en antena.

—Bien. —Una media sonrisa asomó en sus labios.

—Señora Zell, ¿hay algo que deba saber? ¿Tiene que ver la muerte de Olivia con la fusión?

—Llámeme Naomi. —Hizo un gesto hacia la silla, invitándome a sentarme de nuevo.

Esta vez, acepté. —¿Estaba Olivia en contra de la venta?

—Olivia estaba firmemente *a favor* de la fusión. Sabía que su padre estaba enfermo y no tenía interés en asumir un papel más relevante. Las condiciones económicas podrían haber sido mejores si hubiéramos esperado, pero ella quería salir ya, aunque todos acabaran con menos dinero.

—¿Y usted? ¿Era esto lo que esperaba? —pregunté.

—Todas las cosas buenas tienen que terminar, Clyde. En lo que respecta al interés de la empresa, la junta alcanzó un consenso: esta era la decisión correcta. Era el mejor resultado posible.

El tono de su voz me hizo sospechar que había habido una lucha por mantener la empresa en manos de los Kravis. —¿Quién estaba en contra? ¿Quién salía perjudicado?

—En toda fusión hay partidarios y detractores. De hecho, sería raro que todos estuvieran de acuerdo. —Naomi cruzó las manos en el regazo—. Sé lo que está pensando, pero, a menos que se demuestre lo contrario, debe considerar que el trágico asesinato de Olivia y la fusión pendiente de la cadena son hechos independientes.

—¿Y qué me pasó a mí en la fiesta de la fusión? ¿También eso es un hecho independiente?

Naomi entrecerró los ojos. —Todo esto ha sido fuera de registro, ¿lo sabía?

—No lo sabía, pero ¿quién se oponía a la fusión, Naomi?

Negó con la cabeza, decepcionada. No era la pieza clave del equipo que había creído. —¿Sabe qué? Pensándolo bien, prefiero que el asesinato de Olivia quede sin resolver antes que arriesgar la vida de otro miembro valioso de la familia FirstNews. —Sacó una tarjeta del bolsillo de la chaqueta y me la tendió—. Ahora que entiendo mejor quién es usted y la situación, voy a recomendarle a Diskin que lo reasigne. Este caso se lo darán a otro productor.

—Pero ¿quién estaba en contra del acuerdo con Maldone?

Dejó la tarjeta sobre la mesa y se levantó. —Entiendo sus motivaciones, Clyde. De verdad. Pero tendrá que confiar en mí: mi principal preocupación es la salud y la supervivencia de esta cadena. Especulaciones infundadas como las que usted insinúa podrían poner a FirstNews y a sus miles de empleados en peligro financiero. ¿Se imagina lo que haría Wall Street si captara el más mínimo indicio de escándalo en este acuerdo?

—Eso no me importa.

Parpadeó. —Y por eso, a partir de ahora, ya no seguirá con el caso de Olivia. ¿Queda claro?

Di un puñetazo en la mesa. —No puede hacer eso.

—Puede que no te guste, pero así es como va a ser.

De vuelta al salón de baile, me equivoqué de camino y acabé en un pasillo con pequeñas salas de reuniones. Oí una voz, luego una risita, y siendo la entrometida que soy, no pude ignorarlo y seguir como cualquier persona normal. Agachándome, espié por la rendija de la puerta.

Las luces del techo estaban apagadas, pero entraba suficiente luz por las ventanas para distinguir el rostro de Sabine y el perfil de Alex. Lo vi con ella sobre la mesa, con la cara hundida en su cuello y las manos bajo la falda. El vestido de Sabine se deslizó del hombro, dejando al descubierto un pecho del tamaño de un pomelo. Ella gimió de placer cuando su boca encontró el pezón. Lo siguiente que oí fue el sonido de una cremallera.

Me escabullí, rezando para que no me hubieran visto, deseando no haber visto lo que vi mientras me tambaleaba por el pasillo y pasaba junto a las puertas de la cocina. Un camarero salió de repente con una bandeja de copas de champán. Aceleré el paso y cogí dos. Luego entré al baño y me las bebí de un trago, una tras otra, con las burbujas cosquilleándome en la garganta, sabiendo a gloria, calentándome el estómago. Quería más.

—Bueno, ¿qué pasó?

Georgia y yo estábamos abajo, esperando en la cola del guardarropa. El marido número cuatro se había largado a mitad del filete mignon, murmurando algo de una teleconferencia con Hong Kong, y Diskin y su mujer se habían ido justo después del crème caramel. Ya podíamos irnos. —Pareces un cerdo en una barbacoa de Memphis —soltó.

Levanté las manos. —¿Qué significa eso siquiera?

—Significa, pastelito, que tienes la cara más roja que la sangre que me salía cada maldito mes y el aliento te huele a las mentas del baño de señoras.

Había cogido un puñado en el baño tras beberme el champán. Luego fui al bar, me tomé un vodka con tónica y una copa de vino tinto que alguien había dejado en una mesa de la zona de recepción.

—¿Qué coño acaba de pasar? —preguntó Georgia.

—Tuve una charla en privado con Naomi Zell. Me han sacado del caso de Olivia y no puedo acercarme a menos de tres metros de ninguno de los Kravis. La cadena está escondiendo algo. O tienen miedo de que descubra lo que sea que pueda joder la fusión. ¿Por qué si no me apartarían del caso?

Georgia se quitó las gafas. —Espero que le dijeras que se fuera a tomar por culo.

—Pero creía que tú también querías que lo dejara.

—Eso no es lo que importa.

Phil le echó por los hombros la capa de chinchilla. Hacía demasiado calor para llevarla, pero a Georgia le encantaba sacar sus pieles siempre que tenía ocasión. —¿Y ya está? —preguntó Georgia, lanzándome una mirada cómplice.

Le pasé a Phil el resguardo de mi abrigo negro de lana. —¿Te importa?

Lo vimos ponerse en la cola del guardarropa. Georgia enlazó su brazo con el mío y habló en un susurro. —Confiesa, nena.

A veces me encantaba que no se le escapara nada; otras, me sacaba de quicio. —Ya que insistes, pillé a Alex y Sabine follando en una sala de reuniones.

Georgia se puso una mano en la cadera, entrecerrando los ojos. —Joder, estás peor de lo que creía.

—Es mi asistente y yo soy su productora. Es normal que me parezca raro.

Chasqueó la lengua. —¿Has estado bebiendo esta noche?

—¿Estás bien? —preguntó Phil mientras me ayudaba con el abrigo.

Le eché a Georgia una mirada de auxilio.

—Esta chica no para. Siempre le digo que necesita una vida fuera del curro.

—Tomado nota —dije.

—Llévala a casa a salvo —dijo Georgia, lanzándole a Phil una mirada de advertencia antes de ir a buscar su Escalade.

—¿Qué significaba eso? —preguntó él.

—Creo que simplemente le caes bien —dije, tratando de sonar despreocupada mientras Phil me llevaba a su Town Car. En el asiento

de atrás, me pegué un poco más a él, apoyando la espalda contra su cuerpo—. Gracias por venir. Te debo una.

—No hay problema. —Me dio una palmadita en la pierna—. Georgia es una pasada.

Le puse la mano dentro del muslo.

Él se apartó. —Creo que no buscamos lo mismo.

—¿Qué quiere decir eso?

Respiró hondo y se ajustó las gafas. —Eres guapa, inteligente y apasionada con tu trabajo, pero no veo que funcione entre nosotros.

No podía creer que me estuviera rechazando. Recordé a Alex y Sabine, el ruido de la cremallera bajándose y los gemidos de ella. Dios, cuánto echaba de menos ese sexo. Urgente. Sucio. *Peligroso.* Miré por la ventana, furiosa de repente. Estábamos en un semáforo en rojo, a punto de doblar a Park Avenue.

—Mira, si cambian las cosas...

—No te hagas ilusiones. —Mi voz sonó áspera y cortante. Abrí la puerta y salté del coche. Luego la cerré de un portazo y corrí hacia la acera.

Me quedé allí, enfadada y excitada, con una sensación vieja y conocida revolviéndose dentro, una temeridad hambrienta que había estado dormida, afortunadamente. Solo había un sitio al que quería ir. Crucé Park Avenue y detuve un taxi. —Voy hacia el norte. Pero antes, necesito encontrar una tienda de bebidas abierta.

Andrey abrió la puerta del Haverford. Llevaba la chaqueta quitada y las mangas arremangadas. Le cogí del brazo y recorrí con el dedo las escamas de su tatuaje.

Sonrió. —Parece que alguien viene de fiesta.

Aún no. Le pasé la botella de vodka abierta. —¿Hay algún sitio adonde ir?

—Aquí no.

Me la quedé, poniendo morritos. —Vale. Me voy entonces.

Me atrajo contra sí, sus manos apretándome contra su cuerpo para que notara que ya estaba excitado. —No es que no te desee —dijo.

—Entonces, rápido.

Sacó una llave del bolsillo y cerró la puerta principal. En el ascensor, sentí sus labios en los míos, sus manos por todo el cuerpo. Llegamos al sótano. Me llevó al pasillo, bajándome la cremallera del vestido hasta la cintura y sacándome los pechos de las copas de satén del sujetador. Una segunda llave abrió la puerta de una pequeña habitación a oscuras. Olía a WD-40, polvo y colonia de hombre. Andrey me empujó sobre un sofá y se quedó de pie sobre mí. Le desabroché el cinturón y le bajé los pantalones, metiéndomelo en la boca. Durante unos minutos, estuve bien. Era eso lo que había venido a buscar, lo que quería. Pero cuando volvió a agacharse, quitándome las bragas mojadas y preparándose para entrar, le apoyé la mano con fuerza en el pecho. —¿No vas a ponerte un condón?

—¿Qué? —Tenía la frente sudada, la respiración fuerte en mi oído.

—Un condón —repetí, pero el momento ya se había roto. No podía hacerlo. No aquí. No así. Por muy borracha que estuviera. Andrey estaba metido en el asesinato de mi mejor amiga. Incluso para mí, esto era pasarse. ¿Qué coño estaba haciendo? Me aparté de debajo de él, ajustándome el vestido—. Lo siento, pero no puedo.

—¿Segura? —jadeó.

Asentí. —Quizá en otra ocasión.

Se levantó para abrocharse los pantalones. Luego dio unos pasos en la penumbra y encendió la luz, inundando la habitación con un fluorescente crudo. Me froté los ojos, que tardaban en adaptarse, y caí en la cuenta de que Andrey me había llevado a la oficina del conserje. Había un escritorio, un ordenador, estanterías llenas de cajas de herramientas y desatascadores, y al fondo de la pequeña habitación, donde yo estaba sentada, un sofá tapizado en seda que probablemente había pertenecido a algún vecino del edificio. Había visto tiempos mejores.

Andrey no podía mirarme a los ojos, y en ese instante volví a ver al hombre frágil que había conocido en la cafetería, contando cómo Rachel lo abandonó en cuanto Michael presentó la demanda de divorcio. —Tómalo con calma al irte —dijo Andrey, señalando la

mininevera bajo el escritorio del portero—. Hay agua ahí si tienes sed.

—Gracias.

—Solo hazme un favor: cierra la puerta de la oficina al salir. —Dio media vuelta, me dedicó un saludo torpe y desapareció.

Había vivido momentos más humillantes en lugares aún más improbables. Y, sin embargo, allí sentada, medio borracha y a medio vestir, con el trasero desnudo sobre un viejo sofá raído que ni con pinzas tocaría, me sentí profundamente avergonzada y decepcionada de mí misma. Había luchado tanto para mantener la sobriedad. «Maldita sea, Clyde».

Mientras buscaba uno de mis zapatos debajo del sofá, noté algo duro y frío. Era un llavero. Cada llave estaba perfectamente etiquetada: "Oficina del Portero", "Azotea", etc. Una solo ponía "Llaves". Andrey las estaría buscando; sin ellas, no podía abrir la puerta principal. Me vestí de prisa y ya tenía la mano en la puerta para subir, cuando me di cuenta: estaba en la oficina del portero... y tenía las llaves.

A pesar de que Naomi Zell me había advertido que dejara el asunto, no podía dejar escapar una oportunidad así. Golpearon a Olivia con un jarrón de cristal; asfixiaron a su novia embarazada y la metieron en una bolsa de basura y una maleta. Y alguien creía que yo sabía más de la cuenta... Si no, ¿por qué habrían tenido que drogarme? Además, no lograba sacarme de la cabeza la sensación de que, de algún modo, era responsable de lo que les había pasado a esas mujeres. El mensaje. Ojalá lo hubiera leído el viernes por la noche. «Es hora de que sepas la verdad».

Sí, era hora. Fijé la vista en una caja fuerte verde oliva sujeta a la pared, justo encima del interruptor de la luz. En un segundo la abrí. Alguien había etiquetado bien cada gancho con el número de apartamento correspondiente. Encontré la llave de Olivia, la descolgué y cerré la caja justo cuando oí girar el pomo de la puerta a mis espaldas. Un instante después, Andrey apareció en la puerta. —¿He dejado las llaves aquí abajo? —preguntó.

Las alcé. —Acabo de encontrarlas. —Se acercó, las cogió y por fin me miró a los ojos—. ¿Estás bien?

Me sequé una fina capa de sudor del labio superior. —La verdad es que no me encuentro bien. ¿Me das un minuto más?

Sus ojos recorrieron la habitación, evitando los míos. No le gustaba dejarme allí sola, pero aun así asintió.

Subir dieciséis pisos por las escaleras me dejó sin aliento, sudando y mucho más sobria de lo que había estado en la oficina del portero. Por primera vez, caí en la cuenta de que no solo corría el riesgo de perder mi carrera, sino que además estaba violando la ley, y ni siquiera sabía qué esperaba encontrar. La policía se habría llevado cualquier prueba importante días atrás. Y aun así, allí estaba, con la llave en la mano.

Abrí la puerta principal de Olivia y busqué el interruptor. Me detuve en el recibidor, sintiendo el frío del mármol blanco bajo mis pies descalzos, mientras la luz se reflejaba en la superficie brillante de un antiguo espejo veneciano. Alguien había limpiado. No quedaba rastro del equipo de la escena del crimen: ni polvo de huellas, ni cinta, ni placas de evidencia esparcidas. La cocina estaba impecable, igual que el comedor con espejos, los pasillos y los baños. Pero en la sala, habían recortado cuadrados de la tapicería a rayas del sofá de Olivia y de la alfombra de sisal cercana. La policía había encontrado algo allí —fluidos corporales, supuse— y lo habían analizado para obtener ADN.

Retrocedí y crucé el recibidor, que daba a la pequeña oficina de Olivia, un dormitorio de invitados y, al fondo, su suite principal. Era amplia y luminosa, y olía a su perfume empolvado favorito. Me senté en el taburete acolchado del tocador. Decenas de fotos estaban clavadas dentro del marco del espejo: la mayoría, de Olivia con los niños a los que había ayudado a lo largo de los años; algunas, de su juventud. En la esquina inferior del espejo encontré dos fotos nuestras. Una era una instantánea que le había pedido a un turista que nos hiciera en el parque. La otra era de nuestra infancia: estábamos en traje de baño, con toallas alrededor del cuerpo, a los trece años.

Recordé aquel verano. Los Kravis me habían invitado a pasar unas semanas en su casa de Nantucket, una mansión de tejas grises frente al océano azul. Estaba a punto de empezar octavo curso, y me habría conformado con dormir en una tienda de campaña si había brisa y podía escapar de la asfixiante mezcla de calor y humedad de la ciudad. Pasábamos el día nadando en la piscina y en el mar, haciendo pulseras de la amistad en la terraza y fastidiando al cocinero para que nos diera helados con chocolate y galletas de nueces de macadamia entre horas. De vez en cuando, nos pedían que asistiéramos a un desayuno o almuerzo con la madrastra de Olivia —Charles siempre trabajaba y nunca aparecía—, pero en general, nos dejaban a nuestro aire.

Mi estancia coincidió con el fin de semana del Cuatro de Julio. Ese año, los Kravis organizaron una fiesta enorme: doscientos invitados, entre ellos varios políticos, comentaristas de televisión y estrellas de cine. Tocaba una banda de veinte músicos, había canapés elegantes y un espectáculo de fuegos artificiales impresionante tras la puesta de sol. Una gran carpa blanca, esculturas de hielo con motivos patrióticos y camareros disfrazados de George Washington y Ben Franklin completaban el ambiente. A Olivia y a mí nos habían advertido varias veces que no nos acercáramos a la fiesta, pero no pudimos resistirnos a los miniéclairs y los profiteroles glaseados con forma de cisne. En camisón y zapatillas, llegamos a la cocina solo para ver que los dulces ya estaban en un buffet al aire libre. Quise volver arriba, pero Olivia insistió en que nadie nos vería, así que entramos entre la multitud. La perdí de vista, giré y choqué con Charles. Le derramé la copa de vino tinto sobre la camisa blanca y los pantalones caqui. Se echó a reír, revolvió mis rizos rojos con su manaza y me preguntó cómo me llamaba. —¿Eres la hija de Tipsy Shaw? —me preguntó mientras Monica me acompañaba de vuelta a la habitación de Olivia, en el tercer piso. Minutos después, un empleado de la casa trajo a Olivia y nos vigiló de cerca el resto de la noche. A la mañana siguiente, me mandaron a casa. Ese otoño, la mandaron a Suiza. Pasaron años antes de que volviéramos a vernos.

Saqué la foto del marco del espejo, y solté otras sin querer. Una se cayó detrás del tocador. La busqué a tientas y solté un montón de papeles y sobres que allí se habían quedado atrapados. Metí todo lo que pude en el bolso, junto con la foto, antes de registrar la habitación en busca de algún escondite donde Olivia hubiera podido guardar documentos importantes o cartas de amor. No había nada ni debajo de la cama ni del colchón, ni en la mesita de noche. Después pasé a la oficina y registré más cajones. Solo encontré facturas, folletos y tarjetas de visita, todas relacionadas con su trabajo.

Miré el reloj. Habían pasado más de diez minutos desde que Andrey me dejó en la oficina del portero. Tenía que bajar, devolverle la llave a Olivia, cerrar la puerta de la oficina y disculparme con Andrey. Recogí mis zapatos junto a la puerta principal, cerré el piso desde fuera, bajé corriendo al sótano para devolver la llave a la caja fuerte y luego subí de nuevo al vestíbulo, deteniéndome un momento a recuperar el aliento.

Andrey no estaba nada contento de verme. Abrió la puerta del edificio con la mandíbula apretada y me siguió al exterior. Bajo el toldo verde oscuro, me agarró del brazo con fuerza. —¿Dónde estabas?

—¿A qué te refieres? —pregunté con desenfado.

Soltó mi brazo y encendió un cigarrillo. —Vi que te llevaste la llave de Olivia. ¿Por eso viniste? ¿Te das cuenta de cómo queda eso?

Me quedé de piedra. —¿Qué?

—¿Por qué viniste aquí?

—Estaba borracha. Ya te puedes imaginar lo demás. Tengo un problema, Andrey, lo reconozco.

—¿Así que eres una maldita adicta al sexo? —lo soltó en tono de broma.

Dudé demasiado.

—¿Tú? —Soltó el humo por la nariz, sopesando si creerme—. ¿Por qué estabas en el piso de Olivia? —preguntó al final.

—No quería vomitar por toda la oficina de tu jefe, así que cogí la llave de Olivia. Fue lo primero que se me pasó por la cabeza.

—Hay un baño en el cuarto de la lavadora.

—No lo sabía. ¿De verdad crees que soy el tipo de mujer que se acuesta con alguien para colarse en el piso de una víctima? Puede que tenga montones de problemas, pero escúchame bien: si hubiera querido entrar en el piso de Olivia, te lo habría pedido a ti, al conserje o incluso a la policía. Habría tenido mil formas de hacerlo. Ninguna habría incluido quitarme la ropa. Pero si de verdad piensas que soy así, vete a la mierda.

—¿Es porque soy portero?

Le clavé el dedo en el pecho. —Ese es tu problema, amigo. No el mío.

Andrey lanzó el cigarrillo al suelo y me agarró por la cintura, pegándome a él.

Le puse las palmas en el pecho y empujé. —Suéltame.

—No hasta que me digas por qué paraste.

—Llámame loca, pero no me gusta que me llamen puta.

—Eso ha sido ahora. Me refiero a lo de antes, abajo.

—Por Olivia. Y porque me mentiste sobre cuándo acabó todo con Rachel.

Me soltó, dejándolas caer a los lados.

—¿El bebé es tuyo?

—No tenía ni idea de que estaba embarazada —dijo con gesto avergonzado.

—Quiero la verdad. Ahora mismo. ¿Cuál es vuestra historia? ¿Os acostabais todo el tiempo? ¿Ella solo se acostaba con Olivia para tener acceso a su dinero, dejar a su marido, montar su vida aquí y estar contigo?

—No fue así.

—Entonces *dime* cómo fue.

Soltó un suspiro. —Me enamoré de ella. Era una mujer preciosa. No merecía estar con un imbécil como él. Solo quería ayudarla. Me dejó, como te dije, pero luego volvimos después de que empezara con Olivia.

—¿Por qué me mentiste?

—Porque sé cómo queda.

—¿Michael alguna vez pegó a Rachel? ¿La obligó a acostarse con él? Rockwell tiene fama de quedarse con lo que quiere, con o

sin permiso.

—Le dijo que si lo dejaba, la destruiría. Sus amigos la abandonarían, y por lo del conductor ebrio, él se quedaría con la custodia de los niños. Rachel necesitaba dinero para enfrentarlo en los tribunales. Olivia estaba encantada de ayudar.

—¿Ahí es donde entró Olivia? ¿Con su dinero fácil? —Conocía a mi amiga. Daba sin pedir nada a cambio. Le había devuelto hasta el último céntimo que me prestó a lo largo de los años, pero solo porque yo insistí. Para una mujer como Rachel, que había tenido que subir desde abajo hasta donde estaba, Olivia era una presa fácil, una vía de escape de un marido abusivo. Creía lo que Andrey me contaba, pero nada justificaba que Rachel la hubiera usado así. Sentí una oleada nueva de rabia—. Olivia te consiguió el trabajo. Vosotros dos os reísteis de ella, acostándoos a sus espaldas mientras ella firmaba cheques. ¿Por eso hizo que Olivia te contratara aquí? ¿Para que pudierais acostaros cuando quisierais?

—Necesitaba un trabajo —dijo con tono sumiso—. El sexo era...

—¿Qué? ¿Un extra? —Quería escupirle en la cara y decirle lo asqueroso que me parecía—. ¿Cuándo fue la última vez que Rachel y tú os acostasteis?

—El viernes, después de mi turno. Olivia ya se había ido a trabajar. Era uno de nuestros momentos.

—¿Cómo no ibas a saber que estaba embarazada? —Mi voz temblaba de rabia.

—¿Cómo querías que lo supiera? No me lo dijo. No se le notaba.

—¿Fuiste tú quien la mató?

Alzó las manos. —¡No! La amaba. Y habría amado a ese bebé.

—¿Tanto que estabas dispuesto a acostarte conmigo solo tres días después de que encontraran su cuerpo?

Se rio con amargura. —No fui yo quien apareció aquí suplicando. *Tú* viniste buscándome a *mí*.

Empecé a alejarme, pero me giré de golpe, clavándole el dedo en el pecho una última vez. —Estás enfermo.

Me fui hecha una furia, pero oí que encendía otro cigarrillo. —Si se lo cuentas a alguien, yo contaré que esta noche me la chupaste a cambio de las llaves de ese piso.

Martes

veintidós

Dormí en la oficina esa noche. Había dejado las llaves en el trabajo, y cuando llegué a la redacción, estaba tan agotada que no podía dar un paso más. Me improvisé una cama con el sofá y los cojines de Georgia, y usé un abrigo de plumas que tenía guardado en su armario como edredón. Luego puse la alarma del móvil para las cinco y media.

Me desperté con un dolor de cabeza palpitante, un calambre en el cuello y una boca que tenía el sabor de cuando un camión de la basura explota en una fábrica de algodón. Además, no paraba de sudar. Al fin conocía la verdad sobre Rachel y Andrey, pero si se la contaba a alguien, perdería el trabajo. ¿En qué demonios estaba pensando? «Sabes que no deberías haberlo hecho, Clyde».

Me puse la ropa de trabajo del día anterior, fui al baño de señoras, me lavé la cara, me retocé el maquillaje y me eché desodorante. De vuelta en mi escritorio, revisé mi bolso de mano. Aún rebosaba de los papeles que había robado de la habitación de Olivia: un puñado de tarjetas de visita, una factura de un bufete de abogados y varios sobres vacíos, uno de los cuales llevaba el sello con la dirección de devolución de una empresa llamada Orchid Cellmark. Metí la foto de Olivia y yo en los trajes de baño dentro de uno de esos sobres y guardé el sobre en mi bolso negro. El resto de los papeles los dejé en el cajón de mi escritorio antes de salir a por café y desayuno. Cuando regresé, media hora después, encontré una nota de Diskin en mi silla: me informaba de que había asignado a otro productor al caso Kravis, quitándome a Alex. Era una nueva página. Ya no estaba en la historia de Olivia.

Oficialmente.

Me tomé las vitaminas, encendí mi HappyLight y llamé a Panda y al abogado del divorcio de Rachel. Luego busqué en internet Orchid Cellmark. Según su web, ofrecía pruebas de ADN legalmente válidas, pruebas de paternidad y análisis forenses. El gobierno

británico los contrataba. También la Oficina del Médico Forense de Nueva York. Era una empresa seria. Y estaba en Nueva Jersey, a un paso de aquí. Volví a tomar el sobre. El matasellos mostraba que se había enviado una semana antes de que asesinaran a Olivia. Marqué el número de la empresa y, tras quince minutos en el infierno del menú de voz, dejé un mensaje en el buzón del coordinador de prensa.

Mientras esperaba que me devolvieran la llamada, intentaba ordenar el torbellino de pensamientos. No dejaba de darle vueltas a una idea: mi mejor amiga era buena, pero no era tonta. ¿Y si Olivia se había enterado de que Rachel estaba embarazada y le había exigido una prueba de paternidad? Tenía entendido que ahora podían hacer pruebas de ADN a fetos no nacidos. O quizá no sabía nada del embarazo, pero encontró un condón usado o alguna otra prueba de que Rachel había estado con otro en su piso y envió aquello a analizar. Supongamos que la pilló el viernes por la noche. Discutieron. Pero luego, ¿qué? Rachel no había matado a Olivia. Entonces, ¿cómo encajaba el embarazo en todo esto?

—Hola, Clyde —dijo una voz tras de mí—. ¿Te pillo ocupada?

Me ofreció uno de los dos cafés que traía. Llevaba el pelo revuelto, el maquillaje corrido, pero también esa mirada de recién enamorada.

—Se me ocurrió que te apetecería uno —dijo.

Noté que miraba la pantalla de mi ordenador, así que volví atrás en el navegador. Destapé el café.

—Gracias por el café. Hoy no tengo bastante con uno.

Se apoyó en mi escritorio, y traté de no acordarme de cómo estaba desnuda en brazos de Alex la noche anterior. Hice lo imposible por no odiarla.

«Oh, mierda», pensé. ¿Sería verdad lo que decía Georgia? ¿Me estaría enamorando de Alex?

—¿Lo pasaste bien anoche? —preguntó, bostezando, sin darse cuenta de lo mal que lo estaba pasando ni de los treinta azotes

mentales que me estaba echando.

—Si has visto una, ya las conoces todas —conseguí decir.

Sabine jugó con un mechón de pelo.

—Mike Fischer es un tío encantador.

Sin duda lo era, y mucho, pero hoy no estaba para cotilleos. Giré de nuevo hacia el ordenador, ansiosa por volver a la investigación, y levanté la taza.

—Gracias de nuevo. Si necesito algo, te avisaré.

—En realidad, quería preguntarte una cosa —dijo con voz vacilante.

Volví a girarme hacia ella, rezando por no tener que escuchar su noche de pasión ni que me pidiera mi opinión sobre ligar en la oficina.

—Mientras no tenga nada que ver con Alex —dije.

—No tiene nada que ver. O al menos, no del todo.

Arqueé las cejas.

—Es que he disfrutado mucho trabajando contigo estas semanas, y Alex me sugirió que te pidiera que me ayudaras. Sé que puedo aprender mucho de ti.

—¿No te iría mejor con alguien como Georgia? Supongo que quieres salir en antena.

—Todas las chicas jóvenes y guapas de la tele sueñan con salir en antena, lo admitan o no. Yo también lo quise, durante un tiempo, hasta que descubrí que no se me daba bien.

—Quizá algún día quiera salir en antena, pero ahora mismo necesito aprender a cómo clavar una historia. Eres la mejor del equipo cultivando fuentes y siguiendo pistas. Todo el mundo opina lo mismo.

Me sentí halagada y, aunque tenía una montaña de trabajo, le pedí que se sentara.

—Me encantaría ayudarte, Sabine. Esta semana podríamos almorzar, las dos solas. Así me cuentas cómo te ves dentro de cinco años.

Seguía queriendo ayudarla. Aunque no podía promocionarla, podía pedirle a Georgia o a Wallace que le dieran más responsabilidades. Me interrumpió una llamada. Era Panda, y fue directo al grano:

—¿Qué demonios hacías anoche entrando sin permiso en el piso de Olivia Kravis?

Tapé el teléfono con la mano.

—Sabine, ¿te importa si lo dejamos para luego? Tengo que coger esta llamada.

Se bajó del escritorio.

—Claro, luego hablamos.

La vi alejarse casi saltando hasta su puesto.

—¿Quién me delató? —susurré.

—¿Tú qué crees?

La única que podía haberlo hecho: Andrey. El muy bastardo me chivó.

—El portero y yo, nosotros... —empecé a decir.

—Lo sé.

Me estremecí. Panda sabía que había ligado con el portero en un sofá mugriento.

—Neal, estaba bebiendo. Me equivoqué.

—Claro que sí, joder. Me tenía una buena bronca encima, y con razón.

—Andrey y Rachel tenían una aventura —dije, cambiando de tema—. Me lo admitió él anoche. Rachel usaba a Olivia para pagar sus facturas legales. Y ya por la noche, la jefa de mi empresa me advirtió que dejara de husmear sobre una posible conexión entre el asesinato de Olivia y la fusión con Maldone Enterprises. Aseguró que Olivia no se oponía al trato, pero ¿quién sabe?

—Un momento, Clyde. Sé que Olivia era tu amiga. Quieres que quien le hizo esto pague por ello. Pero no eres policía. No tienes

acceso a la información que manejamos nosotros. Deja que Restivo y Ehlers hagan su trabajo. Créeme: *resolverán* estos asesinatos.

Ojalá compartiera su fe. Llevaba más de diez años cubriendo crímenes como para saber que no todo acaba como debería. Hay asesinos que salen libres. Hay familias que nunca ven justicia. Respiré hondo, obligando a mi cerebro a frenar y a que la histeria se me fuera de la voz. —Anoche, cuando estuve en el apartamento de Olivia, encontré algo —dije con calma—. Un sobre de una empresa llamada Orchid Cellmark, con matasellos de una semana antes del asesinato. Hacen pruebas de ADN, trabajan en forensia. Son los que resolvieron aquel caso frío en Londres, lo de la mujer a la que violaron y apuñalaron cuarenta y nueve veces en plena plaza, delante de su hijo pequeño.

Panda carraspeó.

—¿Adónde quieres llegar con esto?

—¿Y si sabía que Andrey y Rachel tenían una aventura, pero quería pruebas?

—Después de más de diez años cubriendo crímenes, había aprendido dos cosas: primero, que las pruebas lo son todo; segundo, que hay que confiar en el instinto.

—Rachel apenas llevaba diez semanas, ni se le notaba. ¿Cómo iba a hacerle pruebas al feto de su amante?

—Se puede analizar el feto. Sí, es más complicado que un barrido bucal, pero se puede. ¿Sabe Ehlers que el padre es Andrey?

—No puedo decírtelo.

Durante años, Panda me había confiado información mucho más sensible que esta.

—¿Por qué no? —exigí.

—Porque la policía quiere interrogarte.

—¿A mí?

—Forzaste la entrada en el apartamento de una víctima de asesinato.

Podría haberlo negado —sería su palabra contra la mía—, pero mis huellas, que la policía tenía archivadas, estaban por toda la caja de llaves, el apartamento de Olivia y la botella de vodka que dejé atrás. En fin, hace diez años, mucho antes de que me recompusiera, me detuvieron por escándalo público y desnudez. No fue mi mejor momento, y anoche tampoco.

—¿Por qué no encontraron este sobre cuando registraron el apartamento?

—Aunque en la tele lo hagan parecer fácil, los de la científica no tienen tiempo de analizar hasta el último papel.

—Esto no es basura —susurré—. ¿Cómo no ves que una prueba de ADN es importante?

Panda cedió.

—Vale, colega, vamos a verlo juntos. Tú eres la investigadora, ¿no? Tienes el cadáver, tienes el feto. ¿Qué harías ahora?

—Comprobaría si el ADN del semen encontrado en la autopsia de Rachel coincide con cualquier muestra de la escena del crimen. Luego, si coincide con el del feto. Y finalmente, lo introduciría en CODIS. —CODIS era la base de datos nacional de perfiles de ADN de delincuentes convictos y personas desaparecidas.

—Bien.

—¿Y Ehlers? ¿Qué encontró?

—No puedo contártelo —dijo con cansancio—. Y vas a tener que darle el sobre a Ehlers. Ni se te pase por la cabeza sacarlo al aire.

—No podría, aunque quisiera. Me han apartado del caso.

—Entonces, ¿por qué me preguntas lo que sabe mi compañero? —gruñó Panda—. ¡Joder, Shaw! Entrégaselo a Ehlers. No lo metas en antena. Y veré qué puedo hacer para que esto se olvide.

Nunca le había oído perder la calma así, y me dejó descolocada.

—¿Algo más?

—Un 'gracias' no estaría mal —refunfuñó, suavizándose al fin.

—Gracias.

—Cuando venga Ehlers, ofrécele algo de beber, por una vez. Vuestra cadena tan elegante puede permitirse una lata de refresco.

—Espera, ¿viene aquí? ¡No!

Si Ehlers venía a la oficina a verme, se lo dirían a Diskin, y exigiría que Hiro Itzushi estuviera presente en el interrogatorio. Entonces todos se enterarían de que casi me acuesto con una informante y que forcé la entrada en el apartamento de Olivia. Ambas cosas violaban claramente nuestro código ético. En el mejor de los casos, me amonestarían. En el peor, me despedirían sin indemnización. Sonó la segunda línea. Reconocí la extensión: recursos humanos. Esto no pintaba bien.

—Tengo que irme —le dije a Panda.

—Escucha, colega, hablaré con Ehlers. Pero localízalo en la próxima hora, y no huyas. Sabes cómo van estas cosas como para cometer ese error.

Le dije adiós; Panda me deseó suerte.

Según yo lo veía, tenía dos opciones: darle el sobre a Ehlers y evitar que me detuvieran y que la policía se cabreara más, o dárselo a Diskin para meterlo en antena y tener una oportunidad de salvar mi trabajo. Al público le encanta todo lo relacionado con el ADN, y este sobre era la prueba de que Olivia sabía lo de la aventura entre Rachel y Andrey. Entregarlo, y tal vez salvar mi libertad. Dárselo a Diskin, y tal vez salvar mi empleo. En cualquier caso, perdía algo.

Necesitaba tiempo para pensar, y eso significaba desaparecer. Solo unas horas, hasta decidir qué hacer. Cogí la gabardina del respaldo de la silla, metí el sobre de Orchid Cellmark en el bolsillo, el ordenador en el bolso y la agenda bajo el brazo. Y salí corriendo hacia el ascensor.

veintitrés

No llegué muy lejos. —Vamos —murmuré, apretando otra vez el botón de bajar. La puerta emitió un pitido y se abrió; entré de un salto.

—Eh, ¿adónde crees que vas? —Me volví. Alex estaba apoyado contra la puerta del ascensor, impidiendo que se cerrara.

—Muévete.

Subió tras de mí. —¿No íbamos al Haverford? —La puerta se cerró y quedamos solos. Me abrió la gabardina con un dedo y vio la agenda. Su sonrisa se desvaneció—. ¿Qué pasa?

Miré los dígitos bajando. Si lograba salir por la puerta principal, estaría a salvo de momento. —Oberlink es tu nuevo productor —dije.

Alex frunció el ceño aún más. —Un momento. ¿Qué pasa? Solo oí que tenía que estar en el camión. ¿Tiene que ver con que anoche llevara a Sabine al acto benéfico?

No pude evitar reír. —No te subas a los árboles. Créeme, tengo problemas más graves que lo tuyo con el sexo en público.

Me miró sin entender.

Levanté una ceja. —La próxima vez, asegúrate de que la puerta esté bien cerrada cuando te estés follando a mi asistente en una mesa de reuniones.

Se pasó la mano por la cara. —¿Nos pillaste?

La puerta del ascensor se abrió. Estábamos en el vestíbulo. Caminé a paso normal, con los ojos fijos en la salida, el corazón latiéndome con fuerza. Alex me siguió a la acera. —¿Un segundo?

—No. —Hice señas a un taxi. Se detuvo con el motor encendido.

Abrí la puerta de un tirón.

Alex se metió entre la puerta y yo.

—¿Van a subir? —gritó el taxista.

—Danos un segundo, tío —dijo Alex.

—Muévete —siseé.

—Voy contigo.

El taxista insistió. —¿Suben o qué?

—¡Sí! —gritamos Alex y yo al unísono. Me tiré en el asiento trasero y Alex se metió tras de mí. Le dije al conductor mi dirección y dejé la agenda en el asiento entre nosotros.

Alex se volvió hacia mí, expectante.

—Mejor que no lo sepas.

—Pruébame.

Miré por la ventana. Hacía un calor inusual para ser principios de noviembre, probablemente el último suspiro de buen tiempo antes de que el frío se quedara para siempre. Saqué el móvil del bolso. Tuve que armarme de valor antes de llamar a Restivo. Unos segundos después, su voz grave me llegó al oído. —Qué casualidad. Íbamos a pasarnos por tu casa. Siempre he querido ver cómo es el Sexto Círculo. —Se refería al círculo del infierno de Dante, donde los herejes arden eternamente en sus tumbas.

—Muy amable, pero no estoy en el curro —dije.

—Ya me lo imagino.

—Tengo algo para ti.

Alex me empujó con el codo. —"¿Qué?" —escribió en su bloc, poniéndomelo delante de la cara.

Le arranqué el bolígrafo y el bloc y los lancé al suelo del taxi.

—Entraste ilegalmente en una escena del crimen —siguió Restivo en mi oído—. Manipulaste pruebas clave de una investigación en curso. —Se equivocaba al llamar escena del crimen al piso de Olivia. No había cinta de escena del crimen en la puerta, lo que indicaba que la policía ya no lo consideraba activo. Aun así, no podía ponerme a discutir detalles. Era culpable de entrada ilegal, escena del crimen o no, y podían detenerme por eso y punto—. No soy Tom Brokaw, pero imagino que saltarse la ley es causa de despido.

—Te sorprenderías. —La verdad es que esto se hacía a menudo, aunque en silencio; lo que te metía en problemas era que te pillaran —. Como te dije, tengo algo para ti. ¿Te apetece quedar esta tarde?

—Claro, Roja. Qué bien —dijo Restivo con sorna—. Quedamos en vernos en la comisaría dentro de un par de horas.

El taxi nos dejó delante de mi edificio. Alex pagó mientras yo rebuscaba las llaves en el bolso.

—¿Vives aquí? —dijo Alex, mirándome por encima del hombro —. No hay portero.

—¿Y qué?

—No es seguro que una mujer sola viva en un edificio sin vigilancia permanente.

—Los porteros están sobrevalorados —murmuré, metiendo la llave en la puerta principal—. Entramos en el pequeño vestíbulo, pasando junto a dos hileras de buzones de latón—. ¿Y cómo sabes que no tengo compañero de piso? —Abrí la segunda puerta y la empujé.

—Porque vivir contigo sería imposible.

—Vaya, qué bonito. —Subimos tres tramos de escaleras que crujían, con Alex pisándome los talones, insistiendo en saber qué tenía que quería la policía, por qué había salido de la oficina a toda prisa—. Aquí estamos —dije al llegar a mi planta. Enseguida vi que mi puerta estaba entreabierta, con un haz de luz derramándose sobre la alfombra roja y manchada del pasillo. ¿Qué coño? Nadie tenía llave de mi piso. Ni siquiera el portero. No había tenido tiempo de dársela desde que cambié las cerraduras.

Alex me puso el brazo delante protectoramente mientras avanzaba con cuidado y empujaba la puerta. El marco estaba astillado junto a la cerradura. —Quédate ahí —susurró.

Lo ignoré, esquivándolo y poniendo un pie más allá del marco, donde me detuve en seco. El piso estaba destrozado. Habían arrancado las cortinas y volcado las lámparas. La ropa de cama, incluida la colcha que perteneció a mi madre, estaba hecha trizas; una vieja lata de pintura del armario había sido derramada sobre mis alfombras persas. Cristales rotos cubrían el suelo. El ordenador de sobremesa parecía intacto, pero, salvo él y las perlas que llevaba puestas, casi todo lo que valoraba en el mundo había sido destruido.

Alex me asió del hombro. —Vámonos de aquí. Ya es escena del crimen.

Me zafé y entré entre el desorden. Todo estaba patas arriba. Tardaría días en limpiar y ordenarlo todo.

—Estaban buscando algo —observó.

Abrí de golpe el cajón del escritorio. Tenía los papeles del caso: impresos, mis notas de las entrevistas. Todo estaba en su sitio. Al apoyarme en la mesa, la mano me golpeó el ratón. La pantalla se encendió.

"JIFFY" aparecía en letras grandes y en negrita.

Me asaltó una ráfaga de imágenes. Tenía dieciséis años otra vez, era alumna de segundo curso, una marginada. Jiffy era mi apodo. Quizás hice cosas malas, pero nada comparable con lo que me hicieron las otras chicas: los insultos, las llamadas de broma a casa, el día que me encerraron en el trastero del conserje del sótano. Tardaron dos horas en oírme gritar pidiendo ayuda. Inspiré hondo y me obligué a centrarme en lo que ocurría en ese momento, y en qué podía relacionarse aquello con esto. Entonces lo entendí: la persona que había matado a Olivia y a Rachel, que me había drogado y destrozado el piso, o bien me había conocido de adolescente o bien conocía a alguien que lo había hecho.

Posé el dedo sobre la tecla de borrar.

veinticuatro

—¿Qué demonios estás haciendo? ¡No toques nada!

Me alejé del ordenador, saliendo del apartamento retrocediendo, con los ojos clavados en el suelo. En el pasillo, Alex marcó el 911. En la escalera, me abrió los brazos. Me dejé abrazar, con sus brazos fuertemente aferrados a mis hombros. Entonces su teléfono vibró en el bolsillo.

Me aparté. —Contesta. Ambos sabíamos que era la redacción buscándolo. —Contesta —repetí—. No dejemos que nos despidan los dos el mismo día.

—¿Te han despedido?

—Contesta.

Respondió, dio una ubicación falsa al que estaba al otro lado y colgó. Luego me tomó de la mano, me llevó escaleras abajo y me miró a la luz del sol de la tarde.

—No te voy a dejar. No hasta que me digas qué está pasando. La policía quiere algo que tienes, te están despidiendo y alguien acaba de allanarte el piso. Si esto tiene que ver con el caso Kravis, debes decírmelo.

—No, no tengo por qué.

—Joder, Shaw. ¿Tienes que ser tan terca todo el rato?

—Sí. Vete ya. Estaré bien aquí.

Alex soltó un suspiro, echando la cabeza hacia atrás. —¿Dónde irás después? No puedes quedarte aquí.

Me encogí de hombros.

—Clyde, no estás solo en problemas: estás en *peligro*. ¿Qué viste en la pantalla del ordenador?

Jiffy, porque me abría de piernas con facilidad. Me había liado con el chico equivocado. Me hizo una felación en la cama de sus padres mientras ellos esquiaban en Aspen, se corrió una vez en mi boca y dos veces en los condones con textura para el placer de ella que tenía preparados. ¿Cómo iba a saber que le contaría a su novia

lo nuestro al día siguiente? ¿Cómo iba a saber que salía con Missy, mi antigua verdugo del equipo de natación? Ella perdonó a su novio, que iba a Yale, pero pasó el resto de su último año asegurándose de que todos supieran qué zorra era yo.

Alex me agarró de los hombros. —¿Qué viste?

—Era algo de mi infancia.

—Sabes lo que significa esto. Esta persona, el asesino...

—Está ligado a mi pasado.

—Quieren matarte. Ahora van a por *ti*.

—Si eso fuera cierto, ya estaría muerta. Todo esto es para asustarme.

Entrecerró los ojos bajo el sol. —Aunque tengas razón, no estarás pensando en serio en quedarte aquí esta noche. ¿Qué tiene de malo pasar una noche en un hotel?

—Estoy a punto de perder mi trabajo. No tengo cuatrocientos dólares para gastar en un hotel. —Un par de agentes uniformados en un coche patrulla se detuvieron frente a mi edificio—. Ya están aquí. Puedes irte —le dije.

—Juan es el portero. Le diré que vas a venir. —Alex metió la mano en el bolsillo, me lanzó las llaves y me soltó una dirección en el East Side antes de salir corriendo.

—¿Qué? —le grité.

—¡Te quedas conmigo esta noche! Habría discutido con él, pero ya iba por la mitad de la manzana.

Los agentes apagaron el motor y salieron del coche. La mujer, una morena de aspecto duro, me hizo preguntas mientras su compañero, un agente alto de piel oscura y cabeza afeitada, tomaba notas. Cuando terminé, la agente me pidió que la dejara entrar al edificio, y su compañero volvió al coche para pasar la información por radio a la comisaría.

Treinta minutos después, esperaba en el portal cuando un Crown Vic azul se detuvo detrás del coche patrulla. El detective Restivo salió con unos pantalones chinos arrugados, una de esas corbatas de punto como las que no había visto desde mi profesor de matemáticas del instituto, y una cara de no haber dormido en días. Me saludó con un leve movimiento de cabeza.

—Pensé que nos veríamos más tarde —dije.

—Yo también —respondió, más enfadado que antes—. ¿Cuándo estuviste en casa por última vez?

—Ayer por la mañana, sobre las ocho y media.

Se quitó las gafas de sol. —¿Y cuándo volviste?

—Quizá hace una hora. Mi reloj marcaba las doce y cuarto.

Masculló una maldición entre dientes y miró hacia mi edificio. —Espera aquí con la agente Rivera. No era una pregunta.

Volví al portal y esperé a que Restivo bajara. Cuando lo hizo, la hostilidad que solía mostrarme se había convertido en preocupación. —¿Tienes enemigos? ¿Alguien que pueda querer hacerte daño?

—Llevo diecisiete años en esto. Sí, tengo enemigos.

—¿Alguien que se te ocurra?

—¿En este caso? Michael Rockwell. Andrey Kaminski —ofrecí.

—Me refería a gente ajena a este caso.

—Jack Slane. Es abogado del bufete de Rockwell. Salí con él hace unos años y lo volví a ver la semana pasada, por primera vez en años. Intentó que seguridad me echara de las oficinas.

—¿Eso es todo? ¿Rockwell, Kaminski y este tal Slane? ¿Nadie más te ha estado acosando? ¿Notas? ¿Llamadas? ¿Amenazas?

—Aparte de que me drogaran, no. Pero...

—¿Qué pasa?

Le conté lo del mensaje en la pantalla del ordenador.

Restivo abrió la puerta del edificio. —Creo que deberías subir. Repasémoslo todo de nuevo arriba.

La segunda vez fue peor. Ahora veía todas las pequeñas cosas que habían destruido y que nunca podrían reemplazarse. Me agaché sobre un montón de añicos, lo que quedaba de la colección de porcelana Herend de mi madre.

—No lo toques —me espetó la agente desde atrás.

Me limpié una lágrima y me levanté. Restivo me llamó desde la cocina americana. —¿Qué comiste ayer para desayunar?

Me acerqué. —Nada, ¿por qué? —Señaló el paquete vacío de crackers sobre la encimera—. Yo no hice eso.

—El tipo estuvo aquí un rato y se le abrió el apetito. Apuesto a que te estaba esperando.

—Pensé que hizo exactamente eso: esperar a que Olivia y Rachel volvieran. ¿Verdad?

—Necesitamos más que unas migas de cracker para relacionar estos casos. —Miró alrededor—. ¿Se llevó algo en concreto? ¿Echas en falta algo?

—No.

—Supongamos que el tipo forzó la puerta anoche. Lo destrozó todo salvo el ordenador, que usó para dejarte un mensaje que tiene que ver con tu pasado. Tenemos que hablar de por qué estabas en el Haverford anoche y no aquí. —Suspiró y oí cómo le rugía el estómago—. Ha sido una mañana intensa. ¿Por aquí hay algún sitio donde echar algo al estómago?

—¿Una pizza te va bien?

Asintió con un leve gesto.

Señalé al oeste. —Hay un sitio en la esquina.

—Vale.

Restivo me hizo hacer la maleta con algunas cosas. Bajamos la calle hasta By the Slice, una pizzería de barrio que servía masa fina con ingredientes gourmet, varias docenas de vinos por copa y cinco o seis cervezas de barril. Se animaba a la hora del aperitivo, pero el resto del día solía estar casi vacía.

Restivo y yo tuvimos dónde elegir. Él escogió la mesita tambaleante de dos junto a la ventana delantera, se metió una servilleta de papel en el cuello y puso otra encima de su trozo de pizza. Tenía ganas de limpiarle la frente y la nariz. Si alguna vez salía en cámara para nosotros, los maquilladores tendrían que empolvarlo hasta que no quedara ni rastro de brillo.

Desenroscó la tapa del refresco de naranja y dio un trago. Luego dijo: —¿Tienes algo que enseñarme?

—Es un sobre. —Se lo di.

Restivo miró dentro. —¿No hay nada?

Señalé el relieve del frontal. —Es de Orchid Cellmark. Es uno de los laboratorios forenses de ADN más prestigiosos del mundo.

Restivo soltó una carcajada. Tenía los empastes de oro tan grandes que podía contarlos mientras esperaba a que parara. —Lo siento, Shaw, pero todos los periodistas que conozco tienen un

montón de teorías, y ninguna acierta. Ahora, gracias a ti, no podemos analizar este sobre para huellas.

Sonó el móvil: era FirstNews, la tercera vez desde que nos habíamos sentado. Rechacé la llamada y señalé la dirección del remitente en el sobre. —Pero puedes ir al laboratorio y averiguar por qué Olivia tenía contacto con ellos. Tienen una sede en Princeton.

Cortó otro trozo de su pizza de champiñones y salchicha. —¿Y si hablamos de lo que hacías en el Haverford anoche?

Mejor decirle la verdad. Lo peor que podía pasar era que me imputaran por allanamiento, ya que no me había llevado nada de valor. Si llegaba a juicio, algo poco probable, seguramente saldría con servicio comunitario.

Después de darle a Restivo un relato minucioso —aunque suavizado, tipo «PG-13»— de lo ocurrido la noche anterior, me preguntó por mi breve pero reveladora conversación con Andrey al final. Le conté todo lo que recordaba. Al final, Restivo cerró la libreta, se quitó la servilleta de debajo de la barbilla y se limpió las comisuras de la boca. Luego se terminó el refresco, se puso las gafas de sol, guardó la libreta y el sobre de Orchid Cellmark en el bolsillo y se levantó. —Sabes que, si dependiera de mí, te habría informado de tus derechos hace horas. Tienes suerte de que los Kravis no presenten cargos.

Lo seguí fuera. —¿Por qué no iban a presentar—

—Al parecer te consideran amiga de la familia, lo cual es bastante gracioso, porque donde yo trabajo los amigos no se cuelan en casa de nadie.

Aunque debería haberme sentido aliviada, no fue así. La única razón por la que la familia Kravis no había presentado cargos era para evitar el revuelo en los medios que se habría organizado. En cambio, despedirme podía hacerse sin que nadie se enterara. Estaba perdida.

Restivo y yo volvimos caminando hasta mi edificio. La agente ya estaba con Rivera en la escalinata. Los técnicos de la científica estaban arriba, y yo tenía que buscar dónde quedarme mientras registraban el piso en busca de pruebas. —¿Cuánto tiempo llevará? —pregunté.

Restivo se encogió de hombros. —Un día, quizá más. De todos modos, no es seguro que estés aquí.

—Entonces protégeme.

—No somos el FBI. No puedo asignarte un equipo las veinticuatro horas.

—¿Y si lo solicito formalmente?

—Por supuesto, hazlo. Pero tendrás la misma respuesta que te acabo de dar. —Restivo subió al coche y abrió la puerta del copiloto —. ¿Quieres que te acerque al Haverford? Voy para allá ahora.

Negué con la cabeza. —Ya me han apartado del caso.

Cerró la puerta del coche y arrancó. —Por si acaso, igual te conviene encender las noticias cuando llegues a donde vayas.

Así que había habido un avance en el caso. Por eso me habían llamado tantas veces desde FirstNews, y por eso el departamento de redacción llevaba rato intentando localizar a Alex. —i¿Qué ha pasado?! —grité, pero ya se había ido.

Corrí todo el trayecto hasta el edificio de apartamentos de Alex en Sutton Place, con la bolsa de viaje apenas ralentizándome. Entre jadeos, me presenté al portero de guardia. Me respondió con una sonrisa que dejaba claro que no era la primera mujer a la que el señor Amori le entregaba sus llaves.

—No es lo que te imaginas —dije—. Alex y yo somos colegas.

Pulsó el botón de la planta once para mí, con los labios aún tensos en una mueca socarrona. —No es asunto mío, señora.

En el apartamento de Alex, dejé caer el bolso al suelo y encendí la tele del salón. Estaba puesta en ESPN. Claro, qué sorpresa. Me tragué una tanda de anuncios y los últimos titulares hasta que por fin Jean Chan, la presentadora de la tarde, pasó al directo con Alex. Estaba frente al Haverford. Al fondo, un grupo de patrullas con las luces rojas encendidas.

—Estoy aquí en Manhattan, en el Haverford, un exclusivo edificio del Upper East Side, donde esta misma mañana las autoridades han detenido a un sospechoso por los asesinatos de Olivia Kravis, Rachel Rockwell y el bebé que esperaba. Según

nuestras fuentes, Andrey Kaminski, un trabajador del edificio, fue detenido hace apenas unas horas.

Se me doblaron las piernas y me derrumbé en el suelo. Andrey era el asesino. El hombre que había matado a mi mejor amiga. Menos de veinticuatro horas antes, había estado a solas con él, a escasos metros del lugar donde escondió el cuerpo de su novia. «¡Dios mío, Dios mío, Clyde, qué has hecho!» Me golpeé la frente con los nudillos. Nunca me lo perdonaría.

Alex ocupó toda la pantalla. —Olivia Kravis, hija de Charles Kravis, fundador de esta cadena, fue hallada muerta en su apartamento a primera hora de la semana pasada. El cuerpo de Rachel Rockwell, madre de dos hijos de Greenwich y separada de su marido, Michael Rockwell, abogado de un prestigioso bufete de la ciudad de Nueva York, apareció en el sótano del edificio varios días después. Se sospecha que ambas mantenían una relación sentimental. Hace solo dos días se supo que Rachel estaba embarazada cuando murió. Nuestras fuentes indican que Andrey Kaminski, el detenido, conoció a Rachel en Greenwich, Connecticut, y ya circulaban rumores de una relación entre ellos mucho antes de que empezara a trabajar como portero nocturno en el Haverford.

Me levanté del suelo y me senté en el sofá. La imagen regresó al estudio, donde Jean Chan preguntó: —¿Se ha hablado de un triángulo amoroso con final trágico?

La pantalla se dividió entre Alex, en directo, y Jean, en el estudio. —Han circulado rumores sobre si Kaminski era el padre del bebé de Rachel Rockwell —dijo Alex—, pero los investigadores no han confirmado nada oficialmente.

—Gracias, Alex. ¿Nos avisarás si hay novedades?

—Por supuesto, Jean.

Silencié la tele y me levanté con las piernas temblando mientras una ola de furia y asco me embestía. Apreté los puños a los lados del cuerpo; las uñas se me clavaron en las palmas. Había estado *con* un asesino. El piso de Alex tenía la típica pinta de vivienda de soltero, salvo por la cocina, seis veces más grande que la mía y llena de electrodomésticos de gama alta: una batidora KitchenAid, una licuadora Vitamix, una panificadora y una cafetera Nespresso. Los

armarios rebosaban especias, aperitivos gourmet, botellas de aceite de oliva, tabletas de chocolate suizo y granola casera. Lo único que faltaba —y era lo que más necesitaba en ese momento— era un bar bien surtido. Registré los armarios y solo encontré un poco de jerez de cocina y una botella de vino abierta que ya era vinagre. El congelador, con una bolsa de hielo, un cartón de helado de galletas con crema y unos paquetes de pollo, tampoco daba para mucho. —Venga, Alex. ¿Nada? Tienes que tener algo —murmuré.

En el dormitorio, ropa sucia amontonada, la cama sin hacer y una caja abierta de condones en la mesilla. Un baño en suite con bañera de travertino y un aseo pequeño junto al salón-comedor. No había habitación de invitados. Supuse que mi cama sería el sofá de cuero.

Me senté de nuevo en el sofá y enterré la cabeza entre las manos, obligándome a serenarme, a aceptar que era mejor así, que no debía emborracharme. Cogí el móvil. Había perdido tres llamadas y tenía un mensaje de voz. Pulsé reproducir con cuidado.

—Cornelia Shaw, soy Catherine Feinberg del departamento de Recursos Humanos. Llevo gran parte del día intentando localizarla. Le ruego que acuda mañana a las ocho a la planta dieciocho. La recepcionista la estará esperando. Mitchell Diskin y Hiro Itzushi, de nuestro departamento legal, asistirán a la reunión. Si tiene alguna duda, puede escribirme por correo.

Catherine Feinberg, una mujer a la que nunca había visto pero cuyos miles de memorandos del departamento de Recursos Humanos había recibido a lo largo de los años, hablaba rápido y con un fuerte acento del norte de Nueva York. Si aún me quedaba alguna duda sobre mi futuro en la cadena, su mensaje la disipó. Estaba despedida. Conociendo la eficiencia del departamento legal de FirstNews, podía dar por hecho que mi carta de despido ya estaba lista, mi tarjeta de acceso desactivada y mi cuenta de intranet bloqueada. Tras la reunión, me darían un dossier con mis derechos, opciones y prestaciones temporales, y me entregarían a un guardia de seguridad, que me acompañaría a mi mesa para recoger mis cosas y luego me escoltaría fuera del edificio. Todo

ocurriría antes de que llegara el resto del equipo, para no interrumpir el trabajo. Esos cabrones lo tenían todo previsto.

Pero solo me culpaba a mí. Había infringido la ley, me había liado con una fuente a sabiendas e ignorado los consejos de todos para dejar el caso. Mañana tendría que pagar las consecuencias. Pero aún tenía una baza que jugar, y estaba enterrada en el fondo de mi bolso.

La oficina de Prentice Maldone estaba en un edificio comercial del Midtown, famoso por su arquitectura y sus alquileres desorbitados. Una de sus asistentas, Val —una chica distinta a la que me había encontrado desmayada en el baño de la galería—, me ofreció una botella de agua. La rechacé con lo que creí que era una broma ingeniosa sobre la seguridad de las bebidas en Maldone Enterprises. No le hizo ninguna gracia. —Tardará unos minutos en recibirla —dijo con sequedad—. Puede esperar.

Val me hizo pasar una hora después. Me daba igual; no tenía otro sitio adónde ir. Prentice me saludó y me llevó a un largo sofá en el extremo opuesto de su inmensa oficina, que tenía unas vistas espectaculares a la Quinta Avenida, varias zonas de estar y lo que parecían auténticas antigüedades chinas. Se acomodó en un sillón tachonado frente a mí. —¿No deberías estar en el Haverford? —preguntó—. Acabo de ver la cobertura.

Señaló el monitor de televisión en la pared de madera.

—Me han apartado del caso.

—¿Quién?

—Naomi Zell. —Respiré hondo—. Anoche, en la gala, me dijo que asumiera que el asesinato de Olivia no tenía relación con la fusión. Cuando insistí y pregunté quién en la junta se había opuesto al acuerdo, respondió que le pediría a Diskin que me reasignara. Está claro que teme que descubra algo.

Prentice se levantó. —Dime exactamente qué te dijo. —Le resumí mi conversación con Naomi Zell. Volvió a sentarse y se pasó la mano por la calva. —¿Y eso es todo?

Se me encogió el estómago. Había llegado a lo que más temía. —Después de que Olivia me amenazara, fui al Haverford a ver a Andrey Kaminski.

—¿El que acaban de detener?

—Sí. Me llevó a la oficina del conserje y allí cogí la llave de Olivia, que usé para entrar en su piso. La policía no va a detenerme porque los Kravis han retirado la denuncia, pero acabo de recibir una llamada de RRHH: tengo que presentarme mañana, a primera hora. Me temo que me van a despedir.

—¿Y esperas que yo intervenga?

—Estaba haciendo mi trabajo, y ahora me van a despedir por eso. Si la hubieran matado a tu amiga, tú tampoco te darías por vencido.

Sonrió con amargura. —Ya no tengo muchos amigos en la cadena, Cornelia. No puedo hacer milagros.

—A ti te harán caso.

Maldone se acercó al escritorio, pulsó el intercomunicador. —Comunícame con Naomi Zell.

Me miró con seriedad. —¿Te importaría esperar fuera?

Salí y traté de relajarme, pero al momento estaba otra vez de pie, paseando de un lado a otro, revisando el móvil en busca de mensajes y las últimas noticias sobre la detención de Kaminski. Estaba refrescando la página cuando salió de nuevo.

Esta vez no me hizo pasar, sino que se quedó en el umbral. —Esto es más delicado de lo que creía —empezó, y supe al instante lo que venía. FirstNews iba a despedirme, y ninguna cadena nacional me contrataría si se enteraban de por qué me habían echado. Y se enterarían. Estas cosas siempre acaban saliendo a la luz. —Llámame en un par de meses. Quizás entonces pueda hacer algo por ti —dijo, aunque ambos sabíamos que no lo decía en serio.

Volví al piso de Alex y lo encontré en la encimera de la cocina, sacando la compra de una bolsa. —¿Qué haces aquí? —pregunté. Apenas eran las cinco.

—Voy a hacernos unos filetes a la brasa cuando vuelva de *Topical*. Mi carnicero me consigue carne de una granja de Pensilvania. No te imaginas lo buena que está. También he comprado patatas nuevas, pero tú las pelas, ¿eh?

—¿No deberías estar en la redacción? —le dije.

—Georgia quería que pasara a verte, por si necesitabas algo.

Le eché una mirada de soslayo. ¿Le habría dicho que me mantuviera alejado del alcohol? —Dile que estoy bien —dije—. ¿Quién más lo sabe, aparte de ella?

Metió los filetes en la nevera y dejó las verduras en el fregadero. —Solo Georgia —hizo una pausa— y Sabine.

Me levanté y fui a por el bolso. —Mejor me voy. Ya han detenido al asesino. No tiene sentido que siga aquí.

—Quédate, ¿vale? —Me quitó el bolso y se lo metió bajo el brazo—. Una noche no te va a matar.

Quería estar sola con mi amargura. Podría buscarme un hotel cutre en cualquier parte. A lo mejor iba a un bar y encontraba a alguien que me acompañara en esa habitación de hotel cutre. Luego me quedaría dormida en la reunión de mañana. A la mierda Catherine Feinberg, quienquiera que fuera. No le debía nada. Alargué la mano hacia el bolso.

Alex lo apartó de un manotazo y lo lanzó encima de una estantería. —No vas a ir a ningún lado. Le prometí a Georgia que cuidaría de ti.

—¿Y a ti qué más te da? —le espeté.

—Me siento responsable por haberte metido en esto. Casi obligué a Diskin a darte la historia.

—¿*Tú* lo hiciste? ¿Por qué?

Volvió a la cocina y sirvió un vaso de agua. —Había oído hablar bien de ti.

—¿No fue porque querías acostarte conmigo? —pregunté, esta vez con menos hostilidad.

Sonrió. —Me pasó por la cabeza. Pero no, no fue por eso.

Me acerqué a las puertas correderas. Su balcón daba al puente de Queensboro, y veía los coches pasar a toda velocidad.

Alex me dio el vaso de agua. —La vista es mejor desde fuera.

—Desde aquí se ve bien —dije.

Iba a preguntarme algo cuando miró el reloj. —Tengo que volver. Sirve lo que quieras de la nevera. ¿Estarás bien mientras tanto?

Asentí. —Estaré bien.

—Llámame si necesitas algo.

Ya casi llegaba a la puerta cuando pensé que debía decir algo amable. —Alex —dije, de repente en blanco—. Gracias por acogerme.

Sonrió. —Por si no te habías dado cuenta, llevo tiempo intentando tenerte en mi sofá.

Mientras él estuvo fuera, me entretuve fregando las patatas, preparando la ensalada y poniendo la mesa con platos, servilletas de lino y cubiertos. Me duché y me puse una camiseta vieja y un chándal que encontré en un cajón de Alex. Con la prisa, solo había metido en la bolsa un traje de chaqueta y falda, algo de ropa interior y artículos de aseo.

Alex llegó a las diez y media. Miró a su alrededor y luego a mí, y se aflojó la corbata. —¿Qué tal estás?

—Razonablemente bien, dadas las circunstancias.

—¿Viste el programa? —preguntó, encendiendo el equipo de música. Asentí mientras atenuaba las luces del techo y encendía tres velas en unos portavelas de cristal—. ¿Crees que lo hicimos bien?

—Lo hiciste muy bien —dije, acomodando una servilleta sobre la mesa.

Alex entró en la cocina, arremangándose la camisa. Sazonó los filetes con sal y pimienta recién molida, y preparó lo que juró que sería la mejor bearnesa que yo hubiera probado. —¿Te gusta el estragón, verdad?

—Claro. Sabía que era una hierba, al menos eso. ¿Desde cuándo eres tan buen cocinero?

—Desde que descubrí que a las mujeres les mola.

Rodé los ojos.

Rió. —En realidad, fue mi madre quien me enseñó. No sabes lo que es vivir hasta que no pruebes su beef Wellington.

—¿Dónde vive?

—En DC. Por eso quiero volver. Le ha vuelto el cáncer a mi padre.

—Lo siento, Alex.

Volvió a la cocina, donde dos filetes mignon chisporroteaban en la sartén. Les dio la vuelta, cogió un batidor y empezó a batir huevos y mantequilla para la salsa.

—¿Puedo preguntarte algo personal?

Se puso a picar hierbas en la tabla. —Dispara.

Pasé al sofá. —¿Por qué Sabine? Aparte de las razones obvias.

No respondió enseguida. Al final preguntó, con la cabeza ladeada: —¿Por qué quieres saberlo?

—Soy periodista. Curiosa de nacimiento.

Me apuntó con el cuchillo, en plan bromista. —Y entrometida.

—También eso.

—¿De verdad quieres saber?

Asentí con la cabeza. —Por eso pregunté.

—Fácil. Y no me refiero a lo que estás pensando.

Fácil. Quedaba bien para definir lo que la mayoría de los hombres buscaban: guapa y sin complicaciones. En mi mejor día, podía pasar por guapa, pero nunca sería sencilla.

Alex se secó las manos con un paño de cocina a rayas y se sentó a mi lado en el sofá. —Recibí una llamada de la asistente de Olivia.

—¿Emma?

—Estaba intentando localizarte en la redacción, pero ya te habían desactivado el buzón. Me la derivaron a mí.

—¿Qué quería?

—Dijo que Olivia no cogió un taxi el miércoles antes de morir. Contrató un coche con conductor. La factura llegó ayer.

Me incorporé. —No sabíamos adónde fue. Estuvo fuera toda la tarde por asuntos personales, pero no teníamos ni idea de qué hacía.

—Emma me dio el número del servicio que usó Olivia.

—¿Y?

—Llamé. El operador dijo que la habían llevado a una dirección en Nueva Jersey. Lo busqué y...

Le gané la palabra. —Orchid Cellmark. El laboratorio de ADN.

Los ojos de Alex se abrieron como platos. —¿Cómo lo sabías?

Le hablé del sobre, de la llamada de Catherine Feinberg y de mi visita a la oficina de Maldone. Cuando acabé, me preguntó si tenía novedades de la policía sobre mi piso.

—Hablé un momento con Restivo antes de que llegaras. Todavía están analizando la escena. Ahora mismo lo tratan como parte del caso de Olivia, y como él es el detective encargado, es con quien tengo que hablar. Pero cuando le pregunté por el arresto de Kaminski, se negó a darme más datos. Dijo que tenía que dirigirme al portavoz para este tipo de cosas. Es una tontería, sobre todo porque ya ni siquiera cubro el caso.

Negó con la cabeza. —Lo que es una verdadera tontería es que te estén echando.

Encogí los hombros. —¿Qué voy a hacer ya?

—No firmes nada en la oficina de Feinberg. Tienes derecho a veinticuatro horas. Echaré un ojo a los documentos que te den.

—No quiero pelear.

«Si montaba un escándalo, se enterarían en otras cadenas. Aunque ya daba igual. Seguro que tendría que mudarme a Topeka para encontrar trabajo.»

Los filetes ya estaban. Alex los llevó a la mesa con lo demás. Comimos deprisa. Ninguno teníamos mucho apetito, aunque la comida estaba deliciosa y se lo dije. —Deberías dejarme cocinar más a menudo —dijo—. En otras circunstancias.

—Me gustaría.

«Me levanté a recoger los platos. Ya no podía fiarme de mí cerca de él.»

Alex me siguió hasta el fregadero. —Yo estaba allí cuando Diskin te dijo que salieras tras la noticia. No pueden despedirte por cumplir órdenes. Y si lo hacen, cuando negocie mi nuevo contrato, lucharé

para que vuelvas. Esto es solo temporal. No voy a permitir que te lleves toda la culpa, Clyde.

Me conmovió que quisiera ayudarme, y me sorprendió, pero sabía que prometía algo que no podría cumplir. Acabé de fregar los platos y me fui al sofá. Tras las puertas correderas de cristal, el cielo era de un negro intenso tras el puente iluminado. No se veía ni una estrella, solo una finísima media luna sobre el East River. Pensé en mi madre, en la sombra que a veces le oscurecía el rostro cuando entraba en mi habitación mucho después de que debiera estar dormida. Se sentaba al borde de la cama y se quedaba mirando por la ventana, como si no viera nada, durante lo que parecían horas. Incluso antes de que se quitara la vida, yo sabía que algo iba mal, algo que al final la llevó a la escalera de incendios y a una muerte espantosa.

Alex trajo un montón de sábanas y mantas limpias y empezó a hacerme la cama en el sofá. Vi una caja de chocolates en la mesa de centro que no estaba antes. —¿Son para mí? —pregunté, lanzándome hacia el *ballotin* dorado.

Echó una manta por encima del sofá. —Esos en realidad eran para—

—Sabine.

—Iba a pasarme por su casa.

—¿Tan tarde? —Eran casi las doce.

—No le sentó nada bien que te quedaras a dormir. —Cogió las llaves, el móvil y la chaqueta, y se plantó en la puerta—. Quédate con los bombones.

—Ni de coña. Eran para ella. —Se los tiré sin querer, con más fuerza de la que pretendía.

La esquina de la caja le dio en el pecho. —¡Ay!

—Lo siento —dije.

—Vaya, Shaw —me sonrió—. Pegas fuerte para ser una chica.

Pensé en mi respuesta anterior: «Me lo tomaré como un cumplido».

—Deberías. —Se fue, y yo me dejé caer en la cama improvisada. No veía la hora de dormirme.

Miércoles

veinticinco

Esa noche soñé que volvía a la oficina del portero, en aquel sofá raído con Andrey, arqueando la espalda y clavando los dedos en sus músculos mientras alcanzaba el orgasmo. Luego encendió un cigarrillo con una cerilla, y a la luz de la llama distinguí los cuerpos de Olivia y Rachel, tendidos uno al lado del otro, desnudos, con los ojos vidriosos y los labios azules y agrietados. Un olor fuerte, casi insoportable —una mezcla pútrida de descomposición y heces humanas— flotaba en el aire, aunque no lo había notado hasta ese instante. ¿Cómo no lo había percibido antes? Abrí la boca para gritar, pero no salió ningún sonido. No pude moverme. Entonces vi a Andrey, ahora de pie ante mí, como si no pasara nada, diciéndome que podía vestirme con calma.

Cuando desperté, estaba empapada en sudor y helada, y no lograba quitarme de encima la culpa y el miedo que me habían paralizado en el sueño. Me quedé mirando al techo durante una hora, quizás más, intentando forzarme a dormirme hasta que me rendí y cogí el teléfono. Eran las cinco en punto. Pensé que ya podía empezar el día.

De camino al baño pasé por delante de la habitación de Alex. Esperaba que estuviera vacía, pero Alex debió de haber vuelto a casa a mitad de la noche, porque estaba dormido boca abajo, con el cuerpo descubierto hasta la cadera. No pude evitar mirar con deseo los dos hoyuelos en la base de su espalda.

En la cocina encontré harina, mantequilla, leche y huevos, y los batí. Solo sabía hacer unas pocas cosas, y los panqueques eran una de ellas; quería devolverle el gesto por la cena de la noche anterior. Ya había echado la primera masa en la sartén y buscaba jarabe de arce en la nevera cuando sonó la alarma de incendios. Alex apareció en la puerta de su dormitorio y corrió a la cocina. Cogiendo un paño de cocina, apartó la sartén del fuego y la metió en el fregadero.

—No me lo creo. Solo la dejé un segundo —dije.

Él echó agua del grifo sobre la sartén. El humo ascendió entre nosotros. Solo llevaba una sábana, y su torso desnudo volvió a provocarme todo tipo de pensamientos, los mismos que ya había intentado olvidar bajo la ducha fría.

—¿Qué estabas cocinando? —preguntó.

—Panqueques, a menos que el humo te haya quitado el apetito. Mejor compramos unos bagels.

—Vas a tener que esforzarte más que eso para quitarme el apetito.

Tomó mi taza de café de la encimera y dio un sorbo. Me di la vuelta y empecé de nuevo con una sartén limpia. Alex se acercó por detrás, tan cerca que sentía el calor de su cuerpo.

—Ahora veo cuál es tu problema —dijo, alargando el brazo por delante de mí para bajar el fuego. Su mano rozó mi cadera.

—Es la llama —dijo. Apretó su cuerpo contra el mío.

—¿Qué le pasa? —pregunté, sin atreverme a moverme ni un centímetro.

—Está demasiado alta —susurró en mi cuello.

Finalmente me di la vuelta. Vi hambre en sus ojos. Seguro que también la había en los míos. Se acercó más, con la mano en mi cadera.

—Alex, yo—

El timbre sonó. Damos un brinco.

—Voy a ver quién es. No te muevas —dijo.

Alex miró por la mirilla antes de abrir. Sabine tardó apenas un segundo en darse cuenta del pecho desnudo de Alex, su camiseta en mi cuerpo y la tensión que aún flotaba en el ambiente.

—Buenos días —dijo con una voz excesivamente alegre, el pelo largo cayéndole sobre los hombros mientras alzaba la bolsa de papel—. He traído bagels.

Me concentré en los panqueques, sin querer mostrar mi expresión. Alex volvió a su habitación a ducharse y vestirse, cerrando la puerta detrás de él —algo que no había hecho desde que llegué. Sabine se movía nerviosa cerca de la mesa, desprendiendo nerviosismo.

Era demasiado mayor para estas cosas. Tomé un sorbo de café y me di la vuelta.

—Voy a volver a mi piso hoy, Sabine. La policía debe de haber terminado con él a estas alturas. No pasa nada aquí, si es eso lo que te preocupa.

—No estoy preocupada —intentó no sonar hostil—. Solo quería decir que podrías quedarte en mi casa. Tengo un sofá.

—Lo único que quiero es volver a mi casa, rodeada de mis cosas.

—No es que quedara mucho por salvar en mi apartamento.

Nos quedamos en silencio. Terminé de hacer los panqueques; ella sacó los bagels. Oí el chirrido de la ducha al apagarse. Pronto Alex salió de su dormitorio, completamente vestido.

—¿Quién tiene hambre?

Sabine puso un bagel en su plato y otro en el de Alex.

—Te traje uno de sésamo con queso crema, ligeramente tostado.

Alex se sentó a la mesa. Sabine se sentó en su regazo. Detrás de ella, Alex me lanzó una mirada de disculpa.

Era hora de irme. Miré el reloj.

—Es más tarde de lo que pensaba.

Mis panqueques se quedaron enfriándose en la encimera mientras me escabullí al baño a cambiarme; luego salí por la puerta para enfrentar mi futuro.

Catherine Feinberg me esperaba a la hora acordada en una sala de conferencias del piso dieciocho. Estaba decorada con un

revestimiento de pared beige con textura de hierba, pinturas abstractas al óleo y una pesada mesa de nogal tan grande que cabían veinte personas, aunque ese día solo éramos cuatro: Catherine, Mitchell Diskin, Hiro Itzushi y yo.

—Por favor, toma asiento, Cornelia.

Catherine tenía el aspecto de alguien que ha pasado toda su vida entre expedientes: piel pálida, arrugas marcadas, una chaqueta y falda marrones de tweed que delataban una absoluta falta de imaginación. Frente a ella había una carpeta con mi nombre.

Asentí hacia Diskin e Itzushi mientras elegía una silla.

Feinberg habló primero.

—¿Sabes por qué estás aquí?

—Tengo una idea —reconocí.

Itzushi se aclaró la garganta.

—La cadena se ha enterado de que entraste ilegalmente en la casa de Olivia Kravis el lunes por la noche. ¿Es eso cierto?

Acepté solo en parte.

—Es cierto que estuve en su apartamento el lunes por la noche.

Itzushi garabateó algo en el bloc amarillo que tenía delante.

—¿Tenías permiso del propietario para entrar?

Negué con la cabeza.

—¿También es cierto que obtuviste una llave del apartamento de Kravis de la oficina del portero en el Haverford, y que accediste a esa oficina a través de Andrey Kaminski, una fuente a la que entrevistaste para el programa y con la que has mantenido una relación que podría considerarse inapropiada?

—Dígame, señorita Shaw, qué entiende usted por *inapropiado* —dijo Feinberg con sorna.

Itzushi echó un vistazo a otra pila de documentos a su derecha. —«Todos los empleados de FirstNews deben abstenerse de mantener relaciones sexuales o románticas con sus fuentes y, además, están obligados a informar de tales relaciones a las partes

pertinentes para que se adopten las medidas oportunas y se evite cualquier conflicto de intereses, real o aparente». —Alzó la vista hacia mí—. Su relación con Andrey Kaminski parece infringir el código de conducta, que usted, como todos los empleados de FirstNews, firmó al incorporarse a la cadena. ¿Lo niega?

Parpadeé, desconcertada. —Perdone, ¿a qué se refiere exactamente?

Feinberg soltó un resoplido desdeñoso. —¿Tuvo o no tuvo relaciones sexuales con el hombre que mató a Olivia Kravis?

—Presunto asesino —intervino Itzushi con tono neutro.

—¿En serio me está preguntando eso? —pregunté, mirando a Diskin.

Itzushi posó una mano sobre el brazo de Catherine. —Lo importante ahora es esclarecer qué sucedió, respetando al mismo tiempo la intimidad de Cornelia.

Me removí en la silla. —Quiero dejar claro que, técnicamente, en ese momento Kaminski no era mi fuente. Naomi Zell ya me había advertido de que me retirarían del caso. Sé que Barton Oberlink ya era el productor principal. No sabía que Barton iba a tomar mi lugar, pero sí sabía que me sacarían del caso —y no pude evitar recordarles lo absurda que había sido esa decisión.

Catherine Feinberg e Hiro Itzushi cruzaron una mirada. Por un instante, creí que había ganado terreno, pero entonces Diskin descargó su Montblanc sobre la mesa. —No está aquí por su relación con esa fuente, Shaw —bramó—. Está aquí porque entró por la fuerza en un apartamento. Ha roto la ley.

Me picaba el cuello bajo el cuello de la chaqueta. No podía creer que él encabezara la ofensiva contra mí; creía que sería la única persona en quien podría confiar en aquella reunión. —Todos los días en esta cadena, los productores hacen trampas para conseguir información o fichar a los invitados que necesitan. Decimos que no pagamos por entrevistas, pero sí pagamos billetes de primera, suites en hoteles de lujo, cenas de lujo y funciones en Broadway. ¿Y qué me dice de cuando Greg Lanier pirateó el buzón de voz de aquel agente deportivo? Si no recuerdo mal, lo ascendieron por sacar aquella historia del dopaje en el béisbol. Usted y yo sabemos que

aquí nadie tiene problemas hasta que lo pillan. Hace solo una semana estábamos en su despacho —Itzushi estaba presente, él lo recuerda—, y me dijo sin rodeos que siguiera la historia por todos los medios necesarios.

Diskin dejó la pluma sobre la mesa, con los labios apretados. —No creí que alguien con su experiencia necesitara que le aclararan que *por todos los medios necesarios* significaba dentro de la legalidad.

Enderecé los hombros. —La policía no me ha imputado nada, así que no está claro que haya violado la ley.

Feinberg tomó la palabra. —Vamos a rescindir su contrato, señorita Shaw.

—¿Con qué fundamento?

—Por múltiples violaciones éticas: no informar a sus superiores de un conflicto de intereses derivado de su relación inapropiada con Andrey Kaminski, y usar medios ilegales para acceder a información del caso de Olivia Kravis.

Lo miré fijamente. —Vaya forma de tenerme las espaldas, jefe. ¿Cuántas veces se plantó ante nosotros en esa sala de reuniones, jurando lealtad al equipo, proclamándose nuestro defensor frente a los ejecutivos de arriba? Siempre supe que sus palabras eran pura fanfarria. Diskin era un hombre de la casa, hasta la médula.

Itzushi me acercó un sobre manila por encima de la mesa. —Considerando las circunstancias, creemos que es una oferta muy razonable.

Abrí el sobre y repasé los documentos. FirstNews me ofrecía quince meses de indemnización, seguro médico durante dos años y cartas de recomendación. Se diría que me iba para dedicarme a mis asuntos personales. A cambio, saldría sin hacer ruido. Esperaba cero. Esto era mucho más. Era una compra. Un chantaje encubierto. —¿Se siente generoso, Mitch?

Diskin jugueteó con su pluma cara, mirándome por encima de sus gafas de montura dorada. —Has estado con la cadena mucho tiempo, Clyde. Hemos valorado tu lealtad.

—Beth Stern llevaba en FirstNews casi el doble que yo, y cuando la despidieron solo recibió tres meses y una taza de café. —

Aparté la carpeta de un empujón.

Itzushi la detuvo. —Puede consultar a un abogado, si quiere. La oferta caduca el viernes, salvo que cometa nuevos delitos.

—¿Qué coño está pasando? —insistí.

—Creo que hemos terminado.

Me levanté de un salto, inclinándome sobre la mesa. —¿Están de broma? ¿Después de todo lo que he hecho por esta cadena? Fue usted quien me puso en esta situación. Fue usted quien me dijo que siguiera esta historia. Ahora que me meto en un lío, ¿va a tirar por la borda diez años de trabajo intachable? ¿No tiene ni idea de los sacrificios que he hecho por FirstNews? No tengo vida. FirstNews es mi vida. Y usted lo sabe.

—Clyde, violaste la ley y nuestro código de ética. Tú misma te lo has buscado. Y esta vez, Olivia no está aquí para salvarte el pellejo —dijo Diskin sin rastro de empatía.

—¿Cómo se atreve a hablarme de Olivia? Nunca le importó un pimiento que estuviera muerta. A por la noticia, a por la noticia. Eso es todo lo que oímos. Pero esta vez incluso *usted* conocía a la víctima. ¿En cuántas cenas se sentó al lado de Olivia? ¿En cuántos almuerzos? Era una persona de carne y hueso, no solo para mí, sino también para usted, y aun así su asesinato —su asesinato brutal y repugnante— fue solo otra noticia para usted. Otra maldita subida de audiencia. —Respiré hondo, temblando—. Lo que quiero saber es qué *no* haría usted por los índices de audiencia, Mitchell. ¿Qué *no* haría *usted* para salvar

Se levantó. —¿Qué demonios significa eso?

Feinberg, la vieja zorra, ya había tenido suficiente. —Fírmelo o no, da igual. En cualquier caso, a partir de ahora ya no es empleada de esta cadena. Sus pertenencias le serán enviadas por mensajería más tarde.

Me giré hacia Itzushi. —Esto no está bien, y tú lo sabes.

Evitó mirarme.

—Cobardes. —Enderecé la espalda y miré a Diskin por última vez, con voz glacial y cada palabra bien medida—. Me has vendido, hipócrita sin agallas. Ojalá Maldone te despida en cuanto se cierre la fusión. —Me alejé de la mesa, sintiéndome mejor de lo que

esperaba. Había perdido el trabajo y ningún medio estaba contratando, pero demonios, había soltado todo, o al menos casi todo. Ya en la puerta, me volví y lo miré fijamente a los ojos—. ¿No os parece raro que no os importe ni lo más mínimo lo que encontré en casa de Olivia?

—Se acabó, Clyde —dijo, quizás refiriéndose al caso, quizás a mí.

veintiséis

Bajo la mirada vigilante de Eugene, uno de mis guardias favoritos, bajé al vestíbulo. Estaba entregando mi tarjeta de acceso cuando apareció Barton Oberlink, con el desayuno en la boca.

—Mala suerte, Clyde. Te vamos a echar de menos.

Hincó el diente a su bagel de cebolla. Se quedó allí masticando, clavándome la vista en el escote. Luego se reacomodó la entrepierna.

Chasqueé los dedos delante de su cara.

—¡Arriba, cerdo!

Se le pusieron coloradas hasta las orejas.

—¿Qué? Yo no estaba...

—Sí que lo estabas.

Tragó saliva y se reajustó las gafas, dejando un resto de queso en los cristales.

—Lo siento, joder.

—Lárgate ya.

Dio un paso atrás, con las manos en alto.

—Menuda actitud. No es de extrañar que te hayan echado.

—¡Tú serás el siguiente! —le grité a su espalda.

Tocaba irse, pero quería ver a alguien más antes de largarme. Me giré hacia Eugene.

—¿Podrías mirar para otro lado cinco minutos?

Ni siquiera dudó.

—Estaré junto a los ascensores.

Georgia estaba en su despacho, clavada en la pantalla del ordenador.

—¡Entra ya, joder! —me espetó, levantándose de un salto para cerrar la puerta tras de mí. Luego me abrazó con fuerza—. Lo siento mucho, nena. Intenté intervenir, pero ya sabes cómo son estas cosas. Voy a pelear para que vuelvas. En cuanto se cierre la fusión. Diskin sabe que eres una pieza clave de mi equipo.

—No contaría con ello.

Las pulseras de oro de Georgia sonaron al cruzarse de brazos.

—¿Qué hiciste?

—Le llamé cobarde hipócrita. Seguro que dije algo más.

—Oh, Clyde. Movió la cabeza, negando.

Me apoyé en su estantería. Al menos una vez por semana me preguntaba cuándo me pondría las pilas y escribiría un libro de crímenes reales. Mi respuesta siempre había sido la misma: cuando dejara de trabajar de nueve a nueve, de lunes a viernes y algunos fines de semana, me lo *plantearía*. Quizás había llegado el momento.

—¿Me harías un favor? Avísame si ves a alguien de la familia Kravis por la oficina hoy.

Frunció el ceño.

—¿Por qué?

—La cadena me está pagando para que calle. RRHH me ofreció quince meses de indemnización a cambio de que guarde silencio. Puede que el asesinato de Olivia no tenga nada que ver con la fusión, pero están encubriendo algo. Lo presiento.

Levantó las cejas mientras sonaba el teléfono. Georgia se inclinó para ver quién llamaba.

—Diskin —murmuró. Me quedé junto a la puerta. Georgia me miró y formó con los labios "lo siento"—. Grabado, no en directo, entendido. ¿Exclusiva para nosotros?

—Se hizo un largo silencio—. Vale.

Colgó el teléfono—. Al parecer, Delphine y Monica Kravis acaban de aceptar salir en *Topical*.

No podía creérmelo; había estado presionando a Delphine durante días para que grabara otra entrevista con nosotros, y Monica había estado fuera de juego desde el principio.

—Anoche ingresaron a Charles Kravis en Lenox Hill —añadió—. Creen que podría no tener muchos días por delante. Quieren hablar de eso y desviar la atención de los medios hacia lo que hizo Charles: sus logros al construir esta cadena, cambiar la industria del cable y la forma en que los estadounidenses reciben las noticias. Con la fusión pendiente, es una jugada inteligente.

—¿No crees que Diskin hizo un trato? ¿Una entrevista a cambio de mi despido?

Georgia se frotó las sienes.

—No lo sé, nena. Piensas que conoces a alguien, pero cualquiera puede sorprenderte. No hay muchas en las que puedas confiar en este mundo.

Encontré a Eugene junto a los ascensores. Alex estaba con él, esperando.

—Acabo de enterarme. Me puso las manos en los hombros—. ¿Estás bien?

—Estoy bien —dije, pero por dentro me sentía inquieta, y no solo porque mi futuro fuera una incógnita. Todavía tenía demasiadas preguntas rondándome la cabeza: sobre la fusión, sobre el mensaje en mi pantalla y sobre el último mensaje de Olivia. *Es hora de que sepas la verdad*. Entonces caí en la cuenta: si se hubiera referido a Andrey y Rachel, lo habría dicho de otra forma. Lo que tenía que contarme era *personal*, como el mensaje que dejó el intruso en mi ordenador. La *verdad*. Mi *pasado*. Pero ¿qué relación podía haber entre una cosa y la otra? ¿Tendrían algo que ver?

Eugene y yo entramos en el ascensor.

Alex apoyó la mano en la puerta.

—¿Alguna noticia de la policía sobre tu apartamento?

—Dijeron que podía volver a recoger algo de ropa con escolta, si quería.

—¿Entonces te veré en casa esta noche?

—Le prometí a Sabine que me iría.

—No tienes por qué hacerlo —dijo él.

—Oh, sí que tengo que hacerlo.

—Ella lo entiende.

Se equivocaba.

—Yo no lo entendería.

Alex dejó que el ascensor se cerrara. Unos minutos después, iba en un taxi de camino al norte de la ciudad. Panda estaba a punto de irse a almorzar. Pensaba pedirle que me llevara a Nueva Jersey.

Me hice con la mesa de la esquina en Pastrami Queen y pedí dos refrescos y un knish para Panda. Entró cojeando, con la rodilla otra vez fastidiada. Antes de que dijera nada, le conté que me habían despedido.

—¿Es que no conocen la libertad condicional? —preguntó.

Le pasé una cerveza de raíz.

—La libertad condicional es para policías, delincuentes y adolescentes. Yo no soy ni lo uno ni lo otro.

—Pues se han equivocado. Van a rogarte que vuelvas, chica.

—Cuando las vacas vuelen. —Señalé su corbatín con un gesto —. Me gusta tu...

—No, prueba otra.

Negué con la cabeza.

—Gripe porcina.

Bajé la cabeza. —Ya es la segunda que fallo. Se me está yendo la mano. —El knish de Panda llegó en una cesta de plástico roja. Lo deslicé hacia su lado.

Cogió un tenedor. —¿No comes?

—Desayuné tarde. —La verdad es que tenía el estómago revuelto. Estaba bebiendo un ginger ale, pero no me había sentado bien—. ¿Cómo atrapaste a Andrey?

Panda se limpió unas migas de la boca. —ADN.

—¿El bebé?

Asintió. —La clave fue encontrar el cuerpo de Rockwell y vincular el ADN. Aunque tardamos en conseguir la muestra de Kaminski. Y luego otras veinticuatro horas en procesarla.

—No puede ser todo lo que tenéis. Solo prueba que era el padre del bebé.

—Tienes razón. Pero también dejó rastros de ADN por todo el piso. Cabellos, fibras textiles, fluidos corporales. —Recordé los trozos que habían cortado de la alfombra del salón—. Y también había huellas en la maleta y por toda la ropa de Rachel Rockwell.

—¿No podría ser todo circunstancial? Podría haber ayudado a Olivia con la maleta la última vez que volvió de un viaje, y tenía una aventura con Rachel.

—Son muchas pruebas, Roja.

—¿Ha dicho algo?

—Kaminski asegura que no sabía lo del bebé. Y creemos que Rachel no quería tenerlo.

Agité el hielo en el vaso. —¿Había pedido cita en una clínica de abortos?

—No, pero había hablado con su ginecóloga, que la derivó a una clínica en Stamford.

—Olivia habría querido que Rachel tuviera al bebé. No era tan conservadora como su padre, obviamente, pero compartía algunos de sus valores.

—Ni siquiera sabemos con certeza si Olivia sabía que estaba embarazada.

—Pero estaban discutiendo, ¿recuerdas? Los vecinos las oyeron.

Panda suspiró. —Podrían haber discutido por cualquier cosa.

—Vale, admito que Rachel no quería tenerlo. Incluso acepto que Olivia no lo supiera, pero creo que Andrey decía la verdad: él tampoco lo sabía. Así que si no sabía que estaba embarazada, no podía saber que Rachel iba a abortar. Y si no sabía eso, ¿qué motivo tenía? ¿Por qué matar a dos mujeres?

—Sabemos que a Rachel le gustaba ese estilo de vida. Así que tiene sentido que el embarazo fuera su toque de atención. Caerá en

la cuenta de lo imprudente que es su aventura con Kaminski. Le dice otra vez que se acabó todo. Tal vez se lo diga con dureza, y esta vez él decida que no se va a ir así como así.

—Parece que lo tienes todo atado.

—Es la única manera en que pudo pasar. Pero para serte sincero, casi no necesitamos un motivo con todas las pruebas físicas que tenemos. Hablo de registros telefónicos, huellas, ADN, y si eso no fuera suficiente, un historial de problemas de control de la ira. Una de las ex de Kaminski llamó al 911 varias veces por él. No hubo orden de alejamiento, pero la policía acudió a su casa, y hay constancia de amenazas... y eso pesará en el juicio. Influirá mucho en el jurado.

Michael Rockwell también había maltratado a sus mujeres. Rachel tenía un tipo, igual que yo; y también Olivia. Nunca hubo una chispa romántica entre mi mejor amiga y yo, pero Rachel y yo éramos iguales: pajaritos rotos atraídos por los problemas y propensas a la autodestrucción por hombres y alcohol.

—Qué tonta soy —susurré. ¿Por qué había creído a Andrey? Era obvio que había matado a Olivia y a Rachel.

Panda me acarició la mano. —No eres la única. Rachel también confió en Kaminski, y seguro que hubo muchas más antes que ella.

Era por lo guapo que era. Como Scott Peterson y Joran van der Sloot, el presunto asesino de Natalee Holloway. O Ted Bundy, que asesinó, violó y maltrató a más de treinta mujeres antes de que lo detuvieran, o Charles Manson, cuyo número de víctimas aún se desconoce. Cuando las víctimas veían al monstruo tras la cara atractiva, ya era demasiado tarde.

Nos fuimos. En cuanto salimos, le pregunté a Panda adónde iba. —A Nueva Jersey con Ehlers —dijo—. Al laboratorio, en realidad.

Arqueé las cejas. —¿Orchid Cellmark?

Asintió.

—¿Puedo ir?

Panda se echó hacia atrás sobre los talones. —Ni hablar, chica. No puedo llevar a una periodista a una misión de investigación. Ni siquiera es mi caso, técnicamente hablando.

Apoyé la mandíbula. —Ya no soy periodista.

Me miró con escepticismo. —Casi lo eres.

Caminamos en silencio hasta su coche patrulla. Al llegar, me prometió contarme lo que descubrieran en el laboratorio, pero tenía que hacerle una promesa. —Lo que sea —dije.

—No estamos seguros de que fuera Kaminski quien te drogó y entró en tu piso. Quien lo hizo tuvo mucho cuidado en no dejar huellas. Va a llevar su tiempo revisar todo lo que embalaron y ver si hay algo útil. Mientras tanto, puede que aún haya alguien por ahí que quiera hacerte daño. De momento, no puedes quedarte en tu piso. Sé que te dirán que puedes volver mañana. Pero tienes que prometerme que no lo harás.

Le tendí la mano. —Trato hecho.

Esa noche, tuve el piso de Alex para mí sola. Había quedado en quedarse con Sabine otra vez. Seguro que ella le había plantado cara después de lo que había visto esa mañana. Me duché, cené un chino para llevar y vi la entrevista que Georgia había grabado a Monica y Delphine. Nada sorprendente. Las dos hablaron sobre la carrera de Charles, las actividades benéficas de Olivia y cómo la familia estaba afrontando una pérdida tan terrible, además del deterioro progresivo de la salud de Charles. Al final, cambié de canal, desanimada.

El móvil vibró sobre la mesa de centro con un mensaje de Sutton Danziger. Preguntaba si podíamos almorzar después del servicio en memoria de Olivia. Cogí el teléfono. Tenía un último favor que pedirle.

Jueves

veintisiete

Me desperté a las ocho de la mañana, aturdida tras una noche de sueño inquieto. Me duché y me puse el traje negro de falda y los tacones que me habían dejado coger de mi piso junto con algunas cosas imprescindibles. Cuando salí, Alex aún no había aparecido. Tras lo que casi había pasado entre nosotros aquella mañana, no podía reprocharle que lo tuviera bien vigilado. Cerré la puerta con llave, paré a por un café y un bagel, y cogí el metro hacia el norte hasta la parada de Lexington y la Setenta y Siete, desde donde caminé hasta la funeraria Frank E. Campbell, en la Ochenta y Uno con Madison.

Estaba a dos manzanas de distancia, en una calle tranquila entre Lexington y Park, cuando vi a Michael Rockwell acercarse desde el otro extremo. Al llegar a la esquina, crucé Park. Él hizo lo mismo. Apreté el paso, pero no se quedó atrás.

—Quiero disculparme —dijo alcanzándome.

Me detuve en seco. Estábamos en un tramo despejado de la acera. Era pleno día, había gente por todas partes y una patrulla a menos de quince metros. Rockwell no era tan estúpido como para intentar algo conmigo allí mismo.

Se pasó una mano peluda por la corbata de seda azul. Llevaba un traje oscuro y una camisa blanca almidonada, con el pelo engominado hacia atrás. Supuse que iba al mismo sitio que yo.

—Dije cosas el otro día en el bosque detrás de mi casa que no debí decir.

—Fue un eufemismo, pero le dejé seguir con su torpe disculpa—. Rachel y yo no teníamos un matrimonio perfecto, pero la quería. Nunca quise que le pasara algo así.

Crucé los brazos.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Sus padres están peleando por la custodia.

En otras palabras, Rockwell temía que testificara contra él en el juicio y le dijera al juez lo matón y abusador que era. Los padres de Rachel habían estado en el programa de Georgia casi a diario desde que los había traído a nuestro espacio, y Rockwell, sin saber que ya no trabajaba para la cadena, había supuesto que me había acercado a los Hart, incluso compadeciéndome de ellos por la batalla por la custodia.

Decidí sacar partido de su miedo y su debilidad.

—¿Por qué no me dijiste que Rachel y Olivia se conocieron gracias a ti? ¿Por qué ocultarlo? —pregunté.

—Los Kravis eran clientes de mi bufete. Si descubren que le estoy contando a la prensa que su hija asesinada me robó a mi mujer, ¿cómo crees que lo tomarían mis socios? Los abogados cobramos por guardar silencio.

—Eso es un cliché.

—Noté una leve brisa en la espalda. El parte anunciaba lluvias fuertes, pero no hasta por la tarde—. Y otro cliché es el marido que amenaza con quitarte a los hijos cuando decides que ya basta. Le pegabas, ¿verdad, Michael? ¿También tenías amantes? Bravo por Rachel por tener el valor de dejarte.

—No tenía relaciones con nadie y nunca la toqué. Ni una sola vez. Eso es lo que les contaba a los demás para que su aventura con ese entrenador pareciera menos grave —protestó, alzando la voz—. La encontré con él. ¿Sabías eso? Y era un auténtico sinvergüenza. No podía permitir que un tipo así se acercara a mis hijos. Esperaba que se cansara de él y volviera con nosotros. Pero al poco supe que había contratado a un abogado y pasaba las noches con la hija de Charles Kravis.

—Fuiste tú quien presentó la demanda.

Asintió con gravedad.

—Por consejo de mi abogado.

—¿Sabías que a Rachel le gustaban las mujeres?

Rockwell miró al suelo.

—Sabía que no era la primera vez.

—Pero fue por dinero, ¿no? ¿Le atraía Olivia por su estilo de vida?

Volvió a mirarme, entrecerrando los ojos bajo el sol de la mañana.

—Rachel creció en una reserva de nativos americanos. Era la tercera de cinco hermanos. Usaba ropa usada, jugaba con juguetes usados, y tenía un tío que no podía mantener las manos quietas cuando bebía, lo que pasaba cada semana, sin falta, justo después de cobrar.

—Los Hart no dijeron ni palabra.

—Y Olivia, obviamente, nunca me lo había mencionado. Me pregunté si lo sabría siquiera.

—¿Para qué iban a hacerlo? Rachel escapó, pero no sin sus demonios. Le gustaba beber; le gustaba comprar. La hacía sentir que estaba a un millón de kilómetros de aquella niña en la reserva, agarrada a su Barbie con un solo brazo, esperando que su tío se quedara dormido antes de llegar a su dormitorio.

—Se quedó allí, su corpulencia como menguada, como un globo que ha vuelto a tierra tras perderse mucho tiempo en las nubes.

—Entonces, ¿por qué Kaminski? —insistí—. Él no tiene dinero.

Se encogió de hombros.

—Supongo que hay un límite en lo que realmente puedes llegar a entender de una persona.

Sutton me esperaba frente a la capilla funeraria, con el rostro crispado y enrojecido por haberme esperado al aire libre. No sabía nada de lo ocurrido la semana anterior, y me miró con desaprobación al ver mi aspecto demacrado —las ojeras y la piel apagada—.

—Tienes que cuidarte más —siseó en mi oído, entrelazando su brazo con el mío mientras nos colocábamos en la cola para entrar.

Sutton se estiró para mirar alrededor, y yo hice lo mismo. A bote pronto, había más de 150 personas apiñadas en la sala de recepción. Localizamos a Delphine y Monica, sentadas junto al marido de Delphine, Naomi Zell, Mitchell Diskin con su esposa y algunos miembros del consejo de administración de FirstNews. Charles Kravis, notablemente, no estaba.

Nos sentamos en un banco vacío cerca del fondo. Silenciamos los móviles mientras un cuarteto de cuerda empezaba a tocar una pieza solemne de Mendelssohn. Luego Monica leyó un poema y Delphine evocó recuerdos de la infancia. Naomi Zell habló de la labor incansable de Olivia en la fundación y de todas las vidas que había cambiado. Me habría gustado decir unas palabras, y me reproché no haber insistido cuando hablé con Delphine.

Al final del servicio, el clan Kravis empezó a bajar por el pasillo hacia la salida. Monica, Delphine, Naomi y Diskin pasaron a nuestro lado sin dignarse a mirarme. Sutton me dio un codazo.

—Deberías saludar.

—En otra ocasión —respondí en un susurro.

No le había dicho a Sutton que había perdido el trabajo. Tendría que explicarle las circunstancias, y Sutton, por mucho que lo intentara, no podría evitar correr la voz entre nuestras excompañeras del colegio. Al caer la noche, todos sabrían que casi me había acostado con un presunto asesino. Y no con cualquiera, sino con el que había matado a nuestra amiga.

Afuera, el bloque rebosaba de periodistas y furgonetas de televisión, incluida una de FirstNews. Alex nos vio salir de la funeraria y se abrió paso entre la multitud de curiosos y dolientes. —¿Estás lista? —le preguntó a Sutton. Yo la había convencido, en vez de almorzar conmigo, de conceder una breve entrevista en cámara a FirstNews tras el servicio. Era mi último gesto como productora de Alex. Aunque la cadena no se mereciera semejante detalle.

Se pasó las manos por el pelo. —¿Qué tal estoy?

—Perfecta. Me aparté y le pregunté a Alex si podíamos vernos cuando acabara de grabar. Él echó un vistazo por encima del hombro hacia Sabine. Ella no nos quitaba ojo. Le hice un gesto con la mano y sonreí. Ella respondió de igual forma. —Ni una palabra más —le dije a Alex.

Captó la tensión en mi voz. —Oye, he estado pensando en ti.

—Y para el autobús —bromeé, despidiéndome de Sutton y de mi viejo equipo mientras me alejaba.

Adiós, de una vez. Adiós a los productores chillándome al oído. Adiós a los presentadores engreídos y a los corresponsales estrella. Adiós a la violencia de las escenas del crimen. ¿Y ahora qué? En momentos así, uno debería pensar en el futuro, pero me resultaba mucho más fácil centrarme en lo inmediato. Era más fácil pensar en ir al piso de Alex y luego al mío, de paso, a hacer la maleta. Era más fácil pensar en visitar a mi padre en el norte y en la porción de pastel de chocolate que me iba a pillar camino de la estación. Era más fácil pensar en cualquier cosa menos en Olivia. Ni en mi trabajo. Ni en Alex.

Me detuve frente a una boutique cuyo escaparate mostraba marcos de fotos plateados y pensé en la instantánea de Olivia y de mí que había cogido de su apartamento. El cielo se había vuelto gris plomizo. Algunas gotas de lluvia me cayeron en los hombros y el pelo. Entré a refugiarme, rebuscando en el fondo del bolso la fotografía. Una dependienta se asomó por encima de mi hombro, cogió un marco sencillo, plateado, con borde biselado, de una mesa de exposición y me lo tendió. Ni siquiera me molesté en preguntar cuánto costaba.

—¿Lo tiro? —preguntó, señalando el sobre que sostenía, uno de los que habían caído detrás del tocador de Olivia. Lo había guardado dentro para que no se estropeara.

Lo di vueltas entre los dedos. Era un sobre viejo, amarillento, dirigido a Charles Kravis. Había algo familiar en él. —Un momento —dije, girándolo una y otra vez. No llevaba remite. Pero eso no importaba. Al fijarme mejor, reconocí la letra.

Era la letra de mi madre.

Y el matasellos era del año antes de que yo naciera.

veintiocho

Con la llovizna cayendo, regresé hacia el apartamento de Alex, absorta en mis pensamientos, tratando sin éxito de no adelantarme a las conclusiones. Quizá Charles Kravis y mi madre solo fueran amigos. Quizá no significara nada. Pero entonces, ¿por qué nadie me había dicho nunca que se conocían? ¿Y por qué Olivia tendría ese sobre? Al fin llegué al piso de Alex. Estaba en el salón, desabrochándome la chaqueta del traje, cuando sonó el teléfono. Corrí a responder.

—Tengo algo que contarte —dijo Panda.

—¿Es sobre el caso?

—Volvemos ahora del laboratorio. Ha tardado más de lo previsto. No querían dar la información sin una orden judicial —dijo con tono seco—. Parece que Olivia no estaba haciendo una prueba de paternidad. Era una prueba de hermandad.

Una prueba de hermandad. No costó imaginarlo: mi madre y Charles Kravis; una aventura un año antes de que yo naciera; una prueba de hermandad; un secreto. *Es hora de que sepas la verdad.* Por eso Olivia tenía una copia de mi certificado de nacimiento en el cajón de su escritorio. Sentí un nudo en el estómago, la respiración me tembló. ¿Sería posible? ¿Seríamos Olivia y yo medio hermanas? Tragué saliva. La boca se me quedó seca. —¿Y los resultados? —pregunté, aunque ya conocía la respuesta.

—Positivo. ¿Tienes idea de a quién podría estar analizando? No hay nombres. Están enviando los resultados por fax. Los forenses comprobarán si alguno coincide con lo que encontramos en la escena. —Una pausa breve—. Mierda. ¿Ahora mismo? —Panda resopló al otro lado de la línea.

Cosas de trabajo. —Ve. Ya hablaremos —dije, colgando el teléfono. Caí al suelo. Una nube gris avanzó sobre la ciudad, sumiendo el salón de Alex en una luz mortecina. A lo lejos, un

primer relámpago rasgó el cielo. Oí el gruñido sordo del trueno, seguido por la lluvia golpeando el suelo del balcón.

Rebusqué en mi bolso y saqué la caja que guardaba la foto enmarcada en plata de Olivia y yo. Ahí estábamos: la misma sonrisa, el mismo pelo cobrizo, la misma constelación de pecas en la nariz. Los ojos eran distintos, también la forma de la cara y los cuerpos. Con los años, esas diferencias se acentuaron. Pero de jóvenes, la gente nos tomaba por hermanas. Sobre todo los mayores. Nos reíamos, nos mirábamos y deseábamos que fuera verdad. Observé la foto enmarcada mientras la ira, el dolor y la culpa invadían mi mente, arrasando con todo pensamiento salvo uno: ¿Quién no quería que supiera que era una Kravis?

Mi madre, en primer lugar. Tenía que saber quién era mi verdadero padre y nunca me lo dijo, ni siquiera una pista. Pero la culpa debió atormentarla: tener un hijo con un hombre y vivir una mentira con otro. ¿Había sido esa la razón de su suicidio?

—La vida te lo enseñará con el tiempo —me había dicho una vez, en un momento de franqueza absoluta. Yo tenía cinco años, demasiado pequeña para entenderlo, pero no para recordarlo—. Los hombres hacen promesas que no pueden cumplir. Los amigos se convierten en enemigos. Son las personas en las que más confías las que más te hieren. —Me alisó los rizos cobrizos de la frente, me subió las sábanas hasta el cuello y me llamó Princesa Abejita—. ¿Y sabes por qué es así, pequeña?

No recuerdo lo que respondí. Probablemente no dije nada.

Respondió en un susurro teñido de arrepentimiento. —Porque se lo permitimos.

Mi padre biológico era Charles Kravis. Mis padres siempre evitaban hablar de que había nacido menos de nueve meses después de su boda, y yo había asumido que era porque mi padre la había dejado embarazada antes de casarse. Pero había más en la historia. La pregunta era: ¿lo sabía mi padre? ¿Al menos lo sospechaba? Miré el móvil, empecé a marcar… y me detuve. No era algo que se pudiera hablar de otro modo que en persona. Olivia debió de pensar lo mismo: "Te veré en persona". Yo lo cancelé. Y luego alguien la mató. La policía creía que fue Andrey, y tenían una

buena teoría sobre por qué, pero ¿y si no fue él? ¿Y si Olivia no murió por Rachel, sino por mí, por el secreto que había descubierto: que éramos parientes? Volví a preguntarme quién no quería que supiera que era hija de Charles Kravis. ¿Quién estaría dispuesto a matar brutalmente no a una, sino a *dos* personas para mantener ese secreto?

Oí la voz de Naomi Zell retumbando en mi cabeza: *¿Cuál es tu conexión con esta familia?* Entonces mi mente se adentró más, hasta la figura sombría que me dominaba en el baño de la fiesta de Prentice Maldone, las manos fuertes pellizcándome las mejillas, el roce de un cabello contra mi cara. Largo. De mujer. Recordé otro instante: Delphine, de pie con Prentice Maldone en el vestíbulo del edificio de FirstNews, con la mano tan crispada alrededor de la correa del bolso que los nudillos se le pusieron blancos.

Llamé a Panda. Saltó el buzón de voz.

—Llama en cuanto escuches esto. La fiesta que Prentice Maldone dio en una galería de SoHo... ¿todavía tenéis las grabaciones de vigilancia, vale? Necesito saber a qué hora se fueron Delphine y su marido. Creo que me drogó, y creo que... fue ella quien mató a Olivia.

Colgué. Delphine debió de descubrir mi pasado. Había escrito "JIFFY" en mi ordenador y destruido todas mis pertenencias. Pensé en las migas de galleta que Restivo vio en la encimera. Había esperado en mi apartamento a que volviera de la gala benéfica, igual que esperó a que Olivia regresara de la cena con Rachel. Ella esperó. Siempre esperaba.

Una alarma sonó en mi cabeza. *Vete ahora.*

Otro relámpago iluminó el cielo, bañando la habitación en luz. En la pared, vi un instante una sombra.

Era demasiado tarde.

Lo primero que vi fue la pistola. Luego los guantes de látex azules. Y al final, a quien los llevaba. Delphine Lamont salió del dormitorio de Alex.

Miré la puerta principal. Yo misma había echado el cerrojo. Miré hacia el balcón. Podría intentar bajar, pero el piso de Alex estaba en

el undécimo. Si me caía, moriría.

—¿Cómo has entrado aquí? —pregunté, luchando por controlar el temblor de mi voz.

—Mírame —dijo con una sonrisa burlona—. ¿Parezco una ladrona? ¿Una asesina? No hay edificio en la ciudad al que no pudiera entrar si quisiera. —Dio un paso adelante—. Ahora suelta el teléfono.

Miré el teléfono en mi mano, paralizada.

—Suéltalo —repitió, dando un paso más. Llevaba la misma ropa del funeral de Olivia: zapatos de diseñador de tacón bajo, un collar de oro grueso y un traje negro impecable. Su cabello castaño, espeso, recogido en una redecilla azul. Iba a matarme. Solo me quedaba una posibilidad: ganar tiempo para pedir ayuda sin que lo notara—. No te acerques más. Si lo haces, grito —advertí.

Negó con la cabeza, con una mezcla de desdén y lástima. Entonces se lanzó contra mí, sesenta y cuatro kilos de puro músculo y furia cayendo sobre mi cuerpo, arrancándome el teléfono de un tirón. Intenté agarrar un mechón de su pelo, perdí el equilibrio y sentí cómo su codo golpeaba mi columna. Al instante caí de rodillas, sangre resbalando por mi sien hasta la alfombra. Mi cabeza había chocado contra la esquina de la mesa de café de Alex. Apenas logré jadear cuando Delphine me alcanzó con la punta afilada de su zapato, clavándomela en el costado. Alzó la pistola, apuntándome a la cara—. Levántate.

—Por favor, no hagas esto —supliqué, jadeando—. No quiero tu dinero. No voy a pedir nada. Lo juro.

Bufó—. Charles tiene cientos de millones. Si supiera que tiene otra hija viva, te daría tu parte. Pero no te lo mereces. Nunca pasaste ni un solo día con él. —Sus ojos fríos ardían de furia—. Iba a dejarle a Olivia *todo*. Mi madre, una mísera cantidad. Yo, joder, solo cinco millones de dólares. ¿Y se supone que debo *aceptarlo*? Yo *tenía derecho* a más. Y ahora lo voy a tener todo, salvo lo que él ha dejado a su fundación. ¿Te haces una idea de cuánto dinero hay en juego?

Fuera, la lluvia caía a raudales. Los truenos retumbaban sobre nuestras cabezas—. ¿Fuiste tú quien se opuso a la fusión?

—Fue Naomi Zell. Los demás entendimos que cuanto antes cobráramos, mejor.

—¿Cómo diste conmigo? —pregunté, todavía intentando ganar tiempo.

—Había una chica en la furgoneta de prensa. Guapa. No sé cómo se llama. No tuvo ningún problema en darme la dirección.

Sabine. Sabía que le inspiraba recelo, pero no habría hecho algo así a propósito. Ella, como todos, creía que el asesino de Olivia estaba entre rejas. Había dado por hecho que ya no corría peligro, y que Delphine, con sus joyas y sus delicados tacones bajos, no era ninguna amenaza.

Delphine me pateó de nuevo en el costado, dejándome sin aliento—. Levántate y empieza a desvestirte, o te disparo aquí mismo. Despacio. Y no intentes nada.

Llevé la mano al primer botón, temblando. Delphine no se iba a limitar a dispararme. Tenía algo peor en mente. Mis ojos escudriñaron la habitación en busca de algo con lo que defenderme. No había nada al alcance, pero mis llaves estaban a poca distancia, apenas a un metro de la mesa de café. En defensa personal nos habían enseñado a atacar el lateral del cuello: la yugular, la carótida, zonas sin hueso que las proteja. Tenía que distraerla, hacerla perder el equilibrio, lograr que bajara la pistola aunque solo fuera un segundo, si quería tener alguna posibilidad de golpearla en el punto exacto.

Seguí desabrochando botones de mi blusa—. ¿Por qué decidiste culpar al portero?

Una sonrisa de autosatisfacción le iluminó el rostro—. Olivia sospechaba que Rachel y Andrey tenían una aventura en su apartamento. Y tenía razón. Le ofrecí que, si quería, podía confirmarlo: entrar sin que me vieran y pillarlos in fraganti. No estaba segura de querer que lo hiciera. Pero no necesitaba su permiso. Tenía una llave, y sabía cómo colarme en el edificio. A partir de ahí, fue coser y cantar. Solo tuve que esperar a que Rachel y Olivia volvieran de cenar; luego até a esa zorra en el armario y me encargué de Olivia en el pasillo. —Mientras hablaba, yo seguía desvistiéndome lentamente. Hasta ese momento me había quitado

la blusa, lanzándola con cuidado para que tapara mis llaves. Eran mi única esperanza.

—Date prisa —exclamó Delphine, como si acabara de recordar lo que quería—. Recoge toda la ropa y ve al baño.

Obedecí, recogiendo la ropa y las llaves. En cuanto tuve bien sujeta la llave más grande, me abalancé sobre Delphine y se la clavé en el cuello. Gritó de dolor, tambaleándose hacia atrás. Forcejeamos. Sentí la culata de su pistola golpearme en la cabeza, su rodilla en las costillas. Jadeé, incapaz de respirar, el dolor desgarrándome el pecho mientras caía al suelo.

—Mírame —jadeó, con la pistola en mi sien otra vez—. Esto no es ningún puto ensayo general. —Me levantó del pelo y hundió el cañón de la pistola entre los hombros—. Camina.

—¿Qué vas a hacerme? —gimoteé, el miedo apagando el dolor. No sentía nada, solo un pánico frío devorando mi sentido de la realidad. Por un instante pensé que tal vez estaba soñando, pero entonces oí el clic del seguro de la pistola al desactivarse.

—Bañera. Cuchillas. Ya sabes cómo acaba esto —dijo con un tono burlón y cantarín—. Nadie lo cuestionará. Has perdido el trabajo. Estás completamente sola. Te acostaste con el hombre que mató a mi hermanastra. No sería la primera vez que intentas acabar con tu patética vida, ¿verdad? —Señaló mis brazos—. Vi las cicatrices.

Me giré hacia ella—. No funcionará. El forense notará mis heridas. La policía verá la sangre en la alfombra. Sabrán que luché.

—Tropezaste y caíste, te hiciste unos cuantos moratones. Nada raro en alguien que toma tantas drogas como tú. —Agitó tres frascos de pastillas. Aunque estaban lejos, sabía exactamente qué contenían.

—Esas no son mías. —Georgia había tirado todos mis analgésicos durante la rehabilitación. Volvió a mi apartamento poco después de llevarme a Hilltop y lo tiró todo: las drogas a la basura, el alcohol por el desagüe.

—¿Y qué? —Me lanzó los frascos uno a uno—. Ahora empieza a tragar. Todavía se te da bien, ¿verdad? Tragando.

Erguí los hombros—. No voy a tomarlas.

—Si tengo que obligarte, lo haré.

Abrí el primer frasco y dejé dos pastillas sobre la lengua. —¡Más rápido! —gritó Delphine, con la pistola apuntándome a la cara. Miré el montón de pastillas que tenía en la mano y me pregunté quién encontraría mi cuerpo primero: Alex, Panda o Restivo. Tras tragar la última pastilla, Delphine me empujó hacia el baño de Alex. La bañera rebosaba, aún humeaba. Sobre el lavabo, una de las cuchillas de afeitar de Alex estaba desmontada. Tres finas láminas de metal resplandecían sobre el mármol verde.

—Nadie creerá que me he hecho esto —dije.

Una sonrisa sádica le torció la boca. —¿Por qué no? Corre el rumor de que el suicidio es hereditario. Y al parecer, otras cosas también.

Sus palabras me cayeron como un jarro de agua fría. —¿Qué significa eso?

—¿Recuerdas lo que te llamaban las otras chicas en el colegio? —Esperó mi respuesta.

—¿Cómo sabías eso? —Cuando yo estaba en el colegio, Delphine y Olivia iban a un internado suizo.

—No puedes acostarte con medio equipo de baloncesto del Collegiate sin que todo el mundo se entere.

—Solo fueron dos. Dos nada más.

—Al mismo tiempo —gruñó. Y luego, como un cuchillo que gira despacio—: Eres una zorra, y tu madre también lo era.

«¿Cómo te atreves?» Delphine no había conocido a mi madre, su dulzura, su paciencia, la forma en que me agarraba la mano al cruzar la calle, con cuánta delicadeza me desenredaba el pelo, cómo me leía cada noche hasta que se me cerraban los ojos y la respiración se me ralentizaba. Y luego me besaba en la frente, me arropaba hasta la barbilla y me susurraba al oído cuánto me amaba: «hoy, mañana, siempre». Me lancé contra Delphine, mis uñas arañándole la cara, pero era como intentar derribar a un armario de dos metros. Me lanzó al suelo con facilidad.

—La gente lo verá —siseé, señalando el largo arañazo que le había hecho sobre la ceja derecha—. Tengo amigos en la policía. No descansarán hasta que te detengan.

—Cállate. A nadie le importas —se le apretaron los labios—. Tu madre debía deshacerse de ti. Le dijo a Charles que lo haría.

Así que Charles no sabía que tenía una hija. Entonces recordé su expresión en aquella fiesta del Cuatro de Julio. «Eres la hija de Tipsy Shaw». Debía de haber atado cabos. ¿Por eso Monica me envió de vuelta con mi padre al día siguiente?

Delphine soltó una carcajada. —Olivia encontró las cartas de tu madre. Tras el segundo ictus de Charles, tuvimos que ayudar con sus memorias autobiográficas. Buscábamos documentos, fotos y recuerdos. En su lugar, dimos con un montón de cartas viejas. Pensé que no eran nada. ¿Unas estúpidas cartas viejas? A quién le importa una mierda. Las eché a la basura. Pero Olivia las sacó, las leyó y luego te hizo la prueba de ADN. Consiguió tu pelo del cepillo. Iba a obligar a Charles a reconocerte. Tuve que detenerla. Charles está a punto de morir. Ni loca iba a perder mi herencia por una hijastra pelirroja y zorra como tú.

—Excepto que yo no soy la hijastra. Tú lo eres —fijé la mirada en sus ojos.

—¡Basta! —chilló Delphine.

Sentí la sangre resbalando por un costado de la cara, el cerebro flotando en un mar de medicamentos. «Mantente despierta», me ordené. Pero el vientre me ardía, la vista se me nublaba. Los dedos me hormigueaban. Me pareció oír la voz de mi madre leyéndome de un libro favorito: «Ya es hora de dormir, Abejita».

—Métete. —Sus ojos se clavaron en el agua.

Metí un pie en la bañera. —Demasiado caliente —protesté. Mis costillas me atravesaron con un latigazo cuando Delphine me empujó hacia el agua. Ahora me parecía inevitable, mi muerte inminente. Una lágrima me brotó del ojo, luego otra, y otra. Pensé en mi padre, que me crió; en mi madre, que lo dio todo por mí; y en Olivia, que murió por mí.

Delphine observó mis sollozos y mi cuerpo casi desnudo. Puso los ojos en blanco. —Supéralo.

—Prometo que no se lo diré a nadie —balbuceé, hundiéndome más en la bañera—. Por favor. Por favor, por favor. Déjame vivir.

Dejó la pistola en el lavabo y sacó mi brazo derecho del agua, sujetó la cuchilla un instante antes de hundirla en mi carne. Sentí un pinchazo agudo y vi cómo un hilo de sangre manaba a la bañera.

—Una más —dijo con voz tranquilizadora, la cuchilla lista para cortarme de nuevo.

La neblina se alzó de la bañera y tomó la forma del rostro de mi madre. Fruncía el ceño mientras movía lentamente la cabeza. «No, Cornelia. Así no. Lucha».

Agarré lo primero que vi, un frasco de cristal de aceite de baño colocado al borde de la bañera. Delphine nunca vio venir el golpe. Le dio justo encima de la oreja, un solo golpe, lo suficientemente fuerte como para hacerle perder el equilibrio y caer de lado. Salté de la bañera, resbalando y tambaleándome hacia adelante mientras corría por la sala de estar de Alex y abría la puerta de su balcón de un golpe. Afuera, la lluvia golpeaba fría contra mi piel caliente. Me lancé hacia la barandilla y pasé una pierna por encima.

Delphine apareció en el balcón un momento después. —¡Morirás de todas formas! —rugió a través de la tormenta.

Si estás mirando, mamá, ayúdame.

Pasé la otra pierna. Delphine me empujó en el pecho con todas sus fuerzas. Perdí el equilibrio y quedé colgando, vestida solo con mi ropa interior, la lluvia golpeándome mientras me aferraba a la vida a once pisos de altura. No tenía voz para pedir ayuda.

Delphine me miró desde arriba. —Esto es aún más perfecto —susurró.

Mis manos ardían mientras cerraba los ojos de nuevo y visualizaba el rostro de mi madre. Mostró sus pequeños dientes blancos en la sonrisa que recordaría siempre.

—Tranquilo, Bumblebee.

»Ya puedes soltar.

veintinueve

Los disparos me sobresaltaron tanto que estuve a punto de soltarme.

Pero entonces oí voces, gritos y pasos. Delphine cayó al suelo, sus ojos avellana mirándome sin vida a través de la barandilla. La sangre empezó a extenderse por el suelo del balcón. Notaba los músculos agarrotados y el agarre cada vez más débil.

Dos manos bajaron y me agarraron de las muñecas.

—Te tengo. No sueltes. Te tengo.

Levanté la vista. Era Alex. Restivo apareció tras él en el balcón, evaluando la situación.

—¡Un piso más abajo! —gritó a los que venían detrás—. Está colgando.

Alex hacía esfuerzos por no soltarme. Tenía los brazos empapados. Estaba resbalándome.

—Está bien —quizá solo lo dije para mí—, mientras abajo oía cómo la puerta de cristal del balcón del décimo piso se abría de golpe.

Unos brazos —no sabría decir cuántos— me rodearon el torso y me izaron por encima de la barandilla, hasta la seguridad, hasta un suelo de piedra helado.

Me encogí, abrazándome las piernas, temblando bajo la lluvia gélida.

Alguien me envolvió en una toalla y me llevó dentro. Me pusieron un torniquete en el brazo sangrante.

Llegaron dos paramédicos y empezaron a atenderme: comprobaron la temperatura, el pulso, las pupilas.

Una linterna me cegó un ojo. Sus voces me zumbaban en la cabeza.

«¿Ha tomado algún medicamento? ¿Sabe qué ha tomado?»

Quise hablar, pero no me salían las palabras.

Dos técnicos de emergencias médicas me subieron a la camilla.

—Hay que hacerle un lavado gástrico ya —dijo uno al otro.

—Clyde, gracias a Dios.

Alex estaba a mi lado. Me cogió la mano sana, me besó la frente y luego los labios. Sus labios eran suaves y cálidos.

Alex miró a los técnicos. Los paramédicos subieron las barreras laterales de la camilla.

Quise darle las gracias otra vez.

Me acalló con un beso.

—Después.

Dejé caer la cabeza sobre la almohada mientras los paramédicos me sacaban de allí.

Viernes

treinta

Desperté en el hospital.

Esta vez me asignaron una habitación privada, con un televisor gigantesco y unas vistas espectaculares al East River. Durante las primeras veinticuatro horas, no pararon de llegar visitas. Primero Alex, luego Georgia y Panda. Después mi padre, que se montó en su camión en cuanto Georgia lo localizó y violó prácticamente todas las normas de tráfico por toda la Taconic State Parkway. Tras ellos, pasaron Ehlers y Restivo. Naomi Zell envió un ramo de globos. Frank Uffizo ofreció sus servicios "a un precio considerablemente rebajado", mientras que Prentice Maldone envió flores con una nota que decía: "Por favor, no conviertas esto en una costumbre". Orchid Cellmark, el laboratorio de Nueva Jersey, envió un kit de ADN junto con una carta muy amable en la que preguntaban si querría enviárselo para confirmar que Charles Kravis era realmente mi padre. Pasé el hisopo por la mejilla y reenvié el kit siguiendo las instrucciones. Después de todo lo que había pasado, necesitaba una prueba concluyente.

La quería, aunque no la necesitara. Lo sabía con toda certeza: era hija de Charles Kravis y media hermana de Olivia. Todo cobraba sentido —no solo el mensaje de Olivia, sino también esa sensación que siempre había tenido de que algo no encajaba. Era la razón por la que mi madre insistió en que llevara su apellido y no el de mi padre, y por la que nadie había querido hablar nunca de mi concepción ni de la fecha de la boda de mis padres. Panda se equivocó. A veces, todas las piezas encajan.

Pero aún faltaba una pieza. Tras dos días en el hospital, me cambié, me di de alta voluntariamente contra las indicaciones médicas y dejé una nota a mi padre, que se hospedaba en un hotel cercano. Había salido a comprar periódicos y café. Luego cogí un taxi a través de la ciudad, hasta Lenox Hill.

Encontré el ala de cuidados paliativos. La enfermera de recepción me miró y me tendió un bolígrafo. Era una mujer de complexión fuerte, piel oscura, acento caribeño y una placa con su nombre: Judith.

—Nos preguntábamos si vendría —dijo con suavidad, señalando el libro de visitas.

Por lo visto, Judith había visto las noticias: el *Post*, el *Daily News*, la portada en casi todas las cadenas de cable del país, incluida FirstNews. Tres muertos, una millonaria asesina y un tiroteo en el balcón de un apartamento. Como decimos en este oficio: *esto no se inventa*.

Firmé. Judith me guió por el pasillo hasta la habitación de la esquina.

—Ha venido en buen momento —dijo, abriendo la puerta.

La luz matinal se colaba por las rendijas de las persianas, iluminando una camilla donde mi padre biológico yacía mirando al techo. La enfermera acercó una silla a la cama.

—Acaba de despertarse —dijo, y luego, en voz más alta—: ¿Verdad, señor Kravis?

Asintió, apoyándose en las almohadas.

—Tiene visita. ¿Quiere desayunar ahora o después?

Señaló con el dedo una bandeja de comida sobre una mesita auxiliar.

—Comeré ahora, Judith.

El lado izquierdo de su boca colgaba, paralizado por los ictus, y hablaba con dificultad. Tenía el cuerpo débil, pero la mente parecía lúcida.

—Siéntate —me dijo Judith, señalando una silla junto a la cama mientras le servía el desayuno a Charles. Primero huevos, luego unas cucharadas de avena. Una tostada se quedó en el plato.

Mientras lo veía comer, intenté no fijarme en lo frágil que parecía a sus setenta y ocho años: la palidez grisácea de su piel, el pitido constante de los monitores cardíacos. Lo único que quería era huir de allí. ¿Qué hago aquí? ¿Por qué creía que querría responder a mis preguntas? Yo era la causa de que su hija, la única que había tenido, estuviera muerta. Seguramente me odiaba por eso.

Judith se llevó el carrito de desayuno, cerrando la puerta tras de sí. Charles inclinó la cabeza hacia mí.

—Me llamo Clyde Shaw —dije sin más—. Trabajaba en FirstNews como productora. Y estaba muy unida a Olivia.

Sus ojos volvieron a posarse en mí.

—Sé quién eres —habló con esfuerzo, palabra a palabra—. Eres mi hija.

Me mordí el labio.

—¿Lo sabe?

—Veo las noticias.

Una sonrisa leve asomó en la comisura derecha de su boca.

Era una broma. Reí, aunque con retraso.

—¿Quieres saber? —dijo con voz ronca—. ¿Sobre tu madre y yo?

Parpadeé, conteniendo las lágrimas. Las emociones me invadieron.

—Sí. ¿La recuerda?

—Claro que la recuerdo. Se parecía a ti.

—Más delgada.

Me señaló con la mano derecha.

—Eso viene de mi lado.

—Y el pelo.

Sus ojos húmedos se alzaron hasta los míos.

—Ah, sí.

—¿Qué pasó?

—Ella estaba soltera. Yo no. Y no podía dejar a mi esposa, ¿sabes? Estaba embarazada.

—De Olivia.

Dos mujeres, mi madre y la madre de Olivia, estaban embarazadas a la vez. Él eligió a su esposa. No tenía derecho a culparlo, y aun así era difícil no sentir cierto resentimiento.

Charles pareció adivinar lo que pensaba.

—No sabía de ti —jadeó—. No hasta que te vi en aquella fiesta del Cuatro de Julio. Entonces lo sospeché, pero tu madre ya no estaba, y no habría podido quitarte de tu padre. —Hizo una pausa, necesitaba aire—. Erais todo lo que le quedaba de ella.

Bajé la mirada.

—¿Mi madre le dijo que había abortado?

—Lo hizo. Eso fue lo que dijo —afirmó, aferrándose a su absolución—. No era un buen padre de familia entonces, pero si hubiera sabido de ti, me habría hecho cargo.

Otra pausa breve. En ella, entendí que había más cosas, cosas que Charles creía que no debía saber. Yo ansiaba detalles; él quería protegerme del dolor. Un par de enfermeras se llamaban en el pasillo. Un carrito pasó retumbando frente a la habitación.

Me acerqué más al borde de la cama.

—Monica me mandó a mi habitación la noche de aquella gran fiesta, y al día siguiente me dijeron que me fuera. ¿Sabía ella que yo era su hija?

—Conocí a Monica mucho después de la muerte de mi primera esposa y también después de que tu madre y yo dejáramos de vernos. Ella no podía saberlo.

Se había casado con Monica en 1982, el mismo año en que yo conocí a Olivia. Tenía ocho años y estaba en segundo curso. Mi madre había muerto en 1980, el primer día de clase en infantil. Tenía seis.

—¿Lo sabe ahora?

Charles tosió, reclinándose en la almohada. —Está muy alterada. Todo esto ha sido muy perturbador. —Delphine había muerto de camino al hospital. Una de las balas le había perforado el hígado, y otra, los pulmones.

No me imaginaba en la situación de Charles en ese momento. Su propia hija había muerto a manos de la hija de su esposa, y su hijastra estaba muerta, no por mí directamente, sino por los policías que intentaban salvarme. —¿Y las cartas? —pregunté—. Esas que mi madre te envió. Olivia las encontró. ¿Sabes dónde están ahora?

Negó con la cabeza. —Me temo que no.

—Me gustaría tenerlas.

El silencio volvió a caer mientras reunía el valor para hacer la pregunta que me había llevado hasta allí, la única que de verdad importaba. —¿Amabas a mi madre?

Lo pensó un momento. —Fue una aventura muy apasionada —dijo con delicadeza—. Era una mujer hermosa.

Aparté la mirada, avergonzada. Ahí estaba: era fruto de algo que no era amor, sino lujuria y subterfugio, de mi propio y desencantado axioma: *La gente miente y la gente engaña.* Mi madre había tenido una aventura con un hombre casado que amaba más a su mujer que a ella. Sabía lo terrible que debió de sentirse.

—Lo siento —dijo, acercando la mano a la mía.

Me sequé las lágrimas con el dorso de la mano. —Todos esos años en que supiste que existía, o sospechaste que era tu hija, ¿por qué no intentaste conocerme?

—Te conocía, en cierto modo. Olivia me contaba cosas sobre ti.

—¿Lo hacía?

Asintió. —Ella no sabía por qué. Le dije que era porque me parecían entretenidas las historias sobre ti.

—¿Entré aquí gracias a ti?

—Puede que dijera una palabra al principio. —La comisura derecha de su boca se alzó levemente—. Todo lo demás lo conseguiste por ti misma. —Charles se incorporó un poco más sobre las almohadas—. Intenté ayudar más. Pero mi oferta de ayuda económica fue rechazada.

Así que Charles lo había sabido.

—Había planeado dejarte una buena suma, Cornelia.

Sentí un nudo en el estómago. Delphine había matado a Olivia para impedir que le contara a Charles la verdad sobre mí, o eso había dicho. Ya no me lo creía. Ella quería *todo* el dinero de Charles, no solo la parte que me habría correspondido. Aun así, saber de mi existencia debió de hacerle pensar que merecía más de lo que recibía.

Charles miró por la ventana. —Sentí mucho cuando supe que tu madre había muerto. Envié flores.

No recordaba mucho del funeral de mi madre. Me venía a la memoria lo que llevaba puesto: un vestido azul marino con medias a juego, los zapatos de charol negro que me apretaban los dedos. Aún veía los ojos enrojecidos de mi padre y su mano agarrando mi hombro mientras bajaban el ataúd a la tumba, y las sobras del catering que llenaron el frigorífico hasta que, al final, cuando todo estaba cubierto de moho, las tiré. Recordaba a mi padre abriendo el frigorífico, viendo que estaba vacío, y echándose a llorar. Justo allí, en el suelo de la cocina, con la puerta abierta. Lloró hasta que no le quedó nada.

Me levanté para marcharme.

—¿Te vas tan pronto? —preguntó con suavidad.

Asentí. De repente, solo quería a mi papá, al hombre que me había criado. Había creído que saber la verdad por Charles me consolaría. Pero no fue así. No podía consolarme. Me había dado respuestas, pero no eran lo que necesitaba.

Me detuve con la mano en la puerta.

Charles me miró con tristeza. —Lo siento mucho, querida.

treinta y uno

Volví con mi padre a casa, en el norte del estado. Me esperaba a la puerta del Hospital Lenox Hill, en su camioneta plateada. Llevaba su ropa de siempre —camisa de franela a cuadros, vaqueros Levi's y botas marrones desgastadas— y me miró con ojos marrones llenos de preocupación. —Creía que los médicos querían tenerte en observación un día más —dijo mientras abría la puerta del vehículo.

—Son demasiado precavidos —dije mientras subía a la cabina, intentando no contraer el rostro por el dolor—. Estoy bien.

Me miró con escepticismo antes de meter la marcha. —No lo pareces.

Hice un gesto hacia los vendajes que me envolvían la cabeza, las costillas, la muñeca y las manos. —Son solo formalidades.

—¿Quieres que pasemos por tu apartamento a recoger algo? Vas a necesitar un abrigo grueso. Anuncian nieve para mañana.

—Prefiero que no, si no te importa. —No tenía fuerzas para volver a mi apartamento. Alex ya me había traído lo que había dejado en su casa: algo de ropa, cosas de baño y mi bolso. Tendría que ir a Walmart en Greenport para completar lo que no me prestases tú—. ¿Me dejarás tu chaqueta Patagonia?

—Claro, cielo.

Tardamos dos horas en llegar a Hudson, Nueva York, un pequeño pueblo que en otro tiempo fue un asentamiento ballenero. Tras pasar por tiempos difíciles, fue redescubierto por anticuarios, foodies y neoyorquinos que se mudaron allí, ayudando a revitalizar el comercio local y los lugares de interés cultural. La casa de papá estaba a unos ocho kilómetros del pueblo, pero dijo que quería pasar por Olde Hudson, nuestro supermercado de barrio favorito en Warren, la calle principal, para comprar un poco de pan y queso para la cena. Me quedé en la camioneta mientras él entraba en la tienda. Diez minutos después, salió con dos bolsas enormes llenas

de provisiones. —Espero que tengas hambre —dijo, dejándolas junto a mis pies.

Recorrimos unos cuantos caminos rurales arbolados antes de llegar a la casita de dos plantas de papá. A un lado se veía un campo de manzanos, al otro, un maizal. La tierra no era suya, pero los vecinos le permitían cazar allí: pavos salvajes en primavera, ciervos en otoño. Nunca disparaba a las hembras. No lo decía, pero yo sabía que era porque no tenía corazón para dejar al cervatillo sin madre.

Dejé el bolso en el suelo del salón. Había una chimenea de piedra, suelos de madera vieja y unos sofás y sillas tan desgastados como la camioneta de papá. Milton, un terrier Norwich, levantó la cabeza de su cama acolchada junto a la chimenea. Su cuerpo regordete saltó a mis brazos. Dejé que me lamiera la barbilla y le rasqué la barriga redonda. Le llamé a mi padre, que estaba guardando la compra en la cocina. —¿Quién lo cuidó mientras estabas fuera?

—El vecino —dijo.

«Así que no hay novia». —Lo estás sobrealimentando otra vez.

—No es verdad —protestó.

Dejé a Milton en el suelo y fui a la cocina, donde estaba mi padre. Había comprado la casa unos diez años antes y apenas había hecho cambios desde entonces. La cocina, por ejemplo, seguía con el empapelado floral amarillo que habían elegido los anteriores dueños. Tenía lámparas de cristal grabado, armarios pintados de verde y una vieja cocina de gas que parecía a punto de estropearse, pero que aún funcionaba a la perfección. Miré por el ventanal abombado hacia el campo desierto y me senté a la mesa redonda de roble después de ponerla. Íbamos a cenar algo ligero: queso, embutidos, pan crujiente y una ensalada de pepino. Al día siguiente, papá tenía pensado preparar su Wellington de ternera con patatas nuevas asadas.

Se sentó en la silla frente a mí. —¿Estás lista para hablar de ello? —preguntó.

En el hospital le había dicho que no estaba preparada. Necesitaba tiempo para asimilar el impacto y entender lo que sentía.

Pero ya habían pasado tres días desde que descubrí la verdad sobre quién era mi padre biológico, y aún no sabía cómo me sentía. Ni lo que debería sentir.

Papá se colocó la servilleta de cuadros azules en el regazo. Más tarde, alquilaríamos una película por televisión. Milton se quedaría dormido a mis pies. Me habría gustado saltar directamente a ese momento y terminar con *esto*, pero ya era hora de hablar del asunto. —Lo sabías —dije.

La barbilla de mi padre descendió hacia su pecho. —Por supuesto que lo sabía.

Podría haberme enfadado. Lo lógico habría sido enfadarme. Pero no lo estaba. Quería a mi padre. Siempre me había cuidado, me había apoyado cuando muchos otros no lo habrían hecho, y el hecho de que ni siquiera fuera mi padre de sangre hacía que todo eso tuviera aún más valor. —¿Te lo dijo mamá?

—Sé hacer cálculos, Cornelia. No era cuestión de semanas.

—¿No intentó hacerte creer que era hijo tuyo?

Esbozó una media sonrisa. —No me extraña que seas buena en tu trabajo.

Puse los ojos en blanco. —Vamos, papá.

Juntó las manos bajo la mesa y enderezó la espalda contra el respaldo duro de la silla. —Sí, al principio. Creo que esperaba que no sumara dos y dos.

—¿Por qué no la dejaste? Intentó engañarte.

Las comisuras de los labios de mi padre se tensaron. —No fue ninguna trampa. Estaba enamorado. Tu madre me dijo que no tenía contacto con el hombre que la había embarazado. Fue un romance pasajero.

Me encogí, molesta porque no mostrara más enfado hacia mi madre. Pero siempre había sido así entre nosotros: él defendiéndola a ella, su "elección" de quitarse la vida, mientras yo la juzgaba como una cobarde egoísta. —De acuerdo —dije por fin—. Pero tengo entendido que no fue un capricho pasajero. Mamá quería que él dejara a su esposa.

Se encogió de hombros. No parecía importarle.

—¿Nunca te dijo que fue Charles Kravis quien la embarazó?

—Seguro que lo habría hecho si se lo hubiera preguntado. Pero no quería saberlo.

—Pero lo descubriste.

—Varios años después. Tras la muerte de tu madre y cuando te fuiste a vivir con Olivia a Nantucket. Charles lo descubrió, y yo tenía un miedo atroz a que te llevara lejos de mí.

—Charles me dijo que te ofreció dinero.

—Por medio de sus abogados, sí. Yo respondí que no, gracias, por medio de los míos, y desde entonces no volvimos a saber nada de él. —Golpeó con los nudillos la superficie veteada de la mesa—. Escucha, pequeña, ¿estás enfadada conmigo por no aceptar su ayuda?

—No. No es eso. Solo desearía que hubieras sido sincero conmigo.

—Hace mucho tiempo, tu madre y yo decidimos dejar el pasado donde estaba. Tú eras —y eres— tan hija mía como cualquiera podría serlo. ¿Qué más daba que no tuvieras mi ADN? A mí eso no me importaba. Para la ley, yo era tu padre. Mi nombre figuraba en tu partida de nacimiento.

Me toqué instintivamente el vendaje de la cabeza. Aún me dolía, y también las manos y las costillas. —Lo siento, papá, pero sigo creyendo que tenía derecho a saberlo.

—Sí, por supuesto —respondió con calma—. Claro que lo tenías. Pero al principio eras demasiado pequeña, y luego, cuando tu madre murió, había otras cosas en juego. Ya habías perdido a un padre; no quería que sintieras que perdías a otro. —Se levantó para arreglar la fuente de quesos—. Erais todo lo que me quedaba en el mundo desde que tu madre nos dejó. ¿Y si al saber la verdad te entraban ganas de irte? ¿Y si decidías ir a vivir con tus abuelos?

—Apenas los conocía. La última vez que los vi fue en el funeral de mamá. ¿Por qué iba a querer ir a vivir con ellos?

—Era mi mayor temor, perderte —negó con un leve movimiento de cabeza—. No quería arriesgarme.

Suspiré. —Te perdono. Pero perdonar a mamá es más difícil. Le mintió a Charles diciéndole que iba a abortar, luego te mintió a ti y también a mí, y después se suicidó, dejándonos a todos con el

desastre. Si hubiera sido sincera desde el principio, Olivia no habría muerto intentando arreglar lo que ella rompió.

Mi padre se quedó en silencio mucho rato. Yo había tenido una etapa de rebeldía en la adolescencia y después de la universidad, y cada vez que discutíamos —sobre las notas, los chicos, los toques de queda, y más tarde sobre mis excesos con el alcohol y mis gastos descontrolados— siempre acabábamos en el mismo punto: yo, furiosa con mi madre, echándole la culpa de todo; y él, enfadado conmigo por mencionarla con tanta hostilidad y desacato. Con el tiempo, simplemente dejamos de hablar de ella y de mis errores en la vida.

—Seguro que Charlotte tenía sus motivos —dijo por fin mi padre —. Todos los tenemos.

Había esperado encontrar paz en la verdad, pero en ese momento solo sentía el peso de la tristeza de mi padre y la misma inquietud que me había acompañado toda la vida. Golpeé la mesa con el puño, frustrada, y Milton se sobresaltó. —Hablemos de esto de una vez, papá. Dime toda la verdad. ¿Por qué se suicidó mamá? ¿Fue por mi culpa? ¿Se arrepentía de haberme tenido? ¿De la vida que tuvo que aceptar por mí?

—No, por supuesto que no.

—¿Entonces fuiste tú? ¿Era infeliz en vuestro matrimonio? ¿Te odiaba a *ti*?

Se encogió como si lo hubiera abofeteado.

Debería haberme disculpado, pero no estaba dispuesta a hacerlo.

—Lo que tu madre quería era escapar de su vida —dijo papá—. No de la que construyó conmigo, sino de la que quería que yo la rescatara. Si estuviera aquí hoy, estoy seguro de que te lo diría.

Lo miré con incredulidad. —¿De qué necesitaba ser salvada? ¿De cenas elegantes y amas de llaves mandonas?

—De su familia —dijo, irguiendo ligeramente el mentón—. No eran buena gente.

Solté un resoplido, escéptica. No recordaba casi nada de mis abuelos, solo lo que mi padre me había contado a lo largo de los años —nunca cosas buenas— y unas pocas fotos suyas en uno de

nuestros álbumes familiares. Ni siquiera sabía si seguían vivos. —Eso es una afirmación muy vaga, papá.

—Tu abuelo quería divorciarse, pero tu abuela no se lo permitía. *Su matrimonio era un infierno*. Tu abuela se volvió una mujer muy agresiva. Maltrataba a tu madre: sobre todo con palabras, pero en alguna ocasión también llegó a golpearla.

Todo ese tiempo había creído que mamá era infeliz con su vida con nosotros, con lo modesta que era. Pensaba que se había suicidado porque ya no podía aguantarlo más.

—Antes de morir, tu madre estaba en terapia —continuó papá —. Trabajaba para superar el pasado, para asumir lo que había vivido y superado. Pensaba que estaba progresando. El psicólogo también lo creía. Queríamos tener otro hijo, un hermano para ti. El médico decidió reducirle la medicación. Pero tu madre no lo llevó bien. La forma en que murió, Clyde, esa no era Charlotte. Era una mujer muy reservada. Nunca habría hecho algo así, expuesta ante todos. Por eso supe que no estaba pensando con claridad. —Se le hundieron los hombros—. Ella quería mejorar. Y te amaba más que a nada. Creía que tú la habías salvado. Desde que llegaste, tuvo una razón para vivir.

—¿Por qué nunca me contaste esto sobre ella?

—Me hizo jurar que no lo haría. No quería que esta fuera tu herencia.

—Pero me dio su apellido. ¿Por qué me pondría el apellido Shaw si no quería tener nada con su familia?

—Hubo un trato.

—¿Económico? —pregunté.

Asintió. —Acordaron crear un fondo para tu educación. No queríamos negarte esa oportunidad. Y a mí, personalmente, me daba igual tu apellido.

—Si hubieras sabido que no era tu hija biológica, ¿te habrías sentido diferente?

—Tú *eres* mío. —Alargó la mano sobre la mesa—. Tienes derecho a estar dolida y confundida por todo esto. Pero si tuviera que vivirlo de nuevo, lo haría igual.

treinta y dos

Al final necesité ese abrigo de invierno.

Estuve con papá casi tres meses. Vi cómo el otoño se hundía en el invierno, leyendo novelas, acurrucándome con Milton y viendo fútbol con él. Pala la nieve, bebí chocolate caliente y dediqué mucho tiempo a hacer lo que creía que me haría sentir mejor: escribir en el diario, meditar y asistir a clases de yoga. Nada funcionó del todo, pero gané mucha fuerza. La cabeza se me curó. Las manos, la muñeca y las costillas quedaron como nuevas. Pero ya no iba a ser normal nunca más. Para empezar, ahora era rica.

Charles Kravis murió en diciembre, un mes después de que lo viera, dejándome una fortuna descomunal: unos cincuenta millones de dólares después de impuestos. El resto de su herencia se repartió entre su fundación, otras organizaciones benéficas, su esposa y los dos hijos de Delphine. Mi parte estaba en trámite de sucesión y lo estaría durante un tiempo, así que no pude dejarme llevar gastándola en cosas nuevas. Aun así, papá y yo hablamos de cómo usarla y de qué hacer con mi vida, ahora que no necesitaba trabajar.

—No dejes que esto defina quién eres —me dijo papá una noche, mientras estábamos sentados junto al fuego leyendo los periódicos. No quedaba claro si se refería al dinero, al suicidio de mi madre o a los asesinatos, pero tenía razón.

—Es que no tengo ni idea de qué hacer —dije.

—Esa es la gracia. Puedes hacer cualquier cosa.

No dije nada. Lo lógico habría sido sentirme liberada, pero el dinero me incomodaba. No me lo había ganado; apenas había conocido al hombre que me lo había dejado. Y creía que la verdadera razón era que Charles se sentía culpable, no solo por lo de Delphine, sino por haber abandonado a mi madre en el momento en que más lo necesitaba.

Mi padre se levantó para echar un tronco al fuego. —Es un lujo increíble poder dedicarte a pensar en lo que te haría feliz. Si el

dinero puede hacer algo por ti, que sea eso.

—Eso es justo lo que me pasa, papá —solté la revista que estaba leyendo sobre la mesita de centro—. No sé qué me hace feliz. Aparte del trabajo. Echaba de menos la camaradería, la adrenalina, la carrera por encontrar fuentes, la búsqueda de la verdad.

—Pues vuelve al trabajo.

Tenía razón. Tumbarme sin hacer nada no me estaba ayudando en nada. No podía dormir por las noches, evitaba hablar con mis antiguos amigos y colegas, y a pesar de las horas que pasaba en la esterilla de yoga, seguía sintiéndome inquieta. A lo mejor al final había descubierto la verdad, pero eso no significaba que hubiera hecho las paces con eso. —¿Crees que debería donar el dinero?

Papá consideró mi pregunta. Ya había rechazado mis ofertas de comprarle una casa nueva o un coche nuevo. Ni siquiera me dejó llevarlo a una vuelta al mundo cuando tuviera el dinero. —Creo que no deberías hacer nada hasta que lo tengas claro —dijo.

A la mañana siguiente abrí el portátil y me puse a gestionar todo lo que había dejado en suspenso desde que salí de Manhattan, sobre todo mi situación laboral. El incidente me había dado cierta fama y había hecho más por mi carrera que todos los premios y noticias exclusivas que había sacado en mi tiempo en FirstNews. Había recibido docenas de ofertas de trabajo, además de un par de propuestas de editoriales importantes para escribir unas memorias sobre mi calvario. Rechacé de plano las ofertas de libros, pero no había descartado algunos trabajos, el más sorprendente de los cuales vino de GSBC News. De todas las personas, querían que formara equipo con Penny Harlich.

La presidenta de la cadena, una mujer llamada Janine Saltz, dijo que había sido idea de Penny, aunque luego reconoció que en la cadena preocupaba que Penny no acabara de encajar con su audiencia. —Creemos que puedes ayudar —dijo, antes de ofrecerme un aumento del 30 por ciento en el sueldo, una prima sustancial por la firma, un plan de pensiones con cotización equivalente y todo tipo de beneficios de los que solo había soñado. Le dije a Janine que necesitaba unas semanas para pensarlo. Dadas las circunstancias, dijo que estaba encantada de darme tiempo para pensarlo.

Poco después llamó Alex. Ahora era una estrella, la gran atracción de FirstNews, solo por detrás de Georgia Jacobs, que llevaba registrando audiencias récord cada noche desde el escándalo Kravis. Había ofrecido venir a verme a Hudson, pero yo tenía cosas que hacer en la ciudad y acepté quedar con él para almorzar en Michael's.

El restaurante lo eligió Alex, un local favorito de los grandes nombres de la industria mediática en Midtown. La comida era buena, pero lo mejor era ver quién entraba, especialmente en ese día soleado de finales de invierno. Sarah Palin con su agente literario, Keith Richards con el suyo. Michael, el propietario que daba nombre al lugar, saludó a Alex por su nombre en la puerta y nos acompañó personalmente a nuestra mesa, a tiro de piedra de George Stephanopoulos y el productor ejecutivo de *Good Morning America*. Nos hicieron un gesto con la cabeza mientras nos sentábamos.

Nuestro camarero llegó a la mesa y extendió una de las servilletas blancas, gruesas y grandes, sobre mi regazo. Pedí un té helado y una hamburguesa; Alex pidió vieiras del día y un Perrier.

—¿Cómo has estado? —pregunté en cuanto se fue el camarero.

—Bien —se apoyó en la mesa con los codos—. La cadena dio luz verde a mi programa.

Ya lo sabía y me alegraba de verdad por él. —Felicidades. Te lo mereces.

Levanté mi vaso de té helado y lo choqué con el suyo por encima del centro floral. —Por tu éxito.

Tomó un sorbo de agua y lo dejó en la mesa. —Cuando firmé el contrato, le dije a Diskin que tenía dos condiciones: quería volver a DC y quería que fueras mi productora ejecutiva. No puedo hacer este programa sin ti, Clyde.

Me quedé sin palabras. No me lo esperaba. Al final dije: —Washington, ¿eh?

Se frotó las manos. —Te va a encantar allí. Espera a ver el piso que podrás alquilar.

—¿Qué opina Diskin de que vuelva?

—Dijo que habrías sido su primera opción.

Incliné la cabeza. —Venga. Dime qué dijo de verdad.

Asintió con energía. —Te lo digo en serio, está completamente de acuerdo. La cadena está dispuesta a ofrecerte una oferta muy jugosa.

Sonreí para mis adentros. Alex no sabía que Georgia también me insistía para que volviera a trabajar con ella. No pasaba día sin que recibiera un correo o un mensaje suyo. La echaba de menos, pero no me veía haciendo otra vez lo mismo que antes de que Olivia muriera.

—Es una oferta tentadora —reconocí.

Alex leyó mi ambivalencia. —¿Pero...?

—Todavía estoy poniéndome en orden.

—¿Dónde están tus cosas?

Había malinterpretado mi intención, pero le seguí el juego igual. —En un trastero en las afueras. —Mi padre y yo bajamos del norte en una camioneta una mañana de principios de diciembre, unas semanas después de que me diera cuenta de que necesitaría más que unos días para estar preparada para volver a la ciudad. Salvamos lo que pudimos, metimos el resto en bolsas de basura y dejamos la llave con el conserje.

—No necesitaré que empieces hasta dentro de unas semanas —dijo Alex—. Tendrás más que de sobra para mudarte.

Me eché hacia atrás en la silla y di otro sorbo al té helado. —Tengo otras ofertas encima.

—No lo dudo. —Se inclinó hacia adelante y bajó la voz—: Sea lo que sea que te ofrezcan, nosotros te daremos más.

Un camarero dejó nuestros platos fuertes. Alex cogió el cuchillo y el tenedor y cortó una de sus vieiras. —¿Alguna novedad del caso Kravis?

Negué con la cabeza. Aunque le estaba agradecida a Alex por salvarme la vida, el caso me afectaba personalmente. Ya no podía hablar de él como si fuera una noticia más. Además, no quería que nadie supiera lo de mi herencia. Hablar del dinero que Charles me había dejado solo abriría la puerta a preguntas indiscretas sobre mi vida y mi pasado. Quería volver al periodismo, pero ya no quería ser noticia.

—Te toca —dije, cogiendo mi hamburguesa—. ¿Qué hay de nuevo en la cadena?

Dejó los cubiertos. —Bueno, Charles Kravis murió, como sabes. Y la venta se cerró, como seguramente también sabes. FirstNews ya es oficialmente parte de Maldone Enterprises. Las acciones suben, las audiencias son buenas. Pero podrían mejorar, y ahí entro yo... y tú. ¿Qué te frena, Shaw? Pensé que esto era lo que querías. —Sus ojos marrones me miraron con intensidad.

Me encabrité. —¿En serio te sorprende que dude en volver a trabajar para una cadena que me despidió sin más hace apenas cuatro meses?

Alex volvió a coger los cubiertos. —¿Ya vuelves a ponerte a la defensiva? Es que debes de estar mejor.

Crucé los brazos sobre el pecho. —Así es.

Nos miramos fijamente a través de la mesa.

Finalmente Alex suspiró. —Mira, te invité aquí para ofrecerte un trabajo. Di la palabra y estás en el equipo. No, más que eso. Eres la jefa del equipo.

No había duda de que lo más inteligente era aceptar el puesto de productora ejecutiva. La cadena estaba totalmente volcada en el éxito de su programa, y Alex tenía el carisma y la inteligencia para triunfar a largo plazo. Además, el sueldo era bueno, no es que me hiciera falta, pero era una forma de medir mi valor, y aún lo quería, igual que el respeto de mis compañeros. Con este trabajo, por fin tendría voz y voto, haría una buena televisión y hasta podría optar a un Emmy. La verdad es que hasta mudarme a otra ciudad me atraía. Necesitaba un nuevo comienzo, una oportunidad de verdad para empezar de cero.

Pero estaba colada por Alex, una atracción que, poco a poco y con disgusto, me iba dando cuenta de que se había intensificado durante los meses que pasamos separados. Me había visitado en el hospital, me envió flores al norte. Dijo que quería volver a verme, cuanto antes, pero hasta esa semana no estuve preparada. Cada vez que pensaba en él, sentía un nudo en el estómago.

Cerraba los ojos y lo veía de pie junto a mí en su cocina, el calor de su cuerpo, su aliento en mi cuello. Recordaba sus ojos, esos

marrones cálidos, cuando me juró que no me soltaría mientras colgaba once pisos sobre la acera. Y sentía sus labios sobre los míos, suaves y cálidos, un beso que lo prometía todo: compañía, pasión, amor. Tenerlo tan cerca cada día sería una tortura. Tenía un millón de razones para aceptar ser su productora ejecutiva y solo una para rechazarlo. Pero esa razón bastaba. Me había enamorado perdidamente de él, y eso hacía que el trabajo no fuera solo una decisión profesional. No cuando mi corazón estaba en juego.

—¿Cómo está Sabine? —pregunté, enderezando la espalda.

—Todavía se siente terrible. Realmente no tenía idea de que Delphine era la asesina.

Lo dejó entrever: seguían juntos. Ya lo sospechaba, pero hasta entonces me había permitido fantasear con que Alex había descubierto lo que sentía por mí y había roto con ella. Pero no había sido así. En mi estado confuso y medicado, ¿habría leído demasiado en aquel beso?

—Sé que no pretendía ponerme en peligro —dije en voz baja. Aunque envidiara a Sabine, lo ocurrido no fue culpa suya, y no la culpaba.

Alex terminó las vieiras. —Le encantaría pedirte perdón en persona. Y significaría mucho para mí que se lo permitieras.

—La llamaré —dije, y lo pensaba de verdad. Di el último sorbo al té helado. Más allá de nuestra mesa, cuatro pijas esqueléticas tomaban asiento, todas intentando llamar la atención de Alex, todas con anillos de diamantes enormes. Les señalé con el pulgar—. Tu nuevo club de fans.

Alex extendió la mano por la mesa para tomar la mía. —Mírame, Clyde.

Mis ojos se encontraron con los suyos.

—Esto no va de ella. Va de nosotros. No hay nadie con quien prefiera contar en todo esto.

Arqueé las cejas. ¿Se refería al trabajo o a nosotros? —¿Por qué yo?

—Eres inteligente, Clyde. Tienes principios. Y carácter. Nada te hace mella. Nada te asusta. Y encima, no estás nada mal. Eres la

persona que quiero a mi lado. Desde el principio te imaginé conmigo.

Sentí que todo a mi alrededor se desdibujaba. Estábamos solos otra vez, como si estuviéramos de vuelta a su mesa del comedor, con las velas parpadeando y música en el estéreo. Casi morir me había aclarado algunas cosas en la vida, y entre ellas, una evidente: nunca me había enamorado. Claro que no habían faltado hombres. Demasiados, de hecho. Y demasiado sexo vacío. Pero amor… ni siquiera cuando quise enderezar mi vida salí con nadie por quien pudiera llegar a sentir algo. Elegía a hombres como Phil Drucker precisamente porque sabía que no corría riesgo de enamorarme. El amor traía consigo vulnerabilidad, abandono, *dolor*. Aun así, no podía seguir así el resto de mi vida. Era una miseria distinta, sí, pero miseria al fin, y una que ya conocía demasiado bien.

Ya no tenía dieciséis años, y no iba a comportarme como si los tuviera.

—Alex, sé sincero conmigo. ¿Qué pasa entre tú y Sabine?

Soltó mi mano y se hundió en el asiento.

—Está embarazada —dijo en seco—. Viene a DC y vamos a vivir juntos.

De repente, los camareros, los titanes de los medios, las estrellas de rock y los socialités volvieron a aparecer, moviéndose a nuestro alrededor, acaparando la escena. Alex y yo nos quedamos en silencio, con su anuncio suspendido entre nosotros como una nube tóxica.

—Supongo que debería felicitarte —dije, y habría levantado el vaso de nuevo, pero estaba vacío.

—No tienes que...

—No —dije tajante—. Sí que debo. Tiene suerte la muchacha. Y les deseo lo mejor a los dos.

—No estaba planeado —dijo, como si eso cambiara algo—. Si esto no hubiera pasado, Clyde, yo habría querido... —Se calló—. Estoy tratando de hacer lo correcto.

—Yo también.
Asintió.

—Sin duda. —Un instante después— ¿Y el trabajo?
Me puse de pie y dejé caer la servilleta al suelo.

—¿Te respondo después? —pregunté, aunque ya lo tenía decidido. Por primera vez, lo que debía hacer y lo que realmente *quería* hacer no solo era claro como el agua, sino que coincidía por completo.

Afuera, rebusqué en el bolso hasta encontrar la tarjeta de presentación y el teléfono. La asistente de Janine Saltz me pasó enseguida.

—Si todavía está sobre la mesa, me encantaría aceptar el puesto.

No sería productora ejecutiva, pero al menos con Penny Harlich no arriesgaba romperme el corazón. Janine y yo hablamos veinte minutos, acordamos una fecha de inicio y negociamos algunos de los detalles más importantes del contrato.

Colgué y metí el teléfono en el bolso. Caminé hacia el este, crucé Park y Lexington, y luego seguí al norte por la Tercera Avenida. Hacía frío, con un viento helado que venía del East River, y el débil sol invernal apenas asomaba tras una masa de nubes grises. Pero caminar me sentaba bien. Me sentía ligera, libre, ilusionada por empezar de nuevo en una cadena nueva, con colegas nuevos. Vaya, igual Penny y yo llegábamos a ser amigas.

En la esquina de la calle Ochenta, alcé la vista. Estaba frente a mi antiguo edificio, donde había vivido de niña, y donde mi madre se había quitado la vida. La fachada de ladrillo rojo parecía recién limpiada, y había un nuevo toldo verde sobre la entrada. En la puerta, un portero abrió para una joven madre. Era guapa, bien vestida, y empujaba un cochecito con una niña pequeña. La niña me saludó con una manita regordeta mientras pasaba.

Y entonces recordé un detalle insignificante. En el hospital, mientras me recuperaba, tenía las palmas vendadas. Me las había

lastimado por aferrarme a la barandilla del balcón de Alex.

Mi madre.

Sus manos.

También estaban rozadas.

No había saltado.

Agradecimientos

Hay libros que nacen sin dificultad. Este no fue uno de ellos, y por eso valoro aún más el apoyo, el ánimo y los consejos sabios que recibí mientras escribía este libro, al que he dedicado tanto cariño. Agradezco a los miembros de mi grupo de escritores —Lauren Lipton, Sandra Waugh y Melanie Murray— sus comentarios tan valiosos y su compañía siempre estimulante, y también al fiscal adjunto de Brooklyn, Joshua Charlton, por responder mis dudas sobre derecho penal. Mi agradecimiento también a los productores de televisión Howard Rosenberg y Michael Heard por compartir conmigo su experiencia desde dentro del mundo de los informativos. A Cindy Eagan le debo un agradecimiento especial por sus observaciones editoriales: su precisión con el texto no tiene igual. Eres una cirujana de la literatura y una amiga de verdad. Mi reconocimiento para Alison Dasho, por creer en Clyde desde el principio y por abrirme las puertas de Thomas & Mercer. Gracias. Mis hijos dan sentido a todo lo que hago, y alegría a cada día, igual que mi marido, el amor de mi vida, mi querido Max. Gracias por tu confianza inquebrantable en mí.

Sobre la autora



Foto © 2014 Della Bass

Nacida en Dakota del Sur, Tatiana Boncompagni es una escritora y editora de revistas afincada en Nueva York, aunque creció en Tennessee y Minnesota. Tras licenciarse *magna cum laude* en la Escuela de Servicio Exterior de la Universidad de Georgetown, trabajó en la revista *American Lawyer* en Nueva York, en el *Legal Times* de Washington DC y en la edición europea del *Wall Street Journal* en Bruselas. Ha publicado en decenas de medios, entre ellos el *New York Times*, el *Wall Street Journal*, el *Financial Times*, *Self*, *Marie Claire*, *InStyle* y *Vogue*. Entre sus novelas se cuentan *Gilding Lily*, *Hedge Fund Wives* y su última obra, *Social Death*, la primera entrega de la serie de misterios protagonizada por Clyde Shaw.

Casada y madre de tres niños pequeños, divide su tiempo entre Manhattan y una casa de campo en el valle del Hudson.